

Una tierra más amable
que el hogar

WILEY CASH

Nuevos Tiempos Siruela



Wiley Cash

Una tierra más amable que el hogar

Traducción del inglés de
Celia Montolio

 **Siruela**
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

Una tierra más amable que el hogar

Adelaide Lyle. Uno

Jessy Hall. Dos

Tres

Clem Barefield. Cuatro

Cinco

Seis

Jess Hall. Siete

Ocho

Nueve

Diez

Clem Barefield. Once

Adelaide Lyle. Doce

Trece

Catorce

Quince

Clem Barefield. Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Jess Hall. Diecinueve

Veinte

Adelaide Lyle. Veintiuno

Clem Barefield. Veintidós

Jess Hall. Veintitrés

Clem Barefield. Veinticuatro

Adelaide Lyle. Veinticinco

Agradecimientos

Notas

Créditos

Una tierra más amable que el hogar

M. B. C.
Para ti, por ti

«Algo me ha hablado esta noche... y me ha dicho que he de morir, no sé dónde. Decía:

“[La muerte es] perder la tierra que conoces por un conocimiento mayor; perder la vida que tienes por una vida mejor; dejar a los amigos que amaste por un amor más grande; encontrar una tierra más amable que el hogar, más grande que la tierra”».

No puedes volver a casa

THOMAS WOLFE

Adelaide Lyle

Uno

Sentada en el coche mientras el polvo de la grava revoloteaba por el aparcamiento, vi el lugar no como era en ese preciso instante bajo el sol abrasador, sino como había sido doce o tal vez quince años atrás: una tienda de las de siempre con gente reunida en torno a la barra, la cola delante de la fuente de soda, niños pidiendo helados de casi todos los sabores imaginables, caramelos a granel, tortas de malvavisco, palomitas dulces con cacahuete y otras cosas que llevaba años sin pensar en volver a probar. Y si hubiera cerrado los ojos, podría haber retrocedido cuarenta o cincuenta años más y habría visto el edificio tal cual era en mis tiempos mozos: una puerta mosquitera cerrándose de golpe, quinqués encendidos que escupían humo negro, caballos polvorientos enganchados a los postes de fuera, donde el vendedor de hielo descargaba cada miércoles por la tarde en la que era la última parada de su ruta antes de salir de la hondonada, la plataforma de su camioneta encharcada con dos dedos de agua fría. Mucho antes de que llegase Carson Chambliss y quitase los anuncios, arrancase los viejos postes de enganche y tapase las ventanas de la fachada con aquel periódico, ahora amarilleado, para impedir que la gente se asomase al interior. Muchísimo antes de que, junto con los diáconos, sacase los refrigeradores rotos en una carretilla y cubriese el suelo de linóleo con filas de sillas plegables y ventiladores eléctricos que te soplaban el calor a la cara. Si hubiese mantenido los ojos cerrados podría haber visto todo esto iluminado por la tenue luz de un recuerdo como una cerilla prendida en una cueva cerrada al sol, pero como tenía los ojos clavados en el parabrisas y a mi espalda se oía el paso fugaz de coches y camiones por la carretera, veía que no era más que un simple edificio de hormigón, y, salvo por el letrero que había al lado de la carretera, ni siquiera se notaba que era un templo. Y eso era exactamente lo que quería Carson Chambliss.

Justo después de que el pastor Matthews enfermase de cáncer y muriese en 1975, Chambliss se trajo aquí la iglesia desde el tramo alto del río que discurre por Marshall, un pueblecito de poca monta situado más o menos a una hora al norte de Asheville. Fue entonces cuando Chambliss puso el letrero al borde del aparcamiento. Dijo que lo de mudarnos había sido buena idea porque el templo de Marshall era demasiado grande para que en su interior se pudiera sentir el espíritu, y pienso que hubo quien le creyó; sé que algunos quisimos creerle. Pero la verdad

era que al morir el pastor Matthews la mitad de la congregación se había marchado y no entraba suficiente dinero para que nos quedásemos en aquel viejo edificio. El banco se lo quedó y lo vendió a un grupo de presbiterianos, casi todos de fuera del condado de Madison, algunos ni siquiera de Carolina del Norte. Llevan diez años en ese edificio, y creo que se sienten orgullosos de él. Deberían. Era un edificio precioso cuando era nuestro templo, y a pesar de que no lo he pisado desde que nos marchamos, me figuro que lo seguirá siendo.

El nombre de nuestra congregación también cambió; de Iglesia de Cristo de French Broad pasó a llamarse Iglesia de Cristo de las Señales en la Carretera del Río. Bajo el nuevo letrero, justo al lado de la carretera, Chambliss rotuló las palabras «Marcos 16,17-18» con pintura negra; es más, le dio por predicar casi en exclusiva sobre ese pasaje, y por eso tuve que hacer lo que hice. Ya había visto bastante, demasiado, y había llegado la hora de marcharme.

Había visto a gente que conocía de casi toda la vida coger serpientes y beber veneno, acercarse fuego a la cara solo para ver si no se quemaba. Gente bien devota, además. Personas temerosas de Dios que jamás en su vida habían hecho cosas así. Pero Chambliss les convenció de que no había ningún peligro en desafiar la voluntad de Dios. Les hizo pensar que, si creían, no pasaba nada por asumir el reto. Y casi todos dijeron: «Aquí estoy, Señor. Ven y tóname si es eso lo que quieres. Estoy preparado si Tú lo estás».

Y debían de estar preparados; o al menos eso espero, porque fueron muchos a los que vi que se quemaban y se envenenaban, y ni uno hubo que acudiese al médico si caía enfermo o se lastimaba. Por eso las mordeduras de serpiente me preocupaban tanto. Las víboras cobrizas y las serpientes de cascabel aguantaban solo hasta cierto punto, sobre todo con la música a todo volumen y con tanta gente bailando, chillando y desplomándose en el suelo, volcando sillas e imponiéndose las manos los unos a los otros. En todo ese tiempo, hasta que ocurrió lo de Christopher, a la iglesia no se le murió más que una persona de resultas de aquellos tejemanejes, al menos solo una que yo sepa: la señorita Molly Jameson, hace casi once años. Tenía setenta y nueve años cuando ocurrió, dos menos que los que tengo yo ahora. Sospecho que pudo ser una víbora cobriza la que la liquidó. Ahí estaba, subida sobre el pequeño escenario, en el momento en que Chambliss sacó la serpiente de la caja, cerró los ojos y se puso a rezar sobre el animal. Por aquel entonces no tendría más de cuarenta y cinco años; tenía el pelo negro cortado a cepillo como si hubiese servido en el ejército, y por lo poco que sabía de él puede que así fuera. No creo que hubiese entre nosotros ni uno que supiese a ciencia cierta de dónde venía, y si alguno decía saberlo me malicio que probablemente le habían mentido. Nada más terminar de rezar sobre la serpiente, se la pasó a Molly. Aquella mujer que nunca había tenido hijos la cogió con tanta delicadeza como si le estuviesen entregando a un recién nacido; a Molly, una viuda cuyo marido

llevaba más de veinte años muerto debido a que se le hundi6 el pecho cuando su tractor volcó y lo empotr6 contra un 6rbol.

Pero como venía diciendo, cogió la víbora aquella como a un bebé, se quitó las gafas y la miró de cerca como si realmente lo fuera mientras las lágrimas le rodaban por la cara y los labios se le abrían y cerraban como si estuviese rezando o hablando tan bajito que solo la serpiente pudiera oírla. A su alrededor todos estaban demasiado ensimismados para prestarle atención, bailando, armando barullo y gritando palabras que nadie más entendía. Pero Chambliss seguía clavado en el sitio mirando a Molly. Tenía agarrado el micrófono contra el corazón con aquella mano horrible que se le había quemado años atrás en el sótano de la tienda de piensos de Ponder. Me habían contado que él y unos cuantos hombres de la iglesia se habían reunido en el sótano para rezar, y que además estaban bebiendo queroseno y manipulando fuego cuando, no sé exactamente cómo, la manga de Chambliss se prendió y el fuego le devoró la camisa y le quemó el brazo de un modo espantoso. Más adelante contaron que incluso se le habían fundido los dedos, y que se los tuvo que separar y entablillar para que no se le pegasen mientras cicatrizaban. Nunca llegué a verle el brazo entero porque aquel hombre jamás se remangaba la manga derecha; la izquierda a veces, pero la derecha no. Y no me extraña. La mano derecha te ponía los pelos de punta, incluso una vez cicatrizada.

Como ya he dicho, mientras Molly cogía la serpiente Chambliss se mantenía a cierta distancia observando cómo se derramaba sobre ella el Espíritu Santo, y cuando le pareció que estaba llena de él se le acercó y le puso la mano sana sobre la cabeza. Después cogió el micrófono y rezó. Recuerdo al dedillo lo que dijo porque fue la última vez que oí predicar a ese hombre. Fue la última vez que puse los pies en aquel templo hasta hoy.

Dijo: «Jesús, oh, buen Jesús, toma a esta mujer y llénala de tu espíritu de la cabeza a los pies. Llénanos a todos, buen Jesús, de tu bondadoso Espíritu Santo. Elévanos en tu nombre, buen Señor». Y dicho esto, puso la mano sana debajo del codo de Molly y la ayudó a elevar la serpiente sobre su cabeza. Él se apartó muy muy despacio, y ella permaneció donde estaba sosteniéndola en alto como para asegurarse de que Dios la veía, los ojos bien cerrados, los pies corriendo sin moverse del sitio, su boca articulando una oración que probablemente no había rezado en toda su vida.

Sucedió al bajarla. La primera vez que la atacó le mordió justo debajo del ojo izquierdo, en el pómulos. Y cuando fue a quitársela de la cara le agarró la mano derecha, justo entre el pulgar y el índice, y se resistía a soltar. Molly gritaba y chasqueaba a la serpiente como si fuera un látigo, pero la serpiente tenía demasiada fuerza. Chambliss dejó caer el micrófono, y entre él y dos de los diáconos la tumbaron allí mismo, delante de toda la congregación. La sujetaron y por fin

lograron que los colmillos se desprendieran de su mano. Por el modo de manipular a la serpiente se notaba que no querían herirla, pero tampoco que les mordiese. Chambliss la cogió con todo el cuidado del mundo y después abrió la tapa de la caja con la puntera de la bota y dejó que la cosa aquella volviese a deslizarse en su interior. Todos interrumpieron sus bailes cuando oyeron gritar a Molly, y enseguida cesó también la música. Jamás había habido tanto silencio en el templo, hasta que Chambliss se arrodilló al lado de Molly y le acercó el micrófono a los labios como si esperase que dijese algo. «Venga», le dijo, pero lo único que se oía eran los jadeos de Molly, como si le faltase el aliento. Alguien le trajo un vaso de agua, y los dos diáconos la ayudaron a incorporarse y a echar un trago. Cuando la sentaron, se veía que la mejilla se le había empezado a poner azul, y tuvieron que inclinar el vaso de agua sobre su boca porque casi se le habían cerrado los labios de tan hinchados que estaban.

—Hermana Jameson —dijo Chambliss—, has dado un gran paso de fe, y todos somos testigos de tu creencia en que el amor de Jesucristo habrá de protegerte y mantenerte a salvo, ya sea aquí con nosotros en esta tierra pecaminosa o con Él en la gloria. —Un susurro de «amenes» ascendió de entre los fieles, y la gente subió los brazos por encima de la cabeza en gesto de alabanza—. Voy a pedir a los demás diáconos que vengan aquí conmigo y te impongan las manos, hermana, y tal vez el buen Señor tenga a bien que te acompañemos con nuestras oraciones.

Se oyeron sillas arrastrándose por el suelo, y varios grupos de hombres subieron al escenario, se arrodillaron en torno a Molly, le impusieron las manos y rezaron distintas plegarias, algunas en lenguas, otras invocando a Dios y pidiéndole que la salvase. Chambliss permaneció de rodillas a su lado con los ojos cerrados, la mano sana sobre su cabeza, la quemada sin soltar el micrófono.

—Dios ha enviado a sus ángeles —susurró—. Oigo sus pisadas sobre el tejado que nos cubre; oigo el sutil revoloteo de sus alas, Molly. Dios ha enviado a sus ángeles para que te acompañen en esta mañana de hoy, y no sabemos si están aquí para velar por ti y mantenerte con nosotros o si los ha enviado para que te transporten a tu hogar en la gloria celestial; pero los sentimos aquí con nosotros, sí, los sentimos, y sentimos que el amor de Jesús se está derramando sobre nosotros en estos momentos. —Miró a la congregación—. Y el pueblo de Dios dijo: «Amén».

—¡Amén! —respondió la gente a gritos. Chambliss se levantó y nos miró, y después volvió a mirar a Molly, que estaba allí tumbada en medio de todos aquellos hombres que seguían rezando sobre ella.

—Pero el mundo no se reduce al pueblo de Dios —dijo—. Al mundo no le ha sido dado saber lo que nosotros sabemos. El mundo no entenderá la fe de esta mujer; no entenderá que quiera coger esta serpiente para vencer al Diablo. Y os aseguro que el mundo jamás entenderá la voluntad de Dios de concederle a Molly que vuelva a casa con Él.

–¡Así es! –gritó alguien–. ¡Aleluya!

–Pero nosotros sabemos –continuó Chambliss–. Nosotros sabemos lo que está en juego aquí. Sabemos que Dios tiene un plan para su pueblo. Sabemos que Dios solo permite entrar en el Cielo a los justos. Sabemos que Dios solo se lleva a su casa a quienes lo merecen.

–¡Amén! –dijo otra voz.

–Y yo os digo –dijo Chambliss– que el día en que uno de nosotros vuelve a casa es un buen día. Que la mañana de domingo en que Jesús llama de nuevo a su lado a uno de los nuestros es una mañana hermosa. ¡Aleluya! –Dejó caer las manos a los costados y cruzó hasta el fondo del templo arrastrando los pies como si estuviera bailando–. ¡Qué alegría me da verlo! Nada de lágrimas. Nada de tristeza. ¡Aleluya! Alegría sin más. Alegría porque esta mujer retorna al hogar. ¡Tenemos hoy en nuestro templo el poder del bondadoso Espíritu Santo, alabado sea el Señor! –Miró a la señora Crowder, que estaba sentada al piano, y le hizo un gesto con la cabeza; al instante, la señora Crowder comenzó a tocar y a aporrear las teclas. A continuación entraron la batería y la guitarra, y cuando quise darme cuenta la congregación se había arrancado con *El poder del Espíritu Santo* y todo el mundo se había puesto a bailar y a cantar como si nada hubiera sucedido, como si hubiese olvidado por completo que la señorita Molly Jameson se estaba muriendo de una mordedura de serpiente allí mismo, delante de todos nosotros, la música tan alta y vibrante que la notabas en el pecho. Un par de diáconos recogieron a Molly y la sacaron del templo por el pasillo central, por delante de todos los reunidos, pero ni una sola persona pareció darse cuenta.

A los pocos días, me encontraba en la oficina de correos de Marshall cuando oí que una mujer le contaba al cartero ante el mostrador que el miércoles por la tarde la cuñada de Molly había pasado por su casa y se la había encontrado muerta en el huerto. Dijo que estaba tumbada boca abajo en un surco de tomates, la pala todavía en la mano.

–Y ¿de qué murió? –preguntó el cartero. Se humedeció el dedo con la lengua y empezó a contar billetes de un dólar para darle el cambio a la mujer, desplegándolos después sobre el mostrador como un abanico.

–No saben qué le pasó exactamente –dijo la mujer. Arrancó un sello de la hoja que le acababa de dar el cartero, lo chupó y lo alisó sobre la carta antes de entregársela–. Pero creen que debía de haber alguna serpiente escondida entre las tomates. Para cuando se la encontraron el miércoles ya tenía negra la mano derecha, y también un bulto negro debajo del ojo. Bien redondo y durísimo –añadió–. Y brillante, igualito que una manzana madura de no haber sido tan negro.

Aquel viernes enterraron a Molly, y Chambliss pronunció el sermón en su funeral.

Después de aquello comprendí que mi iglesia no era el lugar adecuado para

adorar al Señor, entonces me di cuenta de que no podía quedarme. Había pertenecido de una manera o de otra a esa iglesia desde jovencita, pero las cosas habían llegado demasiado lejos y ya no podía seguir haciendo la vista gorda. Si la muerte de Molly Jameson delante de toda la congregación no había bastado para que Carson Chambliss se convenciera de que tenía que poner fin a sus tejemanejes, ¿por qué iba a cambiar de opinión el día en que alguien se prendiera fuego y redujese el templo a cenizas? No había en el mundo suficiente estricnina para pararle los pies; no existía ningún tipo de serpiente que aquel hombre no estuviera dispuesto a coger para pasársela a otros.

A pesar de que el periódico en las ventanas impedía que la gente echase un vistazo al interior del templo, me figuro que en el pueblo todos sabían lo que estaba sucediendo, y no habría de pasar mucho tiempo antes de que se presentase allí la ley para intentar interrumpirlo. Todo aquello no me gustaba nada, y sabía que si no era un lugar seguro para una anciana aún menos podía serlo para los niños; así que recé y recé pidiendo ayuda, y Dios quiso depositarla en mi corazón. «Addie», dijo bien clarito, «tienes que salir de esa iglesia; y sabes que no puedes dejar atrás a los niños». Entonces supe que tendría que hacer frente a Carson Chambliss, que tendría que decirle que lo que estaba haciendo estaba mal.

Me acerqué al templo el siguiente domingo por la mañana temprano, la semana después de que muriera Molly Jameson, y detuve el coche justo cuando Chambliss y el diácono Ponder descargaban la última caja de la parte de atrás de la camioneta de Ponder. Bajé del coche y me quedé mirándolos. Chambliss debía de haber tenido algún tipo de premonición sobre mis intenciones, porque al verme interrumpió la faena y me miró, y acto seguido le pasó su caja a Ponder.

—¿Me metes esto, Phil? —preguntó—. Voy a quedarme aquí fuera a charlar un rato con la hermana Adelaide. —Cerró de un golpe la portezuela de la plataforma de la camioneta, y Ponder asintió con la cabeza, me sonrió y siguió hacia el templo. Chambliss se sacudió el polvo de las manos y se acercó hasta mi coche—. Ha venido muy temprano —dijo. Sus ojos se entrecerraron para impedir el paso del sol, y levantó la mano sana para protegérselos. Tenía el rostro rubicundo y curtido como la mayoría de los lugareños, que han pasado demasiado tiempo faenando bajo el sol o fumando más cigarrillos de la cuenta, o quizá ambas cosas.

—Quería venir con tiempo porque tengo que hablar con usted de un par de asuntos.

—¿Qué asuntos?

—De lo que ha ocurrido —dije. Me temblaba la voz, pero hice todo lo posible por ocultarlo porque no quería que notase que me daba miedo contrariarle—. Quiero hablarle de lo que le pasó a Molly el domingo pasado.

—¿De qué quiere hablar? —me preguntó—. Usted estaba allí. Lo vio. Dio un paso de fe y el Señor se la llevó.

–Pero no está bien –dije–. No está bien lo que le hicieron.

–¿A qué se refiere con eso de que «no está bien»?

–No está bien lo que le hicieron después de la ceremonia –dije–. Llevarla a casa y dejarla tirada sin más en medio del huerto, con la esperanza de que alguien la encontrase antes de que los animales la empezasen a devorar. La gente tiene derecho a saber estas cosas.

–¿Qué gente? –preguntó–. Todos los que la amaban de verdad y a los que ella amaba saben lo que ocurrió. –Señaló el templo–. Todos y cada uno estaban en el interior de este templo cuando ocurrió. El resto no merece saber nada más. Aparte de nosotros, no hay nadie en este mundo que tenga por qué saber nada. Lo que es a ella, no le va a hacer ningún bien, y a nosotros lo único que puede traernos son problemas. –Se apartó la mano de los ojos y los entrecerró para protegerse del sol.

–La gente habla –dije–, sobre todo en un pueblo como Marshall, sobre todo acerca de una iglesia como esta. Por mucho papel de periódico que ponga para que no se vea el interior, no impedirá que hablen.

–Bueno –dijo–, confío en que los miembros de mi congregación sepan con quién se puede hablar y con quién no. Pero si está usted pensando en sacar nuestros asuntos fuera del templo, mejor que me lo diga ahora. Necesito saber que puedo confiar la obra del Señor a los miembros de mi congregación.

–De acuerdo –dije–, porque yo no puedo seguir formando parte de esto.

–¿Qué planes tiene? –preguntó.

–No puedo seguir formando parte de esto –repetí–. Abandono la iglesia, y quiero llevarme a los niños conmigo.

Sonrió y se limitó a mirarme como si fuese a reírse en mi cara.

–Conque esas tenemos –dijo–. Así que va a sacar a los niños de mi iglesia y a enseñarles a su manera, a enseñarles sus creencias personales. Y ¿usted qué derecho cree tener?

–Antes de que construyeran el hospital ayudé a traer al mundo a prácticamente todos los chiquillos que han pisado este templo –dije–. Y a la mayoría de sus madres y de sus padres, también. No digo que esté a cargo de sus espíritus, pero después de haberlos traído a este mundo tengo el deber de velar por su seguridad. Y lo que sí le puedo decir es que este no es un lugar apropiado para niños –dije–. Sencillamente no es seguro.

–Hermana Adelaide –dijo–, con la de tiempo que llevo pastoreando esta iglesia usted ya debería saber que protegemos a nuestros niños, y créame que jamás permitiría que un chaval cogiera una serpiente, bebiese veneno ni nada por el estilo. Y usted lleva aquí el tiempo suficiente para saber que lo que hacemos es la Verdad y que nuestros niños necesitan verla. Nuestros niños tienen que criarse en ella.

–Y usted debería saber que los niños no saben guardar secretos sobre lo que ven –dije.

Se cruzó de brazos y se echó hacia atrás hincando los tacones de las botas en el suelo. Volvió la cabeza y miró hacia el otro lado del río en dirección al centro de Marshall, como si estuviese pensando en lo que acababa de decirle. Después volvió la cabeza y me miró de nuevo.

—¿Y usted, hermana Adelaide? ¿Usted sabe guardar un secreto?

—Sí —dije—. Pero preferiría no conocer ningún secreto que haya que guardar, y no los conoceré si me mantengo fuera de su templo. Una iglesia no es el lugar indicado para ocultar la verdad, y una iglesia que la oculta no es el lugar indicado para mí. Tampoco para los niños.

Chambliss nunca me perdonó que sacase a los niños del templo. Después me advirtió que al abandonar la iglesia estaba abandonando mi vida tal como había sido hasta ese momento, y que aquella gente jamás me aceptaría como antes y que siempre sería una intrusa. Le dije que no abandonaba la iglesia, que solo le abandonaba a él, pero sabía que tenía razón. Perdí amistades de toda la vida, y me dolió. Me sigue doliendo. Pero durante diez años mantuve fuera a aquellos chiquillos, los mantuve a salvo. Nada más empezar el oficio, cruzaba la carretera con ellos y si hacía bueno los bajaba al río, y en invierno, o si llovía, la gente me los acercaba a casa. Al acabar la escuela dominical, salían fuera a jugar. A veces construíamos cosas, coloreábamos dibujos y cantábamos. Pero en diez años no volví a pisar aquel templo, y en todo ese tiempo apenas le dije una vez hola a Carson Chambliss. Lo cierto es que todo fue sobre ruedas durante una temporada, con aquella pequeña tregua. Yo tenía mi pequeña congregación y él tenía la suya, y apenas había relación entre nosotros. Me parecía que estaba haciendo con aquellos niños lo que el Señor quería que hiciera.

Pero debería haber sabido que las cosas no podían seguir así para siempre, también debería haber sabido que volvería a suceder algo terrible. Eso sí, jamás habría podido adivinar que le sucedería a uno de los míos. Sí; intenté mantener a los niños fuera del templo y durante diez años lo logré, pero aquellos diez años no tuvieron el menor efecto en Carson Chambliss, aparte de volverle diez años más viejo e intrépido, y también diez años más temerario. Y aquí estaba yo, un jueves por la tarde, sentada frente a un templo al que no había pensado volver a ver nunca por dentro, esperando para hablar con un hombre con el que me asustaba quedarme a solas. Era la única vez en mi vida que había ido a la iglesia movida por el miedo.

Sentada en el interior del coche con las ventanillas bajadas y las llaves colgando aún del contacto, clavé la vista en el templo a través del radiante calor y me lo imaginé sentado allí dentro, esperando en medio de toda aquella oscuridad. El polvo de grava que revoloteaba por el aparcamiento sonaba igual que unos pies descalzos que se habían arrastrado por mi pasillo la noche anterior, cuando Julie se

detuvo en mi puerta a mirarme mientras yo me encorvaba sobre la cama vestida con la ropa del funeral. Terminé de doblar la colcha y después me di la vuelta, me quedé junto al edredón que estaba echado por encima del piecero y, a la vez que me alisaba el vestido, la miré. Julie no tenía ningún vestido negro que ponerse porque cuando sucedió todo no le había dado tiempo a coger casi nada de su casa, y acabé dándole uno de los míos. Hacía años que no me lo ponía, y creo que mucho antes de que fuera mío ya se había pasado de moda, pero dio la impresión de que lo agradecía y además le sentaba de maravilla. Casi parecía una niña, y eso que era una mujer de treinta y pocos años que acababa de enterrar a su hijo. A la vuelta del funeral, se metió en el dormitorio de enfrente y cerró la puerta. Oí cómo crujían los viejos muelles de la cama cuando se tendió encima. La imaginé tumbada en la cama con los ojos abiertos de par en par mirando al techo hasta que la habitación estuviera demasiado oscura para verlo. Después abrió la puerta y cruzó el pasillo con el pelo suelto, largo y bonito a más no poder. Aproximadamente del color del maíz dulce. Noté que había llorado un poco más.

—¿Se acuesta ya? —me preguntó. Asentí con la cabeza y traté de sonreírle.

—Eso pensaba —dije—. ¿Necesitas algo antes?

—No, señora —dijo—. Creo que estaré bien. Solo quería decirle otra vez lo mucho que le agradezco que me permita quedarme aquí. No será por mucho tiempo. Solo hasta que decida lo que voy a hacer.

—Dios mío, muchacha —le dije—, te puedes quedar aquí todo el tiempo que necesites. No hace falta que tomes ninguna decisión, sobre todo esta noche, con todo lo que ha pasado.

Bajó la vista hacia el precioso cabello rubio que le caía por el hombro hasta el pecho, se cogió las puntas y se las pasó por los dedos como si se estuviera sacudiendo algo de las manos.

—El pastor me ha dicho que quiere verla —dijo—. Mañana por la tarde, en el templo. Dice que sobre las tres.

Se soltó el pelo y se lo volvió a echar con las dos manos por detrás de los hombros, y después levantó la cara y me miró.

—Podría habérmelo dicho él en persona —dije—. Y podría haber ido hoy al funeral de Christopher. No está bien que no haya ido.

—Pensó que sería mejor así —dijo ella—. Quiero decir, después de todo lo que ha pasado.

—¿De veras? —dije—. Un niño se muere mientras él está oficiando, y va y piensa que es una buena razón para no ir. A mí no me parece bien. —Me levanté de la cama, encendí la lamparita de la mesilla y me acerqué al armario a por el camisón que estaba colgado tras la puerta—. Supongo que no querrás venir conmigo, ¿no?

—Dijo que quiere que vaya usted sola.

—No puedo decir que me sorprenda demasiado.

No había ni un solo coche en el aparcamiento aparte del mío y del viejo Buick de Chambliss. Abrí la puerta, planté los pies en el asfalto y miré hacia la pendiente que bajaba a la orilla del río, al otro lado de la carretera. El centro de Marshall estaba a un par de kilómetros río arriba, demasiado lejos para oír el ruido de los coches, las voces de la gente o cualquier otra cosa que pueda oírse un jueves por la tarde en un pueblecito. Daba la impresión de que todo estaba muy tranquilo, como si ni siquiera hubiese nadie en la calle. Volví la mirada hacia el templo y vi la pradera verde que se extendía por detrás, los árboles que se alzaban al fondo en el lindero del bosque. No se oía nada salvo una brisita y el sonido del río que discurría suavemente al otro lado de la calle. Bajé del coche, cerré la puerta y me quedé allí quieta durante un rato que se me antojó una eternidad, intentando entender qué habría ocurrido aquí el domingo por la noche, intentando imaginarme lo que me iba a ocurrir a mí.

Y no miento si digo que abrir la puerta y pisar el templo fue como entrar directamente en lo más oscuro de la noche. Los periódicos de las ventanas bloqueaban el paso del sol, y con aquellas paredes revestidas de paneles de madera oscura mis ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a tanta negrura; apenas veía nada hasta que lo hicieron. Cuando por fin se adaptaron, vi las losetas de linóleo rotas por las que había asomado el suelo de cemento cuando sacaron a rastras los refrigeradores. En diez años no había cambiado ni un ápice. Fui siguiendo las losetas por el centro de la sala, donde las sillas plegables se separaban para abrir un camino que llevaba hasta el fondo del templo. A duras penas pude distinguir a Chambliss, que estaba sentado en una silla justo en primera fila. Estaba de espaldas a mí, y ni siquiera se giró cuando la puerta se cerró a mi paso. Tampoco se dio la vuelta para hablarme; se limitó a permanecer sentado mirando al frente.

—Hermana Adelaide —dijo—. Tenía la esperanza de que se decidiese a venir.

—Julie me dijo que quería verme —dije—. Y aquí estoy.

—Y aquí está —dijo—. Me alegro de que haya venido. Qué bien tenerla de nuevo en nuestro templo. —Extendió el brazo sobre el respaldo de la silla contigua, y por fin volvió la cabeza y me miró—. Acérquese y tome asiento a mi lado.

Ahora veía bien su cara, y, salvo las sienes plateadas, no había cambiado. Sus ojos tenían el mismo aspecto impasible y distante de siempre.

Seguí avanzando por el pasillo central entre las filas de sillas plegables. Había un silencio sepulcral porque no había encendido el aire acondicionado de la ventana ni ninguno de los ventiladores de suelo, y la atmósfera caliente y sofocante casi me cortaba la respiración. Al llegar a las primeras sillas, vi que en el suelo, pegada a sus pies, había una de aquellas cajas de madera. Tenía una trampilla de bisagras en la parte de arriba, y advertí que el cierre de la trampilla estaba abierto. Me quedé mirándola y después miré a Chambliss. Me miraba fijamente y sonreía como si se le acabase de ocurrir algo gracioso que contarme. Su brazo izquierdo seguía

extendido sobre el respaldo de la silla contigua. Lo retiró y dio unas palmaditas al asiento.

–Siéntese –dijo. No quería sentarme tan cerca de él, así que pasé de largo y tomé asiento varias sillas a su derecha. En ese momento, retiró el brazo y se cubrió la mano derecha con la izquierda, como si no quisiera que viese el aspecto atroz de la mano quemada. Permanecimos un rato sentados en el más absoluto silencio. Crucé los pies y me eché un poco hacia delante hasta que mi espalda ya no tocaba la silla, y él siguió allí sentado con los pies pegados al suelo y las manos sobre el regazo, la izquierda cubriendo la derecha de manera que casi no se veía.

Alguien había colgado todo tipo de imágenes y calendarios en la pared del fondo, detrás del escenario, y prácticamente todos tenían una imagen de Jesucristo: Jesús predicando en Getsemaní; Jesús en Pentecostés; Jesús tendiendo las manos a Tomás *el incrédulo* para enseñarle por dónde lo habían atravesado los clavos. Desde mi sitio veía que había un viejo calendario de la Funeraria Samuel y varios más de un par de tiendas de Marshall y Hot Springs, además de uno del antiguo banco. Algunos calendarios eran tan viejos que solo se podían ver las imágenes, porque las letras casi ni se leían. Entre los calendarios y las imágenes, justo en medio de la pared, había un enorme cuadro enmarcado de Moisés cogiendo una serpiente delante de la zarza en llamas. Me quedé mirando el cuadro de Moisés y pensé en el momento en que vio que el cayado cobraba vida allí mismo, en el suelo, y me pregunté cómo se habría sentido cuando la voz del Señor le ordenó que la cogiese por la cola. Desplacé la vista del cuadro a la caja que estaba en el suelo delante de Chambliss.

–Sé que el *sheriff* ha ido a verla –dijo.

–Sí –dije–. Así es. Hace unos días.

–Y supongo que iría cargadito de preguntas sobre lo que ocurrió aquí el domingo.

–Alguna pregunta me hizo –dije–. Pero yo no tenía respuestas que darle. Le dije que no podía decirle lo que hacen ustedes en este templo. Este ya no es mi lugar; a pesar de que pertenezco a esta iglesia durante cincuenta y tantos años, hace mucho que dejó de ser mi lugar. Eso fue lo que le dije.

–¿Cuál es su lugar, hermana Adelaide? –me preguntó.

Volvió la cabeza y me miró con el semblante más inexpresivo que jamás he visto en un hombre. Yo también le miré, y entonces algo me llamó la atención y bajé los ojos, y vi que aquella mano espantosa se había cerrado en un puño y que intentaba tapársela con la izquierda; pero era como si no pudiese y empezó a frotarse los dedos contra el dorso de la mano derecha, y yo seguí allí quieta con la mirada clavada en sus dedos, incapaz de apartarla.

–¿Cuál es su lugar? –insistió. Sus dedos se detuvieron, abrió el puño y apoyó las palmas de las manos sobre los muslos. Le miré.

–Mi lugar está con los niños de esta congregación –dije.

–¿Ah, sí? –preguntó.

–En efecto, ahí está.

–Conoce bien la Biblia, ¿verdad, hermana Adelaide?

–Así es –dije–. La conozco muy bien.

–Entonces recordará Mateo 9, 33 –dijo–. Si conoce la Biblia, sabrá que dice: «Y habiendo sido lanzado el demonio, habló el mudo». Y supongo que también conocerá Mateo 17, donde se habla del hombre que acercó a su hijo a Jesús porque un demonio le había hecho enfermar y los discípulos no tenían la fe suficiente para sanarle.

–Me sé las dos historias –dije–. Las he leído muchísimas veces.

–No son historias –dijo–. Créame lo que le digo. –Apartó la vista de mí para dirigirla a la pared en la que estaban colgadas las imágenes de Jesús–. Jesús cogió al muchacho aquel del libro de Mateo –continuó– y lo sanó. Les dijo a los discípulos que carecían de la fe suficiente, y les prometió que a poco que su fe fuera del tamaño de un granito de mostaza, podrían mover montañas. –Apartó la mirada de los cuadros y volvió la cabeza hacia mí–. Con eso, hermana Adelaide, con esa pizquita de fe, habría bastado; pero no la tenían. No tenían la fe suficiente para expulsar a aquel demonio. Jesús lo tuvo que hacer solo.

–Usted no es Jesús –dije–. Y Christopher no tenía ningún demonio dentro. Nació así; yo estaba allí cuando vino al mundo, y le digo que Dios nos hace tal y como necesita que seamos. Yo en su lugar pensaría en esto la próxima vez que se le ocurra intentar cambiar cosas que no es asunto suyo cambiar. A mí me daría miedo tentar a un poder de ese tipo.

Me sonrió como si lo que acababa de decir tuviese gracia, y quise decirle que no era mi intención que sonase a chiste. Volvió a girar la cabeza hacia la pared del fondo y a frotarse incesantemente los dedos sobre el dorso de la mano. En fin; yo estaba ya más que harta de su charleta y de su pequeña lección sobre la Biblia, y no pensaba quedarme allí sentada contemplando aquella mano más de lo necesario. Descrucé los pies, me alisé la falda y me dispuse a levantarme para marcharme, y fue en ese momento cuando la sentí en la nuca.

Lo que hizo a continuación ni siquiera lo tengo tan claro como para contar lo que sucedió exactamente, pero en el mismo instante en que la noté sobre mi piel supe lo que era; al tacto era igual que la mano de un muerto, fría y húmeda a más no poder. Chambliss me agarró del cuello justo por encima de la camisa y me obligó a arrodillarme allí mismo, al fondo del templo, y entonces oí cómo la puntera de su bota abría de una patada la trampilla de la caja. Me soltó el cuello y me enganchó del brazo, y antes de que pudiera darme cuenta siquiera de sus intenciones ya me había metido el brazo hasta el fondo de la caja y me lo estaba sujetando con la mano a la que en tiempos había prendido fuego. Intenté sacarlo de

un tirón, pero Chambliss era demasiado fuerte y cuando quise levantarme me hincó una rodilla en la espalda, entre los hombros. Mis pies estaban raspando el suelo, y di una patada a una de las sillas de metal que tenía detrás, en la primera fila. La silla se volcó y el estrépito retumbó por el suelo. Chambliss hizo como que no lo oía. Seguí pataleando, buscando algo que pudiese ayudarme a levantarme, pero no había nada.

Chambliss se cernía sobre mí y me agarraba con fuerza como si yo fuese una especie de cerdo que estaba a punto de matar y temiese que huyera antes de conseguirlo. De nuevo intenté tirar para soltarme la mano, pero la tenía bien agarrada, y yo sentía la piel fría y suave de sus dedos cerrados en torno a mi brazo.

–Shhhh –susurró–. Ahora no se enfrente a ella. No se enfrente.

Me rendí y dejé de forcejear con él, y vive Dios que en ese momento fue cuando me puse a rezar. Cerré los ojos y aparté la cabeza de la caja, y justo entonces la oí en su interior; al principio no hacía apenas ruido, como el rumor de un suave viento entre los tallos secos del maíz, pero después el cascabeleo fue subiendo de tono hasta que ya no pude obligarme a fingir que se trataba de otra cosa. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y me imaginé lo que sería sentir la mordedura de sus colmillos, algo así como un fuerte picotazo de abeja, y también el veneno circulando por mis venas, directo al corazón. Me vi a mí misma sacando el brazo de la caja después de que me hubiese atacado, la piel de mi mano ya ennegrecida en torno a los dos agujeros y las venas azules cada vez más enturbiadas por el veneno. Vino a mi mente la imagen de la señorita Molly Jameson, su cara hinchada, sus esfuerzos por respirar, cómo se la habían encontrado tirada en medio del huerto sin la menor idea de cómo había llegado hasta allí. De verdad que pensé que me moría, y me preparé como pude para lo que pudiera pasar después de muerta.

–No tiene miedo, ¿a que no? –susurró Chambliss. Intenté decirle algo, pero era como si las palabras se me atragantasen en la garganta y no pudiese esputarlas para hablar. Chambliss me estrujó el cuello y me zarandeó de lo lindo, y en ese momento noté que la serpiente daba sacudidas contra el techo de la caja y pensé que, sin lugar a dudas, me había mordido–. ¡Que si tiene miedo! –me gritó entonces.

–No –dije finalmente, tan bajo que casi ni me oí a mí misma–. No tengo miedo.

–Si cree, no debe tener miedo –susurró–. Si tiene fe, no hay nada en este mundo que pueda hacerle daño. Ni la ley, ni el hombre. No hay nada a lo que deba temer, salvo al Señor.

Nada más decirlo, sentí que su mano me soltaba el brazo; lo saqué en un abrir y cerrar de ojos por la trampilla de la caja y me lo apreté contra el cuerpo con la otra mano. Oí que cerraba la trampilla con la bota y después le oí por detrás, colocando bien la silla. Aún no había abierto los ojos porque hasta para eso tenía demasiado miedo, y permanecí de rodillas en el suelo con los brazos recogidos por debajo de

la barbilla como si estuviera rezando. Oí sus pisadas cuando dio la vuelta por delante de mí; se inclinó, cerró el pestillo de la caja y la cogió por el asa. Notaba que estaba a mi lado mirándome porque le oía resoplar, pero por lo demás todo volvía a estar silencioso, tanto que casi era como si nada hubiese sucedido.

–Espero verla el domingo –dijo al cabo–. Si se anima, entre y súpese a nuestro oficio.

Permanecí agachada en la primera fila del templo y oí que sus pisadas se alejaban por el pasillo central en dirección a la puerta. Oí que la abría y salía, y nada más hacerlo mis ojos percibieron la explosión de luz que entró por la puerta a pesar de que los tenía bien cerrados. Chambliss estaba fuera, pero yo me quedé clavada en el sitio hasta que oí que el motor de su coche se aceleraba; tampoco me moví cuando le oí salir a la carretera para dirigirse hacia la autopista. Una vez que estuve segura de que se había marchado, abrí los ojos y traté de mirar en derredor para orientarme; pero ya no entraba luz por la puerta, y pensé que mis ojos tendrían que adaptarse a la negrura que se había vuelto a apoderar del templo.

Jessy Hall

Dos

Fui siguiendo a Joe Bill por la orilla del río y llegamos más lejos que nunca. Hicimos un alto en el puente, subimos desde el río por un sendero nuevo bajo el resplandeciente sol de la mañana y cruzamos la carretera en dirección al bosque. Fuimos caminando por la vía del tren, oliendo el tufillo a recocado de las traviesas polvorientas, y después nos metimos entre los árboles y nos arrastramos por el brezo y las ramas podridas sin mediar palabra, hasta que llegamos a la linde del bosque y nos quedamos a la sombra mirando la parte de atrás del templo, que estaba al otro lado de la pradera.

Hacía tanto calor que tenía el pelo y la camisa empapados de sudor, y pensé que si me daba por contarle a alguien que acababa de ser bautizado en el río con toda la ropa puesta, me creería. Por debajo de los vaqueros notaba el sudor chorreándome por las piernas, y sabía que cuando se secase me empezaría a picar. Me saqué la camisa y me enjuagué la cara, y después me volví a remeter la camisa en el pantalón porque mamá nos había advertido mil veces que nos la remetiésemos para ir a la iglesia, sobre todo los domingos por la mañana. Siempre decía que a la madre de Joe Bill le traía sin cuidado con qué pintas se presentaba su hijo en la escuela dominical, y me da que tenía razón, porque Joe Bill se había sacado la camisa y además llevaba varios botones desabrochados. Extendió la mano para coger la rama de un árbol, tiró de ella hacia abajo y se apoyó. Busqué una rama de la que yo también pudiese tirar para apoyarme, pero no había ninguna a mi alcance. Joe Bill tenía once años y yo nueve, así que no solo era dos años mayor que yo, también era dos años más alto.

Una brisa cálida surcó la pradera y se abrió paso hacia nosotros a través de las altas hierbas. Miré a Joe Bill; la brisa le estaba retirando el remolino de la frente. Tenía el pelo rubio, pero a la sombra parecía casi tan castaño como el mío porque estaba todo sudado. Me miró, y después volvió a mirar hacia la pradera.

—Ahí está —dijo, señalando con la cabeza la parte de atrás del templo.

Miré hacia el otro extremo de la pradera, pero no sabía a qué se suponía que tenía que mirar porque nunca había estado detrás del templo. En la fachada había unas ventanas grandes que alguien había tapado por dentro con periódicos hacía ya tanto tiempo que el sol los había amarilleado. En la parte de atrás del templo solo

había una ventana, y en el alféizar había un aparato de aire acondicionado viejo y oxidado.

—Allí —dijo Joe Bill. Subió la mano y apuntó con el dedo hacia la otra punta de la pradera, hacia el aparato de aire que colgaba de la ventana. Estaba encajado por los lados entre unas tablas de aspecto podrido, pero casi parecía demasiado pesado para que pudiesen mantenerlo en su sitio—. ¿Lo ves? —preguntó Joe Bill.

—Lo veo —le dije. Volvió a mirarme, y a continuación dio un paso y se acercó a mí como si pudiese haber alguien observándonos y tuviese miedo de que oyese lo que estaba a punto de decirme.

—Entre esas tablas y el marco de la ventana hay huecos —dijo—. Si te acercas lo suficiente, se ve el interior.

Miré el aparato de aire acondicionado, y, aunque desde donde estábamos no lo oía, veía que soplaba aire caliente sobre la hierba que había justo debajo de la ventana. El templo estaba pintado de blanco, pero la parte de abajo se había vuelto naranja debido a los chaparrones que salpicaban polvo y barro desde la hierba.

—Apuesto a que sigue ahí dentro —dijo Joe Bill.

—¿Tú crees?

—Seguro que sí —dijo—. No ha pasado mucho rato desde que vino a recogerle el señor Thompson.

Joe Bill soltó la rama, que me pasó rozando la oreja y rebotó de nuevo hacia el árbol con un chasquido.

—¡Eh! —grité—. ¡Que por poco me arrancas la oreja!

—¡Shhhh! —susurró—. Cállate. —Cerró los ojos y bajó la cabeza, y por un instante pareció como si fuese a rezar, pero de pronto los abrió de nuevo muy muy despacio como si se acabase de despertar de una siesta—. Escucha —dijo.

—¿El qué?

—¿No oyes eso?

—Que si oigo ¿qué?

—Escucha —repitió.

Bajé la cabeza y cerré los ojos como le había visto hacer a Joe Bill, y por un momento no pude oír nada más que unos pájaros alborotando en los árboles por encima de nuestras cabezas y el sonido de la brisa entre la hierba seca, y al poco rato ni siquiera eso. Pero entonces, muy lentamente, el canto de los grillos se elevó desde el bosque; sus chirridos sonaban como una cuchara raspando un plato limpio, y por encima de ellos, al otro lado de la vía del tren y más allá del bosque, oía el lento discurrir del río hacia Marshall, y era un sonido tan suave que me pregunté si no me lo estaría inventando o simplemente recordándolo porque sabía que el río estaba allí. Después ya no pude oír nada, hasta que me concentré en escuchar lo que llegaba por aquella pradera en la que los saltamontes y las chicharras zumbaban entre las altas hierbas. Era un ruido que siempre había oído

sin saberlo siquiera, y cuando lo distinguí supe por fin de qué me hablaba Joe Bill. Al principio sonaba como un latido, y lo sentía dentro del pecho también como un latido, como si estuviese metido en mi cuerpo aporreándome las costillas para salir. Me acordé de la banda de Madison High en los partidos de fútbol americano, de sus miembros desfilando con los tambores pegados al pecho, de esa sensación que te recorre el cuerpo cuando salen al campo durante el descanso con los bastones, las cornetas y los tambores, armando un ruido ensordecedor. Y luego empecé a oír otros ruidos justo por encima del latido: la guitarra eléctrica sobrevoló la pradera como el chisporroteo de una radio vieja mal sintonizada, y el sonido de alguien aporreando un piano le vino a la zaga. De repente caí en la cuenta de que lo que estaba oyendo era música, y al abrir los ojos supe que venía del interior del templo. Miré a Joe Bill.

–Es música –dije.

–Ya lo sé –dijo Joe Bill–. Deben de estar cantando.

Nos quedamos en la sombra escuchando lo que nos llegaba de la música desde la otra punta de la pradera. De vez en cuando oía voces de personas, y sonaba como si estuviesen gritando.

–¿Vas a echar un vistazo? –me preguntó Joe Bill.

–Aún no lo he decidido –dije, pero en el fondo deseaba poder decirle que no porque me aterraba la idea de cruzar la pradera para ir a espiar a la gente que estaba en el templo. Mamá nos había dicho a Stump y a mí que no estaba bien eso de espiar a los adultos, y una vez nos pilló escondidos en el granero escuchando a papá y al señor Gant mientras colgaban hojas de tabaco burley. Cuando nos descubrió, nos llevó a casa y nos dio una buena tunda en los muslos con uno de los cinturones viejos de papá.

–Os tengo dicho que no espiéis a los adultos –dijo–. Sobre todo a papá. No tenéis por qué enteraros de las cosas que dicen los hombres como él.

Pero yo ya sabía de qué tipo de cosas hablaban los hombres como mi padre. Hablaban de tabaco burley, de agricultura y de otros hombres que se compraban un coche nuevo o se echaban novia o tenían esposas enfermas que morían cuando nadie se lo esperaba. No lograba entender qué tenían de especial aquellas conversaciones para que Stump y yo no pudiéramos oírlas. Quería decirle a mamá que de lo único que hablaba papá era de esas cosas de las que habla la gente mientras trabaja o para pasar el rato cuando va de visita. De lo único que hablaba ella era de Dios, de Jesús, del pastor Chambliss y de los tejemanejes que se traían en el templo. A veces quería decirle: «Si tan bien se está allí, ¿por qué no consigues que papá te acompañe?», y «Si es tan maravilloso, ¿por qué no podemos entrar también Stump y yo?». Quería decirle que estaba harto de oír hablar de esas cosas, pero me callaba lo que pensaba porque no quería que sacase el cinturón y me arrease otra tunda.

Joe Bill alargó el brazo y me dio con el puño en el hombro.

–Venga –dijo–. No irás a portarte como un mariquita, ¿no?

–Ve tú –le respondí–. Tú eras el que se moría de ganas de venir aquí, a mí no me metas en líos. Van a salir enseguida, y a mi madre le va a dar algo como me pille espiando.

–Pero si aún falta mucho para el mediodía –dijo Joe Bill–. Los domingos ni siquiera salen hasta la una. Queda un buen rato. Además, espiar, lo que se dice espiar, no es esto. Seguro que tu madre te habría dejado entrar con Stump si se lo hubieras pedido. No hay nada malo en echar un vistazo solo porque no se lo pediste.

–Ellos tampoco me lo pidieron a mí –dije–. El señor Thompson vino y se llevó a Stump, no a mí.

Pero a la vez que lo decía, me alegraba de que el señor Thompson no hubiese bajado al río a por mí. No quería que me cogiera de la mano y cruzase la carretera conmigo para ir al templo como había hecho con Stump. Era viejo y calvo, excepto por detrás de las orejas, donde le asomaban unos pelos rubios muy claros. Eran del color de la hierba seca, y tenía la cara, los brazos y las manos cubiertos de manchas marrón oscuro que parecían pecas grandes. Los ojos, viejos y amarillentos, siempre estaban húmedos, y daba la impresión de que eran demasiado grandes para su cabeza, como si en cualquier momento te fuesen a saltar encima. Aquella mañana, cuando el señor Thompson le tendió los brazos, Stump se había llevado la mano a la espalda y se había arrimado a mí. Hasta la señorita Lyle había hecho una mueca como si no quisiera que el señor Thompson tocara a Stump.

–Venga, Christopher –dijo el señor Thompson–. No tengas miedo. He venido a decirte que hoy es tu día especial. Queremos que esta mañana te unas a nosotros en oración. –Su aliento olía como nuestra ropa cuando volvíamos de jugar en la calle en invierno.

–¿Por qué es su día especial? –preguntó Joe Bill.

–Porque –dijo el señor Thompson– el Señor lo ha llamado. –Fue a coger la mano de Stump, pero Stump no le permitió que se la tocara. Había cerrado los dedos en un puño alrededor de algo y se negaba a abrirlos–. ¿Qué tiene ahí? –preguntó el señor Thompson. Miré a Stump.

–Déjame que te vea la mano –dije. Stump volvió a llevarse la mano a la espalda y se puso a mirar hacia el río como si no me oyera–. Stump –dije–, déjame ver qué tienes. –Por fin abrió la mano, y entonces vi que había cogido un trocito de cuarzo que debía de haberse encontrado cuando estábamos en el río jugando a las cabrillas con Joe Bill. Siempre hacía lo mismo; cogía rocas brillantes y se las guardaba en los bolsillos hasta que llegábamos a casa. En nuestro cuarto teníamos una balda entera para colocar nuestra colección de rocas. Incluso teníamos una enorme roca morada de cuarzo, más o menos del tamaño de una pelota de béisbol, que papá se había

encontrado mientras removía los surcos de tabaco. Le tendí la mano a Stump—. Yo te la guardo —dije—. No permitiré que le pase nada. Te lo prometo.

Soltó el cuarzo en mi mano y me lo metí en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Después, Joe Bill y yo nos quedamos mirando a Stump y al señor Thompson mientras cruzaban la carretera para irse al templo.

No quería que Stump fuera sin mí, a pesar de que mamá me había dicho una y mil veces que yo aún no tenía edad para acompañarla al templo. Pero también me había dicho una y mil veces que debía cuidar siempre de Stump y asegurarme de que no le pasaba nada, que era como si yo fuese el hermano mayor y él, el pequeño. Pensé que en estos momentos daba lo mismo lo que hubiera dicho, y me sentí pequeñísimo mientras, clavado en el sitio, veía cómo el señor Thompson cogía a Stump de la mano y cruzaba la carretera con él.

Debía de haberme arañado con algo mientras atravesaba el bosque, porque en el brazo tenía una gota de sangre negra que empezaba a convertirse en costra; me arranqué la costra con el dedo y me restregué la sangre negra por la piel. Dejó un rastro como de óxido entre los pelillos del brazo. Joe Bill y yo llevábamos tanto tiempo a la sombra que el sudor de las piernas se me estaba secando y me empezaba a picar. Me pasé el dedo por el bolsillo de los vaqueros para quitarme la sangre, y luego me rasqué las piernas con las uñas hasta que dejaron de picarme. Sentía cómo retumbaba la música en mi pecho desde la otra punta de la pradera.

Joe Bill se agachó entre la hierba y apoyó los codos en las rodillas. Después cogió un palo y empezó a partirlo en trocitos que iba lanzando al frente. No se fijaba en dónde aterrizaban porque estaba demasiado ocupado observando la parte trasera del templo, donde el aparato de aire temblaba de tal manera en la ventana que parecía que fuese a romper las tablas y precipitarse al suelo de un momento a otro.

—¿Qué crees que estará haciendo Stump ahí dentro? —pregunté.

Joe Bill estuvo un buen rato sin decir nada, y después se rio, partió el último trocito del palo y lo arrojó a la hierba. Me miró y sonrió.

—Cantando no está —dijo—, eso desde luego.

—Pues está ahí por alguna razón —dije—. El señor Thompson dijo que era su día especial. A lo mejor mi madre quería que estuviese con ella.

—Pero ¿por qué? —dijo Joe Bill—. Si ni siquiera puede hablar ni cantar ni nada.

—Eso no importa —dije—. A lo mejor ya tiene edad para ir con ellos al templo. Tiene trece años. Es mayor que tú.

—Y qué —dijo Joe Bill—. Yo soy más listo que él. Al menos, puedo hablar.

—Que no pueda hablar no significa que no sea listo.

—Mi hermano dice que si no puedes hablar es que eres tonto —dijo Joe Bill.

—Pues tu hermano es un imbécil —dije, y nada más decirlo supe que debía haberme callado. Joe Bill se volvió muy despacio y me miró como si él tampoco se

pudiera creer lo que había dicho. Nos miramos el uno al otro por un instante, y luego me agaché a su lado, cogí un palo y empecé a partirlo en trocitos para no tener que mirarle mientras él seguía clavándome los ojos.

–De mi hermano no hables –dijo al fin.

–Tampoco hables tú del mío.

–Solo te estoy contando lo que me dijo Scooter –dijo Joe Bill.

–Me da igual lo que te dijera –afirmé–. ¿Por qué siempre sacas la cara por él? Lo único que hace es pegarte unas palizas del copón.

Joe Bill se enderezó y miró hacia el templo; después, a mí.

–¿Vas a subir o no? –preguntó–. Porque si no, yo me vuelvo al río antes de que la señorita Lyle empiece a buscarnos.

No dije nada; seguí ahí sentado partiendo el palo en trocitos, acortándolo cada vez más, y me quedé mirando el templo a través de las altas hierbas, dándole vueltas a lo que debía hacer. Joe Bill soltó un suspiro muy fuerte, se dio media vuelta y empezó a adentrarse en el bosque.

–Debería haber sabido que te rajarías –dijo–. Siempre te rajas.

Intenté imaginarme lo que estaría haciendo Stump en el interior del templo, con aquella música estruendosa y tanta gente cantando y vociferando, y pensé que sería incapaz de contarme ni una sola palabra de lo que había visto. Me dije que si quería enterarme de lo que hacían allí dentro, quizá aquella mañana fuese mi única oportunidad.

–De acuerdo –grité–. Voy. –Joe Bill se paró en seco y se volvió para mirarme–. Voy si vienes tú conmigo –dije–. Si me pillan a mí, también te pillarán a ti.

–Por fin –dijo. Salió del bosque y vino hacia mí. Le eché una ojeada y luego, casi sin pensarlo, me arrastré lentamente desde el bosque hasta la linde de la pradera, donde la hierba era alta y de un amarillo intenso a la luz del sol; entonces me agaché y empecé a cruzarla como si temiese que mi cabeza fuese a chocar con algo si me erguía demasiado. Una vez fuera del bosque, parecía como si la pradera no tuviera fin, y supuse que si me erguía podría ver la carretera que pasaba por delante del templo, y tal vez incluso el tramo del río que bajaba hacia Marshall. Sabía que eso significaba que cualquiera que pasase en coche también podría verme a mí, y tenía miedo de que en cualquier momento apareciese la señorita Lyle por la orilla del otro lado de la carretera y me descubriese. Me agaché cuanto pude, doblé las rodillas casi hasta el suelo y seguí caminando.

Cuando llegué más o menos a la mitad de la pradera me detuve, miré atrás y vi que Joe Bill ni siquiera se había movido todavía. Le hice un gesto con la mano para que me siguiera, pero sonrió y sacudió la cabeza, y entonces me di cuenta de que me había estado mintiendo cuando decía que me iba a acompañar. Pensé en regresar, pero no quería que Joe Bill volviese a llamarme gallina, por mucho que él lo fuera. Y entonces pensé que Stump estaba allí con mamá y miré la parte de atrás

del templo a través de la hierba y vi el aparato de aire acondicionado que seguía vibrando en la ventana, y me dije que ya había llegado demasiado lejos para pensar en volverme.

Miré otra vez a Joe Bill y susurró algo, pero estaba demasiado lejos para que le oyera. Se llevó las manos a los ojos y me miró como si estuviese intentando bloquear el paso del sol. Di media vuelta, enfilé hacia el templo y enseguida estuve lo bastante cerca para distinguir la canción que sonaba, y supe que era *Señor, hágase tu voluntad*. A veces mamá nos la cantaba a Stump y a mí por la noche antes de acostarnos, y me vinieron a la cabeza las palabras como si estuviese en la cama cantando con ella, cuando en realidad estaba en medio de la pradera detrás del templo, agachado, caminando pegado al suelo mientras la canción sonaba en mi cabeza.

Un trocito de tejado sobresalía por la parte trasera del templo; pero apenas daba sombra, y cuando por fin llegué al templo noté que el sol me quemaba a través de la camisa. Me fijé en que el sol arrojaba mi sombra sobre la pared de hormigón, y pensé en lo fácil que sería que mamá, el señor Gene Thompson, la señorita Lyle o cualquier otro doblasen la esquina del templo en el momento más inesperado y me pillasen espiando. Me imaginé que veía sus siluetas desplazándose por la pared, acercándose sigilosamente. Casi podía sentir que alguien me daba un toque en el hombro, y traté de pensar en lo que diría si me encontraban allí.

El aparato de aire estaba enganchado a la ventana, más o menos a la altura de mis ojos, y al arrimarme descubrí que metía tal estruendo que me sería imposible oír a quienquiera que se acercase a mí a hurtadillas. Armaba tanto ruido que apenas podía oír la música que salía del interior del templo. Al acercarme más noté el calor que soltaba, y una bocanada de aire caliente me entró por el cuello de la camisa y me sopló el pelo hacia atrás como si estuviese dentro de la camioneta de mi padre con las ventanillas bajadas.

Permanecí inmóvil bajo el sol mientras el aire caliente me soplabá, y examiné de arriba abajo el lado derecho del aparato hasta que vi una grieta diminuta cerca de la parte alta de la ventana, entre el hormigón y el contrachapado, por la que salía un poquito de luz del interior del templo. Busqué otra grieta más baja pero no encontré ninguna, así que me puse de puntillas, alargué el brazo, me agarré al viejo alféizar podrido y me aupé un poco para ver el interior. La música atravesaba la pared y retumbaba en mis rodillas.

Me elevé todo lo que pude, pero todavía no había conseguido asomarme cuando vi algo por el rabillo del ojo. Solté el alféizar, me dejé caer al suelo y me aparté, y entonces vi que, pegada a la mía, había otra silueta proyectada sobre la pared. Me volví y eché a correr hacia el bosque, pero no había dado ni dos pasos cuando mi nariz se estrelló contra el pecho de Joe Bill, que me agarró de los hombros para

evitar que le derribase. Tenía los ojos abiertos como platos y me miraba fijamente. Me tapó la boca con la mano como si temiera que fuese a chillar, y después se llevó el dedo a los labios.

–Shhhh –dijo. Nos miramos un momento y apartó la mano de mi boca para dejarme hablar–. ¿Te he asustado? –susurró. Sonrió como si le hiciera gracia.

–Maldita sea, Joe Bill –dije. Le empujé con todas mis fuerzas para que se largase y me dejase en paz.

–Será mejor que te calles –dijo, tan bajo que apenas le oí por encima del aparato de aire y de la música que retumbaba al otro lado de la pared–. ¿Has conseguido ver algo ya?

–No he podido echar ni un vistazo –susurré. Señalé hacia la luz que salía del templo por la grieta que había entre la tabla y el muro, y después vi cómo Joe Bill se ahuecaba las manos alrededor de los ojos y se ponía a escudriñar a través de la grieta. Se volvió a mirarme.

–Solo están cantando –susurró.

–Déjame ver –dije.

–Vete al otro lado y busca otra grieta –dijo–. Esta está demasiado alta para ti. –Le tiré de la camisa para arrancarlo de allí, pero como no se movía me agaché por debajo del aire acondicionado y encontré otra grieta por la que mirar. No estaba tan alta como la grieta de antes, pero aun así tuve que ponerme de puntillas y apoyar los brazos en el alféizar para asomarme. Hinqué los dos codos en el alféizar y apreté las rodillas contra la pared; después, ahuequé las manos alrededor de los ojos igual que le había visto hacer a Joe Bill.

Veía directamente el interior del templo; era casi como si estuviese allí, subido al pequeño escenario del fondo y contemplando las caras de la gente del público. Estaban todos cantando exactamente como había dicho Joe Bill, pero la guitarra y la batería habían parado y lo único que se oía eran las voces y el piano, aporreado por alguien a quien no veía. Estaba muchísimo más oscuro de lo que me había imaginado, sobre todo con aquel sol tan brillante a mis espaldas, y no veía mucho más allá de las primeras filas. Busqué a mamá y a Stump, pero la grieta era pequeña y no llegaba a distinguir todo lo que había allí dentro.

La gente se estaba levantando de las sillas plegables y daba palmadas al compás de la música. Los había que se mecían de atrás adelante a la vez que cantaban con los ojos cerrados. El aparato vibraba con un ruido sordo justo al lado de mi cabeza, tan fuerte que apenas oía nada más; el aire caliente me daba en la cara y me alborotaba el pelo, y me parecía como si estuvieran bombeándolo directamente desde el interior del templo sobre nosotros dos.

Al poco rato empezaron a dolerme los hombros y los codos del esfuerzo de sostener mi peso, así que me dejé caer al suelo para darles un respiro. Me froté los codos con las yemas de los dedos y usé las uñas para arrancar los trozos de pintura

seca y las astillas de madera vieja que se me habían pegado a la piel. Joe Bill se agachó por debajo del aparato de aire y se pasó a mi lado.

–Esto es un rollo –susurró–. No hacen más que cantar. Por mí, nos vamos.

–Pues hala, vuelve al río –dije, aunque esperaba que no lo hiciera porque no quería que me dejase allí solo. Me observó mientras me quitaba la pintura seca de los codos, y después volvió la vista atrás hacia los árboles del fondo de la pradera.

–Más vale que nos pongamos en marcha –dijo–. Van a salir enseguida.

–Pero si ni siquiera he visto a Stump todavía –le dije–. A eso habíamos venido, ¿no?

–Es que estoy pensando que no deberíamos estar haciendo esto –dijo.

–¿Y ahora quién es el gallina? –pregunté. Joe Bill permaneció quieto un instante, y después se agachó para pasar al otro lado del aparato. Me giré de nuevo hacia la ventana, me puse de puntillas, me aupé con los codos y ahuequé las manos en torno a los ojos para atisbar por la grieta.

Ni una sola de las personas que había allí dentro se había sentado aún, y alguien seguía aporreando el piano a pesar de que parecía que habían dejado de cantar. Prácticamente todos tenían los ojos cerrados, y algunos habían alzado las manos sobre la cabeza como si saludasen con aspavientos a alguien que estaba demasiado lejos para verlos.

De pronto, el pastor Chambliss pasó como una exhalación por delante de mis ojos y desapareció, y por su manera de moverse parecía que estaba bailando, saltando o dando botes delante de la congregación. Un instante después volvió a pasar, y luego regresó y se detuvo justo delante de mí. Le veía perfectamente. Allí se quedó, de espaldas a nosotros dos, mirando fijamente a todas aquellas personas que se mecían de atrás adelante con los ojos cerrados a la vez que agitaban las manos por encima de la cabeza, sus puños abriéndose y cerrándose como si intentasen agarrar algo que había en el cielo.

El pastor Chambliss llevaba el pelo tan rasurado que apenas se le notaba la pequeña calva de la coronilla, y seguramente yo ni siquiera la habría visto si Chambliss no hubiese estado sudando y la luz no la hubiese resaltado. Por su aspecto parecía que hubiera estado en el ejército, aunque ya debía de tener demasiados años para ser soldado. Su camisa azul tenía la espalda oscurecida por el sudor, y aunque la manga izquierda estaba remangada por encima del codo, la derecha la llevaba bien abotonada a la muñeca, y yo sabía por qué: su mano derecha, rosa chillón y arrugada, daba miedo. Aunque ya se encargaba él de que la manga derecha siempre estuviera bajada, la mano no la podía ocultar; todos los presentes en el templo la habían visto, y la mayoría seguramente estaba tan acostumbrada a verla que ya ni siquiera reparaba en ella. Pero yo llevaba todo el fin de semana pensando en aquella mano porque la había visto dos días antes a la luz de un sol brillante, lo mismo que el brazo al que estaba unida, y había visto la piel

rosada que le subía hasta el hombro y le cubría el pecho como el chicle cuando haces una pompa y estalla y se te extiende por las mejillas.

El viernes anterior, después de que el autobús del colegio me dejase al final de la carretera, me había encontrado a mamá y a Stump sentados en los escalones del porche como si me estuvieran esperando. En las manos tenían unas cajitas de madera que parecían jaulas con asas, y cuando me hube acercado lo suficiente para oír lo que mamá le estaba contando a Stump, oí el chirrido que hacía el asa mientras mamá columpiaba su caja. Alzó la vista y sonrió al verme.

—Ya estás aquí —dijo—. ¿Qué tal el cole?

—¿Qué hacéis aquí fuera? —pregunté.

—Esperarte —dijo.

—¿Para qué?

—Porque se me ha ocurrido que igual queréis ir a coger salamandras para vuestra habitación.

Solté la mochila en el primer escalón, junto a los pies de mamá, y miré la caja de madera que tenía agarrada. Me la ofreció, y la cogí por el asa.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—Bueno —dijo—, llevabais tiempo queriendo unas, y pensé que por qué no si sois capaces de ocuparos de ellas. Tendremos que encontrar algo donde meterlas, pero por ahora esto servirá. Ya te meto yo la mochila en casa; podéis bajar al arroyo si me prometéis que no os vais a manchar la camisa y el pantalón.

—Prometido —dije. Miré la caja que tenía en la mano—. ¿De dónde las has sacado?

—De un amigo —dijo—. Me las ha prestado para que las uséis. Pero no nos las podemos quedar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije.

Cogió mi mochila, se levantó de los escalones y se dio media vuelta para entrar en casa, pero antes de seguir se volvió a mirarnos. «A ver si pilláis cinco salamandras», dijo. «Creo que con cinco tendremos más que de sobra. Así que a ver si las pilláis.» Miré a Stump como si no me pudiese creer lo que acababa de decir, y, cogiéndola del asa, columpié la jaula para hacerla chocar con la suya como en un brindis.

—¿Estás listo? —pregunté. Stump saltó desde lo alto del porche, y empezamos a cruzar el prado rumbo al arroyo que estaba al pie de la colina.

Pero no pillamos ninguna salamandra. No pudimos encontrar ni siquiera una. Debía de ser la única vez que había ido a por salamandras y no había encontrado ninguna, y mientras subíamos por la colina de regreso a casa lo único que llevábamos en aquellas cajitas eran unos cuantos palos y unas briznas de hierba que me recordaban al terrario que teníamos en clase.

Tenía los pantalones calados por encima de las rodillas, y llevaba los zapatos en

la mano con los calcetines arrebuñados en el interior. Tenía miedo de que mamá se enfadase conmigo por haberme ensuciado tanto, sobre todo después de haberle dicho que no lo haría. Stump se había dejado los zapatos puestos mientras caminaba por el arroyo, y cada vez que daba un paso crujían y se oía el chapoteo del agua por dentro. Sabía que esto tampoco le iba a hacer ninguna gracia a mamá.

Llegamos a casa por un lateral y me paré delante del barril que recogía el agua de la lluvia. Estaba en alto, sobre unos bloques de hormigón, y el canalón bajaba hasta él desde el tejado. Me agaché y abrí la espita. Oí cómo se formaban burbujas dentro del barril cuando el agua empezó a salir a raudales.

–Lávate las manos –le dije a Stump–. Mejor será que también nos lavemos los zapatos. Mamá se va a enfadar como metamos todo este barro en casa.

Dejó la caja en la hierba junto al barril de lluvia, puso las manos debajo del agua y se las frotó para quitarse la mugre.

–Pon también los zapatos –dije. Cogió uno de sus zapatos y lo sostuvo debajo del agua, y yo encontré un palo y lo usé para raspar el barro de los bordes. Después sostuvo el otro y volví a hacer lo mismo. Stump cerró la espita, y fue entonces cuando los oímos dentro de casa. Miré hacia la ventana que daba al dormitorio de mamá y papá, y Stump y yo nos quedamos arrodillados entre la hierba y nos pusimos a escucharlos. Eran los mismos ruidos que les oíamos hacer algunas mañanas cuando no sabían que ya estábamos despiertos.

Stump se irguió y miró hacia la ventana, y ladeó la cabeza como si tratase de oírlos mejor. Lanzó los zapatos hacia atrás y se acercó más a la casa.

–Uno de los dos se va a asomar a la ventana y te va a ver –susurré–. Y entonces saldrán aquí fuera y nos molerán a palos por espiarlos.

Volví a abrir la espita, puse mi zapato debajo del agua y raspé un poco más de barro de la suela con el palo. Stump se fue derecho a la casa y extendió las manos hacia el alféizar de la ventana como si pensase en auparse para mirar.

–Más te vale dejarlo –susurré alzando la voz, y acerqué el palo y le di en la pierna por detrás. Volvió la cabeza para mirarme y se apartó de la ventana, y después apoyó las palmas de las manos sobre el barril, se agarró al canalón y se aupó. Cerré la espita, y oí que la enorme burbuja volvía a subir flotando a la superficie.

–Stump –dije–, más te vale bajar. No va a aguantar tu peso. –Pero hizo como si ni siquiera me oyese–. Más te vale bajar –repetí.

Al enderezarme, noté cómo se espachurraban el barro y la hierba mojada entre los dedos de mis pies, y oí que la cama de mamá y papá chirriaba en su dormitorio. Stump apoyó las manos en el alféizar, se puso de puntillas sobre el barril y trató de asomarse. Vi que los bloques de hormigón que había debajo del barril se movían un poco, y de pronto el barril se ladeó ligeramente como si fuese a volcar. Lo agarré por los lados para evitar que cayera, y sentí el vaivén del agua en el interior.

–Stump –susurré. Alargué el brazo y le tiré de la pierna, pero permaneció allí de puntillas intentando asomarse a la ventana como si no hubiese notado el tirón–. No va a aguantar tu peso –dije. Volví a tirarle de la pierna, y en ese momento el agua embarrada que tenía en los pies le hizo perder el equilibrio. Los pies dejaron de sostenerle y cayó de culo encima del barril. El barril se salió de cuajo del canalón y se volcó, y Stump resbaló, chocó contra la casa y aterrizó sobre los bloques de hormigón. El barril dio una vuelta en la hierba con la tapa rota. El agua se derramó y se extendió por el terreno, y Stump se quedó tendido boca arriba encima de los bloques de hormigón.

Oí la voz de mamá a través de la ventana abierta del dormitorio.

–¿Qué ha sido eso? –dijo.

–No sé –respondió un hombre. No reconocía la voz, pero sabía que no era la de papá–. Voy a ver –dijo la voz–. Tú quédate aquí. –Oí que la cama chirriaba como si alguien se levantase–. Tú quédate aquí –insistió la voz. Supe que la voz, fuera de quien fuese, iba a salir a buscarnos. Miré a Stump.

–Levanta –le dije a Stump, pero no se movió.

Me arrodillé y traté de poner el barril derecho, pero los pies me resbalaban con la hierba mojada y el barril pesaba demasiado para moverlo. Stump seguía allí tumbado con los ojos cerrados como si se le hubiese cortado la respiración, y después se llevó las manos a la espalda como si le doliera. Oí que se abría la puerta del dormitorio.

–Levanta, Stump –dije, pero siguió clavado en el sitio y miró por encima de mi hombro hacia la ventana como si no se pudiera mover–. Que salen –susurré. Le tendí la mano y traté de tirar de él–. Levanta –repetí.

Al oír que la puerta mosquitera de la entrada se cerraba de golpe, me di media vuelta y salí disparado hacia el bosque que había junto a la casa. Corrí hasta que me pareció que ya nadie podía verme, y entonces paré y me tendí boca abajo detrás de las raíces de un árbol y volví la mirada hacia el prado. Veía el barril de lluvia, que seguía donde lo había colocado, y veía también el canalón doblado y roto, pero a Stump no le veía porque aún no se había levantado.

Seguí tumbado cuan largo era esperando a que la persona a la que había oído, quienquiera que fuese, doblase la esquina de la casa y encontrase a Stump, y entonces recordé que mis zapatos seguían allí y pensé que los encontraría, se lo diría a mamá y mamá me daría una paliza porque no debería haber permitido que Stump se subiese al barril y porque no deberíamos haber estado espiando. Pero todo esto lo olvidé en cuanto vi al pastor Chambliss. Al principio solo le vi la cara porque se asomó por la esquina como si se estuviese escondiendo de alguien y quisiera inspeccionar aquel lado de la casa para asegurarse de que no era peligroso salir. Se quedó mirando el barril de lluvia desde la esquina, pero luego echó a andar hacia el prado y le pude ver bien. No llevaba puestos más que unos vaqueros viejos

y sucios que tenía que agarrarse por la cintura porque le faltaba el cinturón. Se había calzado después de ponerse los vaqueros, así que se paró, se inclinó y se sacó las perneras por encima de las botas. Cuando se agachó, vi la parte de dentro de su brazo derecho, el rosa chillón y brillante. Al erguirse, me fijé en que la piel rosa y arrugada también le cubría el pecho y le subía por el cuello. Dirigió la mirada hacia el bosque, y yo me pegué cuanto pude al suelo por detrás de las raíces para que no me viera. El pastor Chambliss se acercó al barril, se paró en seco y se quedó mirando a Stump sin más, como si le sorprendiera verle allí tumbado. Se inclinó y enderezó el barril. Después encajó la tapa donde se había soltado. La aporreó con el puño y la cerró bien cerrada. Oí que la mosquitera daba un portazo, y un instante después la voz de mamá dio la vuelta a la casa desde el porche.

—¿Qué era? —gritó. El pastor Chambliss giró la cabeza bruscamente y miró hacia el prado.

—Nada —respondió con otro grito—. Vuelve dentro. —Se volvió y miró de nuevo a Stump.

—¿Estás seguro? —dijo mamá.

—Sí —gritó él—. No es nada. Se ha volcado el barril de lluvia, nada más. Métete. — Se puso en cuclillas como si le estuviese echando un buen vistazo a Stump, y después alargó aquel brazo tan arrugado por detrás del barril como si le tendiera la mano para ayudarlo a levantarse— ¿Qué es lo que has visto, chaval? —dijo. Pareció que esperaba que Stump dijese algo, y entonces se rio. Dio media vuelta y regresó a la entrada. Tuve oportunidad de echarle un buen vistazo al brazo malo, y vi que ni siquiera tenía vello. Desde el bosque, tumbado detrás de las raíces, fijé la mirada en su brazo hasta que dobló la esquina en dirección a los escalones del porche y ya no le pude ver más.

Aquella noche, mientras Stump y yo nos preparábamos para dormir, le pregunté a mamá qué le había pasado al pastor Chambliss en la mano para que tuviese aquella pinta. Stump y yo ya estábamos en la cama y mamá estaba doblando nuestra ropa y metiéndola en la cómoda, y colgando nuestras camisas de vestir en el armario. Con la puerta del armario abierta, veía la caja tranquila de Stump en la balda de arriba. Mamá se la había hecho cuando era pequeño porque decía que cuando el mundo se volvía demasiado ruidoso Stump necesitaba un lugar tranquilo al que poder irse para estar a solas. Había cogido una de las cajas de zapatos de papá y había escrito «Caja tranquila-no abrir» en un lado. Desde la cama podía distinguir su letra. Mamá nunca me dejaba ver lo que había dentro de la caja tranquila, y a mí siempre me había dado miedo pedírselo a Stump por si mamá se enteraba de que la había estado revolviendo.

Mamá acababa de coger la camisa que había llevado aquel día al colegio cuando le pregunté lo de la mano del pastor Chambliss, y en lugar de colgarla, se quedó contemplándola como si quisiera ver lo limpia que la había dejado.

–¿Cómo que «qué le ha pasado en la mano»? –preguntó. Por fin, colgó mi camisa en una percha y la metió en el armario. Después volvió a extender la mano hacia el cesto de la colada.

–¿Qué pasó para que se le pusiese así? –dije–. ¿Por qué está toda rosa?

Mamá se volvió y me miró. Vi que había cogido los vaqueros que se me habían calado de agua y barro en el arroyo.

–¿Por qué estás pensando en eso? –preguntó.

–No sé –dije–. Por saber, nada más.

Mamá se volvió de nuevo hacia la cómoda, dobló mis vaqueros, abrió un cajón y los guardó. Suspiró.

–¿Te quieres creer que hace mucho, mucho tiempo, mucho antes de que el Espíritu Santo entrase en él, el pastor Chambliss ardía para el mundo, y que las cosas de este mundo le quemaron?

–Y ¿eso qué significa? –pregunté.

–Significa que no vivía para el Señor –dijo–. Ardía para el mundo. Pero ahora arde para Nuestro Señor Jesucristo, y no hay nada en este mundo que pueda volver a quemarle.

Siguió doblando la ropa sin mirarnos. Oí que al fondo del pasillo, en la sala de estar, papá se recostaba en su sillón. Después oí que se encendía la tele.

–Y ¿cómo está lo demás? –pregunté–. ¿También lo tiene completamente quemado? –Mamá sacó el resto de la ropa del cesto de la colada y la metió toda en un solo cajón sin doblarla siquiera. Cogió el cesto, se dio media vuelta, hizo un alto en la puerta y nos miró.

–¿Por qué me preguntas eso? –dijo al fin.

–No sé –dije–. Solo por saber.

–Nunca se me ha ocurrido pensar en cómo pueda estar lo demás –dijo–. Y tú tampoco deberías pensar en cosas así. A dormir.

Apagó la luz del dormitorio y cerró la puerta. La oí alejarse por el pasillo hacia su dormitorio, y después oí que se cerraba la puerta y que se quitaba los zapatos de una patada. Al acostarse, los muelles de la cama chirriaron.

Me quedé tumbado en la oscuridad con los ojos abiertos, mirando al techo. Después me puse de lado y miré a Stump, que estaba en la otra punta de la cama.

–Stump –susurré. Abrió lentamente los ojos y me miró–. ¿Qué viste cuando estabas encima del barril de lluvia?

Nos miramos fijamente por unos instantes, y después cerró los ojos y se giró hacia el otro lado. Me quedé mirando la parte posterior de su cabeza, y me imaginé al pastor Chambliss doblando la esquina de la casa y haciéndole la misma pregunta: «¿Qué viste?».

Me puse boca arriba y volví a clavar la vista en el techo; al poco rato cerré los ojos con todas mis fuerzas y traté de rezar, pero por mucho que me empeñaba no

conseguía dejar de preguntarme si aquella mano rosa y abrasada habría tocado a mi madre.

Pero en estos momentos el pastor Chambliss estaba dentro del templo agarrando su biblia con aquella mano abrasada. Recordé lo que había dicho mamá de que ardía para el Espíritu Santo y me lo imaginé estallando en llamas y soltando calor a diestro y siniestro, y pensé que quizá el aparato de aire estuviera sacando ese calor del templo para soplarlo directamente sobre nosotros dos.

El aire acondicionado y el piano metían tanto ruido que me impedían oír lo que decía el pastor Chambliss, pero debía de estar predicando con el micrófono porque tenía la biblia en la mano y la levantaba y apuntaba a todos con ella. Iba y venía sin parar, y por unos instantes no pude verle, pero después regresó adonde le veía y había una mujer con él sobre el escenario; supe que era mamá incluso antes de verle la cara. Me elevé un poco más para ver mejor, y entonces descubrí que Stump estaba ahí de pie, pegado a ella. Noté que algo me tiraba de la camisa, y me imaginé que sería Joe Bill. Se había acercado por debajo del aparato del aire y estaba a mi lado.

—Acabo de ver a Stump —dijo. Volvió a tirarme de la camisa, y me mantuve en equilibrio sobre un pie a la vez que le daba patadas en la mano con el otro para que parase—. Eh, tú —me susurró.

—Yo también le veo —dije.

—¿Por qué está ahí delante?

—No sé —dije. Me soltó los vaqueros y se agachó para escurrirse al otro lado del aparato de aire.

Solamente veía la parte de atrás de la cabeza de Stump, pero notaba que iba recorriendo con la mirada a toda la gente que había en el templo y vi que la mayoría había abierto ya los ojos y que también lo miraba a él. El pastor Chambliss, con la biblia en su mano mala, se dio la vuelta y se colocó entre mamá y Stump; después alargó la otra mano y la puso sobre la cabeza de Stump. Mamá pasó la mano por delante del pastor Chambliss para tocar a Stump en el hombro y pareció que estaban los tres rezando; pero al cabo de unos segundos Stump empezó a dar sacudidas como si quisiera escapar de ellos. El pastor Chambliss se puso detrás de él y, sin soltar su biblia, pasó el horrible brazo por el hombro de Stump como si le estuviese dando un fuerte abrazo. Alargó el brazo izquierdo para impedir que mamá se acercase a Stump, y ella retiró la mano de su hombro y retrocedió hasta que ya no la pude ver más. No soportaba ver al pastor Chambliss rodeando a Stump con el brazo, y no pude evitar enfadarme con mamá por permitírselo.

El pastor Chambliss siguió agarrando a Stump, y era como si le estuviese abrazando por detrás y jamás le fuese a soltar, a pesar de que Stump intentaba

zafarse porque nunca le había gustado que le tocasen y le agarrasen así. En cuanto alguien empezó a aporrear el piano, todos los presentes alzaron las manos y volvieron a cantar; aunque yo apenas oía nada excepto el aparato del aire, que estaba justo a la altura de mi cabeza. Empezaba a sentir tanto dolor y cansancio en los brazos que temí caerme. No encontraba la cara de mamá pero vi que tendía la mano y cogía la de Stump, y como Stump estaba forcejeando tan acaloradamente con el pastor Chambliss, a mamá le costaba Dios y ayuda que no se soltara. Ahora, el pastor Chambliss estaba rodeando a Stump con los dos brazos, y le agarraba con todas sus fuerzas apretándose la biblia contra el pecho; se mecían como si no pudieran erguirse, y de repente se cayeron y ya no pude verlos más porque se quedaron tumbados en el suelo.

Mamá extendió el brazo para intentar levantar a Stump y pareció que le tiraba de la mano, pero el pastor Chambliss no aflojaba y mamá lloraba y parecía gritar para que le soltase. Joe Bill me estaba tirando tan fuerte de los vaqueros que temí que me hiciera caer de la ventana y ya no pudiese ver nada.

—¿Qué le están haciendo? —dijo Joe Bill, pero su voz era apenas un susurro y sonaba como si se estuviera quedando sin aliento y tuviese que sacarse las palabras a la fuerza—. Jess —dijo—. ¿Qué le está haciendo?

Yo seguía mirando a mamá, y no le respondí a Joe Bill porque al verla llorar yo también había empezado a llorar y no quería que Joe Bill me viera.

Subió otro hombre al escenario y se arrodilló; supuse que estaría ayudando al pastor Chambliss a sujetar a Stump, pero no veía nada más que a mamá llorando y tratando de retener la mano de Stump. Parecía que seguía gritándoles que se levantasen y le dejarasen en paz.

—Jess, más vale que nos vayamos —dijo Joe Bill. Le notaba detrás de mí, tirándome de la camisa, pero permanecí de puntillas sin darle la vuelta.

—No deberían hacerle eso —dije.

—Jess —dijo. Su voz sonaba como si se fuese a echar a llorar—. Tenemos que marcharnos. Él está bien.

Después ya no dijo nada más, y cuando volví la cabeza para pedirle que pusiera las manos debajo de mis pies y me impulsase para ver a Stump, Joe Bill no estaba. Al volver la mirada hacia la pradera, vi que había salido disparado en dirección al bosque y que iba corriendo entre las altas hierbas con el faldón de la camisa por fuera, agitándose tras él.

Volví a mirar el interior del templo y vi que el señor Gene Thompson también se había subido al escenario, y que tenía los brazos entrelazados alrededor de mamá; mamá lloraba y forcejeaba con él, pero él no la soltaba. Seguía sin ver a Stump ni tampoco al pastor Chambliss, y aunque busqué por todas partes, la grieta era pequeña y no podía ver todo lo que había allí dentro. Me dejé caer y me escurrí por debajo del aire acondicionado hasta el lado en el que había estado Joe Bill;

después me puse de puntillas y me aupé con los codos para echar otro vistazo, y entonces vi a Stump tumbado sobre el escenario y al pastor Chambliss y al otro hombre echados encima de él. Stump soltaba puntapiés como si quisiera zafarse, y un par de hombres se levantaron de sus sillas, se acercaron al escenario y le impusieron las manos y le tocaron, y alguien seguía aporreando el piano sin parar, y prácticamente todos tenían los ojos cerrados excepto mamá y el señor Thompson. Mamá los miraba fijamente mientras sujetaban y tocaban a Stump, y lloraba y gritaba que parasen. Stump pataleaba como si intentase correr de lado por el suelo, y mamá chillaba tan fuerte que la oía por encima del piano y también del aire acondicionado y de toda la gente que estaba cantando.

Por un instante olvidé dónde estaba y chillé «¡Mamá!», y un segundo después mamá subió una mano por encima de su cabeza y le dio un puñetazo al señor Thompson en pleno labio. El señor Thompson soltó a mamá y se llevó una mano a la boca para ver si salía sangre. Mamá se hincó de rodillas y empezó a arrancar a aquella gente de Stump; Stump se incorporó lo más deprisa que pudo mientras mamá le estrechaba contra su cuerpo y le acunaba, y los hombres aquellos se quedaron en el suelo con los ojos clavados en mamá y Stump como si no supieran qué pensar. El señor Thompson miró a mamá, y después volvió bruscamente la cabeza y sus ojos grandes y amarillentos se detuvieron en la grietita como si me estuviese mirando a mí directamente.

Supuse que todos los que estaban en el templo me habrían oído chillar mamá. Me recliné para dejarme caer y noté que había alguien a mi espalda, y ese alguien me tapó la boca con la mano y tiró de mí para apartarme de la ventana. Intenté agarrarme al alféizar y noté que un cacho de madera vieja se me rompía en la mano. Quienquiera que estuviese detrás de mí me hizo un placaje, y nos caímos de espaldas en la hierba. El sol me daba de pleno en los ojos; no veía nada, estaba llorando y me ahogaba porque la mano que me tapaba la boca no dejaba pasar el aire. Después me pareció que tenía algo muy pesado encima del pecho. Cerré los ojos y quise chillar, pero de pronto, al abrirlos, vi que era Joe Bill, que se había sentado encima de mí.

–Calla, Jess –dijo–. Calla. –Intenté darme la vuelta para levantarme y salir corriendo, pero no había modo de que se apartase–. Calla, Jess –repitió–. Solo intentan ayudarle.

Me moría de miedo, y lloraba tanto que no podía ni respirar. Nos peleamos, yo tendido en el suelo y él encima de mí, y cuando quise darme cuenta ya me había levantado y estaba corriendo hacia la arboleda.

Corrí hasta el otro extremo de la pradera y me metí en el bosque, seguí corriendo hasta que me mareé y tuve que parar para recobrar el aliento. Busqué a Joe Bill con la mirada, pero no le vi. A mi lado había un árbol; apoyé el brazo, me erguí para no caerme de bruces y recosté la espalda contra él. Oí que algo se movía

estrepitosamente entre los árboles de atrás y supe que era Joe Bill, que venía a buscarme. Me llevé las manos a las rodillas para que Joe Bill no me viese llorar, y al hacerlo descubrí que tenía la mano llena de sangre y también los vaqueros y la camisa. Giré el dorso de la mano y vi que tenía una astilla la mitad de larga que mi dedo corazón clavada en la parte carnosa, justo debajo del pulgar. De repente sentí un dolor tan intenso que no podía ni pensar en tocarla. Permanecí como estaba, encorvado y con la otra mano sobre la rodilla, y me quedé mirando la astilla y observando una gota de sangre que me iba recorriendo la palma, bajaba por los dedos y caía entre las hojas. Intenté despejarme y pensar en algo que no fuera lo que acababa de ver que le hacían a Stump. Por detrás oía a Joe Bill corriendo por el bosque.

Dejó de correr, y le oí jadear como si se hubiera quedado sin resuello. Aparté la cabeza para que no me viese llorar y traté de cerrar la mano en un puño para ocultar toda aquella sangre, pero la astilla era tan grande que no me dejaba doblar del todo los dedos. Me había caído una gota de sangre en el zapato y resbalaba por un lado hacia la hojarasca.

–No pasa nada, Jess –dijo Joe Bill. Apenas podía hablar de tanto que jadeaba–. Solo le estaban imponiendo las manos –dijo–. Intentaban ayudarlo.

Miré a Joe Bill. Vi que él también estaba llorando.

Tres

Cuando metí la mano en el río, el agua estaba tan fría que casi me cortó la respiración. Relajé la muñeca, que se cimbreado como una trucha coleteando en aguas poco profundas y rocosas, y observé cómo la sangre salía de mi mano y pasaba al río como una humareda roja alejándose del fuego. Cogí agua con el cuenco de la otra mano y me la eché a la cara para evitar que los ojos se me quedasen rojos e hinchados de tanto llorar. No quería que la señorita Lyle ni mamá ni ninguno de los que estaban en el templo supieran que había estado llorando, porque no quería que me hicieran preguntas sobre lo que habíamos estado haciendo.

Joe Bill estaba sentado a la orilla del agua sobre una roca un poco apartada, abrazándose las rodillas. Tenía la mirada perdida en el río. Ninguno de los dos había dicho ni una palabra desde que salimos del bosque y volvimos sigilosamente a la orilla del río. Estuve un rato mirándole fijamente la espalda, y después me levanté y me sacudí el agua de las manos.

—Ya sabes que no podemos contarle esto a nadie —le dije—. No deberíamos haberlo visto. No teníamos por qué ver nada.

—Ya lo sé —dijo Joe Bill.

Me puse a pensar en lo que le acababa de decir y me imaginé a aquellos hombres tumbados encima de Stump; en mi cabeza me oí llamando a gritos a mamá. Me levanté y me aparté de Joe Bill antes de echarme a llorar otra vez, y saqué el faldón de la camisa para secarme los ojos con él. Intenté que mi mano derecha no volviese a tocar la camisa para no mancharla otra vez de sangre.

—No deberíamos haber ido allí —dije. Miré a Joe Bill. Volvió el rostro hacia mí, y parecía como si también él fuese a llorar de nuevo.

—Creo que intentaban ayudarle —dijo—. El señor Thompson nos dijo que era el día especial de Stump. A lo mejor intentaban sanarle. A lo mejor le estaban imponiendo las manos para que pudiese hablar.

—¡No podía respirar! —le grité—. ¡Intentaba levantarse y salir corriendo porque no podía respirar, y no se quitaban de encima! ¡Puede que estuviesen intentando matarle!

—Eso no —dijo Joe Bill.

—¿Cómo lo sabes? —chillé. En ese momento pensé en contarle a Joe Bill qué más había visto: al pastor Chambliss sin camisa, quieto junto al barril de lluvia y con la mirada clavada en Stump. Pero pensé que Joe Bill no había guardado un secreto en toda su vida, y ya estaba bastante preocupado por lo que iría diciendo por ahí acerca de lo que acabábamos de ver en el templo.

Volví a arrodillarme y metí la mano en el agua. La astilla se había reblandecido un poco al mojarla, pero aún me dolía demasiado como para cerrar los dedos en un puño y ocultársela a mamá. Me limpié la sangre de la mano y me eché más agua a la cara. Río abajo se oía a la señorita Lyle gritando a los chavales que dejaran de jugar y enfilasen el sendero que llevaba a la carretera, y supe que había terminado el oficio y que era hora de volver a casa. Nos quedamos escuchando cómo nos llamaba.

–Creo que deberíamos ir –dijo Joe Bill.

–No puedes contar nada, Joe Bill –dije–. No puedes contarle nada a nadie. Lo digo en serio.

–No diré nada –prometió.

Se dio media vuelta y se fue corriendo por la orilla hacia donde estaban la señorita Lyle y el resto de los chavales. Pensé en salir corriendo detrás de él, pero me miré la mano y empecé a sentir un dolor punzante cada vez que me latía el corazón. Decidí que lo mejor sería ir andando.

Cuando volví al lugar donde se había reunido la escuela dominical, la señorita Lyle ya se había llevado al resto de los chavales por el sendero y habían cruzado la carretera que daba al aparcamiento del templo. Subí por el sendero, me detuve en lo alto y miré al otro lado de la carretera. El aparcamiento estaba lleno de gente. El asfalto desprendía olas de calor y parecía un espejismo, como si estuviesen todos en el fondo de una piscina y yo los contemplase desde el borde. Me pregunté qué aspecto tendría un espejismo cuando te has perdido en el desierto, no has bebido nada y estás a un paso de la muerte. Me da que cuando has llegado a este punto la cabeza es capaz de engañarte para que veas prácticamente cualquier cosa que quiera que veas.

Junto a la carretera había unos hombres hablando con las manos metidas en los bolsillos. Algunos llevaban el pelo engominado, y fumaban y se mantenían a cierta distancia observando al resto de la gente que había en el aparcamiento. Busqué con la mirada a mamá y a Stump y no tardé en encontrarlos porque había una muchedumbre arremolinada a su alrededor. Todos hablaban muy alto y se reían; algunas de las mujeres abrazaban a mamá y hubo varias personas que se inclinaron para hablarle a Stump como si esperasen que fuese a contestarles. Al ver que ni siquiera los miraba, sonrieron y le miraron con dureza a la vez que se apartaban, y después siguieron hablando un poco más con mamá sin quitarle los ojos de encima. Mamá sonreía como si estuviese encantada de oír lo que le decían. Stump miró hacia donde estaba yo, al otro lado de la carretera, y aunque debía de estar contemplando el río que discurría a mi espalda, tuve la sensación de que me miraba directamente a los ojos.

Miré a ambos lados de la carretera, y después me decidí a cruzar y a acercarme

hasta el aparcamiento. Las olas de calor temblaban ante mí como el fuego de un mechero, y por un instante pareció como si todos y cada uno de los presentes en el aparcamiento ardiesen en llamas. Los hombres que estaban fumando al borde de la carretera me vieron llegar, y después de apurar sus cigarrillos los tiraron a la acera y los apagaron con las punteras de sus botas. Al pasar por su lado, se me quedaron mirando. Sabía que se estaban fijando en la sangre de mi camisa, preguntándose seguramente qué demonios habría ocurrido en la escuela dominical para que me hiciera semejante herida. Hice como que no los veía y seguí caminando hacia mamá. Al verme llegar, algunas de las mujeres que la acompañaban le dieron unos toquecitos en el hombro y me señalaron. Mamá se dio la vuelta, y al verme se puso en jarras y esperó a que estuviese lo bastante cerca para no tener que subir la voz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, pero ni siquiera me había dado tiempo a responder cuando el pastor Chambliss se abrió paso entre la muchedumbre y se plantó delante de nosotros. Me miró, y después extendió sus dedos suaves y rosados y me levantó la mano para echarle un buen vistazo. La cogió como si no tuviese intención de soltarla.

—Vaya, vaya. Fijaos —dijo—. El Señor es capaz de sanar con una mano y dañar con la otra. —Sonrió—. Tal es el poder de un Dios formidable.

Una de las mujeres que estaban allí con nosotros dijo: «Amén».

Intenté zafar la mano, pero el pastor me la estaba apretando y no pude. Volvió la mirada hacia Stump y trató de tocarle a él también, pero Stump se arrimó más a mamá, como si quisiera alejarse de él. El pastor Chambliss sonrió.

—¿Vendréis luego al oficio vespertino? —preguntó a mamá.

—Creo que podremos —dijo ella.

—Deberíais —dijo. Me soltó la mano y señaló a Stump con la cabeza—. Y traete a este. El Señor aún no ha terminado con él.

—A ver, repítemelo —dijo mamá. Dio marcha atrás para sacar la camioneta de papá del hueco del aparcamiento y salió a la carretera. La camioneta tembló un poco cuando pisó el acelerador para arrancar. Stump iba sentado entre los dos mirando al frente como si ni siquiera estuviésemos con él en la camioneta. Dejé la mano con la astilla clavada apoyada en el regazo para que nada la rozase. Ya había empezado a ponerse roja, pero por lo menos había dejado de sangrar.

—¿Qué quieres que te diga? —le pregunté. Hacía calor dentro de la camioneta; mamá bajó su ventanilla y el aire hizo revolotear unas bolas de papel estrujado por el salpicadero. Pensé en bajar yo también mi ventanilla, pero no quería que me diese tanto viento en la cara.

—Quiero que vuelvas a contarme cómo se te ha metido ese pedazo de astilla —dijo—. Quiero que me cuentes una vez más lo que ha pasado.

Eché un vistazo al espejo retrovisor justo antes de que doblásemos la curva para subir a la autopista. Se veía el templo, y todavía había un montón de gente en el aparcamiento. Vi al señor Gene Thompson hablando con varias personas al borde de la carretera, y juro que le vi volver la cabeza como si nos siguiera con la mirada mientras nos dirigíamos a la carretera.

—Joe Bill y yo estábamos jugando a las cabrillas después de la escuela dominical —dije—. Justo después de que el señor Thompson viniese a por Stump. Me encontré una tabla vieja y me puse a dar a las piedras como si fueran pelotas de béisbol. Joe Bill lanzaba. No la tenía bien cogida, y se me resbaló un poco en la mano y así es como se me metió.

Mamá me miró la mano y después siguió mirando la carretera. La oí suspirar.

—La tabla esa debía de estar muy seca y muy podrida para soltar semejante astilla.

—Pues sí —dije. Se quedó callada por un instante y meforcé por cerrar los dedos otra vez, pero la sangre había empezado a encostrarse y a endurecerse y era aún más difícil que antes cerrar el puño.

—Jess —dijo mamá.

—¿Sí, mamá?

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Sí, mamá.

—Si llamo a la madre de Joe Bill y le pido que hable con él, ¿tú crees que él también le va a contar a ella la historia del bate ese?

—No era un bate —dije.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo mamá—. ¿Joe Bill lo va a recordar exactamente igual que me lo has contado tú?

—Sí, mamá —dije, pero sabía que no lo contaría igual porque no tenía ni idea de lo que le había dicho yo a mi madre. Pensé que si contaba la verdad acerca de cómo se me había clavado la astilla, no tendría más remedio que contar la verdad acerca de lo que había visto que le hacían a Stump, y entonces lo mismo acababa hablándole a mi madre de cómo se rompió el barril de lluvia y de lo rosa y arrugado que me pareció el cuerpo del pastor Chambliss cuando le vi doblar la esquina de casa sin camisa. Me puse a pensar en todo esto mientras miraba por la ventanilla, y empecé a sentir calor en el pescuezo, a sentir que el corazón me latía con fuerza y que la sangre bombeaba en mi mano como si tuviese el corazón apretujado bajo la astilla. Pensé que ojalá pudiera volver atrás para ahorrarme ver todo lo que había visto en los dos últimos días, pero estaba claro que ya no podía deshacer nada de aquello, por mucho que quisiera.

Mamá frenó al llegar al *stop* del final de la colina; después aceleró, giramos a la izquierda para meternos en la autopista y pusimos rumbo a casa. Cuando cogimos velocidad, el viento empezó a entrar por la ventanilla con más fuerza todavía y a pasar las páginas de la biblia que mamá había dejado sobre el salpicadero. Me fijé

en las páginas que el viento iba hojeando y vi que prácticamente en todas aparecía la letra de mamá. Mamá subió la ventanilla y alargó la mano para cerrar su biblia, y luego la encajó en el asiento entre Stump y ella.

—Jess —dijo otra vez.

—¿Sí, mamá?

—Hay una cosa que tengo que contarte.

Me giré y volví a mirar por la ventanilla porque no quería verla mientras me contaba lo que ya sabía. Sabía que primero me iba a preguntar que por qué le había dicho Gene Thompson que nos había visto a Joe Bill y a mí espiándolos en el templo, y después que por qué le había mentido acerca de la astilla. Pensé si no sería más sencillo que me lanzase a contárselo todo para dejar de darle vueltas al tema, para estar seguro de que por fin hacía lo que debía. Supuse que en ese mismo instante Joe Bill estaría volviendo a casa en coche con sus padres, y seguramente les estaría contando con pelos y señales que habíamos visto a Stump en el interior del templo, y seguramente su madre habría llamado ya a casa y habría hablado con papá, que nos estaría esperando en el porche cuando llegásemos. Y si Joe Bill no se lo contaba a sus padres, al que se lo iba a contar sin duda era a Scooter, y a saber qué pasaría entonces.

Puse la mano buena sobre el salpicadero y me eché hacia delante para que Stump no me tapase a mamá. Quería pensar en lo que debía contarle exactamente de todo lo que había visto, pero al mirarla vi que ni siquiera estaba enfadada. Sonreía como si estuviese contenta, a pesar de que tenía lágrimas en los ojos.

—Hoy se ha producido una sanación en el templo —dijo. Volvió la mirada hacia mí y vi que le bajaban dos lagrimones por las mejillas; después se secó la cara y volvió a fijar la vista en la carretera. Me recosté en el asiento y me sentí mareado, porque un segundo antes mi corazón había estado latiendo a mil por hora y de repente era como si se hubiese parado en seco.

—¿A qué te refieres? —dije.

—Ha habido una sanación —repitió. Se enjugó una lágrima de la mejilla—. En el oficio de esta mañana, el pastor Chambliss invitó a salir a los diáconos, impusieron las manos a Christopher y rezaron por su sanación. —Oí que alargaba el brazo y le daba una palmadita en la pierna a Stump, y al mirar vi que se la apretaba cariñosamente—. ¿Sabes qué? —continuó—. Dios responde a las plegarias. Hemos presenciado un milagro.

Me vino a la cabeza lo que había dicho Joe Bill, que intentaban sanar a Stump tumbándose encima de él e imponiéndole las manos, y después pensé que Stump había intentado levantarse para escapar y en lo mucho que había llorado mamá al ver todo aquello.

—¿Cómo sabes que ha habido un milagro? —le pregunté.

—Porque habló —dijo—. Dijo la única palabra que ha dicho en toda su vida, y la

dijo esta mañana en el templo mientras los diáconos le imponían las manos y rezaban por nuestra familia.

—¿Qué dijo?

—«Mamá.» Me llamó y lo dijo. Dijo «mamá».

Apoyé la cabeza en el asiento y sentí mi piel fría y entumecida como si no me quedase una sola gota de sangre en el cuerpo. Cerré los ojos porque temía vomitar si los abría para mirar a mi alrededor. Ni siquiera notaba ya el dolor punzante en la mano, y era como si ya me hubiese olvidado de la astilla. Los tres permanecemos en silencio; lo único que oía era el roce de las ruedas contra la carretera.

—¿Seguro que fue él? —le pregunté.

—Sé que fue él —dijo—. Lo sé porque otras personas también le oyeron. Le estaban imponiendo las manos y ya sabes la poca gracia que le hace, y supongo que llegó un momento en que ya no pudo más y entonces fue cuando me llamó a voz en cuello. Entre la música y los rezos había un ruido tremendo ahí dentro, y además estaban encima de él, así que estoy convencida de que no habría podido oírle si no hubiese sido obra del Señor. Fue un milagro.

—Pero ¿qué pasa si jamás vuelve a decir ni una sola palabra?

—La dirá —dijo—. ¿Cómo iba a darnos el Señor este regalo una sola vez y arrebatárnoslo después? Valiente misericordia sería esa.

—Pero ¿tú cómo sabes lo que va a hacer Dios? —pregunté.

—Simplemente, lo sé —dijo.

—Pero ¿cómo? Lo mismo Dios no quiere que Stump diga nada más. Tú siempre nos dices que nadie puede saber jamás cuál es la voluntad de Dios.

—Así es —respondió—. No se puede. Pero el Señor no gasta bromas. El que las gasta es el mal, y en esta familia no hay cabida para el mal.

Mantuve la cabeza apoyada en el asiento y traté de tragar saliva aunque sabía que lo único que estaba tragando era aire, y me esforcé por no vomitar. Me empezó a sudar la frente porque sabía que mamá me diría que era malo por haber sido yo quien había gritado su nombre y haberle hecho creer después que había sido Stump. Ni siquiera importaba que mamá supiera o no que había sido yo; aun así, me sentía enfermo. Mamá volvió a bajar la ventanilla como si hubiese terminado de hablar, y fue un gustazo sentir el aire en la cara, aunque fuese caliente y polvoriento.

—¿Qué crees que dirá papá? —pregunté a través del viento que entraba en la camioneta.

—Todavía no se lo vamos a decir.

—¿Por qué no?

—Porque tendrá que verlo en persona —dijo—. Es la única manera de que crea en milagros.

—¿Por qué no iba a creérselo?

–Porque no quiere.

Cerré los ojos y pensé en eso de que papá tenía que ver un milagro para creérselo, y después volví a pensar en los espejismos, en que a veces los milagros podían ser como ellos. Era como si mamá se hubiese perdido en el desierto y tuviera tanta sed que estaba dispuesta a ver cualquier cosa que la reconfortase del hecho de estar perdida. Necesitaba pensar que había oído a Stump llamándola, por mucho que yo supiera que no, y me pregunté si sería pecado tener peor opinión de un milagro solo por saber que no era auténtico.

Me miré la mano y se me ocurrió sacarme la astilla deslizándola hacia fuera; puse un dedo en el extremo que asomaba por la palma. El resto estaba justo debajo de mi piel, como una rama que se ha congelado bajo la superficie de un estanque en invierno.

–Deja de toquetearte la astilla –dijo mamá–. Así lo único que vas a conseguir es meterla más, y entonces no habrá modo de que te la saque.

Mamá salió de la autopista y siguió hacia casa por la Carretera de la Rama Larga. Más adelante, a la izquierda del camino, estaban los cultivos de tabaco de papá, y vi que había empezado a cortar y apilar las plantas de burley y a colgarlas boca abajo a secar. Parecía como si alguien hubiese desperdigado pequeños tipis verdes hasta donde alcanzaba la vista. Dentro de unos días, papá se pasaría a recoger los listones de burley y los echaría al remolque antes de colgarlos en el granero.

Las hileras de tabaco que aún quedaban por cortar y apilar eran altas y tupidas. Cuando a Stump y a mí nos daba por escondernos, salíamos corriendo al sembrado como si alguien nos persiguiera, y después hacíamos como si nadie nos fuese a encontrar jamás. Me gustaba pensar que algún día de finales de verano papá saldría al sembrado a apilar el tabaco y al meterse por una hilera bajaría los ojos y nos descubriría a Stump y a mí, todavía agachados y escondidos.

–Conque estabais aquí, ¿eh? –diría. Miraría a Stump, y Stump sonreiría solo un poquito–. ¿Por qué sonríes? –preguntaría.

Mamá giró a la izquierda para meterse en el camino de entrada; era de grava y estaba lleno de baches, y fuimos dando botes y levantando polvo hasta que doblamos la esquina y vimos la casa al fondo de la hondonada. Busqué a papá en el porche por si acaso le había llamado la madre de Joe Bill. No le vi, pero después miré a la izquierda de la casa y vi que estaba junto al granero y que llevaba en la mano una pala con algo colgando del extremo. Cuando nos acercamos vi que era una serpiente enorme.

–Madre mía, qué es eso –dijo mamá.

–Parece una serpiente –le dije.

–Desde luego que lo parece –dijo, y suspiró tan alto que lo oí–. Vaya si lo parece. Aparcó la camioneta enfrente de casa, abrí la puerta y me planté de un salto en el

camino de entrada.

–Venga, Stump –dije, y salí corriendo por delante de la camioneta y crucé el prado para irme con papá al granero. Oía correr a Stump detrás de mí. Papá llevaba una vieja gorra azul de los Braves con la letra A, una camisa vieja y unos vaqueros. Llevaba los cordones de las botas de trabajo desatados, y los vaqueros remetidos en las botas. Me paré delante de él, recobré el aliento y contemplé la serpiente. Tenía el tajo justo debajo de la cabeza, y el cuello estaba doblado como si nos mirase raro. Había sangre y vísceras colgando del corte.

–¿Qué tipo de serpiente es? –le pregunté a papá.

Sonrió.

–Una serpiente muerta.

–En serio –dije–, ¿de qué tipo es?

–Ven, mira –dijo. Dio la vuelta a la pala y echó la serpiente sobre la grava; después apoyó la pala contra el granero. La serpiente era de un color marrón amarillento y tenía el cuerpo cubierto de rayas negras. Debía de medir metro y medio y era más o menos como mi brazo de gorda. Papá se arrodilló a su lado y la cogió por la cola–. Ven a ver esto –dijo.

Stump y yo nos acercamos adonde estaba papá con la cola de la serpiente y nos agachamos para verla mejor. Papá la sacudió, y sonó como una vaina de judías seca.

–¿Es una cascabel? –le pregunté.

–Una cascabel de la madera –dijo.

–Nunca había visto una de estas por aquí.

–Ni yo tampoco –dijo–. Hacía mucho que no.

–¡Jess! –gritó mamá desde el porche delantero–. Entra, que le voy a echar un vistazo a esa mano.

Crucé el prado y subí los escalones del porche. Mamá estaba en la cocina. Había prendido una cerilla larga y estaba sujetando la llama por debajo de una pequeña aguja de coser; después dejó la aguja encima de una servilleta y sacudió la cerilla hasta que se apagó la llama. Encendió otra que puso bajo unas pinzas, y después la sacudió hasta que también esta se apagó.

–Vamos allá –dijo mamá. Me cogió la mano derecha por la muñeca y se la puso delante–. Tienes que estarte quieto.

–Me va a doler, ¿a que sí? –pregunté.

–Espero que no –dijo–, pero con estos bates nunca se sabe. A veces sueltan unas astillas tremendas.

–Era una tabla.

–Ah, es verdad –dijo, como si lo hubiese olvidado.

Agarró bien la aguja y empezó a hurgar con la punta en la piel de alrededor de la astilla. Pensé que estaría ardiendo, pero con la de tiempo que llevaba ahí la astilla,

la piel ya estaba dolorida y en carne viva y casi ni la sentí. No le quité ojo a la aguja, convencido de que me pincharía cuando menos me lo esperase.

–Y eso ¿para qué lo haces? –le pregunté.

–Para aflojarla –dijo–. Lo que hace falta es que se deslice directamente hacia fuera. Si no, acabaré teniendo que tirar de ella.

–Tiene pinta de estar a punto de salir –dije.

–Está mucho más metida de lo que te piensas –dijo mamá–. La piel de alrededor está muy tirante.

Hurgó un rato más con la aguja, y luego la dejó en la servilleta y cogió las pinzas. Ahora asomaba un poco más de astilla, y mamá cogió la punta de las pinzas, sujetó la punta y dio un tirón; pero la astilla ni se movió siquiera.

–Ahora la noto muy adentro –dije–. No parece que vaya a salir.

Mamá volvió a engancharla, y esta vez la partió por el trozo largo que sobresalía de mi mano.

–Vaya, hombre –dijo. Miré y vi que ya no quedaba madera que agarrar. El resto seguía ahí metido, y parecía una peca larga y flaca que se extendía justo por debajo de mi piel.

–Y ahora ¿cómo la vas a sacar? –le pregunté.

–Vamos a tener que desenterrarla –respondió. Volvió a coger la aguja, escarbó y trató de sacar la astilla a través de la piel. Me dolía tanto que se me humedecieron los ojos.

–Esto sí que duele –dije.

–Pues hay que cogerla –dijo–. No es bueno que se te quede ahí metida.

–Si ya casi no queda nada –afirmé–. Si ni siquiera la noto ya.

Papá abrió la puerta mosquitera del porche delantero, y Stump y él entraron en casa y vinieron a la cocina. Papá se apoyó contra la encimera, cruzó los brazos y nos miró a mamá y a mí, que seguíamos sentados al lado de la mesa. Stump atravesó la cocina y le oí alejarse por el pasillo hacia nuestro dormitorio.

–¿Qué hacéis? –preguntó papá.

–Estoy intentando sacar esta astilla de la mano de tu hijo –dijo mamá–. Ya casi la he sacado toda, pero todavía queda un trozo ahí dentro que no consigo agarrar.

Papá se acercó a la mesa y me miró la mano por encima del hombro de mamá. Entornó los ojos como si estuviese contemplando algo en la lejanía.

–Casi no queda, Julie –dijo–. No le va a pasar nada.

Mamá dejó de hurgarme con la aguja y suspiró.

–Me parece muy bien que digas eso, Ben –dijo–. Pero tiene que salir. No tiene sentido dejarla ahí si la puedo sacar ahora.

–¿Te va a doler si se te queda ahí metida, Jess? –preguntó papá.

–No, papá –respondí.

–El chaval está bien, Julie –dijo papá. Aparté mi mano de la de mamá y me miré

la palma de cerca. Todavía había un trozo de madera escondida, pero no asomaba como antes-. Oye, Jess –continuó papá-, necesito que tu hermano y tú me enterréis a la serpiente. No quiero que esa cosa se quede ahí fuera pudriéndose. A saber qué tipo de animales podría atraer del bosque. –Mamá se volvió en su silla y miró a papá, que estaba tras ella. Papá también la miró-. Ya me he encargado de cortarle la cabeza –dijo-. No les hará nada. –Me miró a mí-. Pero recuerda, Jess –continuó-, que una serpiente puede atacar antes de que se ponga el sol incluso estando muerta.

–Eso no es verdad –dije.

–Vale –dijo, sonriendo-. Si no me crees, allá tú.

–Hoy ya se le ha clavado una astilla –dijo mamá-. Lo que faltaba, que se ponga a cavar con la mano así.

–No le va a pasar nada –le dijo papá.

–¿Dónde la enterramos? –pregunté.

–No sé –dijo-. Por ahí por detrás del establo estaría bien. No tendréis que cavar demasiado, un metro como mucho.

Me levanté de la silla y me fui a por Stump a nuestro dormitorio.

–Espera –dijo mamá. Ella también se levantó y me siguió por el pasillo, pero pasó de largo para meterse en el cuarto de baño y oí que abría el botiquín y rebuscaba en las repisas. Entré en nuestra habitación y me encontré a Stump sentado en la cama con su caja tranquila en el regazo. Me miró, cogió la tapa, que estaba a su lado sobre la cama, y la volvió a poner. Se levantó de la cama y se fue con la caja hacia el armario, se puso de puntillas y la colocó de nuevo en la balda de arriba. Después se plantó delante del armario y lo miró como si hubiese algo más que quisiera encontrar.

–Papá quiere que enterremos la serpiente –dije. No se volvió-. Quiere que lo hagamos antes de que se la lleve algún bicho.

Oí que mamá salía del cuarto de baño y se encaminaba hacia nuestra habitación.

–Eh, esperad –dijo. Pasó al dormitorio con unas gasas, esparadrapo y una pomada de primeros auxilios en las manos-. Siéntate aquí en la cama, y vamos a ver qué podemos hacer –dijo-. Después os quitáis la ropa de ir a la iglesia y os cambiáis. –Miró la pechera de mi camisa, que estaba toda cubierta de sangre seca-. A ver qué podemos hacer con esto –dijo.

Recogí la cabeza de la cascabel con la pala, y después el cuerpo. Saqué la serpiente muy despacito para que no se me cayera y me fui por la parte de atrás del granero al arroyo, donde la sombra mantenía la tierra húmeda y blanda. El cuerpo de la serpiente era tan largo que casi iba arrastrando por el suelo, y tuve que subir la pala para que no se enganchara con algo y cayera.

–Aquí abajo será más fácil cavar –le dije a Stump. Iba caminando a mi lado sin

apartar la vista de la serpiente. Me detuve al llegar al pie de la colina y la eché sobre la hierba a poca distancia del arroyo. Todo estaba en silencio, y pensé que si me tuviesen que enterrar querría que fuese en un lugar exactamente como aquel. Todos los cementerios de por aquí están en las cimas de las montañas o encajados en las laderas. Papá decía que los ponían en lo alto por la lluvia. Decía que si ponías un cementerio en el llano más valía que no te importase ver ataúdes flotando por la carretera después de un tormentón. Se me ocurrió que en realidad poco importa lo que te ocurra una vez muerto y que, de poder elegir, preferiría estar aquí abajo junto al arroyo, donde hay sombra y se está fresquito, a estar en lo alto de una colina sin un triste árbol que impida el paso del sol. En verano nadie va a querer subir allí a verte, con el calor que hace.

Hiné la hoja de la pala en el suelo, puse el mango apuntando al cielo y salté con los dos pies encima de la hoja para hundirla lo más posible. La tierra estaba blanda y suelta, y la hoja entraba fácilmente. Subí la primera palada de tierra densa y oscura y vi un par de lombrices retorciéndose.

—Mira, Stump —dije, y acerqué la pala para que la viera. Se había agachado al lado de la cascabel y le estaba dando con un palo como si temiese que pudiese cobrar vida y morderle. Levantó la cabeza y miró las lombrices que se retorcían en la pala, y luego volvió a enfrascarse en darle a la cascabel. Solté la tierra junto a la cabeza de la serpiente y recogí otra palada.

Seguí cavando y vaciando la tierra hasta que el hoyo me llegó hasta las rodillas y tuvo el ancho suficiente para alojar a dos serpientes sin que se rozasen siquiera. Paré, apoyé un pie en la hoja y me miré la mano; mamá me había puesto una gasita en la palma y la había envuelto con esparadrapo. El esparadrapo había empezado a despegarse, y la gasa estaba calada de tierra y sudor. Despegué el resto del esparadrapo y lo tiré al hoyo, y luego levanté la gasa y eché un vistazo a mi mano. La piel de alrededor de la astilla estaba blanca y arrugada como si hubiese tenido la mano metida en la bañera demasiado rato, así que terminé de quitarme la gasa y la eché al hoyo con el esparadrapo para que me diese el aire en la mano y me la secase. Cambié de mano y agarré la pala con la izquierda, y la derecha la puse sobre el mango para que no se rozase contra la madera. Recogí la cabeza de la serpiente y la solté en el hoyo. Cayó rodando por un lado y se detuvo justo en el centro. Stump se levantó y la miró.

Eché un vistazo al cuerpo de la cascabel, que estaba tendido en el suelo al lado de la pierna de Stump. Me acerqué y me quedé mirando el cascabelillo que tenía en la punta de la cola. Me incliné y lo toqué, y a continuación lo recogí y me puse derecho. Lo sacudí y escuché el sonido que hacía.

—Mira, Stump —dije. Se dio la vuelta y observó cómo sostenía la serpiente. Le sacudí la cola—. Escucha —dije—. Esto sería lo último que oirías si se te apareciese una de estas. —Solté una especie de silbido y volví a sacudir la cola de la serpiente.

Me reí y me acerqué al hoyo para echarla dentro con la cabeza; pero justo cuando estaba alargando el brazo y me disponía a soltarla, el muñón sangriento donde había estado la cabeza se irguió hacia atrás y me golpeó en la parte de dentro del brazo. Al chocar contra mi piel, las vísceras de la serpiente hicieron un ruido suave, como fangoso, y por un instante pensé que la sangre que había soltado era mía. Grité, solté la serpiente en el hoyo, caí de culo y me cubrí el interior del brazo con la mano. Alcé los ojos y vi a Stump de pie al borde del hoyo, mirándolo fijamente. «Déjala en paz», dije. «No la toques.»

Me levanté, me limpié del brazo la sangre de la serpiente y me la restregué por la parte de atrás de los vaqueros. Después me acerqué al hoyo, me arrimé a Stump y miré. El cuerpo de la serpiente se arrastraba por el fondo, y se oía vagamente el sonido del cascabel en la punta de la cola. Parecía como si también la cabeza hubiese cobrado vida; la boca se abría y se cerraba y tenía la lengua fuera. Nos quedamos un rato contemplándola, pero de pronto me dio por preguntarme si habría algún modo de que pudiera salir de allí, así que cogí la pala y me puse a echar tierra al hoyo.

Una vez enterrada la serpiente, Stump y yo bajamos al arroyo. Me arrodillé en el barro mullido y me lavé la sangre de la serpiente del interior del brazo. Stump caminó un poco por la orilla, se sentó en cuclillas y se puso a levantar rocas en busca de salamandras. Oía sus manos chapoteando en el agua y quitándose la tierra. Me miré las mías, y después a Stump; apenas si le veía la espalda entre los helechos que crecían por el agua.

—¿Tú crees que deberíamos haber rezado o algo? —le grité. Esperé un segundo, y entonces oí un chapuzón y supe que acababa de levantar otra roca—. Yo tampoco lo creo —dije para mis adentros.

Me sequé las manos en los vaqueros, y luego me levanté y me abrí paso entre los helechos hasta la zona del arroyo donde estaba Stump en cuclillas. Me senté a su lado. Stump tenía las dos manos metidas en el agua; estaba escarbando en el barro, sacándolo a puñados y mirándolo de cerca para ver si había algo dentro. Haciéndolo de esa manera se podían encontrar rocas estupendas. Sabía que si las encontraba se llenaría los bolsillo hasta arriba.

—Mamá cree que hoy has hablado en el templo —dije. Stump se balanceó hacia atrás para sentarse él también sobre el culo, y cruzó las piernas al estilo indio. Se sacudió el agua de las manos y se las secó en las rodillas, y después perdió la mirada entre las copas de los árboles como si hubiese algo en lo alto que esperase ver—. Eh —dije, intentando que me mirase—. Eh —repetí. Alargué la mano y le toqué el brazo; me miró apenas un instante y volvió a levantar la cabeza hacia los árboles—. Fui yo —dije—. Fue a mí a quien oyó. Joe Bill y yo estábamos fuera, y vimos lo que hicieron. Me daba mucho miedo contarle porque sabía que mamá se enfadaría

muchísimo conmigo por mirar cuando no debía. –Stump volvió la cabeza y miró a lo alto de la colina, en dirección al granero–. Lo siento –le dije–. Debería haberle dicho algo a mamá mientras volvíamos a casa, y debería haber intentado impedir que hicieran lo que hicieron. No debería haber permitido que ocurriera.

Stump me miró como si hubiese escuchado lo que le contaba, y a continuación se levantó y se apartó del arroyo para dirigirse hacia la colina. No le vi alejarse, pero oí el frufrú de los helechos al rozarse contra sus piernas. Seguí allí sentado un rato a solas y pensé que a esa misma hora, dos días antes, Stump y yo habíamos vuelto del arroyo por la colina y nos habíamos parado debajo de la ventana abierta de mamá y papá. Volví a ver a Stump subiéndose al barril de lluvia para echar un vistazo, y recordé la sensación que tuve al ver que el pastor Chambliss doblaba la esquina de la casa y extendía la mano para tocar a mi hermano. Aún sentía sus dedos en mi mano, de cuando me la había apretado para ver de cerca por dónde había entrado la astilla. Pensé en Chambliss poniéndole la mano a Stump, y después en el peso de todos aquellos hombres echados encima de él. Sabía que Stump y yo habíamos visto cosas de las que más nos habría valido no saber nada.

Oí que mamá nos llamaba a gritos para que volviésemos a casa y sabía que eso significaba que el almuerzo estaba listo. Los helechos estaban todos aplastados por las pisadas de Stump, y seguí el rastro que habían dejado hasta el lugar donde estaba enterrada la cascabel. La tierra seguía blanda; caminé por encima para apisonarla y después cogí la pala y empecé a subir por la colina en dirección al granero.

Apoyé la pala en la pared de detrás de la puerta del granero, y eché un vistazo a las vigas de las que sabía que papá colgaría el tabaco cuando terminase de apilarlo y de traerlo todo. Al salir del granero a la luz del sol, vi a Stump al lado de la casa. Estaba arrodillado delante del barril de lluvia, abriendo y cerrando la espita. No salía ni pizca de agua porque no había.

–No va a salir nada –le dije–. Sigue roto, y si yo fuera tú no lo toquetearía porque tarde o temprano papá se va a enterar.

Otra vez estábamos debajo de su ventana. Estaba abierta, y les oía hablar a lo lejos en la cocina. Sonaba como si estuvieran discutiendo por algo. Miré hacia la parte del canalón que se suponía que tenía que meterse en el barril, pero estaba retorcida y se había desprendido.

–Mejor que uses la manguera –dije. Dio un par de vueltas más a la espita, y yo me acerqué a la manguera y la abrí. Me lavé una mano y luego la otra, y sin cerrar la llave la dejé sobre la hierba–. Toma –dije–. Toma, usa esto.

Stump vino hacia mí arrastrándose de rodillas, cogió la manguera y bebió un sorbo de agua; después se enjuagó las manos. Di la vuelta a la casa, abrí la puerta de atrás y me fui por el pasillo a la cocina.

–Bueno, es él el que me ha llamado a mí –oí decir a papá–. No es que yo le haya llamado a él, Julie. Ya hace tiempo que volvió, y yo ni siquiera me había enterado.

–¿Y por qué volvió, si puede saberse? Al parecer solo está a un par de kilómetros de aquí, así que no es que se muera de ganas de verte precisamente. No puede decirse que haya hecho muchos esfuerzos por conocer a tu familia.

–A lo mejor es eso lo que está haciendo ahora –dijo papá.

–Sí, claro –dijo mamá–. Lo más probable es que necesite dinero.

–Sí que mencionó que está pensando en vender la casa –dijo papá.

–Menuda sorpresa –dijo mamá–. Bueno, si te pide dinero, más vale que le digas que se ponga a la cola detrás de mí. –La oí suspirar.

–¿De quién habláis? –pregunté. Papá, de pie con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, se echó hacia delante y fijó la vista en la mesa, donde mamá ya había empezado a servir la comida. Me miró y después miró a mamá, que estaba enjuagando una lechuga en la pila. Le soltó una sonrisita como si estuviese en un aprieto por algún motivo que no pensaba tomarse demasiado en serio. Mamá se limitó a apartar la vista, cogió un cuchillo grande, puso la lechuga en la encimera y empezó a trocearla.

–Del señor Atíquete –dijo papá. Conocía la broma que me estaba gastando, pero aun así le seguí el juego.

–¿Atíquete? –dije.

–Atíquete Importa –dijo papá.

Me acerqué a la pila y me serví un poco de agua en el vaso; después di media vuelta, me apoyé contra la encimera y bebí un trago largo. Mamá arqueó las cejas, pasó por delante de papá y se fue por el pasillo hacia el cuarto de baño. Le oí cerrar la puerta y atrancarla después. Papá me miró.

–¿Dónde está tu hermano? –preguntó.

–Se ha ido con Atíquete –dije. Papá sonrió, alargó el brazo a cámara lenta fingiendo que me daba un puñetazo suavcito en la mandíbula y me frotó la cara con el puño. Noté su alianza en mi mejilla.

–Muy bueno –dijo papá. Sonrió–. Con Atíquete.

Mamá colocó un plato lleno de lonchas de jamón frío en el centro de la mesa; además había hecho alubias y ensalada de repollo con pan de maíz. Cogí el tenedor, pinché una loncha de jamón y me la puse en el plato, y luego mezclé las alubias con la ensalada y desmigué el pan de maíz por encima, igual que hacía papá. Lo único que se oía mientras comíamos era el sonido de los cubiertos al chocar con los platos.

–¿Dónde te encontraste la serpiente? –le pregunté a papá. Cortó un trozo de jamón y le hincó el tenedor.

–Ahí mismo, detrás de la puerta del granero –dijo–. Parecía como si estuviese

esperándome. –Se llevó el jamón a la boca y masticó–. ¡Mmm! Este es el mejor jamón que he probado en mi vida. –Mamá alzó la vista y miró fijamente a papá desde el otro extremo de la mesa como si estuviera un poco enfadada con él, pero volví a mirar a papá y vi que estaba desmigando el pan de maíz sobre las alubias como si ni siquiera se hubiese enterado de que ella estaba pensando en él.

–Yo no sé qué haría si viese que hay una serpiente enorme esperándome –dije–. No sé, creo que igual debería tener una escopeta de perdigones.

–¿De qué crees que te iba a servir una escopeta de perdigones contra una serpiente así? –me preguntó papá.

–Le dispararía –dije–. Le dispararía antes de que me mordiese.

–Olvídate de tener una escopeta –dijo mamá.

–El bicho ese se te habría lanzado al muslo antes de que pudieras poner el dedo en el gatillo –dijo papá. Extendió la mano por debajo de la mesa y me agarró la pierna, y di un bote porque me pilló de sorpresa.

–Pues yo creo que necesito una escopeta de perdigones –dije.

–Olvídate –dijo mamá–. En esta casa están de más las escopetas.

Se levantó y fue a la nevera, la abrió, se inclinó y sacó la mantequilla de la puerta. En ese momento, papá soltó el tenedor, hizo como que cargaba una escopeta y le apuntó al trasero. Me reí, y cuando mamá se dio la vuelta seguimos comiendo como si nada. Mamá se sentó de nuevo a la mesa y puso la mantequilla junto al pan de maíz.

–Jess –dijo–, tu hermano y yo vamos a la sesión de plegarias que hay esta noche después de cenar, y tú vas a tener que venir con nosotros.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque tu padre tiene planes para esta noche –dijo–. Viene alguien a casa.

Miró a papá, y después cogió el cuchillo, cortó un pedacito de mantequilla y lo extendió en el pan de maíz de Stump. Stump lo cogió y le dio un mordisco, y la mantequilla le cayó por la barbilla. Cogió su servilleta y se la limpió.

–No hace falta que me cuide nadie –dije–. No soy ningún bebé. –Miré a papá–. Además, apuesto a que Stump ni siquiera quiere volver esta noche al templo. Nos podríamos quedar aquí los dos y ya está.

Papá desmigó más pan de maíz sobre las alubias y luego alargó la mano por encima de la mesa para coger el bol de la ensalada de repollo. Se sirvió un poco en el plato y lo volvió a dejar en su sitio.

–Escucha a tu madre –dijo.

–Christopher –dijo mamá–. ¿Quieres ensalada de repollo?

Mamá cogió el bol y lo sostuvo sobre el plato de Stump. Esperó; yo sabía que tenía la esperanza de que Stump dijese algo. Papá dejó el tenedor, masticó la comida y la miró desde el otro lado de la mesa.

–Christopher –repitió mamá.

Esperó un segundo más, y luego dejó el bol en la mesa y cogió su tenedor.

Papá estaba en el porche bebiendo un vaso de agua a sorbitos cuando nos fuimos al oficio vespertino. El sol se estaba poniendo, y aunque era septiembre y sabía que pronto empezarían a morir las hojas, en la calle seguía haciendo un calor tremendo. Bajé la ventanilla de la camioneta, me asomé y le dije adiós a papá con la mano. Él hizo lo mismo y se quedó allí mirándonos hasta que doblamos la esquina del camino de entrada.

—Os tengo que decir una cosa, chicos —dijo mamá. Nos miró de refilón—. Vuestro abuelo viene esta noche a ver a papá, y puede que siga en casa cuando volvamos.

Volvió a fijar la vista en la carretera, y me quedé mirando su perfil. No había visto al abuelo desde que era muy pequeño, allá por la época en que vivía en Shelton, donde se crio mi padre. Mamá me había dicho que si algún día le volvía a ver, le llamase abuelo, porque a papá eso le haría sentirse bien.

—¿Dónde ha estado? —pregunté.

—En un montón de sitios —dijo.

—¿Por qué ha vuelto?

—No sé.

—¿Papá está enfadado con él?

—Ya no —dijo.

—¿Pero antes sí que estaba enfadado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no era una buena persona.

—¿Y ahora sí?

—Quiere serlo —dijo.

Mamá entró en el aparcamiento y dejó la camioneta en uno de los espacios que había a lo largo del templo. A la derecha de la camioneta vi que había gente formando cola y hablando. Al pastor Chambliss no le veía, pero sabía que estaba de pie en la puerta, saludando y estrechando manos según entraba la gente. Mamá se había traído una carpetita con bolis, lápices y papel para dibujar; la cogió del salpicadero y me la dio.

—Aquí tienes —dijo—. Quiero que te quedes en la camioneta, y mantén las ventanillas bajadas para que no te ases. Si tienes que abrir la puerta, ábrela, pero quiero que te quedes aquí dentro.

—¿Stump también se va a quedar aquí? —pregunté.

—No —dijo—. Va a entrar al oficio. —Abrió su puerta y bajó de la camioneta. Le hizo un gesto con la mano a Stump, y él también bajó.

—Quiero ir con vosotros —dijo—. No quiero esperar aquí fuera.

–Pues esta noche no te va a quedar más remedio. A lo mejor puedes acompañarnos el domingo que viene por la mañana.

–Pero es que quiero ir esta noche –dije. Intenté que mi voz no sonase asustada. «Puedo impedirlo», pensé. «Puedo impedir que vuelva a pasar. Lo que pasó esta mañana.» Sentía que el corazón me palpitaba con fuerza en el pecho y sabía que mi voz seguramente sonaba como si fuese a llorar, por mucho que me empeñara en no hacerlo. No podía evitar que me viniese a la cabeza lo que había visto que le hacían a Stump esa misma mañana. Mamá siguió donde estaba, con la puerta de la camioneta abierta, y miró por encima del capó hacia la fachada del templo como si le estuviese dando vueltas a si debía permitirme o no que los acompañase.

–Mejor no –dijo finalmente–. Esta noche no, pero quizás el domingo que viene sí. –Cerró de un portazo y cogió la mano de Stump. Rodearon la camioneta y aparecieron por el otro lado. Mamá se asomó por mi ventanilla. Estaba bajada más o menos hasta la mitad–. Quédate dentro de la camioneta –dijo–. El oficio no durará mucho.

–Por favor, déjame ir a mí también –dije.

–No –dijo–. Venga, Christopher. –Dieron media vuelta y enfilaron hacia la entrada del edificio. Vi cómo se alejaban, y después bajé la ventanilla del todo, me puse de rodillas y grité.

–¡Esperad! –chillé. Mamá se detuvo y se volvió a mirarme sin soltar la mano de Stump, que iba pegadito a ella; por detrás de Stump se veía el otro lado de la carretera, donde empezaba el sendero que bajaba hasta el río. Miré a mamá y pensé en todas las cosas que podría decirle para evitar que Stump tuviese que entrar allí otra vez: que Joe Bill y yo habíamos visto lo que le habían hecho esa misma mañana, que había sido yo y no Stump el que gritó su nombre cuando aquellos hombres empezaron a amontonarse sobre él, que Stump no había dicho una sola palabra en toda su vida y probablemente nunca lo haría. Sabía que aquella mañana, durante el oficio, Stump les habría gritado que parasen si hubiera podido, y sabía que solo con abrir la boca y contar todo lo que había visto podría asegurarme de que nadie volvía a intentar hacerle daño.

Pero estaba demasiado asustado para contar nada de esto, y me limité a quedarme en la camioneta con la ventanilla bajada, sin apartar los ojos de mamá. Mis dedos se agarraron con fuerza a la puerta de la camioneta, y noté el pedacito de astilla que seguía clavado en la palma de mi mano.

–¿Qué pasa? –dijo, como si se le hubiese agotado la paciencia conmigo.

–¿Puedo ir yo también? –volví a preguntar–. Por favor.

–No –dijo–. Quédate en la camioneta. Te veremos a la salida. No creo que dure mucho.

Volví a sentarme y vi cómo se alejaban y se ponían a la cola delante del templo. Los que ya estaban allí se dieron la vuelta; una mujer abrazó a mamá y un hombre

miró a Stump y le dijo algo. Tras ellos vino más gente a ponerse a la cola, y al cabo de un rato dejé de verlos y supe que habían entrado.

El sol se ocultó entre los árboles por detrás del templo; me quedaba la luz justa para hacer un dibujo pequeño. Cogí la carpeta del salpicadero, la abrí y miré las hojas en blanco, pero enseguida la cerré y volví a dejarla donde estaba porque en el fondo no tenía ganas de dibujar. Me puse lo más cómodo que pude y recosté la cabeza en el asiento, cerré los ojos y traté de oír el río al otro lado de la calle, pero lo único que oía era la música que empezaba a sonar en el interior del templo: la guitarra primero, la batería después y por último el sonido de la gente cantando. Me recordó todo lo que había ocurrido y todo lo que había visto. Sentí que me adormilaba, y me imaginé que salía de la camioneta y me escabullía hasta la parte de atrás del edificio; una vez allí, me ponía de puntillas, apoyaba los codos en el alféizar y miraba el interior del templo a través del aparato de aire acondicionado.

Ese fue el último pensamiento claro que tuve, porque sabía que no lo iba a hacer ni loco. Incluso en mis sueños sabía que ya había visto más de lo que habría querido ver.

Oí voces por ahí en la oscuridad, y después se abrió la puerta del conductor y noté que alguien subía a la camioneta. Abrí los ojos del todo y miré a mi alrededor, pero había anochecido y no veía casi nada. Me incorporé en el asiento pensando que sentiría a Stump a mi lado, pero no fue así. Estaba seguro de que había alguien detrás del volante porque quienquiera que fuese había dado un portazo y oí que se metía la mano en el bolsillo como para sacar algo. Se encendió un mechero y vi que era el señor Stuckey, que estaba poniendo las llaves de mamá sobre la llama como para distinguirlas bien. Tenía más o menos la edad de papá, y llevaba una camisa con cuello de botones y el pelo engominado. Encontró la llave que buscaba y dejó que se apagase la llama. Oí que se volvía a meter el mechero en el bolsillo, y luego arrancó la camioneta.

—¿Qué hace? —le pregunté—. ¿Dónde está mi madre?

—Se va a reunir con nosotros en casa de la señorita Lyle —dijo. Estiró el brazo sobre el asiento, volvió la cabeza, miró por la ventanilla trasera, metió marcha atrás para salir del hueco y dio la vuelta enfrente del templo. La puerta del templo estaba abierta, y la luz del interior resplandecía sobre el aparcamiento. Fuera había un montón de gente, y algunas personas se tapaban el rostro con las manos como si estuvieran llorando.

—¿Qué ha pasado? —dije.

—Enseguida llegamos —dijo el señor Stuckey—. Tu madre está allí esperándote.

—¿Qué ha pasado? —repetí.

Atravesó el aparcamiento y salió a la carretera en dirección contraria a la autopista, pisando a fondo el acelerador. Me di la vuelta en el asiento, me puse de

rodillas y miré atrás. Aún veía la luz del interior del templo brillando en la oscuridad, y las personas parecían sombras que se movían por el aparcamiento. Dos hombres estaban sacando a alguien por la puerta del templo para llevarlo a un coche que estaba esperando. Metieron a quienquiera que fuese en el coche y cerraron la puerta, y después se fueron al asiento delantero y subieron. Lo último que vi fueron los faros encendiéndose.

–¿Ese quién es? –pregunté–. ¿Dónde está Stump?

–Venga, date la vuelta –dijo el señor Stuckey. Noté su mano en mi espalda.

–¿Dónde está mi madre? –pregunté otra vez.

–Date la vuelta y siéntate –dijo–. Enseguida llegamos. Está esperándote.

Clem Barefield

Cuatro

Soy el *sheriff* del condado de Madison desde 1961; el mes que viene hará veinticinco años. Mi abuelo también fue *sheriff*. Trabajaba en las afueras de Hendersonville, Carolina del Norte, más o menos a hora y media de aquí en dirección sur por el otro lado de Asheville. Pero los lugares como ese bien podrían estar a miles de leguas de distancia. Mi padre cultivaba manzanas en Flat Rock, en el condado de Henderson. Me crie pensando que tenía que ser igual que ellos, y supongo que elegí bien. «Servir y proteger», pensaba. Esta mentalidad fue la que me trajo a estas montañas. Cuando juré el cargo de *sheriff* sustituí a Jack Moseley, que con solo cincuenta y siete años no era para nada un viejo, aunque quizá esto lo piense ahora que acabo de cumplir sesenta. Antes de aceptar el puesto le pregunté a Jack que por qué lo dejaba, y me dijo que simplemente se había aburrido. Dijo que en el condado de Madison casi nunca pasaba nada; en cualquier caso nada emocionante. Que la trucha de río y sus nietos le parecían más interesantes. Que ya me daría cuenta por mí mismo. Dijo que yo también me aburriría, casi como deseando que algún día se lo contase. Pero murió de un infarto al poco tiempo de asumir yo el cargo, y no tuve la oportunidad de contarle todo lo que pensaba de esta zona del país, de sus gentes.

Lo que sí puedo decir de la gente de estos pagos es que es distinta de la de Buncombe, de la del condado de Henderson y de la de cualquier otro lugar de estas montañas. Aquí casi todos aseguran que les corre por las venas sangre irlandesa, escocesa o de donde sea, y por lo que parece debe de ser cierto, sobre todo cuando escuchas a esos que se empeñan en venir hasta aquí en coche desde las universidades y te hablan con pelos y señales de esa cultura que dicen que está desapareciendo. Después van y llaman a la puerta de las cabañas para grabar cuentos populares con sus magnetofones, fisgonean en los graneros, hacen bajar con señas de sus tractores a hombres entrados en años para pedirles que canten un par de tonadas de los viejos tiempos.

Siempre había oído que el de aquí es un mundo distinto, y a veces me pregunto si no será cierto. Al poco de venir de Henderson, recorría el condado en coche y veía letreros que anunciaban pueblos como Mars Hill y lugares como Júpiter y cosas por el estilo, y pensaba: «Dios mío, Clem, ¿cómo has acabado tú aquí?». Pero que me aspen si no es bonito a rabiarse: estos campos verdes con granjas

alineadas a lo largo de las crestas y los espacios intermedios que ocultan oscuras hondonadas y quebradas profundas adonde tal vez nunca llegue la luz del sol. Como ya he dicho, llevo casi veinticinco años trabajando en este condado, pero lo cierto es que hay lugares que no he visto nunca, lugares que me parecerían tan raros ahora como me lo habrían parecido la primera vez que puse el pie en el condado de Madison. Estoy más que acostumbrado a sentirme así, y a veces, cuando llevas mucho tiempo viviendo en un mismo sitio, cada vez te resulta más difícil entresacar las cosas que en otro tiempo te parecieron extrañas, por mucho que después de dos décadas y media la mayoría de la gente te siga considerando un forastero solo porque no naciste aquí ni te criaste al cabo de la calle de los asuntos de todo el mundo.

Pero si pudiese hablar con el viejo Jack Moseley, le diría que no me he aburrido, ni siquiera después de tantos años. Por supuesto que ha habido pormenores relacionados con avisos y casos que apenas recordaría aunque me empeñase, pero eso se debe más a los años que llevo en esto que al aburrimiento. Por otro lado, he tenido esas llamadas, ese par de casos que jamás podré olvidar por mucho que lo intente o por muy viejo que llegue a ser. El que sigue es uno de ellos.

Acababa de cerrar la puerta de cristal corrediza y de salir a la terraza cuando oí que sonaba el teléfono de la cocina. Era una calurosa tarde de domingo a comienzos de septiembre, y, como siempre después de cenar, había salido a la terraza a fumarme mi único cigarrillo del día y a escuchar a los grillos preparándose para la noche.

Saqué un cigarrillo de la cajetilla y cogí el mechero del bolsillo, y después de encenderlo me di la vuelta y miré por el cristal en el preciso instante en que Sheila estaba cogiendo el teléfono. Se volvió, me vio debajo del haz de luz que proyectaban los focos de la puerta, escuchó la voz que le hablaba desde el otro extremo de la línea y arqueó las cejas. Levantó la mano y me hizo señas para que entrase, y después indicó el teléfono y articuló los labios para que leyera «Es para ti». Decidí recalcar el hecho de que ya no me dejaba fumar en casa, y subí el cigarrillo para que lo viera, me encogí de hombros y sonreí. Dejó el teléfono sobre la encimera, cruzó la sala de estar y abrió la puerta corrediza.

—Siento mucho interrumpirte mientras haces ejercicio —dijo—, pero es que te llaman.

—¿Quién es?

—Robby —dijo—. Otra vez.

—Santo Cielo —dijo—. Y ahora ¿qué querrá? ¿No puede dejarte el recado?

—Parece que no —respondió—. Suena a que es una emergencia.

Di un papirotazo a la punta del cigarrillo y me guardé la colilla en el bolsillo de la camisa.

–Siempre es una emergencia –dije–. Sobre todo para él.

–Ya te dije que era nervioso. Y demasiado joven. Te lo tendrías que haber pensado dos veces antes de nombrarle tu ayudante.

Entré en casa, y al pasar por delante de Sheila le di un apretón en la mano.

–Quería nombrarte ayudante a ti –dije–. Lo que pasa es que no pude convencerte para que llevases una maldita pistola.

–De todos modos pasamos demasiado tiempo juntos –dijo, sonriendo–. Responde al teléfono.

Cogí el auricular y me apoyé contra la encimera de la cocina. Carraspeé exageradamente como hace la gente cuando va a soltar un discurso.

–Hola –dije.

–*Sheriff*, soy Robby, desde la oficina. Acabo de recibir una llamada de emergencia de Ben Hall desde la Carretera de la Rama Larga. Dice que han matado a su hijo.

Era lo último por lo que esperaba que pudiese llamarme Robby un domingo por la tarde; me puse derecho, metí la mano en el bolsillo y miré a Sheila a los ojos. Parecía como si estuviera esperando a que le contase algún chascarrillo de Robby, pero cuanto más la miraba más iba cambiando su cara para reflejar la misma preocupación que debía de estar viendo en la mía. «¿Qué ha pasado?», susurró. Bajé los ojos y clavé la mirada en las baldosas del suelo de la cocina. Mis dedos jugueteaban con el mechero en el bolsillo.

–¿Cómo ha sido? –pregunté.

–No lo sabe –dijo Robby–. Su mujer salió de casa a eso de las seis y media de la tarde para llevarse a los chavales al templo. Y luego, a eso de las ocho, Adelaide Lyle le llamó para decirle que su hijo estaba en su casa y que había muerto. Le preguntó qué había pasado, pero no lo sabía o no se lo quiso decir.

–¿Fue en casa de Adelaide Lyle? –pregunté.

–No, señor. En el templo.

–¿Cuál de sus hijos es?

–El mayor –respondió–. El retrasado. Ese al que llaman «Stump».

–Ahora mismo salgo para allá –dije–. Tardo un segundo en apañar aquí las cosas.

–Vale –dijo Robby–. Ben Hall está de camino. Al parecer su padre ha vuelto, y puede que sea él quien le esté llevando.

Al oír esto sentí que se me agarrotaban las entrañas, y por un segundo pensé que iba a echar la cena que me acababa de comer hacía unos minutos.

–¿*Sheriff*? –dijo Robby.

Eché un vistazo a mi reloj. Eran casi las ocho y cuarto. Sabía que no llegaría allí antes que Ben y su padre, aunque saliese en ese mismo instante.

–Estoy aquí –dije–, pero más vale que salga ya. A saber lo que les hará Ben a

esos de la iglesia como llegue y se encuentre con alguno en la casa, sobre todo si está su padre con él.

No me di cuenta de que Sheila había salido de la habitación hasta que volvió a la cocina con mi sombrero en una mano y la pistolera en la otra. Las dejó a mi lado sobre la encimera.

–La dirección de la señorita Lyle es Carretera del Río 1404 –dijo Robby–. A unos cuatro kilómetros del templo, a la derecha. ¿Sabe dónde le digo?

–Sí –dije. Me desabroché el cinturón y enganché la pistolera.

–¿Cree que debería reunirme allí con usted, *sheriff*? –preguntó.

–Tú piénsatelo con calma –dije–. Puede que incluso hasta me venga bien tu ayuda.

Colgué el teléfono y terminé de abrocharme el cinturón.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Sheila.

–Han matado al hijo mayor de Ben Hall en ese maldito templo –dije–. Y parece que se lo han llevado a casa de Adelaide Lyle, en la Carretera del Río.

–¿Por qué lo habrán llevado allí?

–¿Te gustaría que hubiera un chaval muerto tirado en medio de tu templo cuando llegase la ley?

–¿Crees que ha muerto en el templo?

–Eso creo –dije–. De no ser así, no habría ninguna razón para llevárselo a otro sitio.

Me puse el sombrero, di media vuelta y avancé por el pasillo hasta la puerta de la calle, donde, al lado del interruptor de la luz, colgaban de un gancho las llaves del coche patrulla. La puerta estaba abierta; eché un vistazo a través del cristal de la contrapuerta y me quedé un momento contemplando cómo se movían en la oscuridad del prado las luces amarillas de las que debían de ser las últimas luciérnagas del verano. Cogí las llaves del gancho, encendí los focos y desaparecieron todas las luciérnagas. En el reflejo de la contrapuerta veía a Sheila detrás de mí, al fondo del pasillo.

–A ver si adivinas quién ha vuelto –le dije.

–Te he oído hablar con Robby –respondió–. ¿Crees que estará con Ben?

–Eso parece –dije. Miré el cristal y vi que su imagen fantasmal se cruzaba de brazos y se reclinaba contra la pared que había detrás de mí.

–Por favor ten cuidado, Clem –dijo–. Que no se te vaya esto de las manos. De nada sirve que alguien salga mal parado, y tú menos que nadie.

–No cuento con que se me vaya a ir nada de las manos –dije, pero fue decirlo y saber perfectamente que a veces uno no puede responder de las cosas malas que suceden.

Cinco

Subí al coche patrulla, puse las luces y la sirena y fui conduciendo por la cresta antes de coger la carretera que bajaba a Marshall. Sabía que más abajo había hondonadas que llevaban casi una hora a oscuras, pero arriba en la cresta el sol se esforzaba por ser recordado y vi que el rojo y el oro seguían iluminando el cielo a lo lejos, en la ladera de la montaña que daba a Tennessee. Recordé el cigarrillo a medio fumar que llevaba en el bolsillo de la camisa, lo saqué y pulsé el encendedor del salpicadero. Cuando saltó, lo encendí y bajé la ventanilla.

Me fumé lo que quedaba del cigarrillo y pensé que nuestro hijo, Jeff, aún vivía la última vez que respondí a una llamada relacionada con Ben Hall. Por aquel entonces Jeff tendría unos dieciséis años, tal vez diecisiete, y los chicos debían de estar en su tercer año de instituto. Mi hijo era amigo de Ben desde hacía mucho tiempo, y yo le conocía como quien dice de toda la vida; pero no solo yo sino todo el mundo, sobre todo después de que empezara a labrarse una reputación en el terreno de juego. Ben fue probablemente el mejor jugador de fútbol americano que haya dado nunca este condado. Jugaba de *tackle* izquierdo, y mira que era corpulento, más que el resto de sus compañeros de equipo, más que cualquiera de los defensas a los que tuvo que enfrentarse. Consiguió una beca para la Western Carolina, y la mitad del primer año se la pasó en el banquillo comprobando que en otras zonas del país fabricaban chavales más corpulentos que él. Casi al final de la temporada le pusieron de *linebacker*, y le fue bastante bien: jugó varios partidos, se corrió sus juergas, se metió en algún que otro lío y aquel mismo verano volvió a casa después de que sus notas cayeran en picado y no pudiese mantener la beca. Era imposible que aquel cascajo de hombre que era su padre reuniese el dinero suficiente para pagar la matrícula que le permitiría volver en otoño, así que Ben se quedó en el condado de Madison sin oficio ni beneficio, se casó con una muchacha de aspecto dulce llamada Julie y desde entonces no se había movido de aquí.

Una noche, en la época en la que iban al instituto, recibí una llamada a eso de las diez. Había habido un tiroteo en una de las urbanizaciones nuevas que hay pegadas a la autopista interestatal. Salí de la oficina de Marshall para tomar la 25/70 en dirección este hacia Weaverville. Ahora hay tantos barrios por esa zona que ni siquiera sabría decir con certeza de cuál se trataba, pero por aquel entonces no había más que un puñado, algunos todavía con las casas sin construir, varios con calles sin pavimentar.

Apagué las luces, me metí por una de aquellas urbanizaciones y reparé al instante en lo oscuro que estaba todo cuando te apartabas de la carretera principal. A los

pocos segundos me di cuenta de que era porque alguien había pasado por allí y había disparado a todas las farolas. Los cristales reventados parecían enormes cáscaras de huevo rotas que alguien hubiese recogido en pequeños montones a ambos lados de la calle. Al fondo de un callejón sin salida vi un viejo Camaro aparcado con las luces apagadas. Lo reconocí; pertenecía a un amigo de Jeff y de Ben al que llamaban Astronauta, y con la de años que han pasado no recuerdo el verdadero nombre del chaval, probablemente porque el apodo le iba como anillo al dedo. Aparqué, apagué el motor y recorrí a pie el trecho que me separaba del coche. Me encontré a los tres sentados en el suelo, recostados contra el parachoques trasero del Camaro, Ben con un rifle calibre 22 aún caliente entre las manos, y delante de ellos, en el suelo, los dos últimos botellines de un paquete de doce de Michelob. Habían reventado el resto de los botellines y los cristales estaban esparcidos por todas partes. Supe que iban borrachos como cubas cuando Jeff me miró y sonrió como si no le sorprendiese lo más mínimo verme ahí plantado delante de ellos.

–Eh, papá, qué tal –dijo.

–Sabéis que os podría arrestar a los tres, ¿no? –les dije. Me incliné, le quité el rifle a Ben y comprobé que estaba sin balas.

–Sí, señor –dijo Jeff, serio de repente. Los otros dos no me miraron.

–Pero creo que lo mejor para mí y lo peor para vosotros será que simplemente os lleve a casa para que vuestros padres se enteren de lo que habéis estado haciendo esta noche. Mañana por la mañana volveremos aquí a recoger todos estos cristales. Y luego averiguaremos a quién le tenéis que pagar para reponer las farolas.

–Colega... –murmuró Astronauta.

Los metí a todos en el coche patrulla y salí de la urbanización vacía y oscura para volver al condado. Jeff iba sentado a mi lado y me llegaba el olor a cerveza de su aliento, y traté de pronosticar lo que diría Sheila, a él y no a mí, acerca de todo esto. Miré por el espejo retrovisor a través de la mampara metálica que separaba los asientos delanteros de los de atrás, y vi que Astronauta tenía la cabeza recostada contra el asiento y los ojos cerrados. Ben miraba fijamente por la ventanilla. Volví a clavar los ojos en la carretera.

–Mi padre me mata –dijo Ben, casi para sus adentros. Eché otro vistazo al espejo y traté de captar su mirada, pero no la apartaba de la ventanilla.

–Esta vez no te vendrá mal que lo haga –dije–. Embriaguez y alteración del orden público. Disparos de arma de fuego. Destrucción de bienes. Puede que no te venga mal que te mate un poco.

Ben cerró los ojos y se recostó en el asiento igual que Astronauta.

–No me entiende –dijo–. Me va a matar de verdad. Usted no sabe a lo que me refiero.

Por aquella época Ben Hall ya medía uno noventa, puede que casi dos metros, y

su padre era un alfeñique que no superaba el metro setenta, pero vi temor en el rostro de Ben y también lo oí en su voz. Le había visto un par de veces con los ojos morados, y sabía que las palizas que su viejo hubiese podido darle a su mujer para que terminase abandonándole también se las había propinado a Ben en más de una ocasión. Me costaba creer que un chaval tan enorme no fuese lo bastante grande para darle una buena tunda a un hombre tan pequeño. Creo que fue entonces cuando comprendí a qué tenía que enfrentarse Ben exactamente, y suspiré bien alto para que todos lo oyeran.

–Bueno, quizá lo mejor sea que paséis esta noche en nuestra casa –dije–. Ya aclararemos todo esto por la mañana.

–¡Sí! –le susurró Astronauta a Ben como si estuviese celebrando un indulto de última hora. Hasta Jeff pareció relajarse en el asiento contiguo, como si supiera que tener a sus amigos en casa amortiguaría cualquier castigo que pudiese caerle. Se hizo el silencio de nuevo.

–Por mucho que lo retrase, no va a cambiar nada –dijo Ben.

A veces pienso que si dejé que Ben pasase aquella noche con nosotros quizá no fuera por miedo a lo que le pudiese hacer su padre al verle llegar borracho como hacía él todas las noches, sino por miedo a lo que le pudiese acabar haciendo Ben a su padre con esa licencia que el alcohol concede a los hombres. Jamás tuve miedo de Ben Hall, pero quizá sí tenía cierto miedo a lo que era capaz de hacerles a otras personas, incluido a su padre.

Era el recuerdo de aquella noche, sobre todo la mirada de lo que interpreté como miedo o tal vez ira en el rostro de Ben, lo que me inquietaba mientras conducía hacia casa de Adelaide Lyle. La idea de Ben enfrentándose a unos tipos de la iglesia de su mujer a sabiendas de que podrían ser de algún modo responsables de la muerte de su hijo me hizo pensar con preocupación que tantos y tantos años de palizas podrían culminar en una violencia que Ben era incapaz de predecir, una violencia que no tendría el menor interés en controlar. Mi temor no obedecía solamente a que fuera un chicarrón que había tenido que desarrollar una veta bravucona ni a que el borracho de su padre hubiese regresado a Madison y probablemente lo estuviese acompañando en esos momentos a casa de Adelaide Lyle. Si tenía miedo era porque conocía aquella iglesia y conocía al hombre que la dirigía como si se creyese Jesucristo en persona, y algunos de los que acudían al templo creían en Carson Chambliss como si en efecto lo fuera.

La gente de por aquí se puede enganchar a la religión como si fuera una droga, y una vez que se enganchan no quieren soltarla. Es como si se alimentasen de ella, y cuando están colocados pueden hacer cualquier cosa que les digan estas pequeñas iglesias pueblerinas. Después, sin pensárselo dos veces, se matan los unos a los otros por su fe, echan a sus hijos de casa, engañan a sus maridos y a sus mujeres,

rompen familias en un abrir y cerrar de ojos. No sé cuánto tiempo exactamente llevaba Carson Chambliss viviendo en el condado de Madison la primera vez que me topé con él. Y no digo que este fanatismo empezase con él, porque sé que no fue así. Ese tipo de creencia lleva aquí instalado desde mucho antes de que viniese yo al mundo, y me atrevo a decir que seguirá rondando hasta mucho después de que yo me vaya. Pero he visto con mis propios ojos lo que hace Chambliss, y a día de hoy aún no sabría decir en qué consiste ni por qué afecta tanto a la gente. Hace diez años vi a un hombre quemando su propio granero mientras su familia se quedaba en el prado contemplando cómo se esfumaba, y solo porque pensaba que era lo que tenía que hacer.

En mi recuerdo, aquel granero sigue siendo un espectáculo abrasado con un cielo al fondo cada vez más oscuro. Los vecinos habían salido todos de sus casas de la hondonada, habían bajado por el camino de grava hasta el terreno de Gillum y estaban todos enfrente del montículo herboso en el que se alzaba el granero, la brillante luz naranja parpadeando en su interior. Había seguido el rastro del humo desde la carretera, y estaba conduciendo lentamente por delante de la valla cuando algunos de ellos se volvieron a mirarme como si jamás hubiesen visto a la ley. Pero la mayoría no apartó los ojos del granero, que estaba lleno del humo de las llamas de una cosecha entera. Una especie de niebla se iba deslizando por el pasto y se abrió paso a través de la alambrada. Las ventanillas del coche patrulla estaban bajadas, y el olor dulzón del tabaco flotaba en el aire.

Gillum y sus dos hijas estaban en el prado mirando el granero. Su mujer se había metido en casa para no tener que presenciar la quema y para no tener que enfrentarse por el momento a los cálculos de las pérdidas que habría que hacer después. Todavía la puedo ver, ahí metida en una habitación sofocante con las ventanas y las puertas cerradas, atareándose y haciendo caso omiso del humo que se acumula en el prado y del ruido de las tablas que arden y se desgajan del armazón del granero. Si hubiese descorrido la cortina, me habría visto cruzar el prado hacia la humareda en la que estaba Gillum con las hijas de ambos, esperando a que todo terminase.

—¿Qué ha pasado aquí, Gillum? —le pregunté. No apartó los ojos del granero, pero sacó la mano derecha del bolsillo y le tocó en el hombro a su hija mayor. Tendría unos trece años, y dio un respingo como si de repente hubiese circulado electricidad entre los dos. Ofrecía un semblante triste y asustado, y se arrimó más a su padre. Gillum me miró, y después volvió a mirar el granero.

—Estoy ocupándome de un asunto, *sheriff*; no es nada —dijo.

—Vi el humo desde la carretera y pensé que debía venir —aclaré.

—Todo va bien.

Se quedó callado, y escuché cómo se propagaba el fuego por el interior del

granero. Subieron voces susurradas desde la cerca donde la gente se había agolpado para mirar.

–Gillum, tienes una cosecha entera de tabaco secándose en ese granero. No me creo que todo vaya bien. –Antes de que pudiera decir nada más, su hija menor me miró.

–Lo he visto corriendo por ahí dentro –dijo. Miró a su padre, y él la cogió de la mano. Ella apoyó la cabeza contra su pierna.

–¿De qué está hablando su hija? –pregunté.

Gillum no dijo nada, y la chica se limitó a mirarme. Después echó la cabeza hacia atrás y volvió a mirar a su padre.

–¿A quién has visto ahí?

–Dice que vio bajar corriendo al Diablo por el camino –dijo la mayor–. Dice que lo vio meterse en el granero.

–¿Hay alguien ahí dentro? –pregunté. Gillum apartó la mirada del granero y la clavó en el suelo. Ante él, en lo alto del montículo, las llamas habían acabado las vigas bajas y avanzaban hacia arriba por las transversales. Empezaban a arder los aleros. Lo siguiente en prender iba a ser el tejado.

–Hace tiempo, Libby Clovis cayó enferma –dijo Gillum–. Bob intentó esperar a que se le pasara, pero la fiebre no remitía. Se la llevó al hospital del condado, y después de examinarla de arriba abajo dijeron que no podían hacer nada por ella. Cuando empeoró estuvo a punto de llevársela a Asheville, pero la madre de Libby quería que llamase al predicador. Bob me dijo que pensó que mal no le iba a venir.

»La madre de Libby trajo a un predicador de Marshall, de nombre Chambliss, y Bob dijo que se encerró con Libby en el dormitorio. Dijo que se oía un alboroto tremendo al otro lado de la puerta. Sonaba como si alguien estuviese destrozando los muebles, como si la cama subiera y bajara sin tocar el suelo.

Me volví y eché un vistazo a la gente que se había reunido delante de la cerca. Al fondo vi la figura alta y enjuta de Robert Clovis llevándose a los labios un cigarrillo sin encender. Nuestras miradas se cruzaron y apartó la suya rápidamente. Encendió una cerilla, y su rostro extenuado destacó por un instante sobre el camino cada vez más oscuro que se alejaba a su espalda. Me puse otra vez de cara al fuego.

–¿Quién está en ese granero?

–No es a mí a quien corresponde decir qué es exactamente –dijo Gillum–. Pero Bob me dijo que esta tarde Chambliss convocó a la familia en el dormitorio y les pidió que rezasen cogidos de la mano. Bob dijo que se dieron la mano y estuvieron allí rezando, pero que él mantuvo los ojos abiertos y miró. Me dijo que de repente abandonó el cuerpo de Libby. Dijo que todos los presentes lo vieron: el predicador, la madre de Libby, él. Vieron cómo abandonaba su cuerpo y huía de la casa como una sombra. Lo que estaba dentro de ella, fuera lo que fuese, está ahora en mi granero, y pienso librarme de ello esta noche.

–¿Cree que el Diablo está en su granero?

–Ya le he dicho que no me corresponde a mí decir qué es exactamente. Solo sé que está ahí.

–No sé qué pensará su hija que vio, pero espero que el granero esté vacío cuando se extinga el fuego.

–No encontrará usted ningún cuerpo humano –dijo–. Eso se lo puedo prometer.

Casi toda la gente del grupo que estaba pegado a la cerca se había marchado a casa, y la oscuridad era total cuando el lado norte del granero se vino abajo y arrambló con parte del tejado. El sonido de la madera resquebrajándose vino acompañado de una lluvia de ascuas que caían como la nieve sobre el césped. Unos copos de ceniza caliente llegaron flotando hacia nosotros; sentí cómo me rozaban la cara y me los sacudí de la camisa. El ruido que hizo el tejado al hundirse sobresaltó a la hija menor de Gillum, y se echó a llorar.

–Métela en casa –le dijo Gillum a la mayor.

La chica cogió en brazos a la niñita y se la llevó hacia la casa, donde había unas tenues luces brillando detrás de unas ventanas con cortinas. Observé cómo se marchaban hasta que la oscuridad las engulló. Al volverme, Gillum ya no estaba, y recorrí el prado con la mirada hasta que vi su silueta dirigiéndose hacia una pequeña caseta de pozo. Me quedé mirando su figura cada vez más lejana y de pronto advertí que había gente pasando por delante de mí en medio de la oscuridad. Los vecinos que se habían marchado antes habían regresado, y muchos de ellos llevaban cubos de aluminio y bidones de plástico. Caminaban en silencio por el prado.

Sin darme cuenta, me vi siguiendo al grupo hacia la caseta del pozo, donde alguien me pasó un cubo y me quedé esperando a que Gillum lo llenase con agua de la manguera. Detrás de mí oía el chisporroteo de la tierra caliente, que se iba enfriando a medida que volcaban un cubo tras otro sobre la hierba humeante. La bomba que había en la caseta se puso en marcha, y el zumbido sordo compitió con el ruido del fuego y con el de los pies que se arrastraban al entrar y salir de la fila.

Una vez lleno el cubo, me acerqué con él hasta el fuego y me sumé a los que estaban empapando la hierba del perímetro del granero. Había varios que incluso habían subido un trecho de la ladera y estaban tirando cubos de agua a los árboles. La única luz procedía del fuego, y la oscuridad que me rodeaba se movía con el sonido que hacía el agua al caer. Tenía el cubo cogido por el asa, y con el vaivén el agua se desbordaba y me mojaba los pantalones y las botas. Empecé a moverme más despacio hasta que sentí el calor del fuego en la cara, y entonces paré, me puse al lado de otro hombre y con mucho cuidado empapé la franja de hierba que había a mis pies.

Regresé a la fila, donde Gillum me volvió a llenar el cubo, y conseguí dar la vuelta al granero, empapando la hierba y procurando no inhalar el humo agrio que

soltaba la madera tratada. La tierra acabó tan mojada que mis pies empezaron a chapotear en la hierba, pero continué llenando el cubo y siguiendo a los demás en el sentido de las agujas del reloj alrededor del granero. Vertía el agua metódicamente, trazando líneas rectas hasta que la hierba dejaba de humear. Miré a mi derecha y vi a un hombre con una gorra de béisbol y un cigarrillo en la boca. Se valía de las dos manos para echar el agua de su cubo y parpadeaba en vano para quitarse el humo de los ojos. Volví a la caseta del pozo, donde Gillum seguía llenando cubos vacíos sin moverse del sitio. Estaba hablando con alguien; al acercarme, vi que se trataba de Robert Clovis.

–Te voy a ayudar a levantar esto otra vez –oí que decía Clovis–. No puedo evitar sentirme responsable.

–No es necesario –dijo Gillum–. Ya nos ocuparemos de eso mañana. Solo quiero asegurarme de que esta noche no pierdo nada que no pueda recuperar.

–Lo siento –dijo Clovis.

–No tienes por qué –dijo Gillum. Clovis esperó a que su cubo se llenase y, luego, se encaminó de nuevo hacia el granero. Di un paso y tendí el cubo, que fue pesando más a medida que se llenaba con el agua de la manguera.

–Le agradezco su ayuda –dijo Gillum. Le miré, asentí con la cabeza y me dispuse a seguir a Clovis de vuelta al granero, pero me detuve al ver que el fuego se iba extinguiendo lentamente y que el prado ya estaba lleno de siluetas borrosas que se movían en la oscuridad.

Seis

Aquella noche, mientras el granero de Gillum humeaba entre la hierba mojada, Carson Chambliss apareció de repente en el radar del Departamento del *Sheriff* del Condado de Madison, y desde entonces no se había movido de allí. No parecía que tuviese vínculos con la zona, y tampoco pude encontrar familiares suyos en esta parte de Carolina del Norte. Llamé a un par de tipos de por aquí en los que confiaba, tipos de los que saben mantener el pico cerrado sobre cuestiones como esta, y averigüé que venía del norte de Georgia: del condado de Stephens, a unas tres horas al sudoeste de aquí. Hubo que hacer varias llamadas, pero no tardé ni dos días en dar con el *sheriff* Tyrie Nicks de Toccoa, Georgia, al que le pregunté si había oído hablar de un hombre llamado Carson Chambliss.

—Dios mío —dijo—. ¿Y quién no ha oído hablar de ese hijo de perra? —Nicks dijo que Chambliss iba diciendo por ahí que era mecánico, pero lo único que sabía de él era que le habían detenido por delitos menores como hurto y posesión de marihuana y sustancias prohibidas—. Hacía mucho tiempo que le tenía en el punto de mira —dijo—, pero tuvo que saltar por los aires para que pudiésemos probar que era culpable de algo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Cocinaba metanfetamina —dijo Nicks—. Y como se movía igual que un okupa entre barracas y caravanas abandonadas, nunca le pillábamos. Y de pronto, una buena mañana, saltó por los aires una vieja casa que estaba a diez minutos más o menos de Toccoa. Era Chambliss, o por lo menos lo que quedaba de él.

—¿Quedó malherido? —pregunté.

—Usted nunca le ha visto de cerca, ¿verdad que no? —me preguntó.

—No, *sheriff* —dije—. Nunca.

Lo cierto es que por aquella época ni siquiera le había puesto los ojos encima. Entre una multitud de dos hombres, no habría sido capaz de reconocerle.

—Pues la explosión aquella le quitó algo así como el cuarenta por ciento de la piel. Casi le mata. Tuvieron que hacerle injertos con pedazos enormes de las piernas y de la espalda. Debía de llevar la cara cubierta por una máscara antigás o algo parecido mientras cocinaba la metanfetamina, porque así de primeras no se le nota demasiado. Pero el pecho y el lado derecho de su cuerpo tienen un aspecto espantoso. Si le viera sin ropa, pensaría que es un jodido mutante. —Suspiró como si estuviese a punto de contarme algo que no debía o no quería contarme—. ¿Quiere oír la parte desagradable? —preguntó.

—Por supuesto —dije.

—Había una chica de dieciséis años con él cuando explotó la casa, una fugitiva de Misisipi. Murió una semana después a causa de las quemaduras. Su familia vino desde Jackson y se la llevó a casa. Una triste historia de principio a fin.

—¿Qué fue de Chambliss? —pregunté.

—Intentamos acusarle de asesinato en segundo grado, pero ya sabe lo que pasa, *sheriff*. La defensa de oficio consiguió rebajarlo a homicidio involuntario, y la prensa pintó a la pobre muchacha como si fuese una conspiradora. Le cayeron tres años solamente. Creo que como mucho cumplió dos.

—Pues mal hecho —dije.

—Sí, mal hecho —dijo—. Pero es lo que le digo, que ya sabe usted cómo son las cosas. —Por un instante se hizo el silencio, y pensé que habría terminado de contarme todo lo que sabía sobre Chambliss. Entonces carraspeó—. ¿Quiere saber algo más? Cuando le enviaron a Alto, al penal de Allendale, explicaba lo de las quemaduras diciendo que se las había hecho Dios. Iba por ahí contándoles a todos que la mano de Dios Todopoderoso había bajado y había prendido fuego a su cuerpo para purificarle de los pecados del mundo.

—Pero ¿y la explosión de metanfeta? —pregunté—. ¿Cómo explicaba eso?

—Decía que Dios había decidido hacerlo así.

—Y de la chica, ¿qué decía?

—Jamás la mencionaba, por lo menos desde que ingresó en prisión. Era como si jamás hubiese existido —dijo—. Y escuche, escuche, que le va a costar creer lo que le voy a contar ahora: el director de la prisión me contó que le costaba Dios y ayuda impedir que Chambliss se prendiera fuego a sí mismo. Contó que Chambliss organizó una especie de culto llamado Las Señales. Dijo que celebraban oficios allí mismo, en el acto, dondequiera que les entrase el arrebató: en la capilla, en sus celdas, fuera en el patio. Me contó que hablaban en lenguas desconocidas, que se sanaban unos a otros, que hablaban del Diablo como si fuera el vecino de al lado. Y resulta que, una vez que empezaban, sacaban la primera cosa inflamable que conseguían agenciarse, le prendían fuego, pasaban las manos por encima y se la acercaban a la cara: crema de afeitar, colonia, esprays de limpieza. Me dijo que cuando les confiscaban los mecheros y las cajas de cerillas para evitar que prendiesen fuego a esas cosas, iban y se las bebían. Pero ni uno solo de aquellos chalados se quemó ni cayó enfermo jamás. Dijo que Chambliss se hizo con un grupito de seguidores y que salvo la celda de aislamiento no había nada que pudiese alejar a aquellos tipos de él.

»No consiguió que Chambliss soltase prenda de por qué hacían lo que hacían, pero uno de sus seguidores le dijo que lo decía la Biblia, que Jesús les había dicho a los discípulos que cuando él ya no estuviera serían capaces de hacer todo tipo de cosas peligrosas sin hacerse daño; que sería una señal de su rectitud. No le creí hasta que llegué a casa, abrí mi biblia, estuve un rato buscando y zas, ahí estaba, en

Marcos. Justo lo que habían dicho ellos. –Oí que crujía su silla, y me imaginé al *sheriff* Nicks repantigado, las botas sobre la mesa y los tobillos cruzados, el sombrero apoyado en las rodillas.

Cuando mencionó el libro de Marcos, me vino de pronto a la cabeza el letrero nuevo que había junto a la fachada del templo de Chambliss. Recordé los versículos exactos que citaba: Marcos 16, 17-18. Puse fin a la conversación telefónica con Nicks, y al llegar esa noche a casa cogí la biblia de Sheila de su mesilla y me puse a hojearla hasta que encontré los versículos. Los leí en un susurro: «Y a los que hubieren creído los acompañarán estas señales: en mi nombre lanzarán demonios, hablarán lenguas nuevas, en sus manos tomarán serpientes, y si bebieren ponzoña mortífera, no les dañará; pondrán sus manos sobre los enfermos y se hallarán bien».

Todo me quedó más claro después de leer esto. Una quemadura grave fruto de una explosión casera de metanfetamina al norte de Georgia se convierte en señal de santidad y poder al oeste de Carolina del Norte. Todo dependía de quién contase la historia, aun cuando esa historia incluyese a una muchacha muerta de Misisipi. De pronto comprendí qué tipo de mente podía convencer a Gillum para que prendiese fuego a su granero, y de pronto comprendí por qué un grupo de gente quería ocultarse detrás de unas ventanas tapadas por periódicos mientras hacía sus devociones, y por fin caí en la cuenta de lo que había en aquellas cajitas que metían y sacaban de la iglesia los miércoles por la noche y los domingos por la mañana. Pero, aparte de la sospecha, ¿qué tenía? ¿Qué podía hacer? ¿Detener a un hombre por ejercer su libertad religiosa? Nada de aquello era motivo suficiente para ir llamando a las puertas de los templos, para ir por ahí interrumpiendo reuniones y oficios. Pero ahora, en esta ocasión, no era una fugitiva de dieciséis años sino un chaval mudo de trece el que había muerto, un chaval que no habría podido decirle «sí» o «no» o «basta» a Chambliss por mucho que hubiese querido. Esta vez, sabía que se trataba de algo diferente.

Nada de lo que vi en casa de Adelaide Lyle me sorprendió, tras detenerme en lo alto del prado y apagar primero el motor y después las luces. Rebusqué en el salpicadero, encontré mi placa y me la prendí en la camisa; luego abrí la puerta del coche, bajé y eché un vistazo a la entrada, donde la luz del porche alumbraba toda la escena. Era exactamente lo que había pensado encontrarme.

Un par de hombres vapuleados y ensangrentados que aún llevaban la ropa de ir a la iglesia, y Adelaide Lyle y otras dos ancianas atendiendo sus heridas. A un lado de la carretera, Ben Hall tenía la cabeza apoyada en el capó de lo que debía de ser la vieja camioneta de su padre, y allí estaba Jimmy Hall en persona, que sin comerlo ni beberlo se había convertido en un anciano desde la última vez que le había visto, sentado en los peldaños del porche y fumando como si no hubiera

pasado nada. Más arriba, detrás de la ventana contigua a la puerta principal, estaba el hijo pequeño de Ben Hall, y arrimada a él, su madre, Julie. Nada más verme, Julie dio la vuelta y se marchó.

Como ya he dicho, nada de lo que vi aquella noche me sorprendió, pero lo que sí me inquietó fue lo que no vi. No vi a Carson Chambliss, y sabía que tenía que obedecer a algún motivo.

Jess Hall

Siete

La señorita Lyle había salido a la puerta a recibirnos al señor Stuckey y a mí. Después me había cogido de la mano para llevarme al salón, donde mamá estaba echada en el sofá con los ojos cerrados. La señorita Lyle me dijo que me sentase a la mesa del comedor y me quedase allí calladito a esperar a mi padre. Su casa era como un horno, no corría ni un poco de aire a pesar de que se había puesto a abrir todas las ventanas nada más sentarme yo. Una vez abiertas, había vuelto al salón y se había sentado en una silla al lado del sofá. La casa estaba a oscuras, y apenas había luces encendidas salvo una lámpara en el salón y la bombilla que colgaba sobre la mesa a la que estaba sentado esperando. El señor Stuckey se quedó en el porche cuando entré en la casa, y al cabo de unos minutos oí que un coche se acercaba por la carretera y paraba; después oí que se abría y se cerraba una puerta, y al coche alejarse. Pensé que quienquiera que estuviese al volante de aquel coche había venido a recogerle.

Me recliné en la silla y eché un vistazo a la sala, y vi que se colaba un poco de luz por debajo de la puerta de la cocina. Dentro había gente, pero yo aún no había visto a nadie. Oía las voces de unas ancianas que estaban hablando en susurros. Además me llegaba el olor del café que habían empezado a preparar, y supuse que ni siquiera sabían que yo estaba allí y que, con mamá tumbada en el sofá de la sala llorando como una Magdalena y la señorita Adelaide sentada a su lado en aquella silla susurrando: «Venga, venga», y acariciándole la espalda, lo más probable era que aunque lo supieran ni se acordasen de mí.

Afuera, otro coche se acercaba lentamente por la carretera de enfrente, y cuando se metió en la entrada de la señorita Lyle oí el crujido de las ruedas sobre la grava. Oí que las puertas del coche se abrían y se cerraban de golpe, y después pasos en la grava. Recé para que fuese papá que venía a por mí, y agucé el oído. Fueran quienes fuesen, caminaban lentamente por la grava arrastrando los pies como si no fuesen a llegar jamás. Dejé de oírlos en el camino y pensé que debían de estar subiendo los escalones del porche de uno en uno.

La puerta del salón se abrió con un chirrido y una voz de hombre dijo: «Addie». Se hizo el silencio, y al cabo de un segundo mamá se echó a llorar otra vez, incluso más fuerte que antes. Supe que lo que la había hecho llorar, fuera lo que fuese, acababa de ser metido en la casa, porque oí que alguien cruzaba por el suelo del

salón como si hiciera un gran esfuerzo. Me di la vuelta en la silla y me puse de cara al salón para ver qué era. Dos ancianos de la iglesia entraron al comedor arrastrando los pies, se detuvieron y dirigieron la vista hacia la mesa donde yo estaba. Llevaban a Stump. Tenía la cabeza caída hacia delante y los ojos cerrados como si estuviera dormido, pero yo sabía que no estaba durmiendo, como también sabía, sin estar del todo seguro, que había visto a esos dos hombres sacándole del templo mientras el señor Stuckey y yo nos alejábamos en la camioneta de papá. Quería decirles algo, pero me temblaba la mandíbula y no conseguía abrir la boca. Notaba cómo me rodaban las lágrimas por las mejillas.

–Alton –dijo uno de los ancianos. Agarró a Stump por los sobacos y miró al otro hombre.

–¿Qué ha pasado? –pregunté al fin, pero lloraba tanto que probablemente ni siquiera entendieron lo que dije. Apenas si los veía con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Qué le ha pasado? –pregunté, pero las palabras me salieron aún peor que antes.

–Alton –repitió el hombre. El que respondía al nombre de Alton tenía cogidas las piernas de Stump y me miraba fijamente. Al oír su nombre, miró al hombre que le llamaba. Pasaron por delante de la mesa y siguieron hacia el dormitorio. El silencio era tan grande que oía a mamá llorando en la habitación contigua, y pensé que tendría la cara hundida en uno de los cojines del sofá. Supe que los hombres habían echado a Stump en la cama porque oí que crujían los muelles. Además los oía susurrar, y luego oí que se cerraba la puerta. Un segundo después sentí que alguien me ponía la mano en el hombro.

–Hijo –dijo una voz. Levanté la vista y vi al anciano llamado Alton de pie a mi lado. Tenía unos ojos muy azules y tristes, y la cara morena y arrugada–. Lo siento, hijo –dijo. Me dio un apretón tan suave en el hombro que casi no lo noté.

–Alton –dijo el otro hombre. Alton me apretó otra vez el hombro.

Los dos ancianos cruzaron el salón y abrieron y cerraron la puerta de la cocina sin hacer ruido. Al poco rato oí que bisbiseaban algo a las ancianas. Oí cómo chocaba la cafetera contra las tazas cuando sirvieron el café, y después que alguien volvía a dejar la cafetera en la lumbre. Me recliné todo lo que pude en la silla, y me asomé a la esquina para ver el salón. Lo único que veía eran los pies de mamá, pero distinguía que se había puesto de lado, de espaldas a la señorita Lyle. La señorita Lyle seguía sentada en la silla junto a mamá.

Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé en ellos la cabeza. Respiré hondo y traté de contener el llanto; pensé que mi aliento debía de estar formando vaho sobre la madera de la mesa y que me estaba dejando la cara mojada y caliente, pero enseguida caí en la cuenta de que eran mis propias lágrimas las que me la habían mojado.

Cuando levanté la mirada, la señorita Lyle estaba al lado de la mesa, y me

pregunté cuánto tiempo llevaría allí.

—Jess —dijo—, ¿te traigo algo de beber, un poco de leche, alguna cosa de comer?

Tenía la boca seca como un estropajo y también sed, pero aun así dije que no con la cabeza porque lo único que quería era seguir allí sentado esperando a papá sin tener que hablar con nadie. La señorita Lyle se me quedó mirando como si esperase que fuese a decir algo más.

—No quiero nada —dije, y volví a poner la cabeza sobre la mesa. Sabía que seguía allí mirándome.

—Si necesitas algo, me lo dices —respondió. Levanté los ojos; seguía en el mismo sitio. Me puso la mano en la cabeza y me peinó con los dedos—. Tu padre va a llegar enseguida, pero no tengas miedo de pedirme cualquier cosa que necesites.

Se dio media vuelta, cruzó el salón y vi que abría la puerta de la cocina. Mantuvo la puerta abierta un instante, y dentro pude ver una mesita y a varios ancianos sentados a ella con sus cafés. Alton y el otro anciano que había metido a Stump en la casa estaban apoyados contra la encimera con los brazos cruzados. Cuando entró la señorita Lyle, todos la miraron. Al pasar dejó que se cerrase la puerta, y después ya no pude ver nada.

Aparté la silla de la mesa haciendo el menor ruido posible, y después me levanté muy despacio, me acerqué a la puerta y eché un vistazo al salón. Mamá seguía tumbada en el sofá de espaldas a mí y la oía respirar, pero me daba cuenta de que no estaba dormida. Desde la cocina se oyó una voz más alta que el resto, y reconocí a la señorita Lyle. Sonaba enfadada.

—Me da igual por qué estaba allí —dijo—. No debería haber estado allí. Ni esta noche ni tampoco esta mañana. No debería.

—Pero, Adelaide —dijo una de las ancianas—, yo sé lo que vi esta mañana y sé lo que oí. Fue un milagro.

—Todos oímos hablar al chico —dijo el hombre llamado Alton—. Todos y cada uno de nosotros lo oímos.

—En fin, eso ya no importa, ¿verdad? —dijo la señorita Lyle—. No importa nada lo que oyeráis allí dentro esta mañana. Lo único que importa es lo que ha pasado esta noche, y lo que sí sé es que más vale que estéis dispuestos a hablar de ello cuando llegue el *sheriff*.

Después se hizo el silencio, y me imaginé a la señorita Lyle con los brazos en jarras, sus ojos clavados en las ancianas y en los dos viejos hasta que apartaron la mirada. Oí que alguien abría el grifo de la pila, y después sonó como si unas pisadas se encaminasen hacia el salón.

Me di la vuelta y regresé sigilosamente al comedor, pasé por delante de la mesa y me quedé a la puerta del dormitorio donde estaba la cama en la que los hombres habían tendido a Stump. Nadie había abierto aún la puerta de la cocina y a tanta distancia casi no se les oía hablar, pero escuchaba perfectamente cómo se agitaban

las cortinas del comedor con la brisa que entraba ahora por las ventanas abiertas. Puse la mano en el pomo, lo giré muy despacio esperando que la puerta no hiciera ruido, entré en el dormitorio y cerré la puerta tan silenciosamente como la había abierto.

Dentro, con las ventanas cerradas y las cortinas corridas, estaba oscuro y hacía calor. Cuando los ojos se me adaptaron a aquella oscuridad tan enorme, descubrí un halo de luz de luna que intentaba colarse por las ventanas que había encima de la cama, y bajo esa luz pude distinguir a Stump, que estaba echado en medio de la cama con los brazos pegados a los costados. Tenía la cara vuelta como si estuviese dormido o simplemente tumbado y mirando a la pared. No le veía tan bien como quería, así que me acerqué más a la cama y me quedé de pie a su lado. El cubrecama sobre el que estaba echado Stump era un edredón blanco, y tendido sobre él y bajo la luz de la luna que entraba por las ventanas, su cara lucía con un tono azul claro. Su camisa tenía varios botones arrancados; estaba abierta y se le veía el pecho. Me quedé mirándole, y después me subí a la cama para verle la cara. Tenía una manchita de sangre seca en el labio, como si se lo hubiera mordido sin querer, y los ojos cerrados como si aún no se hubiera despertado, entonces pensé en cuando me despertaba en mitad de la noche y le veía resoplando por la boca mientras dormía. De noche, la casa estaba tan silenciosa que le oía respirar suavemente a mi lado. A veces me quedaba escuchándole durante lo que me parecía una eternidad, y sin darme cuenta me volvía a dormir. Pero no quería que Stump estuviese durmiendo de esa manera en la cama de la señorita Lyle, con la luna brillando en las cortinas de aquella habitación tan calurosa y mamá llorando en el sofá y papá de camino. Quería decirle: «Despierta, Stump», pero no dije nada porque me daba miedo comprobar que no me iba a oír.

Me puse de rodillas en la cama y me arrimé a él, descorrí las cortinas y abrí la ventana con un empujoncito para que entrase el aire. Me asomé. La luna resplandecía, y vi nuestra camioneta y los demás coches aparcados a la entrada. Dejé las cortinas abiertas de par en par, y al mirar a Stump vi cómo la luz de la luna se extendía por su cara. Me acosté a su lado y me puse a mirar al techo mientras la brisa pasaba sobre la cama soplando entre las cortinas. Pensé que era igual que dormir en nuestra cama en casa, y por un instante me imaginé que mamá todavía no había venido a nuestro dormitorio a despertarnos.

Cerré los ojos y nos imaginé a los dos tumbados entre los helechos a la orilla del arroyo, su cara iluminada todavía por el sol que se filtraba a través de los árboles. Por ahí por el arroyo había una rana verde que al croar sonaba como una cuerda de banjo floja, y sabía que si no le vigilaba, Stump se marcharía a buscar a la rana y no me quedaría otra que levantarme y salir a por él. Me esforcé por mantener los ojos abiertos, pero a veces el borboteo del agua en el arroyo suena como si hubiera gente hablando y me quedé escuchando su charla hasta que me adormecí bajo el

cálido sol, y al despertar vi que Stump también se había dormido y tal vez ya fuera tarde porque no quedaba luz en los árboles y hacía un fresquito agradable. Estuve mirando su cara hasta que parpadeó, alzó la vista hacia la luz del sol que se desvanecía entre las copas de los árboles y sonrió.

–Deberíamos volver a casa –susurré.

Se oyó un ruido como de un coche viejo que se acercaba a toda velocidad por la carretera; seguí tumbado con los ojos cerrados y me puse a escuchar. Oí pisadas de alguien que corría por la grava, una puerta mosquitera que se cerraba de golpe y el sonido de la voz de mi padre atravesando las paredes de una habitación lejana. El pomo de la puerta del dormitorio giró y deseé que fuera mamá que venía a despertarnos a pesar de que ninguno de los dos estaba dormido; abrí los ojos y vi la suave luz de la luna y a Stump, que seguía allí tumbado a mi lado.

–Jess –dijo alguien. Miré y vi a papá en la puerta con la mano tendida hacia mí. No le veía la cara porque la tenía vuelta hacia la habitación donde estaban encendidas las luces. Le quería contar lo que había visto, cómo le habían sacado de la iglesia, que estaba aquí conmigo sobre la cama, pero al ver a papá allí quieto de esa manera me pareció que estaba todo demasiado oscuro y silencioso como para que dijese nada.

Bajé de la cama y me fui a la puerta con papá, que sin dejar de mirar hacia la otra habitación envolvió mi mano en su mano áspera y seca y me sacó al comedor. Después se quedó allí dentro con la puerta cerrada y oí que arrastraba una silla por el suelo para arrimarla a la cama.

Me fui a la ventana del comedor, descorrí un poco las cortinas y me asomé. La oscuridad era total, pero aun así distinguía las formas de los coches en la entrada y los arbolitos y los arbustos que había por el prado. Al borde de la carretera vi algo que me llamó la atención, y al fijarme vi que era alguien que estaba fumando un cigarrillo. La brillante punta naranja bajó de la boca al costado y de ahí volvió a subir a la boca. No pude reconocer de quién se trataba, así que me acerqué al interruptor, apagué las luces de la araña que colgaba sobre la mesa y el comedor se quedó a oscuras. Volví a la ventana, descorrí las cortinas de nuevo y vi una camioneta vieja y baqueteada aparcada en el arcén de la carretera enfrente de la casa y a un hombre que fumaba apoyado sobre el capó. Supe que era el hombre a quien mamá quería que llamase abuelo. Llevaba la gorra encasquetada y miraba al suelo, y a pesar de que no le veía bien la cara no era en absoluto como me lo había imaginado. Tiró el cigarrillo a la grava y lo aplastó con la bota. Después se cruzó de brazos como si estuviese esperando a que ocurriese algo, y volvió la cabeza y miró al otro lado de la carretera en dirección a la cresta.

La casa se había quedado en completo silencio, y a través de la puerta del dormitorio oía lejanamente a papá, que estaba sentado en la silla junto a la cama susurrándole algo a Stump. Fijé la vista en la ventana y me esforcé por oír lo que

decía papá, pero susurraba demasiado bajito. Entonces oí que mamá se removía en el sofá como si se estuviese dando la vuelta, y oí que la señorita Lyle arrimaba un poco más su silla. Me imaginé la cara de mamá cuando abriera los ojos y, al ver a la señorita Lyle, parpadease como si hubiese estado durmiendo y se acabara de despertar de un sueño. Fuera, el hombre al que mamá me había dicho que llamase abuelo apartó los ojos de la cresta para mirar hacia la carretera, tosió y escupió no sé qué en la grava.

Dejé que la cortina se cerrase, me senté en el suelo y apoyé la espalda contra la pared. Doblé los brazos sobre las rodillas y apoyé la cabeza para ocultar la cara, y después me puse a pensar en lo que le estaría susurrando papá a Stump en la habitación de al lado, y me eché a llorar y por más que lo intentaba no conseguía parar.

Se abrió la puerta del dormitorio, y desde el suelo pude mirar por debajo de la mesa y vi las botas de mi padre cruzando la habitación. Pasó por delante de las sillas hasta que llegó justo enfrente de donde estaba yo sentado. No levanté la vista, así que se agachó y me puso la mano en la cabeza.

–Eh, chaval –dijo–. Eh, Jess.

Por fin le miré y supuse que mis ojos estarían muy hinchados de tanto como había llorado aquel día. Papá me miró, y después me estrechó contra él y hundí la cara en su camisa. Ahora ya le podía oler, y olía como siempre, al granero y al sudor del cuello de la camisa que se ponía para trabajar en el campo, y por un segundo me sentí mejor porque olía a él y eso significaba que por fin estaba allí conmigo. Me abrazó fuerte. Se irguió, me levantó y siguió abrazándome, entonces pensé que si alguien nos estaba mirando quedaría raro que se me vieran las piernas colgando tan a ras del suelo, pero no dije nada porque en ese momento me gustaba sentir que me estaba cogiendo. Seguí apretando la cara contra el cuello de su camisa, y sin soltarme, pasó por delante de la mesa, cruzó el comedor y entró en el salón.

Mamá se había incorporado en el sofá y tenía los pies apoyados en el suelo. La señorita Lyle se había levantado de su silla y estaba sentada en el sofá pegada a mamá. Cuando entró papá conmigo en brazos, las dos nos estaban mirando como si hubiesen estado esperando a que apareciésemos y hubiésemos tardado demasiado. Mamá y papá se limitaron a mirarse.

–He llamado al *sheriff*, Julie –dijo por fin papá–. ¿Por qué no le había llamado nadie todavía?

Mamá y la señorita Lyle le miraron, pero no dijeron nada. Papá esperó a que mamá le respondiese.

–¿Te dijo Chambliss que no llames? –le preguntó papá.

–Ben –dijo la señorita Lyle–, qué tal si esperamos a que...

–¿Te dijo Chambliss que no llamasen? –volvió a preguntarle papá.

–Sí –susurró mamá.

Se oyó el sonido de otro coche que se acercaba por la carretera, y papá me acercó a la puerta mosquitera y miramos. La luna no daba luz suficiente, así que papá palpó la pared hasta que encontró un interruptor y encendió los focos de la entrada. Una vieja camioneta roja se detuvo en el camino detrás de la nuestra; vi que en su interior iban tres hombres. Al fijarme vi que uno de ellos era Gene Thompson, y que los otros dos eran aquellos hombres tan engominados que había visto por la mañana fumando al borde de la carretera. El hombre al que mamá me había dicho que llamase abuelo ya se había encendido otro cigarrillo, y estaba apoyado contra el morro de su camioneta. Ni siquiera se volvió para ver quién había parado en la entrada. El señor Thompson y aquellos hombres siguieron un rato sentados en la camioneta como si no se decidieran a salir, pero por fin el señor Thompson abrió la puerta y después el conductor abrió la suya y todos salieron y echaron a andar por la grava hacia la casa. Los dos desconocidos tendrían más o menos la edad de papá, y todavía llevaban la ropa de ir a la iglesia. El señor Thompson les iba a la zaga. En el labio tenía una costrita sangrienta del puñetazo que le había dado mamá aquella misma mañana mientras forcejeaba con él para que la soltase.

Papá me dejó en el suelo y me dio un empujoncito para que me fuese al sofá donde estaba sentada mamá. Miró a mamá y a la señorita Lyle.

–Echen el cerrojo cuando salga –dijo–. Estos aquí no van a entrar.

Estaba a punto de salir cuando la señorita Lyle se levantó y se fue hacia la puerta.

–Ben –dijo.

Papá se volvió a mirarla, y a través de la mosquitera vi que el señor Thompson y aquellos hombres se acercaban por el camino.

–Eche el cerrojo –dijo.

Papá se volvió, abrió de un empujón la puerta mosquitera y bajó al prado por los escalones del porche. La mosquitera se cerró de un portazo. Mamá gritó su nombre, se levantó del sofá y me tendió los brazos, pero estaba demasiado lejos para cogerme y no insistió. La señorita Lyle echó un vistazo, y después cerró la puerta principal y echó el cerrojo. Entonces ya no pude ver nada, así que me acerqué a la ventana abierta que había a la derecha de la puerta y descorrí las cortinas.

–Jess –dijo mamá–, ven aquí a sentarte.

Fingí que no la oía.

–Jess –repitió. La señorita Lyle estaba detrás de mí, y vimos cómo se acercaba papá al señor Thompson y a los dos hombres. Mamá se volvió a sentar en el sofá y

oí que murmuraba algo entre dientes; pensé que estaba hablando sola y que tal vez incluso estuviera rezando.

Los dos hombres a los que no conocía se plantaron entre papá y el señor Thompson, y me di cuenta de que querían pasar por delante de papá y subir los escalones del porche para entrar en la casa pero que papá se lo impedía.

—Ustedes aquí no entran —oí que decía—. Para empezar, no hay ningún motivo para que estén aquí. Ya he llamado al *sheriff*, y debe de estar al caer.

Aun así, uno de los hombres intentó esquivar a papá, pero papá le puso la mano en el pecho y se lo impidió. El hombre bajó la vista a la mano de papá, la apartó de un manotazo y siguió caminando hacia la casa. En ese momento, papá cogió impulso y le arreó un puñetazo en toda la cara; el hombre se llevó las manos a la nariz, tropezó de espaldas en la grava y cayó justo enfrente de nuestra camioneta. Aún no había tocado el suelo cuando el otro hombre agarró a papá y empezaron a revolcarse por el suelo del prado, forcejeando y levantando la hierba. Finalmente, papá se puso encima del hombre y empezó a darle puñetazos en la cara. El señor Thompson estaba detrás de papá, tirándole de la camisa y tratando de apartarle. Oí que le gritaba a papá que parase, pero papá le seguía dando puñetazos al hombre como si ni siquiera oyese al señor Thompson.

El hombre al que papá había pegado primero estaba de rodillas en la grava; tenía la nariz rota y la sangre le corría por la cara y le caía del cuello a la camisa. Intentó limpiarse la sangre de la cara con el dorso de la mano, pero le manaba sin parar de la nariz. Miró hacia el prado, donde estaba el señor Thompson intentando apartar a papá del otro hombre, y apoyó la mano en el suelo como para levantarse. Oí que alguien gritaba el nombre de papá, y al mirar hacia la carretera vi a mi abuelo corriendo por la hierba en dirección a la casa. El hombre arrodillado también miró, y justo entonces mi abuelo cogió impulso con la pierna y le dio una patada en la cara como si se la diese a un balón. La nariz del hombre sonó como una rama que se chasca, y su cabeza dio un bandazo como si se le hubiera soltado del cuello. Cayó de espaldas en la grava y allí se quedó; vi que el pecho se le hinchaba de aire como si acabase de correr a mil por hora y le costase recobrar el aliento. Sus brazos y sus piernas se agitaban en la grava como si quisiera hacer un ángel de nieve allí mismo en la entrada, pero ya no intentó levantarse.

Mi abuelo empujó al señor Thompson contra un lado de nuestra camioneta, y el señor Thompson se quedó viendo cómo mi abuelo intentaba separar a papá del hombre al que estaba pegando.

—Ben —oí decir a mi abuelo—. Ya basta. —El puño de mi padre estaba todo cubierto de sangre y la camisa se le había puesto roja a causa de la cara ensangrentada del hombre—. Para, Ben —dijo mi abuelo. Levantó a papá, y papá se zafó como si a continuación le tocase ir a por el señor Thompson—. Maldita sea,

que ya basta –dijo mi abuelo. Rodeó a papá con los brazos y trató de impedir que escapase. Papá se soltó, se volvió y le dio un empujón en el pecho.

–¡Quita de ahí! –gritó–. ¡No se te ocurra tocarme! ¡Nunca! –Papá empujó otra vez a mi abuelo y después se volvió y se quedó mirando hacia la casa, y en ese momento vi que estaba llorando. Se tapó los ojos con las manos y vi que las tenía llenas de sangre. Echó a andar hacia la carretera, hacia donde estaba aparcada la camioneta de mi abuelo. Mi abuelo se limitó a mirarle sin moverse del sitio, y luego se volvió y miró al señor Thompson.

–Tienen que marcharse –dijo–. En primer lugar, no había ningún motivo para que vinieran.

La señorita Lyle se apartó de la ventana, y, tras descorrer el cerrojo, abrió la puerta y echó un vistazo al exterior.

–Espera, Gene –le dijo al señor Thompson–. Voy a por algo para limpiar a los muchachos. Después tenéis que marcharos. Ben ha llamado al *sheriff*, y está a punto de llegar. Mejor que no vea todo esto. Solo empeoraría las cosas, y bastante mal están ya.

La señorita Lyle cerró la puerta y cruzó el salón en dirección a la cocina. Oí que abría y cerraba cajones y que hacía correr el agua en la pila. Debía de estar contando a los ancianos lo que acababa de ocurrir fuera, porque oí un poco de jaleo y también el ruidillo que hacían las sillas al retirarlas de la mesa. Mamá seguía sentada en el sofá. Cuando la miré, se levantó y vino a la ventana. Me agarró, y yo la abracé por la cintura. Nos quedamos mirando el prado, donde el señor Thompson ayudaba a los hombres a ponerse en pie y comprobaba la gravedad de las heridas. Papá estaba al final de la carretera, casi fuera del alcance de los focos, pero aun así pude ver que tenía la cabeza apoyada en el capó de la camioneta de mi abuelo y que los hombros le temblaban como si estuviera llorando. Mi abuelo estaba en medio del prado. Estaba de espaldas, pero vi que se llevaba la mano al bolsillo de la camisa y sacaba una cajetilla de cigarrillos. La agitó para coger uno, lo encendió y clavó la vista en la carretera como si también él estuviese mirando a papá.

Papá seguía fuera cuando llegó el *sheriff* con las luces rojas y azules girando encima del coche patrulla. Aparcó detrás de la camioneta de mi abuelo, apagó las luces, salió dejando la puerta abierta y después volvió a asomarse para coger un sombrero de *cowboy* que se había dejado en el asiento. Se lo puso. Pude verle perfectamente gracias a la luz que salía del interior del coche. Tendría poco más o menos la edad de mi abuelo; el sombrero de *cowboy* era blanco y su camisa marrón con cuello de botones estaba sudada por los sobacos. La estrellita de plata que llevaba en el pecho brillaba cuando le daba la luz. Apoyó el brazo en la puerta del coche y se quedó mirando el prado.

La señorita Lyle y dos de las ancianas estaban fuera, limpiándoles la cara de sangre a aquellos hombres con trapos mojados. Alguien le había dado una bolsita llena de hielo a uno de los hombres, y se la estaba sujetando contra la nariz.

–Creo que te la has roto –oí que le decía una de las ancianas.

Mi abuelo estaba sentado en los escalones del porche fumando y mirando a papá, que seguía en la carretera. Al ver al *sheriff*, mamá cruzó el comedor para irse al dormitorio donde Stump seguía tendido en la cama, y al entrar cerró la puerta. Antes de irse me dijo que no saliese de casa. Le pregunté si papá estaba llorando, pero solo me contestó que le dejase en paz y no le molestase. Me figuré que ella tampoco le habría visto llorar nunca y que probablemente también le habría asustado.

Oí que el *sheriff* caminaba por la grava, y después apenas le vi desplazarse como una sombra hasta que llegó a la hierba y los focos le alumbraron e hicieron que destellase la estrellita del pecho. Mientras caminaba iba mirando por encima de su hombro izquierdo hacia la carretera, donde yo sabía que estaba mi padre.

–¿Qué demonios ha pasado aquí? –preguntó el *sheriff*. Lo dijo como invitando a todo aquel que quisiera a darle una respuesta. El señor Thompson le miró y señaló hacia la carretera, hacia mi padre y la camioneta de mi abuelo.

–Vinimos solamente a darle el pésame en nombre de la iglesia –dijo el señor Thompson–. Vinimos con espíritu de fe y comunión, *sheriff*, y ese hombre nos atacó.

El *sheriff* miró al señor Thompson pero no le dijo nada, y después se acercó al que se estaba apretando la bolsa de hielo contra la nariz. El *sheriff* alargó el brazo, cogió la mano que agarraba la bolsa y miró atentamente la cara reventada del hombre. Entrecerró los ojos como para concentrarse en lo que veía, y después miró a la señorita Lyle, que intentaba contener la sangre de la cara del otro hombre. El hombre al que atendía la señorita Lyle tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos, y debajo de un ojo tenía un tajo enorme y sangriento. El *sheriff* soltó la mano del hombre y la bolsa de hielo volvió a caer sobre su nariz. Soltó un quejido como si acabase de recibir otro puñetazo.

–En fin, es una lástima que después de tomarse la molestia de venir hasta aquí les hayan herido los sentimientos –dijo el *sheriff*–. Pero resulta que ese hombre de ahí se acaba de enterar de que ha perdido a su hijo, así que esta noche no pienso hacer nada respecto a este pequeño desacuerdo. –Miró al señor Thompson–. Ahora bien, si ustedes tres quieren hacer una declaración sobre lo que ha ocurrido esta noche en su iglesia, será un placer tomársela.

El señor Thompson miró a los dos hombres que se había traído y después volvió a mirar al *sheriff*.

–No sabemos nada de eso –dijo el señor Thompson.

–Sabía usted lo suficiente para venir aquí en compañía de estos dos muchachos –

dijo el *sheriff*—. Se me hace raro que de pronto no sepa nada. Puede que al ver a la ley se le haya olvidado lo que le impulsó a venir hasta aquí, qué le vamos a hacer. Esta noche no voy a poder solucionarlo. Pero les sugiero que vuelvan a Marshall y le digan a Chambliss y a todo el que lo quiera oír que cuento con que estén dispuestos a hablar en cuanto ponga todo en orden esta noche. —Se quedó como a la espera de la respuesta del señor Thompson, y luego dio media vuelta y echó a andar en dirección a la casa.

—Supongo que el pastor hablará siempre y cuando el Señor le guíe —dijo el señor Thompson. El *sheriff* se paró en seco y se volvió a mirarle.

—Pues entonces más vale que le pida usted a Dios que le guíe —dijo el *sheriff*.

—No le sé decir exactamente lo que hará el pastor, *sheriff*. Ya sabe usted que los designios del Señor son inescrutables.

—También lo son los de la ley —dijo el *sheriff*—. Usted dígame a Chambliss y a todos los demás que me pasaré a verlos.

El *sheriff* se volvió para subir los escalones del porche, y en ese preciso instante mi abuelo le miró. El *sheriff* se detuvo y subió la mano para protegerse del resplandor de los focos, y luego clavó la vista en mi abuelo. Mi abuelo le sostuvo la mirada. Lo único que rompía el silencio era el crujir de la grava bajo las lentas pisadas del señor Thompson y los dos hombres, que se encaminaban hacia su camioneta.

—Así que has vuelto —le dijo el *sheriff* a mi abuelo. Bajó la mano, y la luz volvió a darle en los ojos. Apartó la vista de mi abuelo para mirarme a mí, que seguía detrás de la puerta mosquitera—. ¿Piensas quedarte esta vez? —inquirió el *sheriff*.

—Ya veremos —dijo mi abuelo.

—Sí, supongo que lo veremos —asintió el *sheriff*.

Mi abuelo se levantó muy despacio de los escalones para dejar paso al *sheriff*. Entonces este abrió la puerta mosquitera y yo también me aparté. Se quitó el sombrero de *cowboy* y se lo llevó a la cadera.

—¿Dónde está tu madre? —me preguntó.

—En el dormitorio —dije, señalando la habitación contigua.

Le vi cruzar el salón y entrar en el comedor, oí sus botas sobre el suelo de madera y por último le oí abrir la puerta del dormitorio.

—Señora Hall —dijo. Entró y cerró la puerta suavemente.

Miré fuera y vi a mi abuelo en los escalones del porche. Tenía un pie apoyado en el escalón de abajo, y me miraba. Era la primera oportunidad que tenía de echarle un buen vistazo. Por debajo de la gorra de béisbol asomaban unos rizos canosos, y su bigote también era canoso. Sus ojos eran tan azules como los de papá y tenía la nariz torcida. Se oyeron voces desde la carretera, y mi abuelo se giró y miró hacia la oscuridad del fondo del prado.

—Señor Hall —dijo la voz de Gene Thompson en la oscuridad—, señor Hall,

quiero que sepa que todos sentimos mucho su pérdida.

–No se acerquen a mi familia –dijo papá.

Estaba yo solo en el sofá del salón cuando la señorita Lyle volvió a entrar en casa. Tenía las manos llenas de trapos empapados de sangre. Pasó de largo en dirección a la cocina.

–Vaya desastre –dijo para sus adentros al pasar.

Oí que se abría la puerta del dormitorio y que las botas del *sheriff* cruzaban el suelo del comedor. Entró en el salón y de camino hacia la puerta me miró. Volvió a ponerse el sombrero de *cowboy* y echó un vistazo a través de la puerta mosquitera. Oí a mi padre y a mi abuelo hablando bajito en el césped, pero callaron cuando el *sheriff* abrió la mosquitera y salió al porche. Bajó los escalones y oí que se dirigía por la hierba hacia donde supuse que estaban mi padre y mi abuelo.

Aunque los oía conversar, hablaban demasiado bajo como para que entendiese exactamente lo que decían. Entonces escuché que alguien subía la voz como si estuviera enfadado.

–Eso no te corresponde a ti decidirlo.

–Tampoco a ti –dijo la voz del *sheriff*.

–No pasa nada –dijo la voz de papá–. Lo va a llevar a casa. No pasa nada.

–¿Estás seguro? –preguntó el *sheriff*.

–Sí –dijo papá–. Estoy seguro.

–¿Sabrás cuidar del chaval?

–Es mi nieto, ¿no?

–Eso tengo entendido –dijo el *sheriff*.

Ocho

Hacía calor y olía a sudor en la camioneta de mi abuelo, y el salpicadero estaba lleno de papeles, servilletas manchadas y cajetillas estrujadas. Las ventanillas estaban bajadas del todo, y vi que papá y el *sheriff* subían los escalones del porche para entrar de nuevo en casa de la señorita Lyle. Mamá estaba esperando a papá al otro lado de la mosquitera. Mi abuelo metió la llave en el contacto y arrancó la camioneta. Al encenderse el motor, sonó como si debajo del capó hubiera piezas de metal viejo chocando entre sí.

—¿Mamá y papá no vienen con nosotros? —pregunté.

—No, se quedan con tu hermano —dijo—. Solamente esta noche. —Sacó la cajetilla del bolsillo de la camisa, la sacudió y cogió un cigarrillo; después pulsó el encendedor del salpicadero para que se fuera calentando—. Te voy a llevar a casa y voy a pasar la noche allí contigo, si te parece bien. —Me miró y trató de sonreír. El encendedor saltó, mi abuelo lo sacó y se acercó el resplandor naranja a la cara. Cuando encendió el cigarrillo, vi que le temblaban los dedos. Quiso devolver el encendedor a su sitio, pero le temblaba tanto la mano que le costaba meterlo. Lo oí repiquetear contra el salpicadero hasta que por fin lo encajó.

Mantuvo el cigarrillo encendido en la comisura de los labios y bajó la palanca de cambio. Pasó el brazo por el respaldo de mi asiento y giró la cabeza para meterse marcha atrás en la entrada de la señorita Lyle y dar la vuelta a la camioneta.

Parecía como si la luna se hubiera escondido en algún lugar detrás de las nubes, y la carretera estaba oscura excepto la parte que iban alumbrando los faros; pero la camioneta era vieja y los faros no brillaban tanto como los de la camioneta de mi padre, y eso que la de mi padre también tenía ya sus años. No veía nada, solo la parte de la carretera que teníamos justo enfrente. La camioneta era tan vieja que el interior de las puertas se había empezado a oxidar. Cuando papá veía ese tipo de óxido, lo llamaba «cáncer de coches», y le había oído decir que si aparece dentro de la camioneta más vale que renuncies a toda esperanza y la dejes morir. Alargué el brazo y toqué el óxido con los dedos; se me desmenuzó en los dedos. Me limpié la mano en los vaqueros y vi que dejaba una mancha de polvo marrón.

—Es vieja esta camioneta, ¿eh? —dijo mi abuelo, pero no le contesté.

Seguimos el curso del río y miré por el parabrisas hacia el lado opuesto; a la escasa luz de la luna, apenas si veía el agua brillando entre los árboles. Pensé que esa misma mañana Stump, Joe Bill y yo habíamos estado jugando a las cabrillas, y después pensé que parecía que había pasado una eternidad desde que estuvimos todos juntos ahí en la orilla. A través de los árboles veía las luces de Marshall

titilando río abajo. Sabía que enseguida pasaríamos por delante del templo y que si quería podía mirar a mi derecha por la ventanilla cuando lo hiciéramos, pero decidí que no quería. Clavé la mirada en las luces de los faros, pero aun así supe en qué momento pasamos por delante del templo.

Cuando mi abuelo cogió la carretera que llevaba a la autopista, noté que subíamos por la colina y oí cómo la camioneta avanzaba a duras penas, como si se esforzase por llegar. Al detenernos ante el *stop* en lo alto de la colina, entró una ambulancia desde la autopista, pasó de largo y se dirigió hacia la parte del río por la que acabábamos de pasar. La ambulancia no llevaba puestas ni las luces de emergencia ni la sirena, y me llamó la atención lo despacio que iba. Miré por la ventanilla trasera y vi cómo desaparecían las luces en la oscuridad del pie de la colina. Al volverme otra vez, vi que mi abuelo estaba mirando fijamente la ambulancia por el espejo retrovisor. La miró un instante más, y después pisó el acelerador y giramos a la izquierda para salir a la autopista.

–Tu padre y yo nos hemos dado un paseo esta tarde por sus campos –dijo–. Hay mucho tabaco que recoger. Queda mucho por hacer. –Después calló, y me di cuenta de que intentaba pensar en algo más que decir para romper el silencio del trayecto.

–El señor Gant ayuda a papá a hacer todo eso –dije, para que se enterase de que papá no necesitaba tenerle allí a todas horas solo porque a él le hubiese dado la ventolera de volver de repente y sorprenderle. Noté que me miraba, pero no aparté la vista del camino.

–¿Sabías que cuando tu padre tenía tu edad él y yo trabajábamos juntos el tabaco? –Dije que no con la cabeza–. Pues así es –continuó–. Tenía varias parcelas de burley, y cuando tu padre era más o menos como tú de grande me lo llevaba conmigo al campo. Ahora hay una montonera enorme de tabaco en el campo de tu padre, y soy yo el que le ayuda a él. –Sentí que me miraba otra vez, y volví la cabeza hacia mi ventanilla y me puse a mirar las laderas rocosas que iban desfilando veloces a través de la oscuridad.

–Vamos a necesitar ayuda para meter el burley y colgarlo en el granero –dijo–. ¿Te interesaría ayudar?

No le respondí. Apoyé la cabeza en el asiento, cerré los ojos y nos imaginé a Stump y a mí escondidos en el granero espionando a papá y al señor Gant como hacíamos antes de que mamá nos pillase y nos diese una paliza. Papá y el señor Gant han llenado el remolque de burley y lo están metiendo en el granero, que está sofocante, polvoriento y oscuro. Me gusta cómo huele nuestro granero, y con el tabaco colgado a secar coge un olor dulce y me gusta todavía más. Observo a mi padre y a otros hombres mientras trepan por las vigas hacia el techo, y una vez allí se quedan esperando a que el señor Gant empiece a descargar el tabaco del

remolque. El silencio es enorme; lo único que hacen es resoplar y pasarse los listones de burley, que van subiendo y subiendo hasta que le llegan a papá. Se me ocurre mirar hacia arriba para ver a papá allá en lo alto, y pienso que, si me dejaran ayudarles, las manos se me quedarían pringosas de alquitrán y me lo intentaría quitar de los dedos mientras esperaba a que el señor Gant me diese otro montón que yo le pasaría a otro hombre, y así hasta que acabase en las vigas con papá. Abrí los ojos y miré de reojo a mi abuelo.

—Serías de gran ayuda, si es que tienes ganas de trabajar —dijo. Luego añadió—: Déjame ver tu mano.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tú déjame verla —dijo. Tendí la mano izquierda y la puso sobre la suya. Sus dedos eran recios y la piel de la palma gruesa y dura. Frotó el pulgar sobre la palma de mi mano, y noté que su mano saltaba y que los dedos le temblaban como si fuera incapaz de mantenerlos quietos—. Las tienes —afirmó—. Me figuraba que las tendrías. —Me soltó la mano y me la volví a llevar al regazo.

—Tengo ¿qué? —pregunté.

—Manos de agricultor —respondió—. Tienes las mismas manos que tu padre. Sí, señor —dijo—, las mismas.

Dio al botón de la radio y sintonizó música *country* de la de antes.

—Pon lo que te apetezca —dijo.

No tardé ni medio segundo en saber que la canción era de Patsy Cline. Papá ponía sus discos a todas horas y se empeñaba en que mamá bailase con él. Decía que jamás había salido una voz más dulce y triste de las montañas. La escuché y comprobé que, en efecto, era una canción triste y lenta, pero no la cambié. No tenía ganas de oír otra cosa.

—¿Quieres un refresco? —me preguntó mi abuelo. Había salido de la autopista para meterse en el aparcamiento de enfrente de la tienda de Messley, y detuvo la camioneta debajo del tejadillo que había junto al surtidor de gasolina.

Dije que no con la cabeza porque no quería que pensara que me tenía que comprar algo para conseguir que le hablase.

—Por si acaso, te pillo uno —dijo. Abrió la puerta, salió y cerró de golpe. La ventanilla del conductor estaba bajada; dobló los brazos, los apoyó en la puerta y me miró—. ¿Qué refresco quieres? —preguntó.

—Me da igual —contesté.

—¿Te gusta el Sun Drop?

—Vale —dije.

—¿Qué tal un Nehi Peach?

—Me da igual —repetí.

Se dio media vuelta y le vi salir de la luz que se filtraba por el tejadillo y cruzar el

oscuro aparcamiento en dirección a la puerta mosquitera que daba paso a la tienda. Las luces fluorescentes resplandecían en el interior y hacían que todo lo que rodeaba a la tienda pareciese aún más oscuro. Al lado de la puerta mosquitera había varias sillas plegables y un par de mecedoras; sabía que en época de calor el señor Messley y varios viejos más se pasaban el día fuera, charlando y fumando pipas y cigarrillos. Papá decía que el señor Messley era tan viejo que se le había torcido la espina dorsal y por eso iba tan encorvado y siempre llevaba bastón. Cuando se sentaba fuera apoyaba el bastón contra su rodilla, y allí lo dejaba hasta que le tocaba volver a levantarse. Cuando alguien pasaba por delante para entrar en la tienda, le decía: «Eh, Messley», y el señor Messley rezongaba por lo bajini porque sabía que tenía que levantarse y entrar por si acaso quería algo.

Había un matamoscas eléctrico colgando justo debajo del tejadillo metálico contiguo al surtidor, y me dediqué a contemplar a través del parabrisas cómo freía moscas y mosquitos. Lanzaba destellos morados, y de vez en cuando oía caer un bicho y veía que saltaba una chispa. También oía a los grillos entre las sombras; me puse a escuchar sus chirridos y de repente oí la voz de mi abuelo dentro de la tienda. Oí un ruido fuerte como si algo se acabase de estrellar contra el suelo, y después al señor Messley y a mi abuelo chillándose el uno al otro.

Mi abuelo abrió la mosquitera de un empujón tan fuerte que chocó contra la pared, rebotó y volvió a cerrarse de un portazo. El señor Messley la abrió de nuevo y salió renqueando con su bastón como si estuviera persiguiéndole. Tenía la cara roja y aire enfadado y agitaba el puño.

—¡No lo he hecho ni un solo domingo! —gritó—. ¡Y ni muerto pienso empezar a hacerlo por ti!

Mi abuelo se fue hacia la camioneta, pero se detuvo y se volvió a mirar al señor Messley. Estuvo unos instantes taladrándole con la mirada, como si pensase en darle un puñetazo, y lo recordé llamando a mi padre a grito pelado y corriendo por el prado momentos antes de darle una patada en la cara al hombre aquel, y en mi imaginación vi cómo la nariz del hombre le salpicaba toda la camisa de sangre. Pero mi abuelo no le hizo nada al señor Messley. Se quedó allí quieto mirándole, sin más. El sonido del matamoscas fulminando a las polillas era lo único que se oía. Ni siquiera oía ya a los grillos. Mi abuelo abrió la puerta de la camioneta, y el señor Messley volvió a meterse en la tienda. Vi que nos observaba a través de la mosquitera.

Mi abuelo dio un portazo que hizo temblar la camioneta. «¡Maldita sea!», dijo. Dio un puñetazo al volante con todas sus fuerzas y sonó el claxon. «¡Maldita sea!», volvió a decir. Puso ambas manos sobre el volante como si fuese a arrancarlo y a tirarlo por la ventana, y los nudillos se le quedaron blancos de tanto apretar.

—¡Ya te puedes ir largando de aquí! —vociferó el señor Messley desde el otro lado de la mosquitera.

Mi abuelo le miró y después encendió el motor, bajó la palanca de cambios y pisó fuerte el pedal. Las ruedas rechinaron y salimos disparados del aparcamiento; luego nos incorporamos a la carretera y todo volvió a quedar en silencio salvo por el ruido del motor que nos llevaba cuesta arriba, cada vez más lejos de las luces de la tienda del señor Messley.

Tanto griterío me había asustado, sobre todo después de lo que había visto en casa de la señorita Lyle, y traté con todas mis fuerzas de contener el llanto. No quería que mi abuelo me viera y aparté la cabeza para que el aire que entraba por la ventanilla me secase la cara. Quería dejar de llorar de una vez por todas, pero no podía. Tanto lloro casi me había provocado un dolor de cabeza.

Mi abuelo alargó el brazo y me dio unas palmaditas en la pierna. También él tenía unas manos como las de papá, y fue como si me arañase los vaqueros con papel de lija. Subí los pies al asiento y me abracé las rodillas para que le resultase más difícil tocarme.

–Venga, chaval –dijo–. No pasa nada. No era mi intención asustarte. Messley es amigo mío. No pasa nada; no quiero que me tengas miedo.

Dejé de llorar, me puse recto, volví a poner los pies en el suelo y usé el faldón de la camisa para enjugarme las lágrimas de los ojos.

–No te tengo miedo –dije.

Mi abuelo me miró y después volvió a fijar la vista en la carretera. Se sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la camisa, la sacudió, cogió uno y se lo puso en la boca. Pulsó el encendedor y esperó a que saltase.

–No debes –dijo–. No debes tenerme miedo.

Nueve

Mi abuelo detuvo la camioneta delante de nuestra casa, y se quedó allí sentado mirando hacia el porche como si jamás hubiese visto aquella casa antes. Por la ventanilla bajada de mi abuelo distinguí la sombra del granero, inclinada hacia la loma que había al fondo del prado. Cuando me fijé bien, vi un montón de lucecitas revoloteando en la oscuridad.

–Mira cuántas luciérnagas –dijo mi abuelo. Me miró–. ¿Quieres coger una?

–No –le dije–. Solo quiero entrar en casa.

Stump y yo nos pasábamos la vida cazando luciérnagas y metiéndolas en los frascos de mamá, pero una vez dentro lo único que hacían era batir las alas contra el cristal. Después empezaban a oler mal y en un pispás ya estaban muertas. Papá nos dijo que se morían tan deprisa porque dentro no tenían aire y nos enseñó a agujerear las tapas con clavos para que no muriesen asfixiadas. En estos momentos, incluso pensar en ello se me hacía cuesta arriba, y no tenía ganas de andar enredando con las luciérnagas, sobre todo sin Stump. Además, al que le gustaba cogerlas era a él. Le gustaba apagar las luces, dejar el frasco en medio de nuestra cama, arrodillarse y quedarse mirando a la espera de que empezara a resplandecer. Yo a veces me arrodillaba al otro lado de la cama y miraba la cara de Stump a través del frasco. Entonces los ojos, la nariz y la boca se le veían de muchos tamaños distintos, y al cabo de un rato era como si le mirase con una lupa. Arrodillado al lado de la cama, parecía como si estuviera rezando mientras esperaba a que brillase la luciérnaga, y cuando brillaba le distinguía borrosamente a través del cristal, sonriente, sus mejillas teñidas por la luz amarilla.

–Vaya cara más rara –le decía, pero él seguía observando la luciérnaga sin inmutarse, esperando a que volviese a brillar.

La Navidad anterior, cuando iba a segundo, mi profesora, la señorita Bryant, nos enseñó a hacer adornos para el árbol solamente con arcilla y limpiapipas. Nos dijo que le hiciéramos un adorno a alguien de nuestra familia para demostrarle lo mucho que lo queríamos. Pensé en hacer una cruz para mamá, pero habría quedado facilona y esmirriada, y colgada de un árbol enorme habría parecido poca cosa. Quise hacer un tractor para papá, pero era demasiado difícil. Decidí hacer una luciérnaga y dársela a Stump, ya que tanto le gustaba contemplarlas. Estiré un pedacito de arcilla hasta que quedó como mi meñique de largo y solo un poco más grueso. Y luego doblé dos limpiapipas en forma de alas y las hiqué en la arcilla antes de que se secase. Al día siguiente, cuando ya se hubo secado del todo, unté la

cola del bicho con pintura amarilla. Me pareció que me había quedado bastante bien, y a la señorita Bryant también.

Mamá hizo muchas alharacas cuando la traje a casa, y después la colgó en el árbol una vez que papá lo hubo instalado en el salón. Le enseñé a Stump dónde estaba colgada, y, aunque no quiso tocarla, se quedó allí quieto durante un buen rato mirándola de cerca. Alargué la mano y le di un toquecito, y se meció en la rama como revoloteando.

—¿A ti te parece una luciérnaga? —le pregunté a Stump, que por supuesto no dijo nada.

Pero ni siquiera había llegado aún la Navidad y la luciérnaga ya no estaba en el árbol. Le pregunté por ella a mamá, pero dijo que no la había visto. Me imaginé que Stump la habría cogido y la habría escondido por nuestra habitación. Siempre estaba escondiendo cosas que le gustaban o le pertenecían. Si abrías sus cajones o mirabas debajo de su almohada, te encontrabas todo tipo de cosas: rocas, palos, flores secas, juguetes que no quería que se perdiesen ni se rompieran. Lo único que no escondía eran las rocas de los dos. Las colocábamos en la balda que nos había puesto papá en nuestra habitación. Stump y yo nos poníamos a mirarlas los dos juntos y tratábamos de encontrar información sobre ellas en las viejas enciclopedias de papá. Estaba seguro de que a Stump jamás se le ocurriría esconder ninguna de aquellas rocas, porque sabía que las compartíamos. Eran de los dos.

La casa estaba a oscuras, así que palpé la pared de la entrada hasta que encontré el interruptor y se encendió la lamparita que había al lado de la silla de papá. Mi abuelo fue directamente a la nevera, la abrió y se puso a removerlo todo como si buscara algo. También miró en el congelador. Después cerró la puerta del congelador y vi que se acercaba a la encimera y rebuscaba en las alacenas donde guardaba mamá la comida.

—¿Quieres comer algo? —preguntó.

—No tengo hambre —dije. No había comido nada desde la cena, pero me sentía incapaz de comer nada en ese momento.

—Pues tienes que comer algo —dijo—. No tengo mucha mano con la cocina, pero algo tendrás que comer.

Se acercó a la alacena donde mamá guardaba los platos y las tazas, la abrió, pasó la mano por los platos y luego palpó por detrás. Abrió otra alacena y se quedó clavado en el sitio, contemplándola.

—Maldita sea —susurró. Dio media vuelta y me miró; yo seguía en la puerta del salón—. ¿Tu padre fuma dentro de casa? —me preguntó.

—No fuma —dije.

Mi abuelo se dio la vuelta y miró las alacenas. Entonces abrió una que ya había abierto y volvió a mirar dentro.

–Claro, no fuma –dijo.

Tenía ganas de mear, así que crucé la cocina y me fui por el pasillo al cuarto de baño. Le di al interruptor de la luz, pero no pasó nada. Le di un par de veces más, pero la luz de encima del lavabo seguía sin encenderse. A pesar de lo oscuro que estaba todo, pensé en subir la tapa del váter y mear sin luz, pero apenas veía nada y tenía miedo de dejarlo todo perdido. Volví al pasillo, abrí la puerta de atrás y miré. Antes de que papá nos hiciese un cuarto de baño dentro de casa usábamos el retrete de fuera, y vi su contorno al fondo del prado oscuro. Por nada del mundo pensaba abrir aquella puerta tan vieja y meterme allí de noche sin una linterna ni nadie que me sujetase la puerta para ver un poco a la luz de la luna. No quería pedírselo a mi abuelo porque no quería que pensara que era un crío, y además ni siquiera sabía si iba a poder mear con él allí de pie, mirándome.

Cerré la puerta de atrás, me acerqué al borde del porche y me bajé la cremallera. Antes de empezar volví la cabeza, y a través de la puerta pude ver el pasillo entero y la cocina al fondo. Mi abuelo seguía allí, rebuscando en las alacenas. Se agachó, y supe que estaba mirando debajo de la encimera. Meé desde el porche y oí cómo se aplastaba la hierba al mojarse. Al acabar, entré en casa y volví por el pasillo a la cocina. Mi abuelo estaba en el porche de la entrada fumándose un cigarrillo. A través de la mosquitera me llegaba el olor del humo. En la mesa de la cocina había un plato con dos rebanadas de pan blanco bien untadas de crema de cacahuete. Al oírme, mi abuelo se dio la vuelta y me miró desde el otro lado de la mosquitera.

–Poco más sé hacer –dijo, indicando la mesa con un gesto de la cabeza. Me miró mientras sacaba la silla y me sentaba. Cogí una rebanada y le di un bocado. Había puesto una capa bien generosa de crema de cacahuete, y el pan se me pegó al paladar y me costó tragármelo. Me levanté de la mesa, cogí un vaso de la alacena y fui a la nevera a por leche. Dejé el vaso sobre la encimera y eché leche hasta llenarlo, y después volví a meter la leche en la nevera y me llevé el vaso a la mesa.

Mi abuelo lanzó el cigarrillo por los aires, abrió la puerta mosquitera y entró. Se sentó en la otra punta de la mesa. Di otro mordisco al pan y mastiqué. Sentía que me miraba.

–¿En qué curso estás? –me preguntó.

Me tragué el pan y bebí un poco de leche.

–En tercero –dije.

Vi que seguía mirándome fijamente. Bajé los ojos al plato y le di otro bocado al pan, y después abrí la mano derecha sobre la mesa y me miré la parte de la palma en la que seguía clavada la astillita. Con la otra mano cogí el vaso de leche y bebí un buen trago, y después lo dejé sobre la mesa, me rasqué la palma con la uña y busqué la punta de la astilla para ver si la notaba. Solo sobresalía un trocito, pero no lo suficiente como para agarrarla.

–¿Qué haces? –preguntó mi abuelo. Levanté la mano de la mesa y la abrí como

saludando para que la viera.

–Tengo una astilla –dije.

–Y ¿por qué no te la has sacado aún? –me preguntó.

–Mamá lo intentó –dije–, pero no pudo sacarla entera. Dijo que el resto acabaría saliendo solo.

–Dios mío –dijo. Se levantó de la mesa y pasó por delante de mí, abrió una de las alacenas y sacó uno de los relucientes boles metálicos de mamá. Se fue a la pila y abrió el grifo, y luego cogió el líquido lavavajillas y echó un chorrito en el bol. Parecía como si fuese a lavar un bol que ya estaba limpio.

–¿Qué haces? –le pregunté.

–Un truco –dijo. El agua empezó a soltar vapor, y puso el bol debajo del caño y giró el grifo para que saliera más fría. Cuando la espuma empezó a rebosar por los bordes, cerró el grifo y llevó el bol a la mesa. Lo dejó delante de mí.

–Esto va a estar un poco caliente al principio –dijo–, pero mete ahí la mano y déjala en remojo unos minutos.

–¿Por qué?

–Porque para sacar algo que está clavado, primero tiene que quedarse resbaladizo –respondió–. Por eso.

Me puse de rodillas en la silla, y al sentarme sobre los zapatos sentí que algo me pinchaba en el culo. Eché un vistazo a los zapatos y luego a la silla, pero no había nada. Me palpé el bolsillo de atrás y me encontré la pieza de cuarzo que me había dado Stump por la mañana antes de que el señor Thompson se lo llevase al templo. La dejé encima de la mesa junto al bol.

–¿Qué es eso? –preguntó mi abuelo, pero no me apetecía contárselo.

–Nada –dije.

Metí la mano derecha en el bol, y aunque al principio casi no la pude mantener dentro de lo caliente que estaba el agua, aguanté, y a los pocos segundos ya me había acostumbrado. Mi abuelo se sentó a la mesa en la silla de al lado.

–¿Cómo aprendiste a hacer esto? –le pregunté.

–Bueno –dijo–, si te pasas mucho tiempo trabajando con la madera enseguida aprendes a sacarte una astilla.

–¿Eres carpintero? –le pregunté.

–Ahora mismo no se puede decir que sea nada –dijo–, pero he sido de todo. Sí, supongo que en otros tiempos fui carpintero.

Le oí recostarse en la silla; sentía que me observaba. Apoyé la barbilla en la mesa y me puse a mirar el bol por un lado. Reflejaba mi imagen borrosa, y junto a ella veía la cara de mi abuelo. La imagen de la roca de cuarzo estaba justo en medio de los dos.

–Eres clavadito a tu padre –dijo.

Con la barbilla apoyada en la mesa, seguí contemplando su imagen borrosa.

Pensaba en cómo podría decirle exactamente lo mismo.

Diez

Me cepillé los dientes y me lavé la cara en el cuarto de baño con las luces apagadas; mi abuelo volvió a salir al porche. No me gustó prepararme para ir a la cama sin Stump. Quería verle a mi lado mirándose al espejo y cepillándose él también los dientes. Me lo imaginaba ahí de pie, y casi podía sentir su codo rozándome el brazo cuando extendía la mano para cerrar el grifo del lavabo. Me alegré de que las luces se hubieran fundido; así me resultaba más fácil verle.

Pero entonces lo recordé tumbado en aquella cama de la casa de la señorita Lyle, y me pregunté qué estarían haciendo mamá y papá en ese mismo instante y si se habrían tumbado con él en la cama. Me acordé de que los había visto llorando ese mismo día y solo de pensar en ello me entraron ganas de llorar a mí también, pero estaba demasiado cansado para hacerlo.

Me fui al dormitorio, encendí la luz y eché un vistazo a mi alrededor. La cama estaba hecha tal y como la habíamos dejado Stump y yo por la mañana, antes de irnos a la escuela dominical. Me quité los zapatos de dos puntapiés, rebusqué en el bolsillo de atrás, saqué la pieza de cuarzo y me la puse en la mano. Estaba caliente. La balda que nos había puesto papá para las rocas estaba prácticamente llena, aun así me acerqué y busqué un buen sitio donde colocar el cuarzo de Stump. Lo dejé junto a una pieza de piritita de hierro que nos habíamos encontrado en el arroyo, pero no me pareció bien que se quedase allí, entre todas las rocas que habíamos encontrado juntos, sobre todo después de haberle dicho que se lo guardaría.

La puerta del armario estaba abierta, y al alzar los ojos vi la caja tranquila de Stump en la balda de arriba. Ni mamá ni papá me iban a pillar si la bajaba y metía el cuarzo de Stump en su interior. Pensé que si Stump me estaba observando desde el Cielo, seguramente no le importaría lo más mínimo.

Miré hacia el pasillo y vi que mi abuelo seguía en el porche, fumándose un cigarrillo. Estaba de espaldas, apoyado contra la verja del porche como si estuviese esperando a que alguien se acercase en coche hasta la casa. Me fui de puntillas a la cocina, cogí una de las sillas de la mesa, me la llevé a nuestro dormitorio y la puse delante del armario. Subí, extendí los brazos y cogí la caja de Stump. Bajé y la coloqué sobre la cama. Antes de abrirla cerré la puerta del dormitorio y apagué la luz. Mis ojos tardaron un poco en hacerse a la oscuridad, pero la luz de la luna entraba a raudales por la ventana. Fuera, en el porche, mi abuelo tosió.

Abrí la tapa de la caja y vi que estaba llena de papel plegado, rocas y un par de palos; y allí mismo, encima de todo lo demás, estaba el adorno navideño de la luciérnaga que le había hecho a Stump. Lo saqué de la caja de zapatos cogiéndolo

del clip que le había enganchado mamá para colgarlo del árbol, y me pregunté qué pensaría Stump cuando miraba el adorno tan de cerca; me pregunté si nos vería a los dos en los sembrados, persiguiendo luciérnagas para cogerlas con los frascos de mamá, y si alguna vez abriría la caja tranquila con la esperanza de que la luciérnaga estuviese brillando. Jamás supe qué pensaba exactamente, sobre todo cuando cerraba la puerta de nuestro dormitorio y se quedaba a solas con su caja, pero deseé que gracias a la luciérnaga que le había regalado el mundo le resultase más tranquilo. Dejé el adorno en la cama, me acerqué a la balda y cogí el cuarzo de Stump de donde lo había dejado, junto a la piritita. Fui de nuevo hasta la caja y dejé la roca en el fondo, y luego cogí la luciérnaga y la volví a meter. Volví a poner la tapa, me subí otra vez a la silla y la dejé tal cual la había encontrado en la balda de arriba. La miré un instante y cambié de idea. Volví a coger la caja tranquila, me bajé de la silla y la guardé debajo de nuestra cama.

Abrí la puerta del dormitorio haciendo el menor ruido posible y al asomarme vi que mi abuelo seguía en el porche, pero ya no estaba fumando. Cogí la silla y la devolví a la cocina. Debió de oírme, porque se dio la vuelta y me miró a través de la puerta mosquitera.

—¿Estás listo para acostarte? —preguntó.

—Casi —dije.

Volví al dormitorio, me quité la camisa y los vaqueros y me acosté en calzoncillos. Las ventanas estaban abiertas pero fuera seguía haciendo calor, así que le di una patada a la colcha y me cubrí solo con la sábana para no sudar durante la noche. Me quedé mirando las sombras que proyectaba la luz de la luna sobre el techo. Oía el chirrido de los grillos y el tintineo de unas campanillas de viento, y a lo lejos el agua que discurría por el arroyo al pie de la colina. Todo era como siempre salvo que Stump no estaba allí conmigo. Me di la vuelta y contemplé su lado de la cama; pasé la mano por su almohada. Después de haber tenido la mano a remojo en agua caliente, notaba la almohada fresca; también notaba que se me había abierto un poco la piel por donde mi abuelo había agarrado la astilla con las uñas para sacarla.

Tiré mi almohada al suelo y me puse la de Stump debajo de la cabeza. Estaba casi fría en contraste con mi cara, y por un instante me pareció oler el pelo de Stump. Olía igual que las sábanas cuando mamá las tendía fuera a secar en días de mucho sol. Cerré los ojos y pasé la mano por el lado de Stump; me imaginé que acababa de levantarse a mear y me puse a escuchar por si oía sus pasos por el pasillo.

Se me caían los ojos de sueño cuando entró mi abuelo en la habitación. Sentí que se sentaba en la cama y pude oler el humo de los cigarrillos en su ropa.

—Chaval, ¿estás dormido? —susurró.

—No —dije. Se calló, y esperé a que dijese algo más. Me gustaba el olor a tabaco

de su ropa y pensé que ojalá papá también fumase.

–Siento muchísimo lo que ha sucedido hoy –dijo–. Me duele que tengas que pasar por todo esto.

Abrí por completo los ojos y le vi sentado al pie de la cama. La luz del pasillo estaba encendida, y pude ver más o menos su cara y el contorno de su cuerpo.

–¿Cuándo vuelven mamá y papá? –le pregunté.

–Mañana –dijo–. Incluso puede que antes de que te despiertes para ir al cole. Esta noche se tienen que ocupar de tu hermano. –Pareció que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Seguramente pensó que no lo entendería. Podría haberle dicho que lo entendía de sobra. Podría haberle dicho que entendía que la ambulancia iba de camino a casa de la señorita Lyle para recoger a Stump y que la sirena no sonaba porque sabían que ya estaba muerto, y entendía que seguramente estaría en el hospital con mamá y papá y un montón de médicos que se afanarían por explicarse qué le había pasado. Si mi abuelo hubiera sabido lo que habíamos visto Joe Bill y yo, habría sabido hasta qué punto lo entendía.

Mi abuelo alargó la mano y dio unas palmaditas a la mía por encima de la sábana.

–Buenas noches –dijo. Hizo amago de ponerse de pie.

–¿Dónde has estado? –le pregunté.

Se irguió y me miró.

–Ahí fuera en el porche –dijo.

–Me refiero a que dónde has estado todo este tiempo –dije–. ¿Cómo es que Stump y yo no te hemos visto nunca?

Sabía que mamá se enfadaría conmigo por preguntárselo, pero como no estaba me atreví y se lo pregunté de todos modos. Se sentó muy despacio y clavó la vista en la puerta del dormitorio como si esperase que fuese a entrar alguien más. Suspiró, y me di cuenta de que no quería tener que responder a preguntas como aquella.

–En fin –dijo–, si de verdad quieres saberlo, he estado en todas partes. Me pasé un par de años recorriendo la costa con un camión, estuve un tiempo poniendo mampostería, trabajé en una fábrica en PA.

–¿Qué es PA? –le pregunté.

–Pensilvania –dijo.

–Pero ¿por qué has estado fuera tanto tiempo?

–Porque sí –dijo–. Me marché y ya está.

–¿Por qué?

Se quedó callado como si se estuviera pensando bien lo que quería decir a continuación, y después le vi girar la cabeza como si me mirase por encima del hombro.

–Porque a veces hacemos cosas que no podemos deshacer, y tenemos que

marcharnos y dejar a la gente en paz para que pueda olvidarnos por una temporada.

—¿Qué hiciste?

—Muchas cosas —dijo. Y luego—: ¿Siempre haces tantas preguntas?

—No —dije—. Era por saber.

Se dio media vuelta para verme mejor.

—Dónde haya estado no importa tanto como que ahora estoy aquí —dijo.

Miré hacia la ventana. Pensé que de día se veían los campos de tabaco de mi padre desde ahí hasta la carretera. Mantuve la mirada fija en la ventana, a sabiendas de que mi abuelo no me quitaba ojo.

—A lo mejor algún día te llevo a mi casa —dijo—. Así te enseño dónde crecí yo. Iremos a la vieja cabaña en la que nací y en la que se crio tu padre. Podríamos ir en busca de puntas de flecha a la pradera de arriba. ¿Crees que te podría apetecer?

—Sí —dije, y entonces pensé en lo que disfrutaba Stump cuando encontrábamos puntas de flecha que podíamos colocar en la balda junto a las rocas—. Ojalá pudiese ir mi hermano.

—Ojalá, chaval —dijo—. Me da mucha pena que no pueda. Pero ¿sabes lo que puedes hacer tú?

—¿Qué?

—Conservar su recuerdo —dijo—. Es la mejor manera de agarrarse a la gente. Mis padres se fueron hace tanto tiempo que casi no puedo imaginármelos, y tengo que acordarme de mis recuerdos y confiar en que sean ciertos. A lo mejor algún día los vuelvo a ver y serán exactamente como los recuerdo; tal vez no, pero me gusta pensar que sí.

—¿Quieres decir en el Cielo?

—Sí —dijo—. En el Cielo.

Pensé en cómo sería ver a Stump en el Cielo, y entonces recordé lo que había dicho Joe Bill acerca de que Stump no era capaz ni de cantar ni de hablar ni de nada.

—¿Tú crees que Stump será capaz de hablar cuando llegue al Cielo? —le pregunté.

—Por supuesto que sí —dijo—. Todos podremos hablar. —Me subió la sábana—. Y nos podremos entender los unos a los otros.

Volvió a levantarse, y después se inclinó sobre la cama y remetiÓ la sábana a conciencia, haciendo alarde de que me dejaba bien arropado. Se fue a la puerta, puso la mano en el pomo y salió al pasillo.

—¿Cómo quieres la puerta, abierta o cerrada?

—Cerrada —dije.

Me quedé tumbado escuchando los sonidos de los grillos en el exterior y los

ruiditos que hacía la casa antes de dormirse. Eso era lo que me decía mamá por las noches cuando oía algo que me asustaba.

—Eso que oyes no es más que la casa, que se está poniendo cómoda —decía—. Se está preparando para irse a dormir también.

Por debajo de la puerta vi que seguía encendida la luz de la cocina, y escuché que mi abuelo abría y cerraba las alacenas y los cajones como si siguiese buscando algo. Le oí abrir la puerta del dormitorio de mamá y papá y entrar también allí. Me puse de espaldas a la puerta y al lado de la cama de Stump y miré por la ventana.

Fuera solo había una brisa suave; sentía cómo entraba y me daba en la cara, la veía mover las ramas del árbol que había enfrente de la ventana y la oía tocar las campanillas de viento. Si hubiera sido de día, habría podido contemplar el campo y habría visto las puntas del burley meciéndose. Todavía quedaban algunas luciérnagas, y observé el parpadeo de sus luces mientras revoloteaban por el prado. Los ojos se me cerraban y sin darme cuenta ya me había vuelto a adormilar, y al abrirlos estaba sentado a la mesa del comedor en casa de la señorita Lyle. Aparte de mí, no parecía que hubiera nadie más.

Oí que la mosquitera se cerraba de un portazo, y me pregunté si sería alguien que entraba en casa o simplemente alguien que había salido al porche. Permanecí sentado a la mesa quieto como un clavo, presté atención y al poco rato oí pisadas en la grava. Sonaba como si se alejasen de la casa y se dirigiesen por el camino hacia la carretera, y me pregunté adónde irían. Me pregunté si sería papá que salía de casa de la señorita Lyle para irse al hospital o si sería el *sheriff* que se marchaba y dejaba a Stump en la cama con mamá, o quizá la señorita Lyle que salía a limpiar la sangre de la cara de aquellos hombres. Dejé de oír las pisadas, pero sabía que no se habían detenido sino que habían seguido por la carretera hasta que dejé de oírlas porque estaban muy lejos. Quería apartar la silla y abrir los ojos, pero tenía tanto sueño que no podía ni despertarme.

Me quité la sábana y me volví hacia la ventana para ver adónde se habían marchado las pisadas de mi sueño. Fuera, la niebla se había extendido por todas partes, pero la luna derramaba una luz suave sobre el campo. Por el aspecto que tenía todo, pensé que a lo mejor seguía soñando. No se veía a nadie. Nada más el sembrado de mi padre, la luna, los chirridos de los grillos y la brisa que hacía susurrar las hojas y soplaba en las campanillas que colgaban del árbol de enfrente de la ventana. El tabaco de mi padre se mecía con el viento, y me quedé mirando el campo hasta que los ojos se me empezaron a cerrar y sentí que me volvía a dormir. Pero justo antes de que se cerrasen del todo vi que había una luz brillando en el campo y que algo se movía a lo lejos entre el burley. Intenté abrirlos completamente para verlo mejor, pero tenía tanto sueño que a duras penas distinguí la luz del farolillo que estaba a los pies de mi abuelo, en mitad del campo, bajo la

luna. En la mano tenía un cuchillo de burley, y estaba apilando el tabaco de mi padre.

Clem Barefield

Once

Si la memoria no me falla, fueron tres las ocasiones en que le puse las esposas a Jimmy Hall antes de morir mi hijo: dos por golpear a su mujer y una por embriaguez y alteración del orden público durante un partido de fútbol americano en el instituto. No hubo modo de que su mujer presentase cargos contra él después de darme el paseo hasta Gunter Mountain para quitárselo de encima, y en el partido lo único que hizo fue partirse los dientes al caerse por las escaleras de las gradas. Era un auténtico gilipollas, y por mucho que al volver al condado de Madison se hubiera encontrado con que su nieto mayor había muerto, se me hacía difícil sentir pena por él. Pero lo que sentía por Ben era distinto.

Al verlos juntos después de tantos años, todavía padre e hijo, un hombre viejo y un hombre joven, me costaba creer que en cierta ocasión hubiese intentado proteger a Ben Hall de su padre. Sobre todo teniendo en cuenta que a esas alturas ya se había labrado cierta fama en el campo de fútbol de Cullowhee, y más aún si pensaba en mi hijo, Jeff, tumbado en el arcén de la carretera en Madison, muerto. Jamás se me pasó por la cabeza que también debía proteger a mi propio hijo de Jimmy Hall, y supongo que no había modo de saberlo. Aun así, cuando me pongo a pensar en ello, a veces me entran ganas de cabrearme con Jeff y con los muchachos aquellos por no haber tenido ni los cojones ni la sensatez suficientes para quejarse del estado en que se presentaba Jimmy a trabajar; pero enseguida me contengo. «Quieto ahí», pienso. «El único con el que te puedes cabrear es contigo mismo por permitir que Jeff se fuera con él. Tú tenías más seso que todos ellos juntos.» Y es verdad, y lo sé. Tenía más seso. Pero por el motivo que fuese, no se lo impedí. Confié mi hijo a Jimmy Hall cuando ni siquiera le habría confiado el suyo propio. Y entonces me da por pensar: «Esta ronda la pagas tú, Clem. No puedes culpar a nadie más que a ti mismo».

He oído decir que los que no aprenden del pasado están condenados a repetirlo; no sé qué pensar. Supongo que no me sirve de mucho. El pasado se convierte en una losa si dedicas demasiado tiempo a recordarlo. Es como si te calzas unas botas de pescador y te colocas en mitad del río, donde está la mejor pesca. Las botas se te llenarán de agua si te metes demasiado, y si eres lo bastante imbécil para quedarte ahí un rato no podrás hacer nada para evitar irte al fondo. A veces pienso en esto cuando recuerdo cómo sonaba la voz de mi secretaria por la radio CB. En mi

imaginación es como si la oyese a través de aguas profundas, algo acerca de una explosión en los tendidos de las afueras. Y yo ahí, escuchando justo por debajo de la superficie del agua, preguntándome por qué tengo que oír esto.

—¿Es Jeff? —le pregunté.

—No lo sé —dijo—. No saben quién es. No consiguen reconocerlo.

—Dios mío, Eileen, ¿es Jeff?

—No lo sé —repetió.

—Voy para allá.

—Bill va a reunirse allí contigo —dijo.

Ni siquiera hizo falta que Eileen lo dijese, porque algo me decía que se trataba de Jeff. Puse la sirena y fui conduciendo por la autopista 25/70 tan rápido como me lo permitía la nieve, pensando durante todo el trayecto en lo injusto que sería que fuese Jeff. Pero desde entonces he aprendido a seguir adelante sin pretender que la justicia forme parte de la ecuación. De esta manera existe alguna posibilidad de que las cosas tengan sentido.

Para cuando llegué, alguien le había sacado de la carretera y había dejado su cuerpolita linde del bosque. Bill Owens estaba a su lado cuando detuve el coche. Al oírlo se dio la vuelta, y yo me quedé sentado detrás del volante viendo que la boca le temblaba como si buscara las palabras para decírmelo. Pero creo que no las encontró, así que se quitó los guantes, bajó los ojos y señaló hacia la fila de árboles.

Permanecí sentado un segundo más contemplando cómo caía la nieve y se posaba sobre las ramas. Todo estaba en calma; parece que la nieve siempre trae calma, también parece que a mí siempre me sorprende que lo haga. Sabía que cuando abriese la puerta del coche las cosas cambiarían para siempre, y reconozco que tuve que prepararme para dar el paso. Bajé y me dirigí hacia Owens, pero me paré en seco cuando mis ojos se toparon con lo que yacía bajo el matorral de rododendro. Le habían echado una sábana azul por encima, y la nieve que había logrado pasar a través de las ramas la había salpicado de blanco. La sábana no llegaba a taparle del todo y vi sus botas de trabajo; las suelas de goma se habían quemado y al mirar más de cerca le vi los dedos de los pies. Soltaban vapor al aire frío. Owens y yo nos quedamos en silencio escuchando juntos el silbido del vapor bajo la sábana.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Lo estoy —dijo Owens. Levantó la mano como si me fuese a tocar el hombro, y no recuerdo bien si lo hizo o no. Pero sí recuerdo cómo le sonó la mano cuando no supo qué más decir y la dejó caer contra su costado. No había nada que decir, y yo lo sabía. Nada que hacer más que quedarse allí conmigo. Miró hacia la carretera, y entonces me volví y vi que había un corrillo de muchachos apiñados en torno a la ambulancia. Estábamos demasiado lejos para oír lo que decían, y parecía como si la

nieve se tragara sus voces. Caía en copos grandes y pesados y lo estaba tiñendo todo de blanco. Estaríamos a diez bajo cero.

–Debería ir a hacerles unas preguntas a esos chicos –dijo. Agachó la cabeza y se fue carretera abajo. Cuando se hubo marchado, me dio un vuelco el estómago y creí que iba a echar las tripas allí mismo, al borde de la carretera. Me puse en cuclillas, cogí nieve a puñados y me la froté por toda la cara para no vomitar. A mi espalda oí crujir la nieve bajo unas pisadas.

–Lo siento, *sheriff* –dijo una voz. Miré y vi que un paramédico se había separado del grupo de la ambulancia y estaba justo detrás de mí. Tendría unos veinticinco años, apenas unos pocos más que Jeff.

–No ha llamado a mi mujer, ¿no?

–No, señor.

–No lo haga. Asegúrese de que nadie lo haga.

Cogí unos puñados más de nieve, me la froté por la nuca y me tapé los ojos con las manos. Los dedos me ardían de frío. Me apreté la nieve contra las mejillas hasta que se me entumeció la cara.

Al levantarme, el estómago me dio otro vuelco; me puse de espaldas al lindero del bosque y escupí sobre la nieve. Miré hacia la carretera y vi a tres chicos con monos de trabajo y abrigos gruesos que estaban fumando y hablando con Owens. Este llevaba un bloc en la mano y parecía que les estaba haciendo preguntas. Me limpié la boca con la manga del abrigo y los señalé con un gesto de la cabeza.

–¿Quiénes son?

–Forman parte de la cuadrilla –dijo el paramédico–. Están muy impresionados. Uno de ellos debió de sacarle de la carretera cuando se cayó del tendido. Estaba debajo de esos arbustos cuando llegamos.

Miré y vi que los surcos que había dejado el cuerpo de Jeff cuando lo sacaron a rastras de la carretera empezaban a cubrirse de nieve, y mis ojos siguieron el rastro hasta su cuerpo cubierto por la sábana. El cable que iba hasta el transformador explosionado pasaba por lo alto entre los árboles, y la zona del poste de madera que rodeaba la caja se había quemado a causa de la explosión. Me quedé mirando el cuerpo de Jeff bajo el ramaje y después di media vuelta y me fui por la carretera en dirección a la ambulancia. Los chicos vieron que me acercaba y apagaron los cigarrillos en la nieve con las punteras de las botas. No reconocía a ninguno.

–¿Trabajáis los tres en esta cuadrilla? –pregunté.

–Sí, señor –dijo un chico bajito y rubio. Tenía el pelo cortado a cepillo y le hacía las orejas más grandes de lo que probablemente eran.

–¿Dónde está vuestro capataz?

Dio la callada por respuesta, así que me planté delante de él y me puse derecho. Sus ojos reflejaban miedo, y parecía a punto de echarse a llorar.

–¿Dónde está?

Miró a los dos chicos que estaban tras él en busca de ayuda, pero bajaron los ojos y me di cuenta de que tampoco ellos querían decir nada.

–Se marchó antes de que llegase la ambulancia –dijo el primer chico–. Cogió el camión de mantenimiento y nos dijo que esperásemos.

–¿Estaba bebiendo?

El chico quería que fuese otro el que respondiese a la pregunta, pero ni siquiera le miraban. Uno de ellos sacó un cigarrillo de una cajetilla y el otro mantuvo los ojos fijos en la carretera.

–¡Maldita sea, que si estaba bebiendo!

–*Sheriff* –dijo Owens. Me puso la mano en el brazo como si pretendiese apartarme del chico, pero me zafé de él y di un paso más.

–¡Respóndeme!

–No lo sé –balbuceó el chico–. No estoy seguro.

Miré hacia la carretera. Apenas se veía la sábana azul entre los árboles.

–¿Quién de vosotros lo sacó de la carretera? –pregunté.

–Fue el señor Hall –dijo por fin el chico del cigarrillo.

Le miré fijamente hasta que desvió la vista, y a continuación hice un aparte con Owens y le pregunté qué le habían dicho. Echó un vistazo a su bloc, pero vi que no había escrito ni una palabra.

–Jeff estaba en el tendido arreglando el transformador –dijo–. Suponen que algo debió de hacer contacto, tal vez algo que llevaba en el cinturón de las herramientas. Fuera lo que fuese, no le soltaba. Tuvieron que esperar a que se desprendiese solo.

–Dios mío, Bill. –Me aparté de él y me llevé las manos a los ojos; después me froté la cara.

–Lo siento –dijo–. Deberías irte a casa con Sheila. Ya me ocupo yo de esto.

–Tú no te puedes ocupar de esto –le dije–. Nadie puede ocuparse de esto. –Me di la vuelta para regresar al coche patrulla, pero antes de seguir me volví de nuevo–. Quiero que encuentres a Jimmy Hall. Quiero que me avises por radio cuando lo encuentres.

Cuando llegué al coche patrulla me senté en el asiento del conductor y me quedé mirando cómo hablaba Owens con los chicos carretera abajo. Uno de los paramédicos había dado la vuelta con la ambulancia y, avanzando marcha atrás, la estaba acercando al bosque.

Cogí la CB, llamé a la oficina de Marshall y Eileen respondió inmediatamente.

–¿Está usted bien? –preguntó.

–No lo sé –le dije–. Todavía no lo he pensado. Necesito que llame a mi casa y le diga a Sheila que llegaré tarde.

–Lo que necesita es irse a casa ahora mismo –dijo.

–No puedo –dije–. Jimmy Hall ha huido. Necesito que llame a Sheila.

Colgué la CB, pero nada más colgar me lo pensé mejor. La cogí y volví a llamar

a Marshall. La voz de Eileen reapareció con interferencias al otro lado de la línea.

–Escuche, Eileen –dije–. Sheila no sabe nada de todo esto. Dígale que llegaré tarde. Nada más.

Estaba oscureciendo, y con las nubes al fondo la nieve adquiriría un estremecedor tono azul. Me quedé mirando a los paramédicos mientras desplegaban la camilla desde la ambulancia y la acercaban rodando a la penumbra del lindero del bosque. No quería estar allí cuando se llevasen a Jeff, así que maldije mi suerte en voz alta, di la vuelta en la carretera y emprendí la marcha hacia el norte en dirección a Gunter Mountain.

La noche estaba bien entrada cuando metí primera para enfilar la montaña. Ya había surcos de ruedas en la nieve, y con mucho cuidado acoplé el coche patrulla en ellos. La grava de la ladera estaba más caliente que el asfalto de la carretera, y notaba que las ruedas buscaban trozos de roca entre la nieve para que se agarrase el rodamiento. Allí arriba no había farolas, y a ambos lados se alzaban los árboles desde la oscuridad. Aunque no podía verlo, sabía que el terreno caía abruptamente a mi derecha y que seguía bajando hasta el fondo de la quebrada. Si hubiera sido de día, podría haber escudriñado entre los árboles y habría visto granjas y casas desperdigadas por el suelo del valle como perdigones.

Hacía años que no iba a casa de Jimmy Hall, pero había ido las veces suficientes para saber exactamente dónde estaba. La última vez, Ben estaba en Western, y la mujer de Hall lo había abandonado para siempre unos tres años antes. Todo había estado tranquilo hasta ahora.

Apagué los faros delante de la casa de Hall y metí el coche por el camino de grava. En la ventana se veía una luz, y de la chimenea salía una voluta de humo. Aparqué a un lado de la casa, abrí la puerta del coche lentamente, me quedé sentado con medio cuerpo fuera y me pregunté qué iba a hacer después.

Los escalones del porche crujieron bajo mis botas, y me paré a escuchar como si hubiese sido otro el autor del ruido. Solté el enganche que sujetaba la pistola a la pistolera y llamé a la puerta. No se oía nada dentro, pero escuché con atención para asegurarme. Me imaginé a Hall detrás de la puerta con un cañón de mano, borracho como una cuba y conteniendo la respiración, deseando que me marchase. Volví a llamar y tampoco oí nada. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Di la vuelta al coche en el camino de grava y me dirigí de nuevo hacia la carretera. Las largas iban iluminando los árboles de enfrente, y al ver las ramas combadas me di cuenta de que cada vez nevaba con más fuerza. A mi derecha vi los surcos de las ruedas que había seguido al subir la montaña, pero ya estaba a punto de salir del camino cuando me fijé en que a la izquierda había otro par de surcos que antes me habían pasado desapercibidos.

Por la rejilla del salpicadero salían chorros de aire caliente, y dejé que me soplasen en la cara mientras contemplaba los surcos y me preguntaba quién podría estar al final de la carretera. No sabía qué demonios haría si se trataba de Jimmy Hall, pero lo que sí sabía era que en cualquier caso no me quedaba más alternativa que ir a echar un vistazo.

Los guardabarros delanteros soltaban unos chirridos espantosos a medida que se iban abriendo paso por la densa capa de nieve. Las rodadas eran profundas, y al coche le costaba remontar las pendientes donde la nieve se había convertido en hielo sólido. Me agarré bien al volante y fijé la vista en los faros. De vez en cuando miraba por las ventanillas en busca de rodadas que delatasen caminos laterales y cambios de rasante, pero la luz que precedía al coche hacía que la oscuridad que había a cada lado pareciera mucho más intensa.

Me topé con una profunda capa de nieve justo antes de llegar a la cima de un cerro y el coche siguió avanzando con dificultad; era evidente que si paraba me quedaría atascado, así que pisé el acelerador a fondo. Como no sabía que la carretera torcía a la izquierda en la cima, remonté demasiado deprisa y tomé la curva bruscamente. La parte de atrás del coche giró y me echó de las rodadas, y caí de lado en una cuneta. El coche dio bandazos como si fuese a volcar. Contuve el aliento, esperando a que diese una vuelta de campana y el techo se hundiese y me dejase atrapado en el interior.

Pero cuando el coche se detuvo, me di cuenta de que no iba a volcar; veía que las ruedas derechas estaban a más de un metro por debajo de la carretera y, aunque sabía que no iba a servir de nada, metí caña al acelerador y oí cómo se hundían cada vez más en el cauce. Las ruedas del lado izquierdo salpicaban nieve y barro contra las ventanillas.

Apagué el motor y me quedé mirando la CB. La cogí y pensé en llamar a comisaría, pero justo en ese momento me fijé en las rodadas. Escapaban al alcance de mis faros y se adentraban montaña arriba. Apagué las luces y bajé del coche a la carretera. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi que ahí arriba la nieve había formado una capa muy profunda y seguía cayendo. Si en las afueras de Marshall el termómetro había marcado diez bajo cero, aquí en Gunter no podía haber más de doce. Pero calculé que si las rodadas llevaban allí más de dos horas, a estas alturas ya estarían completamente tapadas. Me ceñí el abrigo y empecé a subir la montaña.

Llevaba siguiendo las rodadas unos diez minutos cuando oí un ruido sordo en lo alto de un resalto de la carretera. Era un sonido suave, y al principio no supe distinguir de qué se trataba. Aflojé el paso y subí lentamente con la esperanza de ver a quienquiera que estuviese ahí arriba antes de que me viese a mí.

Más adelante, aparcado justo a la izquierda de la carretera, estaba el camión de mantenimiento que había mencionado uno de los chicos en el lugar de los hechos. Aunque me encontraba a bastante distancia, oí que el ruido sofocado era música *country* que sonaba a todo volumen en el interior de la cabina.

Me acerqué por detrás de la ventanilla del conductor y vi a Jimmy Hall sentado dentro del camión con la cabeza apoyada en el volante. Respiré hondo y planté los pies con firmeza en la nieve, y después abrí la puerta de golpe, le agarré del cuello de la camisa y le saqué a rastras. Salió dando puntapiés al suelo del camión, y varias latas de cerveza vacías y unas cajetillas de cigarrillos aplastadas cayeron rodando en la nieve. En la radio retumbaba una canción *country*; di un portazo y la música vibró contra las ventanillas.

Por un instante forcejeó conmigo y trató de arrancarme la mano del cuello de la camisa, pero estaba demasiado sorprendido y borracho como para luchar. Le arrastré hasta los faros y le obligué a arrodillarse en la nieve. Saqué la pistola de la pistolera y le aticé en la cara con el cañón. Se oyó un ruido sordo y pesado, como si acabase de golpear el tronco de un árbol con un bate. Volví a darle y oí que se le chasqueaba el puente de la nariz. Salió sangre espesa como el alquitrán, y me quedé mirando cómo se le metía por la boca y le caía por la pechera del abrigo. La masticó como si fuese un rollo de tabaco y quisiera evitar tragárselo a toda costa. Quería hablar, pero las palabras le salían como si tuviera la lengua de trapo. Me miró y parpadeó para sacudirse de los ojos los gruesos copos de nieve.

–Ha sido un maldito accidente –dijo al fin. Intentó carraspear, pero tosió y me salpicó la mano y la manga de sangre–. Ha sido un accidente –repitió.

Le seguí agarrando del cuello de la camisa, mirándole fijamente hasta que dejó de hablar. La cabeza se le cayó hacia delante, y su cuerpo se relajó como si se hubiera desvanecido. Amartillé la pistola y le puse el cañón en la frente. Levanté su cara a la altura de la mía.

A veces, cuando me pongo a pensar en ello, desearía haberle volado la cabeza allí mismo y haberle dejado tirado en la nieve con los sesos colgando de las ramas de un pino. No lo hice, pero que me aspen si no lo pienso todos los días. Todos y cada uno de los días. Que me aspen si no pienso en lo fácil que habría sido zanjar la cuestión allí mismo.

–Dios mío –dijo.

Estuvimos un rato así, yo de pie y Hall de rodillas en la nieve con el cañón de mi pistola pegado a su cabeza. Todo estaba en silencio, pero oía cómo caían los grandes copos en las ramas de los árboles y también el ritmo sofocado de la música que salía del equipo estéreo del interior del camión. Abajo, en la quebrada, aullaba un perro.

–Pregúntales a esos chicos –susurró.

Levanté la bota y le hice caer de espaldas, fuera del haz de luz de los faros.

Apunté a lo alto y encajé el tiro entre los árboles. Resonó por el bosque y el eco retumbó en el valle. Una lechuza levantó el vuelo al oír el ruido y descendió en picado desde la oscuridad. Me di la vuelta a tiempo para ver cómo sobrevolaba la carretera y desaparecía entre las ramas nevadas de un pino.

Jimmy estaba tirado al borde de la carretera, resollando. Me acerqué y me puse a su lado. «Levanta», dije. No se movió. Le di una patada, pero ni aun así se movió. Volví a enfundar la pistola en la pistolera, me agaché, le agarré del cuello de la camisa con las dos manos y lo puse de pie. Le costaba mantenerse erguido, así que le apoyé contra el guardabarros delantero y empecé a vaciarle los bolsillos.

–Dios mío –murmuró–. Creí que me ibas a matar.

–Todavía no he decidido no hacerlo –dije.

Abrí la puerta del conductor y saqué las llaves del contacto. La radio se apagó, y de repente la noche se quedó silenciosa y tranquila. Caminé un trecho por la carretera, me detuve en la linde del bosque y miré hacia la zona oscura, donde sabía que estaban los árboles. Entonces lancé las llaves lo más lejos que pude, y las oí rebotando en las ramas y en los troncos hasta que la nieve engulló el sonido de su caída. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi que la carretera subía cien metros más por la montaña y desaparecía en una curva. A través de los árboles veía luces brillando en el valle. Volví al camión y encontré a Jimmy igual que le había dejado, apoyado contra el capó.

Abrí la puerta y lo metí de un empujón.

–Te puedes ir andando a casa cuando se te pase la cogorza –dije.

Estaba oscuro y apenas le veía, pero le oí gemir mientras se desplomaba en el asiento. Sabía que moriría si se desmayaba ahí en lo alto de la montaña en aquel camión tan frío. Tampoco es que me pareciera una posibilidad tan mala, así que cerré de un portazo y volví a bajar por la carretera.

La nieve no había cubierto del todo las rodadas, y fui caminando entre ellas hasta llegar a mi coche. Era tarde, y las luces del valle que tenía a mi izquierda empezaban a apagarse titilando para pasar la noche. Me subí el cuello del abrigo para evitar que me entrara la nieve y metí las manos hasta el fondo de los bolsillos. El viento empezó a soplar entre los árboles que poblaban la oscuridad a la derecha de la carretera. Las ramas crujían y sonaba como si hubiera centenares de puertas chirriantes abriéndose y cerrándose en una vieja granja.

Al llegar al coche, abrí la puerta y subí. El asiento seguía la pendiente del coche y estaba inclinado hacia la cuneta, así que era difícil sentarse derecho. Me deslicé por el vinilo hacia el lado del copiloto y apoyé la espalda contra la puerta. Arranqué el motor, llamé por radio a la comisaría de Marshall y les dije dónde me encontraba.

–¿Qué tal tiempo hace por ahí arriba? –preguntó centralita.

Quité el dedo del receptor y miré por el parabrisas.

–Estoy sudando como un pollo –dije–. ¿Qué mierda de tiempo quiere que haga?
La línea quedó en silencio.

–Enviaré a alguien con un cabrestante –dijo al fin.

–Aquí estaré.

Volví a colgar la CB y encendí la calefacción. El aire caliente empezó a salir a chorros por la rejilla, y la cara y las orejas me entraron en calor. Extendí las manos y sentí que la sangre me empezaba a circular poco a poco por los dedos.

Observé cómo se empañaban las ventanillas mientras me imaginaba a Sheila en la cocina de casa, leyendo un libro o tal vez hojeando una revista y alzando los ojos de vez en cuando hacia la ventana por si veía luces de faros, atenta al sonido que hace la puerta de un coche al cerrarse. No tenía la menor idea de cómo le iba a contar lo de Jeff, pero me repetía a mí mismo machaconamente que me sabía la rutina: la pausa en los escalones del porche de un desconocido antes de llamar a la puerta, lo incómodo de responder a preguntas tomando café en la cocina mientras ves llorar a una familia. Había dado la noticia cientos de veces, pero ahora se trataba de mi propia familia y no recordaba un carajo de cómo había que hacerlo.

Casi parecía una represalia por la cantidad de veces que había estado en aquellas cocinas respondiendo a preguntas con la cabeza puesta en la cena caliente y la cerveza helada que me estaba perdiendo, en el calor de la chimenea y en quitarme las botas de dos puntapiés y dejarlas tiradas por el suelo del dormitorio. Pero ahora el consuelo de todas estas cosas estaba a años luz de mis pensamientos, y solo era capaz de pensar en el miedo que asomaría en el rostro de Sheila mientras se me trababa la lengua con las palabras que tenía que decirle, en Sheila esperando oír a cada instante las llaves de Jeff en la puerta y el sonido de sus pasos cruzando el vestíbulo hasta llenar con su cuerpo el vano de la puerta de la cocina. Oír su voz diciendo: «Mamá, ¿por qué lloras?».

Pero el recuerdo reciente del cuerpo de Jeff humeando al borde de la carretera se abrió paso con ímpetu y expulsó aquellas imaginaciones; justo por debajo del ruido del motor del coche patrulla y del continuo chorro de calor que salía por la rejilla, oía el sonido del vapor silbando bajo la sábana azul. Golpeé la parte de atrás de la cabeza contra la ventanilla del copiloto y traté de evitar que se me anegasen los ojos de lágrimas.

Me pareció que habían pasado varias horas cuando oí un ruido de metal contra metal por debajo del coche patrulla. Abrí los ojos y vi una luz pálida y macilenta que entraba por el cristal empañado. Alguien estaba aporreando con el puño la ventanilla del conductor; me fui al otro extremo del asiento y sequé el vaho. Por el hueco despejado entró un caudal de luz que me hizo entrecerrar los ojos.

La cara de Jimmy Hall se aplastó contra el otro lado del cristal. Ya tenía los ojos morados e hinchados, y el puente de la nariz se le había abierto y le sangraba

debido al golpe que le había dado con la pistola. Me senté y lo miré fijamente, preguntándome si llevaría en las manos algo que yo no veía.

–Embraga y ponlo en punto muerto –dijo.

Me quedé quieto en el sitio, estupefacto; vi que se daba media vuelta y regresaba al camión, y una vez allí lo perdí de vista tras el destello de los faros. Un instante después, el motor de su camión rugió y noté que algo tiraba del morro de mi coche. Apagué el motor, puse punto muerto, abrí la puerta y salí como pude a la nieve. El coche dio una sacudida en la cuneta.

–Pero ¿qué haces? –grité a través del ruido. Los faros impedían que se le viera la cara detrás del parabrisas, así que salí corriendo hacia el camión y aporreé el capó. La nieve casi me cegaba, pero cuando atravesé la luz pude distinguir su rostro. Me miraba fijamente por el cristal–. ¡No quiero tu ayuda! –chillé.

A mi espalda oí cómo crujía el bastidor del coche patrulla cuando el cable de remolque asomó por la nieve y se cinchó. Hall se fue apartando lentamente de mí, marcha atrás; las largas volvieron a darme en los ojos, y lo único que veía era el fulgor a través de la nevada. Me quedé mirando los faros, cada vez más lejanos.

El chasis del coche patrulla abrió una brecha en lo alto de la cuneta, y el bastidor pasó rozando por la nieve compacta. Me volví justo a tiempo para ver que se soltaba y bajaba rodando del surco a la carretera. En ese momento, el cable del remolque viró y me rasgó la pernera del pantalón, haciéndome un desgarrón en el muslo. Caí de rodillas. La mano se me fue sola hacia el dolor, y notaba que la sangre ya me estaba calentando el pantalón.

El camión redujo la marcha; Hall lo puso en estacionamiento y bajó a la carretera. Me puse de pie con trabajo y vi que su silueta venía hacia mí a través de la luz. Pasó de largo tropezándose, se agachó y desenganchó el cable del remolque.

–Tenía una llave de más –dijo mientras volvía a su camión.

–No necesitaba tu ayuda.

–Pues te la he dado –dijo. Manióbró la manivela del cabrestante, y vi cómo el cable se deslizaba por la nieve y se detenía delante de su parachoques. Agarró el gancho al cable–. Me has roto la nariz –dijo.

–Ojalá te hubiera pegado un tiro –le dije.

–Supongo que esto de ahora no te habrá quitado las ganas –dijo.

–No.

–Ya lo suponía.

Alzó la vista, nos miramos y reparé en el silencio que había ahora que no se oían ni el rugido de la camioneta ni el sonido de nuestras voces. Me fui a mi coche, subí, arranqué y metí marcha atrás. Sentía un dolor punzante en la zona del muslo donde el cable me había desgarrado la piel. Oí que Hall me gritaba que parase, y me volví a mirarle por el parabrisas. Estaba dentro del haz de luz de mis largas.

–¡Siento mucho lo de tu chico! –chilló. Le miré, y después di la vuelta con el

coche patrulla y empecé a bajar la montaña.

Al volver, aparqué al final del camino y me quedé contemplando mi casa. Dentro, las luces estaban apagadas y el silencio era total. Bajé del coche, me apoyé en el capó y escuché cómo se iba enfriando el motor. La nieve se colaba por el cuello de mi abrigo, y sentía las manos pesadas y frías. En el dormitorio se encendió una lámpara y poco a poco la casa se inundó de luz, y supe que Sheila estaba allí y que iba de habitación en habitación para bajar a la puerta. Salió al porche y me llamó, pero yo no acertaba a abrir la boca para responderle.

Bajó los escalones y vi su silueta cruzando el césped nevado, recortada contra el resplandor de la casa. Se detuvo una vez para atarse bien la bata y sacudirse la nieve de las zapatillas. Llegó hasta mí y me miró a la cara.

—¿Dónde has estado? —preguntó, y después esperó a que le dijese algo. Me sonrió con aire preocupado—. Te vas a convertir en un muñeco de nieve como sigas aquí mucho rato.

La miré y traté de decidir qué le iba a contar primero, pero me sentía como si me hubiesen enterrado bajo gruesas capas de nieve y ella hubiese llegado justo a tiempo para sacarme. Abrí la boca para hablar; sentí el aire frío en la lengua y vi que el calor de mi aliento subía ante mis ojos como el humo.

Adelaide Lyle

Doce

Sí, lo recuerdo todo: a Elizabeth y Lottie viniendo de la iglesia y presentándose en mi puerta el domingo al anochecer, a Julie entre las dos, apenas capaz de sostenerse en pie por sí sola. A las dos convenciéndola para que se echase en el sofá del salón y llevándome después a la cocina para contarme lo ocurrido, y a mí preguntando: «¿Por qué?» una y otra vez, «¿Por qué? ¿Qué hacía el chico otra vez en el templo?». Me esforzaba por hablar en voz baja para que Julie no lo oyera, pero la pregunta me salía cada vez más fuerte porque ninguna de las dos mujeres tenía una respuesta que ofrecerme. «¿Por qué?» Y después, la pelea en el prado.

El martes por la mañana, tan solo dos días después, el *sheriff* Barefield volvió para preguntarme por qué habían traído a Christopher a mi casa después de aquello, y también: «¿No era usted la que siempre cuidaba a los chicos?». La única respuesta que pude darle a esa pregunta fue un «sí», nada más, y no porque no quisiera sino porque no tenía ninguna otra que ofrecerle. Pero de haber querido, podría haberle contado la historia desde el principio, remontándome a aquella noche de hace años en la que subí a duras penas la montaña en medio de una nevada porque la camioneta de Ronnie Norman no podía seguir. Y ahora el *sheriff* venía a casa y se me sentaba en la cocina poniéndose gallito, mirándome a los ojos como si hubiese algo más, algo que no le estaba contando. Algo que no le quería decir. Como si no me acordase de la cara que se le puso a Julie cuando nació el chiquillo y le quité la membrana de los ojos: ojos cristalinos como agua de manantial, y ni un poco de miedo en ellos. Transparentes como el cristal, y él allí mirándome sin abrir ni una vez la boca para llorar. Parece que fue hace siglos, pero lo recuerdo todo. Seré vieja, pero lo recuerdo perfectamente. Recuerdo la mismísima noche en que nació como si fuese ayer.

Al oírlo, di un bote en la cama y me incorporé.

«¿Qué ha sido eso?», dije, y por supuesto no había allí ni un alma que pudiera responder. Jamás había habido nadie más que yo, pero aun así me quedé como estaba, sentada en mi cama más tiesa que una vela. «¿Quién anda ahí?», grité, como si esperase una respuesta de una voz que jamás había estado presente. Casi toda mi vida he vivido sola, salvo los años que viví en Parker Mountain con mi tía abuela antes de que me echase de la montaña y me mandase bajar a la ciudad.

De pequeña siempre viví con ella en la vieja cabaña que olía a hojas secas y

lavanda en invierno y a tierra húmeda y bergamota en los sofocantes veranos. Contaba historias como nadie; mientras desgranaba alubias en un edredón de *patchwork* que desplegaba sobre su regazo, hablaba de mis padres muertos como si acabasen de salir al prado a ver si había nubes de lluvia. El único recuerdo que tengo de mi madre es una sombra menuda proyectada sobre la pared de la cabaña por la luz de una vela, y en mi imaginación mi padre es una sombra negra que está tapando el sol en un campo recién segado. Pero mi abuela me devolvía a los dos y se encargaba de que entendiese las vidas que habían precedido a la mía.

Tenía memoria de elefante. Era capaz de recordar el año exacto de la mejor cosecha de burley que había cultivado, y se sabía el nombre y el linaje de prácticamente todos y cada uno de los habitantes de Parker Mountain, y eso que la mayoría no tenía nada que ver con nosotras. A la vez que descascarillaba una fanega de maíz tras otra a la luz de la vela, me recitaba los nombres de todos los animales de las granjas de su padre y de su abuelo. Yo trabajaba a su lado y de noche me quedaba escuchándola todo el tiempo que me dejara. Incluso para mi edad yo era menuda, y ella era la persona más vieja que conocía; me parecía que debía de ser la persona más vieja que jamás había existido.

En el año 1919 me fui de su lado; fue el año en que me obligó a marcharme. Estábamos a finales de primavera y la tierra no había dado nada que se pudiera comer, y bien sabe Dios que no teníamos ni dinero en efectivo ni nada que canjear. Apenas llegaba para las dos con lo que había.

—Tienes que largarte de esta montaña, bajar a la ciudad y ponerte a trabajar —dijo—. Con lo que tenemos no pasamos de este verano, y además, ya va siendo hora de que te las apañes tú sola. A las muchachas de tu edad ya las han casado, les han hecho un hijo o dos y tienen un pedazo de tierra que es suyo y de nadie más.

Yo tenía catorce años, y qué iba a saber; solo pensaba que quería librarse de mí. No sabía que si hubiese pasado allí el verano, probablemente nos habríamos muerto las dos.

Tenía que elegir entre Marshall, que es la capital del condado, Burnsville, allá en el condado de Yancey, y Asheville. En fin; a Marshall había ido un par de veces y en aquella época no había gran cosa aparte del juzgado, un par de tiendas de piensos y cosas por el estilo, y supuse que Burnsville sería poco más o menos lo mismo; y sabiendo lo que sé ahora, el viaje hasta allí habría sido largo y duro. Decidí marcharme a Asheville, y no miento si digo, a riesgo de que sorprenda, que es lo más lejos que he estado jamás del condado de Madison. Nunca he tenido motivos para ir más lejos.

Y bien que me acuerdo de cuando llegué a la ciudad aquel sábado de primavera al atardecer; de aquellos árboles en flor que flanqueaban el río French Broad, de cuando el hombre aquel del carromato que me traía desde Weaverville señaló las

aguas marrones diciendo: «Hace tres años esto se inundó», y yo miré las orillas y vi comercios y almacenes destrozados por la tremenda crecida que había traído ramas, montones de basura y todo tipo de cachivaches desde la parte baja del río.

Entramos a la ciudad por el norte; jamás había visto nada tan extraordinario como lo que vi desde el carro cuando cruzamos el mercado de los granjeros de la avenida Lexington, abarrotado de comida que parecía recién cogida de la huerta y de busconas pintadas como puertas a la espera de que los chicos de las granjas cerrasen los puestos, cargasen los carromatos y les dedicasen un ratito antes de volver pitando al campo. Pasamos justo por en medio, y casi se me cae la cabeza de tanto mirar.

—¿Dónde quieres que pare? —me preguntó el hombre.

—No me importa mucho —le dije. Debió de pensar que le había caído una auténtica palurda de las montañas, y la verdad es que no se lo echo en cara. Me cuesta creer que se hubiese topado nunca con nadie más papanatas que yo.

—Bueno, y ¿qué tipo de trabajo te gustaría encontrar? —me preguntó.

—Tampoco me importa mucho —contesté.

El hombre debió de hartarse porque detuvo el carromato allí mismo, en pleno centro de la ciudad, en medio del trajín de coches y tranvías que iban y venían como flechas; y yo ahí, los ojos brillantes, muerta de miedo. Sin soltar las riendas, miró cómo me bajaba, me sacudía el polvo y extendía los brazos para coger mi pequeño bulto.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me preguntó.

—Pienso encontrar trabajo —respondí, y casi fue dicho y hecho.

Aquella noche encontré una cama en una casucha de habitaciones de alquiler para chicas, y al día siguiente acepté trabajar de lavandera para los veraneantes que se alojaban en las casas de huéspedes de los alrededores de la plaza y en los hoteles de las zonas residenciales. Y vive Dios que aquella gente de lugares como Charleston, Atlanta y Savannah tenía la ropa más bonita y refinada que había visto en mi vida. Pero la finura de los tejidos no facilitaba el trabajo; lavar la colada te destroza las manos. Cuando llevan un buen rato en remojo, casi puedes pelarte la piel como una cebolla. Vale que las manos se te quedan bien suaves, pero con el tiempo acabas viendo las estrellas. Lo detestaba, pero fue el único trabajo que encontré. Estábamos a principios de verano, faltaban tres meses largos para que empezase la temporada de manzanas en el sur de la ciudad y aún no había empezado a llegar el tabaco, así que lavar era prácticamente el único trabajo que podía conseguir y mi única experiencia en relación con el tipo de cosas que hacía la gente en la ciudad.

Me pasé todo el verano lavando ropa como una posesa para tener el estómago lleno y llegar a fin de mes, y el primer día que abrieron los graneros de tabaco del río allí estaba yo intentando conseguir un trabajillo. Miraron de arriba abajo a

aquella niñita escuchimizada de las montañas y dijeron: «¿Y tú qué demonios sabes de tabaco?».

Por supuesto, había trabajado el burley toda mi vida, así que les dije: «Sé más que ustedes; lo sé todo, de cabo a rabo. Déjenme trabajar para ustedes, páguenme una parte justa y ya verán todo lo que sé». Y en efecto, ahí estaba yo, a mis catorce años, dando el callo como nadie en aquel mercado.

«A ver, tú», le decía, por ejemplo, a un vendedor. «¿Qué demonios has hecho? ¿Has venido arrastrando el burley por el río? Más vale que lo dejes requetesecho antes de subirlo a esta balanza»; o también: «Sí, señor, le ha salido una cosecha de primera y queremos proponerle un trato de primera, como merece». Y así dale que te pego siempre, intentando obtener un buen precio para los compradores.

Me decían: «Y a ti, ¿de dónde demonios te viene esa labia para el burley?», y yo les soltaba cualquier rollo acerca de que había nacido con un cuchillo de burley en la mano; y que me aspen si no había más de uno que estaba dispuesto a creérselo.

Fueron tiempos difíciles; todos los muchachos se habían marchado al frente y volvían con aquella dichosa enfermedad, por si no fuera ya bastante que la ciudad estuviese plagada de tísicos. Se los veía sentados en los porches cerrados de algunos de los sanatorios que había en la carretera que salía de la ciudad y también en el camino que llevaba a los graneros de tabaco. Intentaban ocultarlo, pero bastaba un vistazo para distinguirlos: el aspecto enfermizo, el esfuerzo por esconder los pañuelitos, las manchitas rojas en el algodón. Cuando los muchachos empezaron a volver en tandas de la guerra, la situación empeoró con creces. La gripe que trajeron fue, sencillamente, una catástrofe, y no solo en la ciudad, ni tampoco en esta parte del país. Miles murieron, miles y miles. Desde entonces no se ha vuelto a ver nada semejante, y espero que en los años que me quedan de vida no lo veamos. Familias enteras que se morían sin más en una semana o dos. Desde entonces no se ha vuelto a ver nada semejante.

Volví al condado de Madison aquel otoño, cuando las hojas acababan de cambiar de color y estaban a punto de caer de los árboles, y mientras subía por la carretera de la montaña supongo que tuve lo que cabría llamar una premonición.

«Addie», me dijo una voz dentro de mi cabeza, «cuando llegues ahí arriba verás que las cosas no son como antes». Y por alguna razón, y no sabría decir por qué, supe que no me iba a encontrar a mi tía abuela con vida.

El lugar estaba más tranquilo y silencioso que nunca: no salía humo por la chimenea, y en la tierra no había más que maleza y una cosecha reseca. Estuve un rato escuchando cómo retozaba el viento entre los tallos muertos, y recuerdo que me vino a la cabeza el sonido de los papelajos que revoloteaban por las aceras de la ciudad de la que acababa de marcharme. Si hubiera cerrado los ojos, me habría sido fácil pensar que me encontraba nuevamente en pleno centro de Asheville,

recorriendo una calle iluminada por farolas con un montón de ropa sucia en las manos, y no que iba subiendo a casa por la colina cargada con mi propia maletita y un monedero acolchado con un par de billetes y un poco de calderilla.

Y, en efecto, me la encontré en la cama junto a la chimenea apagada, tapada hasta el cuello con todos los edredones que había hecho. No sabría decir cuánto tiempo llevaba muerta, pero he visto fotografías de esos reyes egipcios que descubren en sus tumbas y me parece razonable decir que llevaba camino de parecerse a ellos. Se había entretenido en trenzarse el pelo, y por eso puedo engañarme y recordarla como una niña tendida en la cama con sus tirantes trenzas grises a ambos lados de la almohada. Si hubiera estado viva y hubiera sido otra la persona que estaba allí tumbada, incluso un desconocido, seguramente me habría echado a llorar por el mero hecho de ver un cadáver. Pero era ella y allí no había nadie más que yo, así que me dije que para qué iba a montar un numerito.

En aquel momento me pareció increíble que llevase allí muerta a saber cuánto tiempo sin que nadie hubiera subido a interesarse por la vieja y la niña que vivían en la cima de Parker Mountain. Más adelante me enteré de que la gente se había formado todo tipo de ideas lamentables acerca del hecho de que viviéramos las dos solas allá en lo alto. Decían que había montado una destilería en medio del bosque y que me hacía ir a venderles alcohol a los hombres del otro lado de la montaña, cerca de Greenville, Tennessee. Los chavales de la zona pensaban que éramos unas brujas que vivían escondidas y se comían los dedos de las manos y los pies de los jóvenes que atrapaban en su terreno. Con semejantes ideas, lo cierto es que no es de extrañar que la gente pusiera tierra de por medio.

Desde siempre había sabido que quería que la enterrasen con los suyos en la pradera que había encima de la cabaña, donde habían enterrado a los de la familia durante muchos años. Me llevaba allí cada año el Día de los Caídos, y barríamos las lápidas y quitábamos las hierbas y la maleza que pudiesen estar creciendo a su alrededor. Celebraba una pequeña ceremonia para las dos bajo una hilera de robles, cantaba, rezaba un par de oraciones. Desde tan alto se veía el campo extendiéndose hacia el este, y si te dabas la vuelta y mirabas hacia el otro lado veías la cordillera que continuaba sin obstáculos hasta Tennessee. Era un lugar precioso, y decidí darle sepultura allí mismo.

Sin embargo, no tenía ni la más remota idea de cómo se entierra un cadáver, menos aún de cómo se construye un ataúd. Pero sí sabía cavar un hoyo, y eso fue precisamente lo que hice a la mañana siguiente en la cima de la colina. Subí justo cuando el sol asomaba por la cresta del este, y arremetí contra la tierra con un pico y una pala vieja. No dejé de cavar hasta que el hoyo tuvo de hondo lo que yo de alta, y aunque sabía que ni aun así era suficiente, estaba demasiado cansada para continuar.

Cuando hube terminado, empecé a bajar la montaña y me detuve en la primera

cabaña que me pareció que estaba habitada. Al acercarme, vi a una mujer en medio del sembrado y la llamé.

–Señora –dije–, perdone que la moleste. –Miré al otro lado del sembrado y vi a un viejo que salía del granero. Pareció sorprendido al ver en el camino a una chica como yo dirigiéndose hacia su casa. La mujer lo miró, y después se inclinó y siguió a lo suyo. El viejo cruzó el prado con tanta parsimonia que pensé que jamás conseguiría llegar hasta mí.

–¿Qué es lo que necesitas? –me preguntó cuando estuvo lo bastante cerca. Llevaba unos viejos anteojos con montura de alambre, y a través de los cristales vi lo cansados que tenía los ojos, como si se hubiera pasado toda la vida mirando al sol.

–Perdone que le moleste –repetí–. Vivo un poco más arriba con mi tía...

–Sé quién eres –dijo. Cerré la boca de golpe, y él se quedó mirándome fijamente. Después volvió la cabeza y escupió un hilillo marrón de zumo de tabaco en la hierba que estaba al lado de su bota.

–Resulta que anoche mismo volví de Asheville y me encontré con que había fallecido. He venido a ver si podrían prestarme...

–¿De qué ha muerto? –preguntó.

–No lo sé seguro –dije–. Puede que haya sido esta gripe. Pero no me explico cómo. Ya sabrá usted que la gente de esta montaña casi no tenía relación con ella. No sé cómo pudo contagiarse si nadie se pasaba nunca a verla; porque, que yo sepa, no tenía amigos. –El hombre miró al suelo por un instante, y después escupió otro hilillo de zumo en la hierba y lo restregó con la puntera de la bota–. Necesito que alguien me preste herramientas para apañarle algo que sirva para enterrarla –añadí.

Apartó la vista del suelo y miró a su mujer, que seguía inmóvil en el sembrado. Había interrumpido su trabajo y nos estaba mirando, como si nos hubiese oído hablar desde la otra punta.

–Tengo dinero contante y sonante –le dije–. Si es menester, estoy dispuesta a gastármelo.

El hombre volvió a mirarme.

–No hay necesidad –dijo–. Tú ve y amortájala. Te lo llevaremos mañana por la mañana. –Se dio media vuelta, y le seguí con la mirada mientras volvía al granero. La mujer no me quitaba la vista de encima. Le hice un gesto con la mano.

–¡Gracias! –grité.

Me acosté en el cuarto de atrás y la dejé ahí tendida en la cama junto a la chimenea, y aquella noche tuve un sueño. No miento si digo que en toda mi vida jamás había tenido un sueño como aquel, y desde entonces jamás he recordado uno con tanta claridad.

Anohecía, y yo iba subiendo por la colina desde la parte del llano en la que el río serpentea en dirección oeste hacia Tennessee. En el sueño llevaba una especie de túnica bautismal tan larga que se arrastraba por el barro negrísimo, y recuerdo como si lo tuviera delante que me miré el dobladillo, que seguía mojado de haberme metido en el río. Parecía como si solo hubiese entrado hasta los tobillos y luego, cambiando de idea, hubiese salido, porque en el sueño el resto de mi cuerpo estaba seco y no recordaba ninguna inmersión en aquellas aguas tan frías. No recordaba que se hubiesen rezado oraciones por mí, ni tampoco resonaba en mis oídos el eco del testimonio de fe que se supone que habría compartido.

Al principio no sabía dónde me encontraba exactamente, pero el sol se había ocultado detrás de la colina hacia la que me encaminaba y el campo entero estaba sumido en un silencio absoluto. Fue entonces cuando, de espaldas al río, tuve la sensación de que alguien me seguía, de que alguien iba subiendo por la colina pisándome los talones, pegado a mí. Paré y me di la vuelta; oí que la túnica se arrastraba por la hierba y sentí que mis pies descalzos pisaban el dobladillo de algodón mojado. Al mirar atrás, allí estaba Jesús. Llevaba una túnica azul que de cintura para abajo se veía negra como la brea porque estaba calada, y supe que había estado todo el rato en aquellas aguas velando por mí, y que por algún motivo yo había decidido no salir a su encuentro.

Sabía sin lugar a dudas que era Jesús porque era tal y como siempre lo describían: tez aceitunada, ojos castaños, cabello castaño claro. Pero en mi sueño era mucho más viejo de lo que sale en las biblias ilustradas o en los cuadros que ves colgados en las iglesias. En mi sueño tenía muchos más años de los que le permitieron vivir. Le veía los años alrededor de los ojos y en la barba entrecana, y al caminar hacia mí desde el río cojeaba un poco, como si tuviese algún dolor en la cadera o en la pierna y le estuviese dando guerra. Me quedé quieta mirándole, y cuando estuvo lo bastante cerca como para que le oyera, me gritó.

—¿Por qué has dejado de caminar? —preguntó.

—Porque sí —le respondí—. No sabía que estuvieras ahí.

—Sí que lo sabías —dijo—. Simplemente, lo olvidaste. Pero continúa, que yo te sigo. —Me quedé quieta en el sitio sin saber qué decir, y Jesús sacudió la mano como para ahuyentarme—. Continúa —dijo—. No pasa nada. Ya te lo he dicho, yo te sigo.

Me di la vuelta y me puse otra vez de cara a la colina, y en ese momento noté que tenía algo pesado en las manos. Miré y vi que llevaba un plato cubierto con una servilleta manchada de grasa, y al levantar la servilleta vi que debajo había un montón de pollo frito caliente. De repente noté que alguien pasaba de largo y vi a una mujer vestida con una larga túnica blanca exactamente igual a la mía, y cuando la miré a la cara tuve la sensación de que era alguien a quien quizás había conocido en tiempos remotos. También ella llevaba un plato en las manos, y a su lado iba un

hombre con una guitarra al hombro que llevaba una pandereta en una mano y en la otra una frasca de no sé qué. Eché un vistazo al llano y vi que rebosaba de personas con túnicas que iban subiendo comida e instrumentos por la verde ladera envueltas en una oscuridad cada vez mayor, todas ellas calladas, todas ellas en completo silencio. Parecían fantasmas o espectros, y de pronto se me ocurrió que quizá fueran sencillamente ángeles. Jesús se puso a mi lado; nos quedamos allí viendo cómo pasaban de largo y seguían su camino, y noté que el pollo frito se iba enfriando debajo de la servilleta y que el plato estaba cada vez más frío al contacto con mis dedos.

—Continúa —volvió a decir Jesús—. Estoy aquí, te sigo.

Empecé a subir por la colina a pesar de que sabía que jamás sería capaz de alcanzar a toda aquella gente, pero sabía que no importaba porque íbamos a celebrar el Día de los Caídos y sabía que la comida estaría lista, que estarían entonando ya los himnos y que el té dulce estaría servido cuando me reuniera con ellos en lo alto de la colina. Miré a lo lejos y vi que algunas personas empezaban a coronar ya la cima; había una mujer vuelta hacia mí, y al fijarme bien vi que era mi tía abuela, que me miraba y me sonreía como si me esperase y estuviese dispuesta a esperar allí toda la eternidad. No se parecía nada a la cosa diminuta y encogida que me había encontrado junto a la chimenea apagada. Estaba tiesa, fuerte y lustrosa como un dólar de plata nuevo. Sabía que iba a despertarme antes de llegar a la cima de la colina en la que me estaba esperando. Jesús también debía de saberlo, porque notaba su barba canosa en mi mejilla y le oía respirar en mi oreja mientras caminaba a mi lado.

—Mírala, Addie —susurró—. Ese es el aspecto que tiene la inmortalidad.

A la mañana siguiente, temprano, oí cómo el hombre y la mujer de la montaña subían por el camino en su carromato, y al salir a la puerta vi que el hombre llevaba de las riendas a una yegua grande y marrón. Detrás de la yegua traqueteaba un carro, y encima del carro el ataúd que había construido el hombre. Era poco más que una caja rectangular hecha de tablas viejas, pero bien que me alegré de tenerlo.

—Gracias por venir —dijo cuando se detuvieron en el camino, frente a la cabaña.

—No es nada —dijo el hombre.

—Nos alegramos de poder ayudar —dijo la mujer. El hombre descargó la caja, y le ayudé a llevarla hasta la cama en la que había amortajado a mi tía abuela.

—Esto lo dejo para vosotras —dijo, y volvió sobre sus pasos para salir de nuevo. La mujer me ayudó a meter a mi tía abuela en la caja, y yo le estiré el vestido y se lo alisé. Pesaba tan poco que era como coger a una chiquilla. La noche anterior le había quitado las trenzas y la había peinado lo mejor que sabía, pero no se parecía a ella. Era como si estuviésemos cargando a una desconocida para subirla al

camposanto, y esperaba ver a mi tía abuela entrando por la puerta en cualquier momento.

–Addie –diría–, ¿qué demonios es esto?

La mujer y yo nos quedamos mirándola. La casa estaba en silencio, y se oían las pezuñas de la yegua arrastrándose por el camino de tierra.

–Mejor que la dejemos abierta hasta que lleguemos arriba –dijo la mujer–. Odus clavará la tapa después. –Salió y le oí hablar con el hombre en el camino. El hombre abrió la puerta y entró.

Le ayudé a sacar el ataúd al carromato, y cuando el sol cayó sobre la cara de mi tía abuela vi por primera vez el mal aspecto que ofrecía. Tenía la piel tan blanca que casi se transparentaba. El hombre ató el ataúd a la parte trasera del carro, y los tres enfilamos el camino de la montaña hacia el camposanto. Una vez arriba le ayudé a descargarla, y la mujer cogió las cuerdas que habían traído para bajarla al hoyo que había excavado yo el día anterior. El hombre había traído consigo un martillo y un saquito de clavos para cerrar la tapa.

El hombre bajó la tapa y la colocó sobre el ataúd; después se hincó de hinojos y empezó a cerrarla a martillazos. Cada vez que el martillo golpeaba, el eco reverberaba entre los robles como si no fuese a cesar jamás –como un disparo de rifle resonando en las montañas–. Cuando hubo terminado, la bajamos con las cuerdas, él a un lado de la tumba y su mujer y yo al otro. Al acabar, nos quedamos mirando el hoyo.

–¿Quieres decir algo? –me preguntó la mujer.

–No creo que haya mucho que decir ya –le respondí. Además, sabía que lo que le había querido decir a mi tía abuela ya me lo había dicho a mí misma, y que si estaba escuchando allá en lo alto, lo habría oído de todas maneras.

Después de habérmela encontrado muerta y sola, me dije que no me iba a morir en una cabaña llena de corrientes de aire y que los bichos y quizás unos mocosos fisgones fuesen los únicos en encontrarme. Pensé: «Addie, no está bien que vivas el resto de tus días aquí sola, en lo alto de la montaña; tienes que bajar adonde está la gente»; así que cogí y me marché, y llevo viviendo en las afueras de Marshall desde 1920. Calculo que ya han pasado más de sesenta años.

Trece

Pero no pensaba contarle aquella historia al *sheriff* porque no guardaba ninguna relación con la verdad, cualquiera que fuese, que él necesitaba encontrar. La historia que él buscaba era la de Christopher en el interior del templo, una historia que no estaba en mi mano contarle. Pero si se hubiera quedado más tiempo, le podría haber hablado del instante mismo en que empezó la historia de Christopher, y quizá tirando del hilo habría entendido de qué modo cambió a Ben y a Julie, de qué modo cambió su matrimonio y cómo los hizo llegar al punto en el que se hallaban.

La noche en que nació yo estaba acostada en mi cama, atenta por si oía de nuevo aquel ruidito que sonaba como una voz procedente de algún lugar de la casa. Contuve la respiración y agucé el oído, y a punto estaba de echarle la culpa a mi imaginación cuando lo oí más claro que el agua.

—¿Quién anda ahí? —llamé, y esperé. Oí el viento racheado y el golpeteo de la nieve contra las ventanas, y después una vocecita empezó a llamarme desde la puerta principal. Con el viento y la nieve apenas la oía, pero cuando ya no tuve dudas salté de la cama; la noche me pareció oscura como boca de lobo mientras me acercaba a la lámpara arrastrando los pies, daba al interruptor y la luz inundaba el dormitorio y parte del pasillo.

Me fui al salón descalza y en camisón, y grité:

—¿Quién es?

—Por el amor de Dios, Addie, soy yo —dijo la vocecita al otro lado de la puerta—. Venga, abre antes de que me congele.

Al reconocer la voz, abrí; el viento casi me tira al suelo y la nieve se coló con él por la puerta. Allí estaba Gerty Norman, calzada con las botas de pesca de su difunto marido y engullida por uno de los abrigo de trabajo de su hijo. Apenas le veía los ojos entre la bufanda que se había liado a la cara y el gorro de hombre que se había encasquetado.

—¿Eres tú, Gerty? —pregunté.

—¿Quién demonios iba a ser? —dijo a través de la bufanda. Pasó por mi lado sin apenas mirarme y entró dando fuertes pisotones que iban soltando nieve de las suelas de las botas.

—¿Qué haces paseándote a estas horas con este tiempecito? —le pregunté. Tardó en desenrollarse la bufanda de la boca, y vi que tenía dos manzanas rojas por mejillas. Los ojos le lloraban a causa del frío. Cuando al fin se desenrolló la bufanda y se quitó el gorro, un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

–Julie Hall –dijo–. Se ha puesto de parto, y la camioneta de Ben no puede bajar por la montaña. Intentaron llamar al doctor Winthrop, pero no dieron con él. También intentaron llamarte a ti, pero con la que está cayendo se te debe de haber averiado el teléfono.

–A estas horas, Winthrop seguramente estará en la cama, borracho –le dije–. Ese hombre no sube esta noche a Gunter Mountain. Con semejante nevada, imposible.

–Ben pregunta si puedes ayudarla, al menos hasta que amaine y puedan bajar por la montaña para ir al hospital. Le dije que vendría a pedirte, pero que aquí abajo también hacía muy malo.

Y yo ahí, viendo cómo desaparecían las manzanitas rojas de sus mejillas y oyendo las ventoleras de nieve mientras pensaba en lo calentita que estaba mi cama en la habitación de al lado.

–Te puede llevar Ronnie –dijo–. Su camioneta tiene unas ruedas enormes y seguro que puede subirte sin problemas.

Lo cierto es que me lo pensé mucho.

–Será mejor que vaya –dije al fin–. Espera a que me ponga algo encima.

Me di la vuelta para irme al dormitorio y me siguió, y después se metió en la cocina, fue directa a la estufa, se quitó las gruesas manoplas y extendió las manos para calentárselas. Había echado leña al fuego antes de acostarme, y cuando abrió la rejilla vi las llamas silbando y chascando. Me paré y la miré.

–Cuidado con esas botas –dije–. A ver si se te va a derretir la goma sobre el cuerpo, y también sobre mi suelo.

Sabía que Gerty estaba helada como un témpano y era incapaz de sentir el calor del fuego.

–Ya lo sé –dijo, pero no retrocedió ni un ápice.

–¡Gerty! –exclamé. Refunfuñó algo en protesta por la regañina y se apartó haciendo aspavientos solo para mosquearme.

Entré en el dormitorio, me puse las medias de lana y me embutí dos jerséis encima del camisón. Había dejado el abrigo colgando del poste de la cama, y también me lo puse. Encontré los guantes, las botas y el gorro y me los llevé a la cocina con la intención de sentarme a ponérmelos junto a la mesa. Al entrar, ahí estaba Gerty pegada de nuevo a la estufa. Pensé que si quería salir ardiendo, allá ella.

Abrimos la puerta y salimos; el viento casi me tumba otra vez, había nieve volando por todas partes. Gerty y yo empezamos a recorrer el kilómetro de carretera que subía hasta su casa. Era una buena caminata, vaya si lo era. En fin; allí estábamos, dos viejas agarrándose desesperadamente la una a la otra en mitad de la nieve, resbalando y deslizándose como unos chiquillos con patines.

–Dios mío, Gerty –dije–, ¿cómo te las has apañado para bajar esta cuesta tú sola?

–Pues apañándome y ya está –dijo.

–¿Tú crees que Ronnie será capaz de subir por la montaña con la que está cayendo?

–Estoy segura.

–¿Qué ha dicho él?

–Aún no lo he despertado.

Por poco me caigo muerta allí mismo. Me paré en seco, pero Gerty siguió caminando. Le grité:

–¿Quieres decir que estoy subiendo esta cuesta para montarme en una camioneta que ni siquiera sabes si podrá enfilar la montaña, con un conductor que ni siquiera se ha despertado aún?

–Eso mismo –respondió a gritos.

–¿Por qué no lo has despertado para preguntarle si su camioneta es capaz de llegar?

Paró y se dio la vuelta. Casi no la veía a través de la nieve.

–Porque sabes perfectamente que de todos modos vas a subir la montaña –dijo. Bien mirado, tenía razón, así que no volví a sacar el tema.

Ronnie había aparcado la camioneta en el viejo garaje que su padre tenía pegado a la casa, y le dije a Gerty que me quedaría allí esperando a que sacase a Ronnie de la cama. Debí de estar diez minutos fácil. Estaba segura de que me congelaría antes de que el chaval saliera con la llave para arrancar el motor y poner la calefacción. Vi que se encendía la luz de su dormitorio, y me imaginé a Gerty arrimada a la cama de Ronnie.

«Venga, levántate, Ronnie», le estaría diciendo, muy bajito. Le tenía muy mimado, mucho más de lo que habría mimado yo a mis hijos de haberlos tenido. «Levanta, Ronnie. La señorita Lyle está ahí fuera medio congelada y lo mismo va y se nos muere antes de que pongas los pies en el suelo.» Estas habrían sido mis palabras, pero, como ya he dicho, no era hijo mío.

La cosa es que al cabo de un rato apareció. Volví la cabeza y vi que salía trastabillando hacia el garaje a través de la nieve como si fuera un muerto viviente. Un muchacho grandullón, sin duda más corpulento que su padre. Llevaba puesto el mono y se había echado encima el abrigo. No llevaba gorro, y cuando abrió la puerta y subió a la camioneta la nieve se le quedó pegada al pelo como si fueran palomitas.

–Buenos días, chico –dije cuando ya se hubo instalado.

–Buenas, señorita Lyle –respondió, como si estuviera más muerto que vivo.

Santo Cielo, vaya viajecito. El muchacho agarrado como una lapa al volante y yo encomendándome a todos los ángeles del Cielo para que no derrapásemos y cayésemos al arroyo, al bosque o al prado de alguien. Cualquiera que nos viese

desde la ventana de su casa habría pensado que éramos un par de chavales temerarios que habían salido a provocar a la madre naturaleza.

Estuve todo el trayecto contemplando los embates de los gruesos copos contra el parabrisas mientras pensaba en Ben y en Julie, solos en aquella casa y con su primer bebé en camino. No llegué a conocer a la familia de Julie, y la madre de Ben se había marchado hacía años y no puedo decir que la recuerde demasiado bien. Entre los dos solo sumaban un padre, para más señas un borracho lamentable que estaba desaparecido.

Julie era una chica preciosa de rubios cabellos rizados y piel blanquísima. No es fácil toparse con una piel tan blanca por estos pagos, donde la gente pasa tanto tiempo trabajando al aire libre. Pero la suya era blanca como la de un bebé, y me imaginaba que Ben no debía de consentir que trabajase porque la quería muchísimo. Era un buen chico, todavía no se había dado a la bebida y no le corría tanta maldad por las venas como a su padre. Y es que su padre era un hombre muy malo. Cuando su mujer lo abandonó, me figuro que la maldad que le quedaba la descargó sobre Ben; pero de todos modos tenían muchos rasgos en común.

Que yo sepa, la peor de todas las palizas que recibió Ben de su padre fue la que le dio después de que una de esas mujeres que hay en Hot Springs le llamase para contarle que Ben había ido a verla. No digo que yo apruebe a esa clase de mujeres, pero no se puede evitar conocer a quien se conoce ni oír lo que se oye. No sabría decir cómo supo localizar a Jimmy Hall para hablarle de su hijo, pero no creo que sea muy difícil de adivinar. Por aquel entonces Ben todavía iba al instituto y era un chico grandote, un chico que jugaba al fútbol americano. Incluso estuvo un año o dos jugando en la universidad de Western Carolina. Pero nada de esto impidió que su padre le propinase una buena paliza por relacionarse con gente como la señorita Lillian de Hot Springs. Cualquiera habría pensado que su padre jamás había oído hablar de ningún chico que hiciera semejantes cosas, pero la gente de esta zona no tenía un pelo de tonta. Sabían que Jimmy Hall siempre había tenido mucha ciencia sobre ese tipo de mujeres.

Poco después de que el chico del *sheriff* muriese mientras trabajaba con él, Jimmy Hall desapareció de la faz de la tierra y dejó a Ben más solo que la una. Seguramente fue lo mejor que le pudo pasar. Intentó ser un hombre diferente de su padre, y aunque a algunos muchachos de aquí les basta y les sobra con eso, a Ben no. Quería ser un hombre bueno, un buen hombre cristiano. Yo creo que, sencillamente, tenía en contra a su propia sangre.

Quizá Ben pensara que podía escapar a su sangre, y quizá fuera por eso por lo que al poco tiempo de nacer Christopher sacó a la familia de la montaña. Quizá cambiara Gunter por los valles más cercanos al río French Broad para huir de un pasado que ya le había marcado con el puño de su padre y con una fuerte querencia por el whisky.

Varios años después de nacer Christopher y antes de tener a Jess, Ben y Julie se mudaron a una casita con un retrete exterior que había sido construida en la quebrada por un hombre llamado Tupelo Gant. El señor Gant no tenía hijos y la había construido para él y su joven esposa al poco tiempo de casarse; vivió en aquella casa y en aquel terreno muchos años y se montó una granja muy apañada. Pero cuando quiso darse cuenta, una buena mañana se despertó y vio que era demasiado viejo y testarudo para trabajar el burley en contra del estado, y ni corto ni perezoso vendió la casa y el terreno y se llevó a su mujer a vivir en uno de aquellos remolques tan feos que empezaban a brotar como hongos por todo el condado.

Cuando se enteró de que el terreno estaba en venta, Ben sacó a su mujer y a su bebé de la montaña y del hogar de su niñez y los acercó más al río. Quizá interpretó su decisión de marcharse para siempre de casa como una señal de que estaba regresando a una época en la que para ir al retrete había que abrirse paso por la nieve con un abrigo bien gordo y un farolillo en la mano, una época en la que lo normal era ir andando al trabajo porque el trabajo estaba enfrente de casa, en el granero y abajo en los campos. Una época en la que se daba por hecho que los hombres tenían las manos llenas de callos a causa de las riendas, las palas y las manos de otros hombres cuyas vidas conocían a través de la áspera piel de cada apretón de manos. Al echar la vista atrás, no le encuentro nada de romanticismo a todo esto. A mí lo que me gusta es tener el aseo dentro de casa y lavar con lavadora, pero algunos de estos jóvenes son distintos, y quieren que se lo pongan todo difícil para demostrar no se sabe qué. Lo que ya no sé es a quién se lo quieren demostrar, pero pienso que Ben era de estos jóvenes y creía que él y su familia podían llevar una vida más sencilla. O quizá lo que le obligó a cambiar la montaña por estas tierras bajas fue su historia familiar y el temor a que pesara sobre él. Pudo marcharse por miles de motivos, y no sabría señalar uno sin riesgo de equivocarme.

La carretera que sube por Gunter Mountain está asfaltada, pero en tiempos no era más que barro con un poco de grava. Por aquella época ya estaba asfaltada, y que yo sepa así sigue. Pero anda que no le costó subir ni nada a la camioneta de ese chico, las ruedas resbalando en la nieve como si estuviésemos sobre un cristal y yo de los nervios pensando que nos íbamos a caer por el borde de la montaña.

«No sé yo si esto va a llegar hasta arriba, Ronnie», le repetía. Pero era como si no me oyese: estaba encorvado sobre el volante y le hablaba entre dientes a la camioneta como si pudiera convencerla de lo contrario.

—No vamos a llegar, Ronnie —dije finalmente—. Vas a tener que pararte para que me baje. Creo que voy a tener que seguir a pie.

Se limitó a clavar la vista en los copos de nieve que iban cubriendo los faros.

—Mi madre me mata como le permita subir andando con este tiempo —dijo—.

Apuesto a que aquí hay casi medio metro de nieve.

–Me da que no va a quedar más remedio –dije–. Sí –insistí–, creo que voy a seguir a pie. Tú vete a casa y vuelve a la cama, y cuando acabe todo te llamo. Nos encontraremos aquí mismo.

–Mi madre me va a matar –repitió.

–Bueno, eso ya es cosa vuestra –dije a la vez que abría la puerta–. No me queda otra que caminar si quiero llegar esta noche. Tú conduce con cuidado. Te llamo dentro de un rato.

Cerré la puerta y enfilé la montaña bajo la nieve cegadora.

Mientras avanzaba a trancas y barrancas recordé que Gerty me había dicho que Ben había intentado llamar al doctor Winthrop para que subiese a ocuparse de Julie y del bebé, y casi me entra la risa solo de pensarlo. Aquel viejo infeliz debía de ser diez años mayor que yo, y me da la impresión de que llevaba borracho toda su vida. A pesar de que fui criada por mi tía abuela, una sanadora donde las haya, dedicarme a curar a la gente cuando caía enferma o se hacía daño nunca formó parte de mis planes; pero menos mal que en determinado momento empecé a hacerlo, porque si con algo no se podía contar era con la ayuda del viejo Winthrop. Aquí no había ni ambulancias ni nada hasta que construyeron el hospital, y lo único que tenía la gente era lo que llaman un médico de pueblo. Incluso después de que llegasen todas aquellas moderneces, la gente seguía llamándonos a Winthrop, a mí o a cualquier otro cuando había que traer un bebé al mundo, componer un brazo roto o coser un corte profundo.

Como aquella vez que Collie Avery se cayó de la viga más alta del granero de su padre mientras colgaban el burley. Debió de caer doce metros en picado como poco. Los que estaban presentes pensaron que probablemente se habría roto la espalda, y creo que la mera idea de moverle los aterrorizaba. Su padre llamó al doctor Winthrop y le pidió que se pasara por allí. Dijo: «No vamos a moverle hasta que llegue usted. Pero dese prisa, tiene unos dolores espantosos».

Winthrop dijo que iba para allá, pero estuvieron esperando casi todo el día con el chico tirado en el suelo del granero y perdiendo y recobrando el conocimiento a causa del dolor tan intenso que tenía. Al final su padre me localizó, y allá que me fui a ocuparme de él.

–No sé dónde andará ese viejo cabrón de Winthrop –dijo el padre del muchacho cuando llegué.

Su chico no se había roto la espalda, de eso estaba segura. Pero la caída le había partido la pelvis, y se pasó un mes entero en un hospital de Asheville intentando curársela; doy fe de que sigue caminando con una cojera que te pone los pelos de punta. No creo haber visto jamás a nadie con unos dolores como los que sufrió aquel muchacho después de la caída.

Y lo más curioso es que aquella misma noche, mientras uno de los hermanos del

chico me llevaba a casa, descubrí lo que le había pasado al doctor Winthrop. Estábamos cruzando el puente del riachuelo Laurel, allá por Summey, cuando miré hacia la orilla y vi la camioneta de aquel carcamal, que se había salido de la carretera y había caído al agua.

–Sigue y párate ahí –le dije al chico.

Aparcó a un lado de la carretera, bajamos tambaleándonos por la orilla y vadeamos un trecho de agua. Echamos un vistazo al interior de la camioneta y vimos a Winthrop sentado detrás del volante, roncando tranquilamente como si estuviese en su propia cama. Olía a aguardiente o a lo que fuera que le hubiese dado por beber aquel día.

–¡Despierta, Winthrop! –le chillé–. Has volcado con la camioneta por el puente.

Abrió los ojos muy despacio, y acto seguido pestañeó un par de veces, se incorporó y miró a su alrededor.

–Pues sí, eso parece –dijo.

Y allí la dejó. Ahora hay un puente nuevo, pero si pasas por Summey, cruzas el Laurel y te asomas, verás la camioneta. Hay ramas colgando por encima y está casi cubierta de musgo; pero allí está. Aunque él lleva muchos años muerto, su camioneta sigue en el mismo sitio. Y si coges ese camino, cruzas el puente y te asomas por el borde, la verás.

Ben estaba blanco como el papel cuando abrió la puerta, y parecía muerto de miedo.

–¿Quién la ha traído? –preguntó.

–Ronnie, el hijo de Gerty, no ha podido llegar hasta el final –dije–. Lo he hecho casi todo andando.

–Lo siento mucho –dijo–, pero me alegro de que esté aquí.

–¿Está en el dormitorio? –le pregunté.

–Sí –dijo–. Las contracciones le están provocando desmayos. No he podido ayudarla de ninguna forma.

Había decidido dejarme el abrigo puesto por el momento, y me acerqué a la chimenea y extendí las manos.

–¿Cuánto tiempo pasa entre una y otra? –pregunté.

–Entre una y otra ¿qué?

–Entre contracción y contracción –dijo.

–Dios mío, señorita Lyle –dijo–. No sé. Ni se me había ocurrido llevar la cuenta.

Volví a mirar hacia el fuego; notaba cómo se me iba el frío de las manos y de la cara.

–Bueno, tú pon un cazo de agua a hervir –le dije–. Ve y echa dentro unas tijeras, y busca hilo y toallas o cualquier cosa que sirva para limpiar. Puede que tengamos una larga noche por delante.

Abrí sigilosamente la puerta del dormitorio, me asomé y vi a Julie incorporada en la cama con la espalda apoyada en unas almohadas. Al pasar, el aire que entraba por las ventanas abiertas me dio en la cara y casi grité del frío que hacía en la habitación en contraste con el calor del fuego de un momento antes.

–Le dije a Ben que las abriera –dijo–. No consigo refrescarme.

Se reclinó en las almohadas y trató de sonreírme. Tenía la cara empapada de sudor; el pelo y el camisón, chorreando.

–Santo Cielo, chiquilla –dije–. ¿Qué tal estás?

–Voy bien –dijo–. No creo que falte mucho ya. Me alegro de que esté aquí.

Me arrebujé con el abrigo y me acerqué a la cama.

–Y yo de haber podido llegar –dije.

La ayudé a escurrirse hasta el borde de la cama y le grité a Ben que buscara más almohadas para que se recostara. Me trajo una sillita, y me senté al pie de la cama.

–¿Cuánto tiempo pasa entre una y otra? –le pregunté a Julie.

–Van seguidas –respondió.

Le levanté el camisón y miré, y entonces fue cuando vi la cabeza del niño coronando dentro de la bolsa.

–Sospecho por qué –dijo–. Váis a tener al bebé con vosotros en menos que canta un gallo.

Ben se acercó a Julie y le cogió la mano, y ella empezó a empujar y a resoplar. Vi cómo salía la cabecita y me di cuenta de que iba a nacer con las membranas; y, en efecto, así fue.

–Este niño ha nacido con buena estrella –dije–. Mirad.

Lo cogí en brazos y le subí la capuchita de los ojos, y entonces fue cuando los abrió, parpadeó y me miró. Ben estaba a mi lado cuando lo hizo, mirando por encima de mi hombro, y le oía respirar; hacía tanto frío que veía que el aliento le salía de la boca como si fuera humo. Desde la cama se oía el suave llanto de Julie.

–Tiene los ojos azules como su papá –dije. Ben se inclinó para cogerlo de mis brazos, pero le frené–. Aún no. Todavía queda trabajo por hacer. Coge esa cuerda y córtala en dos trozos.

Se sacó la navaja y la cortó.

–Ahora, ata bien un trozo alrededor del cordón, aquí. Que quede bien tirante.

Señalé la barriga del bebé y le miré mientras ataba el nudo. Después le dije que sacara las tijeras del agua hirviendo y que volviese al dormitorio. Se fue a la cocina y volvió con las tijeras envueltas en una toalla. Miró el cordón, y después a mí.

–Vale, papá –le dije–. Adelante.

Ben cerró las ventanas, y casi se estaba a gusto en la habitación con el calor procedente de la chimenea del salón. Había arrimado la silla a la cama, y me senté a

ver a Julie mientras daba de mamar al bebé. Se oían los gruñiditos que sueltan los bebés cuando maman. Me fijé en que Julie tenía cara de preocupación.

–¿Por qué no ha empezado a llorar aún? –preguntó.

–Tienes un bebé satisfecho –le dije–. Yo todavía no empezaría a quejarme de que está demasiado callado.

–Algo no va bien –dijo.

–Está perfectamente –le dije–. Es un niño bueno y fuerte. Tiene hambre, nada más. Tú déjale que coma y ya está. Tiempo habrá para que llore. –Miré a Ben, que estaba sentado al pie de la cama con los brazos cruzados. Estaba observando a Julie–. Es un niño bueno y fuerte –insistí. Pero a la vez que lo decía, sabía que no era cierto.

Después de sacar la placenta la llevé al salón para hablar con Ben de lo que tenía que hacer a continuación.

–Puedes usar el mismo cazo en el que has hervido las tijeras –le dije–. Eso da igual; pero tienes que hacer una infusión con esto y dársela a Julie y al bebé. Les sentará bien. Están rendidos, y cuanto más se les ayude, mejor. Cuando termines, tienes que cavar un hoyito y enterrarla en el prado.

Ben permaneció inmóvil, su mirada fija en la placenta que estaba en mis manos envuelta en una toalla. Sus ojos delataban que quería decirme algo, pero parecía como si no diese con el modo de unir una palabra con otra.

–No sé –dijo al cabo. Me miró.

–¿Qué es lo que no sabes? –pregunté.

–Es que esas cosas no van con nosotros –dijo–. Estamos intentando formar una familia cristiana, señorita Lyle. Me temo que todas esas cosas antiguas no van con nosotros. No nos parecen bien.

–¿No os parecen bien? –dije–. ¿Qué pasa, que tenía que haberte dado más azotes en el trasero el día en que naciste? Déjame que te diga que da igual lo que «parezca», lo que importa es lo que «es». Y yo que tú me pondría a cavar un hoyo en la nieve mientras se hierve un cazo de agua en la estufa.

–Nosotros no hacemos así las cosas –dijo.

–Pues yo no me voy a empeñar en que cambies de idea –le dije–. Me has llamado para que traiga al mundo a tu bebé, y lo he hecho lo mejor que he podido. Si no quieres seguir mis consejos, nadie te obliga. Ya te he dicho que lo he hecho lo mejor que he podido. A partir de ahora, tú sabrás. Aquí arriba solo vais a estar vosotros, y más vale que te pongas a pensar en qué es lo mejor para tu familia.

–Eso hago –dijo–. Y le agradezco que haya venido hasta aquí, y espero que algún día pueda corresponder a su amabilidad.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, y después solté la toalla sobre la encimera de la cocina y volví al dormitorio a ver cómo estaba Julie. Había cerrado

los ojos, y tenía al bebé en brazos. Los dos parecían dormidos. Cogí mi abrigo del respaldo de la silla, cerré suavemente la puerta y volví al salón.

–Llama a casa de Gerty, hazme el favor.

–Vale –dijo Ben–. Déjeme que me ponga algo de abrigo y la acompaño. Es un disparate que vuelva sola.

–Igual que vine, podré volver –le dije–. Pero te agradecería que llamasen al chico de Gerty.

Empecé a bajar por la montaña y cuando ya estaba más o menos a medio camino miré y vi que algo venía hacia mí a través de la nieve; aflojé el paso y pensé en meterme en el bosque hasta que pasara de largo, fuera lo que fuese. Pero cuando estuvo más cerca vi que era el doctor Winthrop, que iba subiendo por la montaña a lomos de su vieja mula para ir a ayudar a Julie. Me podría haber cruzado con él y ni siquiera se habría percatado; habría seguido hasta la cima antes de caer en la cuenta de que había visto un fantasma flotando por Gunter en medio de una tormenta de nieve. Pero no pude evitar decirle algo, aunque solo fuese un médico de pueblo borracho que iba subiendo por una montaña nevada con un maletín de instrumental viejo y roto. Esperé a que estuviésemos a la misma altura; le oí gemir muy bajito y vi el aliento humeante de su vieja mula.

–Ahórrale el esfuerzo a ese pobre animal, borrachuzo –le dije–. No hace falta que sigas.

Oí que tiraba de las riendas, y la mula se paró en seco en mitad de la nieve. Seguí caminando.

–Mierda –le oí decir.

Julie y Ben le pusieron al niño el nombre de Christopher, pero los únicos que le llamaban así eran Julie y la gente de la iglesia. Ben siempre le llamaba «Stump», como casi todos los que le conocían. Julie odiaba el apodo como si fuera venenoso, y siempre le llamaba Christopher. Jamás la oí llamarle de otra manera.

Pero me contó que el apodo le venía de cierta tarde en que un representante del estado se presentó en su casa para contabilizar el burley de Ben. Fue poco después de que se mudasen de la montaña a la casa del señor Gant en la quebrada y Ben empezase a cultivar tabaco. Me temo que terminó siendo un buen granjero y un redomado estafador del estado una vez que aprendió que con una amplia sonrisa y unos pocos dólares extra los agentes no le daban problemas con el excedente. Pero bien sabe el Cielo que las cosas no eran así cuando empezó.

La versión de Julie era que un agente del estado se había dado el gusto de arrancar varias filas de burley mientras Ben le miraba y le dejaba hacer. Las raíces polvorientas de aquellas plantas asomaban por la puerta trasera de la camioneta oficial. El agente se puso al lado del guardabarros y registró en la tablilla

sujetapapeles las parcelas de Ben, y luego se cruzó de brazos y esperó mientras Ben revisaba el gráfico y se leía todo el papeleo detenidamente.

En fin, Julie era una chica preciosa, una belleza de piel muy blanca y cabello rubio, el tipo de chica que tiene sus admiradores y que de lo dulce que es probablemente ni se entera. Puede que aquel hombre se fijase en Julie y dejase de mirar a Ben, que estaba repasando el papeleo, para mirarla a ella, que se había arrodillado en el arriate para llegar a los matojos de malas hierbas y bromo que crecían al lado del porche. O puede que reparase en el niño que estaba pegado a ella en el arriate, pasándole las yemas de los dedos por el hombro como si necesitase una limpieza. No sé qué sería lo que le hizo mirar, pero me imagino que miró lo suficiente para ver que los intensos ojos azules del chiquillo estaban clavados en el campo por el que acababan de pasar Ben y él cuando volvían hacia la casa.

—Eh, chaval —dijo el hombre, como si esperase que la cabeza del pequeño se volviese o que dirigiese los ojos hacia donde él estaba, al lado de la camioneta. Por supuesto, Christopher no se movió—. Eh, hombrecito —elevó la voz el agente.

La verdad es que he visto a más de uno quedarse cortadísimo cuando un chiquillo no le hace caso. No es raro sentirse así, y no creo que aquel hombre fuera distinto.

—Vaya niño más callado —le dijo el agente a Ben.

Julie me contó que dejó de arrancar malas hierbas y que al volver la cabeza vio a Ben y al agente en el camino de entrada. El sol poniente estaba justo detrás de ellos, y solo se veían sus siluetas recortadas contra la luz. El hombre se volvió hacia Julie, que apenas distinguía su cara con el resplandor.

—Tiene un chaval muy calladito —le dijo—. Un pensador. Un chaval que es capaz de quedarse plantado como un tocón¹ en un campo recién cosechado es un pensador.

Se rio por lo bajo como si esperase que Ben y Julie se fuesen a reír con él, pero Ben había terminado de leer y de firmar el papeleo y se limitó a pasarle la tablilla y el bolígrafo al agente.

—Es mudo —dijo Ben—. No ha dicho ni una sola palabra en toda su vida.

El agente se encajó la tablilla debajo del brazo y se metió el bolígrafo en el bolsillo de la camisa.

—Vaya, no era mi intención... —empezó a decir.

—Más vale que todo el burley que me ha quitado desaparezca —dijo Ben—. No quiero enterarme de que arraiga en otras tierras. —Se quedó mirando al agente, y después pasó por delante de él y cruzó el prado en dirección al granero.

El hombre miró a Julie, que seguía agachada en el arriate. Julie se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente. Seguro que hasta le dirigió una sonrisa

modesta que hizo que el hombre lamentase aún más haber dicho semejante cosa de su hijo.

–Le juro que no lo dije con intención –dijo el hombre. Sus ojos fueron de Julie al niño, que hasta entonces no había apartado la vista del campo, y vio que la mirada de Christopher se había desplazado hacia el sendero del prado por donde había atajado su padre para irse a la sombra del granero.

El niño estaba tocado; sencillamente, no se me ocurre otra manera de decirlo. De bebé no lloró ni una sola vez, y a los tres años sus jóvenes padres ya sabían que jamás hablaría. A veces emitía una especie de murmullo e incluso puede que gruñera cuando quería algo, pero poco más. Que era callado saltaba a la vista; lo que no se puede decir es que no fuera pacífico. Era capaz de pasarse el día entero en los escalones del porche recorriendo el prado solamente con la mirada, atento a cosas en las que los demás no nos fijábamos: la linde del bosque, las crestas de las montañas, el lento avance de una lombriz por la tierra. Solía sentarme a su lado cuando no era más que un renacuajo, y a veces incluso me parecía que notaba sus ojos sobre mí. En esas ocasiones, volvía la cabeza de golpe y trataba de pillarle mirándome, pero nunca lo conseguí: siempre le veía en el mismo sitio, con la mirada perdida en una negra extensión de pájaros silueteados sobre un cielo luminoso o en el filo de la brisa que hacía susurrar las hojas secas de los robles que abarrotaban la cresta de la montaña, detrás de su casita.

En realidad, de nada habría servido que el doctor Winthrop hubiese llegado a tiempo a casa de Ben y Julie, porque ni todos los cuidados del mundo de un viejo médico de pueblo borracho ni los esfuerzos de una vieja medio congelada habrían ayudado en lo más mínimo a aquel niño. Lo supe la noche misma de su nacimiento, nada más verle. Pero admito que la negativa de Ben a escucharme ni siquiera me puso furiosa, y no se me iba de la cabeza mientras bajaba por la montaña bajo la tromba de nieve. Cualquier mujer de estos pagos que se precie de ser cristiana sabe sanar. Si algo tengo bien claro es que no hay nada anticristiano en apañárselas como uno pueda cuando se es pobre. Cualquier mujer cristiana de por aquí sabe lo que hay que coger y dónde encontrarlo. Quien no sepa sanarse a sí mismo tampoco sabrá vivir cuando vengan mal dadas. Esto me lo enseñó mi tía abuela de la mejor manera que conocía, y hasta la fecha a mí nunca me había dicho nadie que se negaba a hacer lo más conveniente. Hasta que Ben hizo exactamente eso la noche en que nació su hijo.

Si estás dispuesto a buscar bien, en el bosque encontrarás prácticamente todo lo que puedas necesitar en la vida; y si eres pobre, ya te encargarás de buscar bien. El jengibre silvestre calma la tos ferina, para la urticaria no hay nada mejor que la balsamina, y si vas a cortejar a alguien más te vale llevar bergamota para tener buen aliento y unos dientes fuertes y bonitos. Personalmente, creo que un buen

linimento de hierba carmín evita el reuma cuando el otoño se presenta frío y lluvioso.

En fin; no puedo asegurar que una infusión, los rezos o las sanaciones hubiesen ayudado a ese niño, pero tampoco le habrían hecho ningún mal, sobre todo cuando se sabe lo que se hace y cómo hay que hacerlo. Bien es cierto que hay cosas por ahí que te las tomas y estiras la pata, así que tienes que saber a qué hay que tenerle respeto.

De niña, mi tía abuela me contó una historia sobre una banda de forajidos confederados que se echó al monte al norte de Madison y acabó muerta de hambre. En mi familia casi todos eran de la Unión, y la guerra les importaba un comino hasta que asomó como un nubarrón por el horizonte de los montes del este. Cuando los alcanzó, sintieron la amargura de tener que luchar en una guerra que no iba con ellos.

Me contó la historia de aquellos forajidos un día que estábamos tendiendo la colada en el porche de su cabaña. Me había pasado la tarde mirando cómo sacaba y metía las manos en una pila de madera llena de agua jabonosa a la vez que restregaba los nudillos desollados contra la tabla de aluminio. Recuerdo haber pensado que en otras manos más delicadas los nudillos ya habrían empezado a sangrar, y sabía de mujeres que habían vuelto a lavar cestas enteras de colada al descubrir en las sábanas medio secas manchurroneos marrones de su propia sangre recocida por el sol.

Cada vez que escurría una prenda, mi tía abuela me la echaba a la cesta que tenía en los brazos hasta que casi no podía ni bajar los escalones para llevarla al prado; una vez ahí, tendía la ropa interior y los vestidos en unas cuerdas bien tirantes que estaban enganchadas a dos postes de acacia. Recuerdo claramente ir caminando entre las filas de sábanas hinchadas mientras la imagen del porche y la silueta del cuerpo de mi tía abuela se imprimían sobre la luz del sol. Su suave voz se transportaba por los escalones hasta el prado, donde desaparecía entre los pliegues de algodón blanco.

—Los confederados aquellos se morían de hambre, Addie.

Salí de entre las sábanas, arrastré la cesta por las altas hierbas y la subí al porche. Me arrimé a su cintura y me puse a escuchar mientras amontonaba la ropa mojada en la cesta.

—Debían de llevar muchos días vagando por los montes y no se les ocurrió otra cosa mejor que comer estramonio. Puede enloquecerte hasta el punto de que casi te quieras morir.

»Esto era en la época en que se llevaban todo el tabaco a Hot Springs para bajarlo en carro por el camino de peaje hasta el mercado de Asheville. Yo estaba allí con mi padre y su cosecha el día en que aquellos chicos bajaron del monte, pegando tiros a diestro y siniestro y armando una escandalera que ni te imaginas.

Recuerdo sus miradas desmandadas; mi padre me dijo que sin duda era por el estramonio. Dijo que no había ninguna otra cosa que pudiera llevar a un hombre a comportarse así.

»Cuando los soldados terminaron de disparar, habían matado a varias personas de la ciudad, y la gente que no murió había matado a todos los soldados menos a uno. El que sobrevivió era un chico de Gastonia al que le habían descerrajado un tiro en el muslo. Decían que había sido el único confederado que iba sin armas y que ni siquiera parecía que tuviera edad suficiente para llevar un rifle. Al acabar el tiroteo, había perdido la chaveta. Unas personas de la ciudad se lo llevaron, lo cuidaron y lo mantuvieron a salvo y escondido.

»A los pocos días, una partida de la milicia confederada vino buscando a aquellos forajidos que habían cosido la ciudad a balazos, y días más tarde una tropa de la Unión vino buscando rebeldes. Pero la gente escondió al chico. Lo mismo daba quién le estuviera buscando: no pensaban entregarle. Cuando llegó desde Raleigh la noticia de que Carolina del Norte había retirado sus tropas y la guerra había terminado para siempre, sacaron al chico y le colgaron delante de todos. Le ahorcaron. Así, sin más.

»Vi la cara del chico cuando terminaron. Creo que la recordaré el resto de mis días.

Dejó de lavar, y observé cómo cogía un enorme saltamontes del borde de la pila con la mano mojada. Lo lanzó al aire, y antes de que desapareciera vi cómo se abrían sus alas y atrapaban la brisa.

—¿Por qué le mataron si pensaban que era inocente? —pregunté.

—Porque —dijo— estaba en un lugar en el que no tenía que haber estado, y a veces basta con eso.

Y ahora, cuando pienso en lo que le sucedió a Christopher dentro del templo, opino lo mismo.

Catorce

Cualquiera que hubiese querido podría haber observado cómo, después del nacimiento de Christopher, Julie y Ben se fueron distanciando poco a poco el uno del otro. Era como si de pronto hubiese surgido un árbol entre los dos, un árbol demasiado grueso para rodearlo con los brazos. Julie siempre había sido una cristiana convencida, y empezó a creer que el hecho de que su pequeño estuviera tocado era un don de Dios. Pero para Ben no tenía nada de místico, y pienso que veía su propio silencio en el niño, y que por eso mismo lo quería todavía más. Se imaginaba que el silencio señalaba a Christopher como hijo suyo de una manera que la sangre jamás podría.

Pero el árbol que creció entre ellos no era más que un amasijo retorcido de gruesas raíces que iban penetrando descontroladamente en la tierra y rasgándola hasta que la abrieron, y en ese momento Julie se encontró al otro lado de una enorme divisoria que la separaba de Ben, tanto que ni siquiera llegaban a verse desde sus respectivos lugares. Julie buscó a su alrededor y vio que necesitaba su fe para entender el plan que había dispuesto Dios para el niño y para su familia. Era como si se sintiese inspirada por la ausencia de fe de Ben, y como si el hecho de que Ben diese la espalda a Dios y a la iglesia actuase sobre su creencia y la reforzase con creces. Jamás desaprovechaba la oportunidad de aleccionar a sus hijos sobre el Señor, en especial después de nacer Jess. Era un chaval curioso, y cuando le daba por hacerte preguntas sobre Dios, el Cielo y Jesús, más te valía tener las respuestas a mano para que se quedara contento. Pero su padre era completamente distinto. Había dos cosas de las que Ben, sencillamente, no hablaba jamás: su padre celestial y su propio padre. Supongo que pensaba que, después de haber roto los lazos con su padre terrenal, juzgaría a cualquier sustituto, santo o no santo, con el mismo rasero riguroso con el que juzgaba prácticamente todos los aspectos de su vida.

Bien sabe Dios que cuando la gente no recibe lo que necesita, coge lo que buenamente encuentra, y en esto Julie no era distinta de la mayoría de las mujeres. Lo que encontró fue una familia cristiana que los recibió con los brazos abiertos a ella y a sus dos niños, sin preguntar ni una sola vez por qué su marido no acompañaba a su familia los domingos por la mañana. Creo que con eso tenía suficiente, pero sé que aun así había momentos en que la invadía la nostalgia por cómo estaban antes Ben y ella, y a la nostalgia se sumaba un miedo a Ben que jamás supe a qué obedecía exactamente. No digo que Ben fuera de ese tipo de hombres que pegan a las mujeres, porque estoy segura de que no lo era. Su padre sí, pero Ben sencillamente carecía de esa vena que recorre a algunos hombres. No

era de esos que se dejan sulfurar tanto por una mujer que montan un numerito y se ponen a blandir los puños. Pero era un alma atribulada, y creo que el silencio que envolvía su conducta hacía sufrir a Julie infinitamente más que una mano abierta. Llegó un momento en que casi ni se hablaban, ni siquiera sobre las cosas más importantes que se supone que comparten los casados.

Resulta que el árbol que me había imaginado no era ningún árbol. Lo que había tomado por raíces eran en realidad historias, mentiras y promesas que se encontraron en lo más profundo del corazón de Julie hasta que ya no hubo manera de que nadie las arrancase. Las tupidas ramas que impedían que Julie y Ben se viesan el uno al otro cuando más lo necesitaban no eran sino brazos y dedos que sujetaban a Julie, le tapaban los ojos, la cogían de la mano y se la llevaban a un lugar al que nunca había tenido intención de ir. Al mirar atrás, veo que no era ningún árbol; era Carson Chambliss.

Sería poco más o menos un año antes de morir Christopher cuando, mientras me encontraba en la parte de atrás del prado recogiendo la ropa tendida, vi aparecer a Julie con peores trazas que nunca. Estaba lloviznando, y quería recoger toda la colada antes de que el cielo se abriese y empezase a diluviar. Al salir de nuevo al prado miré al fondo del valle y vi unas nubes oscuras acumulándose a lo lejos y pensé que por ahí por la carretera debía de estar cayendo un buen chaparrón. Aquí, por ahora, no eran más que cuatro gotas, pero sabía de sobra que en poco tiempo llegaría la tormenta.

Había empezado a recoger la ropa de la cuerda y a echarla en la cesta cuando, no sé por qué razón, supe que alguien me estaba mirando. Me di la vuelta, y en ese momento vi a Julie de pie en la esquina del prado, junto a la casa. Estaba inmóvil bajo la lluvia y me miraba con los brazos cruzados como si estuviese muerta de frío, pero era un día de verano caluroso, todo menos fresco.

—Dios mío, niña —le grité—. Casi me matas del susto.

Me di la vuelta y seguí quitando pinzas del resto de la colada, pero cuando miré de nuevo vi que no se había movido ni un milímetro.

—¿Estás bien? —chillé.

No respondió, ni tampoco hizo amago de venir hacia mí, así que dejé la ropa que tenía en las manos dentro de la cesta y me fui hacia ella. Al verla de cerca, me fijé en que tenía el pelo húmedo y la falda mojada de rozarse con las hierbas altas del camino hacia mi casa. Llevaba las botas de goma embarradas hasta los tobillos.

—¿Estás bien? —volví a preguntarle cuando llegué a lo alto del prado, donde permanecía inmóvil. Se pegó los brazos al cuerpo todavía más, volvió la cabeza y miró hacia la carretera por la que acababa de venir. En ese momento la lluvia empezó a caer más fuerte, y oí cómo retumbaban los truenos en el valle.

—¿Podría usted impedir que tenga un bebé? —preguntó. Volvió el rostro hacia mí

y en sus ojos vi que le aterrorizaba tener que hacerme semejante pregunta.

–¿Crees que estás embarazada?

–Si lo estuviera, ¿podría impedir que lo tenga? –preguntó.

–¿Por qué preguntas eso? –dije.

–Es que no puedo tener otro bebé –dijo.

–Santo Cielo, ¿por qué no? –pregunté–. Tener hijos es algo bueno, niña. No es un motivo para asustarse.

–No puedo tenerlo –dijo.

–¿Por qué no? –pregunté.

–Porque –dijo– tengo miedo de que se repita.

–Que se repita ¿qué? –pregunté.

–Será como Christopher –dijo.

–Dios mío, Julie –dije–. Ese no es un motivo para librarse de él. Christopher es un niño estupendo, y sabes que no le quieres menos de lo que le querrías si no fuese como es. Y mira a Jess. Tienes dos críos estupendos, y los dos están perfectamente.

–Pero el pastor dijo que podría volver a ocurrir –dijo–. Y creo que puede que tenga razón.

–¿Qué te hace pensar que ese hombre tiene alguna idea de lo que es tener un hijo? –pregunté–. No es una mujer, y tampoco un profeta. Por mucho que quiera que todos creáis que lo es.

–Lo sabe y ya está –dijo–. Y le creo cuando lo dice.

–¿Qué opina Ben de todo esto? –le pregunté.

–Aún no se lo he dicho –dijo–. Y además, no se lo pienso decir.

–A un hombre no se le puede ocultar algo así –dije–. Creo que el padre debe tener voz en el asunto.

–Si piensa que no lo va a hacer, dígamelo ahora para salir de dudas –dijo. Clavó la mirada en el suelo; su voz no era más que un susurro–. De todos modos, ya lo he estado intentando.

–¿Qué has hecho? –pregunté.

Se volvió y miró hacia los árboles que bajaban hasta la hondonada de detrás de la casa. Al mirarme otra vez, tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentó decir algo, pero enseguida se contuvo como si fuese a llorar.

–He hecho de todo –dijo finalmente–. Hervir agua en un cazo y arrodillarme sobre el vapor hasta que ya no aguantaba más.

Volvió la vista hacia la carretera, y después se miró el estómago. Se levantó la blusa con una mano y estiró la cinturilla de la falda con la otra. Entonces vi que tenía el estómago amoratado, lleno de cardenales tan oscuros que parecía como si se hubiera teñido la piel con moras.

–Dios mío, niña –dije–. ¿Quién te ha hecho esto?

–Yo misma –dijo–. Estuve golpeándome contra el borde del porche hasta que tuve que parar porque ya no podía levantarme para seguir.

Entonces se echó a llorar; me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos, y cuando lo hice su cuerpo se estremeció como si le doliera demasiado que la tocasen siquiera. Volvió a cruzarse los brazos sobre la barriga, apoyó la cabeza en mi hombro y empezó a sollozar.

–Todo va a ir bien –dije–. No hay nada que temer.

–Pensaba beber aceite de ricino, pero no tenía –dijo–.

–¿Quién te ha dicho que eso funciona? –pregunté.

–El pastor –respondió. Al oírlo, me eché hacia atrás para verla bien, y ella se apartó y se secó los ojos.

–¿El pastor te ha dicho que te hagas todas estas cosas? –pregunté.

–Me enseñó cómo se hace –dijo–. Y me dijo que si no me bajaba este mes, que viniese a verla. Dijo que usted podría apañarlo, si quiere. Y que además usted no se lo contaría a nadie.

No me gustó que Carson Chambliss hablase en mi nombre, sobre todo cuando se trataba de algo así y no habíamos cruzado más de dos palabras desde hacía años. Tampoco me gustaba que una mujer hecha y derecha le contase a su pastor que estaba embarazada antes que a su propio marido, ni que él me la enviase a mí después de haberle enseñado cómo librarse por su cuenta del bebé. Entonces lo entendí todo, y jamás olvidaré la mirada que asomó al rostro de Julie cuando se lo pregunté.

–¿El bebé es de Ben?

Me miró a los ojos, y permanecimos así unos instantes.

–¿A qué se refiere? –dijo.

–¿El bebé es de Ben? –repetí.

–Pues claro –dijo–. ¿De quién iba a ser si no?

–Dímelo tú –dije.

–Si no piensa hacerlo, dígamelo ahora –dijo–. Ya se me ocurrirá algo si usted no me ayuda.

No diré que nunca lo había hecho, y no diré que no haya razones buenas y malas para hacer algo así, pero en ese preciso instante tuve la certeza de que bajo ningún concepto se lo iba a hacer a Julie Hall, fuera quien fuese el que la había enviado. Sin embargo, al verla allí de pie bajo la lluvia, calada y muerta de miedo, la barriga cubierta de moratones como flores, no se lo dije.

–Vamos a esperar –le dije–. Vamos a esperar otro mes a ver qué pasa. No se pierde nada por esperar. De todos modos, es probable que aún falte bastante para que se te note.

Pero supongo que lo que se había hecho a sí misma funcionó, porque jamás me

volvió a sacar el tema y de lo que no cabe duda es de que no tuvo ningún bebé. Esperé un par de meses antes de volver a preguntarle, y noté que no quería hablar del asunto. Nos encontramos en el aparcamiento un domingo por la tarde al término del oficio religioso. Yo había vuelto de la orilla del río con los niños, que, como siempre, estaban correteando entre los coches y persiguiéndose unos a otros. Julie estaba de pie hablando con unas mujeres de la iglesia, y esperé hasta que se quedó sola antes de acercarme a hablar con ella.

–Me imagino que te habrá venido el periodo –dije–, porque no has vuelto a venir a verme.

–Me vino este mes –dijo.

–¿Se lo llegaste a contar a Ben?

–No –dijo–. Resulta que no había nada que contar. Fue un retraso, nada más. –Se dio la vuelta y llamó a gritos a Jess y a Christopher, y luego los subió a la camioneta de Ben.

–Tú ven a verme siempre que lo necesites –dije–. No tiene por qué tratarse de algo como esto; solo quiero que sepas que puedes venir a hablar conmigo siempre que lo necesites.

–Gracias –dijo–, pero la verdad es que ahora todo está bien. Estoy bien.

Me quedé mirando cómo daba marcha atrás para sacar la vieja camioneta de Ben del aparcamiento y se alejaba por la carretera. Recuerdo que pensé: «Esta mujer está muy, pero que muy asustada», pero no acababa de adivinar qué demonios podía haberla asustado tanto.

Volví al edificio para hablar con otra gente antes de que se marchasen, y al acercarme vi a Carson Chambliss de pie ante la puerta. El sol le daba de pleno en los ojos, y llevaba una caja de madera en cada mano. Me miró fijamente sin pestañear una sola vez. Tenía las cajas pegadas a los costados, cogidas por las pequeñas asas de maleta que llevaban enganchadas; había grapado alambra por todo el interior y, aunque me hallaba demasiado lejos para verlo, sabía perfectamente lo que contenían.

–¿Cómo está, hermana Adelaide? –me preguntó.

–Bien –dije–. Ya me iba.

–Esta mañana hemos celebrado un oficio divino –dijo–. Dios quiera que nuestros niños también.

–Nos ha ido bien –dije–. Siempre nos va bien.

Avanzó varios pasos hacia el aparcamiento y se detuvo delante de mí, y en ese momento una de las cajas dio una sacudida tan fuerte que temí que se le fuese a soltar. La miró fugazmente, y después me miró a mí. Estaba sonriendo.

–Me alegro de oírlo –dijo–. Los niños son el alma de esta iglesia. Sin ellos no hay futuro.

Se volvió y colocó las cajas en la parte de atrás de la camioneta de Tommy Lester,

junto a las que ya había dejado allí Tommy, y después se fue al otro lado y subió junto a él. Vi cómo salían del aparcamiento y oí que Tommy aceleraba para enfilarse la carretera.

Me quedé contemplando cómo se alejaban y pensé en lo raro que sonaban estas palabras en boca de un hombre que estaba dispuesto a enseñarle a una madre a matar a los suyos.

Quince

Pero Julie acabó volviendo a mi casa. Se presentó en la puerta el lunes por la tarde, el día después de que muriese Christopher, y nada más verla me di cuenta de que había estado llorando.

–Me dijo que podía venir a hablar con usted.

–Pues claro que puedes, niña –dije–. Anda, entra. –Cerré la puerta, la acompañé hasta el sofá y me senté a su lado. Tan solo la noche anterior habíamos estado haciendo exactamente lo mismo, y la idea de que casi íbamos a volver a revivirlo por poco me hieló la sangre en las venas–. ¿Quieres tomar algo? –le pregunté–. Me queda un poco de café en la lumbre, o si quieres te caliento agua y te hago un té.

–No –dijo–. Estoy bien. Necesitaba salir de esa casa, nada más.

–Te puedes quedar conmigo todo el tiempo que quieras, Julie –dije. Alargué la mano y la puse sobre la suya, y en ese momento se echó a llorar. Intentó taparse los ojos con las manos, pero no sirvió de nada–. También te puedes traer a Jess. A lo mejor quiere estar con su madre.

–No puedo –dijo–. Ben no me lo da. Ya lo hemos hablado. Ni siquiera me deja quedarme a solas con él, casi ni me mira.

–Está intentando superar esto –le dije–. Lo mismo que tú. Cada uno se enfrenta a las cosas a su manera.

–Pero anoche se puso a beber cuando volvimos a casa del hospital. Y esta mañana, después de que su padre llevase a Jess al colegio, se fueron los dos a casa del padre y llevan allí todo el día. Yo quería ir a recoger a Jess al colegio pero no me ha dejado la camioneta; me temo que está bebiendo demasiado como para conducir y tengo miedo de lo que pueda pasar. Cuando intenté hablar con él, lo único que me dijo fue que todo lo que ha pasado es culpa mía.

–Bueno, ayer mismo perdisteis a vuestro hijo, Julie –dije–. Acabáis de perder a vuestro pequeño, y no hay nada que pueda prepararle a uno para algo así. La gente dice todo tipo de cosas cuando sufre, sobre todo los hombres. Sencillamente, es de esas cosas para las que no se puede estar preparado.

–No es solo eso –dijo–. Le tengo miedo. Jamás le había visto así en todos los años que llevamos juntos. Se está portando igual que se portaba su padre, y yo tenía la esperanza de que nunca fuese como él.

–Venga, eso no es cierto y tú lo sabes –dije–. Sabes que es mejor persona.

–Esperaba que lo fuera –continuó–. Pero está culpándome de lo sucedido, diciendo que fue idea mía, diciendo que la sanación tuvo que ser idea mía.

–Julie, hiciste lo que a tu juicio era lo mejor –dijo–. Y sabes que no está bien que

Ben te culpe por intentar ayudar a Christopher.

–Pero no fue idea mía –dijo–. No fue idea mía hacerlo.

–Entonces, ¿quién diantres dijo que era necesario?

–El pastor –contestó–. Fue idea suya. Me dijo que había algo dentro de Christopher que no le permitía hablar, y me prometió que él podía conseguir que le dejase en paz. Me dijo que confiase en él y que ni siquiera se lo contase a Ben hasta después. Dijo que Ben terminaría por entender la verdad de Dios, que todo el mundo vería cómo le había sanado Dios. –Dejó caer las manos sobre el regazo y se quedó mirándolas fijamente–. Pero no debí dejarles que lo repitieran anoche –dijo–. Sobre todo después de lo que ocurrió ayer por la mañana. –Alzó la vista y me miró–. Señorita Lyle, juro que le oí hablar. Juro que me llamó mientras todos le imponían las manos. Sé que estaba asustado, pero funcionó. El Señor le estaba sanando. Lo sé. Y el pastor quiso que volviese a llevarle ayer por la noche para poder terminar, pero me daba miedo después de lo que había pasado y quise decir algo. Quise impedirlo, pero no supe cómo.

–Confías en él, ¿verdad? –pregunté.

–¿En quién?

–En Chambliss.

–Sí –dijo–. Mucho. Confío en él. Sé que es un hombre de Dios. Sé que Dios habla a través de él.

–Julie, ya sabes que te puedes quedar aquí todo lo que haga falta. Pero a ese hombre no lo puedo admitir en esta casa, y te pido que por favor te mantengas alejada de él, al menos hasta que todo esto se aclare. Tu pequeño murió en su iglesia, bajo su mano. Creo que lo mejor sería que por el momento no te acerques por allí. Al menos mientras estés aquí conmigo. ¿Podrás hacerlo?

Se miró las manos durante unos instantes como si se lo estuviera pensando, y, sinceramente, no sabía lo que me iba a responder. Finalmente, me miró.

–Sí, señora –respondió–. Podré.

–Bien –dijo–. Es que no puedo permitir que venga. Después de lo que ha pasado, no puedo.

A la vez que le decía esto, ya estaba pensando que a Carson Chambliss no le iba a gustar nada que Julie se quedase conmigo, y estaba segura de que tampoco le iba a gustar que hablase con el *sheriff* ese martes por la tarde, por mucho que yo no supiese a ciencia cierta lo que le había pasado a Christopher. Chambliss sabía que había otras cosas que yo había visto y oído, otras cosas que podía contar y que podían señalarle como un mal hombre o como culpable. Así que no me sorprendió ni un ápice que Julie entrase en mi dormitorio el miércoles por la tarde después del funeral y me dijera que Chambliss quería que me pasase por el templo al día siguiente. Y confieso que después de acudir supe con absoluta certeza que venía de contemplar el rostro del mal.

Clem Barefield

Dieciséis

La piel de Adelaide Lyle era fina como el papel, y sus venas, manchurroneas azules que le cubrían los dorsos de las manos. Observé cómo se le montaban sobre los nudillos cuando apretaba los dedos en la silla contra la que tenía apoyado el cuerpo. Era la mañana del martes, dos días después de que llevasen a su casa el cuerpo del chico la noche misma en que murió.

—¿Le apetece beber algo? —me preguntó—. ¿Algo de comer? —Antes de que pudiese responderle, me dio la espalda, arrastró los pies hasta el aparador y empezó a rebuscar en los estantes.

—No, estoy bien así, gracias —dije, pero siguió escudriñando el aparador como si no me oyera—. Estoy bien así —repetí, esta vez más alto para asegurarme de que me oía. Se volvió y por un instante me miró como si hubiese herido sus sentimientos de algún modo, como si le hubiese negado algo al rechazar lo que iba a sacar del aparador, fuera lo que fuese. Indicé con un gesto el asiento vacío que presidía la mesa—. Solo quiero hablar con usted un rato —dije—. Solo unos minutos. Eso es todo. No creo que nos alarguemos mucho más.

Vaciló un instante, y después volvió a la mesa y sacó una silla. Una vez se sentó, alisó el mantel, entrelazó los dedos y los dejó reposando sobre la mesa. Sus ojos castaños estaban brillantes e indecisos, y vi que unas diminutas motitas doradas asomaban fugazmente en ellos.

—Necesito que me cuente todo lo que sepa de lo que le sucedió a Christopher la tarde del domingo —dije.

—No sé nada que pueda contarle —dijo—. No estaba allí. Estaba en mi casa. Le trajeron aquí después.

—Después ¿de qué?

—Después de que muriera, claro —dijo.

—¿Cómo murió?

—No lo sé seguro —dijo—. Ya le he dicho que no estaba allí. Lo único que sé es lo que me contaron.

—¿Qué dijo Julie? —pregunté.

—Que estaban intentando sanarle. No dijo nada más.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —respondió—. Pero aquí no está.

—¿Cuánto tiempo lleva quedándose con usted?

—Solamente una noche —dijo—. Pero puede que se quede un poco más.

—¿Por qué no está en casa con su familia?

—Porque dice que allí corre peligro. Dice que a Ben le ha dado por beber y por culparle a ella de lo ocurrido.

—¿Por qué razón no se siente segura? ¿Ha amenazado Ben con hacerle daño?

—No lo sé —dijo—. Tendría que preguntárselo a ella, pero usted vio con sus propios ojos lo que les hizo a aquellos chicos que vinieron aquí desde la iglesia el domingo por la noche.

—Sí, lo vi —dijo—. Pero hay muchos hombres que les habrían hecho lo mismo.

—¿Usted también? —preguntó.

—No sabría decirle —le respondí—. En otros tiempos, puede que sí. Pero un hombre joven tiene más fuego en el cuerpo. Un viejo como yo tiende a pensarse un poco más las cosas. —La señorita Lyle apartó la mirada y me quedé contemplando su perfil. Sabía que notaba que no le quitaba los ojos de encima—. ¿Le ha dicho alguien que no me hable de esto?

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer —saltó—. Jamás me lo han dicho. Empecé a ir a esa iglesia de jovencita, y a mí nadie me ha dicho ni una sola vez lo que tengo que hacer.

Me recosté en la silla y la miré un instante; después aparté la mirada y observé el orden que reinaba en su cocina. Los utensilios relucientes que colgaban sobre la lumbre. El cristal transparente de encima de la pila por el que entraba el sol a raudales.

—Sé que usted tiene sus propias ideas —dijo—. Y sé que por eso sacó a los niños del templo. Y, por eso mismo, sé que tuvo que haber algún motivo de peso para que Christopher estuviese allí dentro el domingo por la noche —continuó—. A lo mejor a usted le contaron de qué se trataba.

—Me dijeron que estaban intentando sanarle —dijo.

—Y ¿pensaban hacerlo asfixiándole hasta matarle? —pregunté.

—Fue un accidente —dijo—. Lo sabe perfectamente.

—¿Usted cree que necesitaba que le sanasen?

—No, no lo creo —dijo—. Pero no me corresponde a mí decirlo, como tampoco le corresponde a usted juzgarlo. Usted no conocía a ese niño. No sabe lo mal que lo pasaba cuando algunos de los otros chicos se metían con él. No sabe el calvario que sufrió su familia durante todos estos años.

—Lo que sé es que está muerto —dijo—. Y sé que su padre no estaba allí y que su madre no para quieta lo suficiente como para que le haga unas preguntas. Todo eso lo sé, pero no me basta para entenderlo.

—No se puede entender todo —dijo—. No es tarea del hombre.

—Mi tarea es entender lo mejor que pueda, y por mí encantado de dejarle el resto

a Él, si es a eso a lo que se refiere. Pero a veces necesito un poco de ayuda. Por eso he venido aquí a hablar con usted.

–Ojalá supiera cómo ayudarle –dijo.

Me eché hacia delante y puse los codos sobre la mesa.

–¿Le ha dicho Carson Chambliss que no hable conmigo?

Se levantó de golpe y apartó la silla, que soltó un chirrido horroroso al arrastrarse por el suelo. Se acercó a la pila y apoyó las caderas contra la encimera. Estaba de espaldas a mí, y supuse que sus ojos estarían recorriendo la hierba y oteando el prado mientras calibraba hasta qué punto se había endurecido el tono de mi voz al pronunciar estas palabras.

–Lo siento –dije. Vi que se le relajaban los hombros–. Es que pretendo que a todo el mundo le quede claro que puede hablar conmigo. Quiero que todos se sientan seguros, porque tengo que averiguar lo que pasó.

–Se lo diría si lo supiera –dijo, volviéndose hacia mí–. Se lo juro. Puede que sea una vieja, pero a mí nadie me dice lo que tengo que pensar ni lo que tengo que hacer, y menos Carson Chambliss.

Se cruzó de brazos y pareció que se retraía. Su breve ira se suavizó para convertirse en una tristeza que se extendió por su rostro. Los ojos se le humedecieron.

–Quiero mucho a esos niños –dijo–. A todos. Quiero a todos y a cada uno de ellos como si fueran míos. Y perder a uno, especialmente a Christopher... –La voz se le fue apagando.

La escuché mientras veía cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero me encontraba en otro lugar, escuchando mi propia voz por encima de la suya. «No sabe lo que dice. Es una anciana, nunca ha criado a hijos propios y no sabe lo que es perder a uno. Y no es un hombre y no sabe lo que es presenciar el dolor de una madre.» Con la mirada fija al frente, observé cómo me venía todo de nuevo. La nieve moteada sobre el rododendro. El silencio que padecemos Owens y yo delante del cuerpo de Jeff mientras el humo subía desde sus botas y se me agarraba en la nariz y en la garganta hasta que me entraron ganas de vomitar. «Podría hablarle de los sueños», pensé. «De las noches en que me despiertan las chispas al rojo blanco que salen silbando de los dedos de los pies de mi hijo mientras la corriente lo mantiene pegado al cable. Pero no son más que sueños, y no hay lugar para ellos a la luz del día.» En cualquier caso, ahora no. Aquí no.

Salté por encima de mis recuerdos y traté de imaginarme el rostro de Adelaide Lyle con veinte años menos y bañado en lágrimas. Pensé que los brazos se me vencerían con su peso de la misma manera que se me habían vencido con el peso de Sheila, y que su tristeza se abriría paso hasta lo más profundo de mi ser y dejaría un hueco que jamás podría llenarse. Sabía que la pérdida verdadera no es algo que sientes cuando has cuidado a un niño una vez por semana mientras su madre está

cantando himnos. Lleva toda una vida acumular el capital para una pérdida así. Antes de eso, no hay nada.

–¿Ha hablado ya con el pastor Chambliss? –me preguntó.

–No –respondí–. Usted es la primera persona a la que acudo. Pero le aseguro que pienso ir a verle en cuanto me entere de dónde vive.

–Bueno, a lo mejor en eso sí le puedo ayudar –dijo.

–Se lo agradecería –dije–. Pero ¿podría decirme una cosa más?

–Depende de lo que sea –dijo–. Depende de si sé lo que me pregunta.

–Con la de años que llevaba yendo a ese templo –dije–, y con la de tiempo que había pasado con toda esa gente, ¿qué fue lo que la impulsó a sacar a los niños? –Se hizo el silencio en la casa, y me vi frunciendo el ceño y ladeando la cabeza como si estuviese atento a oír algo que quizá no iba a poder oír–. ¿Fue Chambliss? –pregunté. Me miró, y entonces asintió con la cabeza–. ¿Qué fue exactamente? Le prometo que a él no le voy a contar nada. Ni siquiera tiene por qué saber que he estado aquí.

Me di cuenta de que estaba pensando en la promesa que acababa de hacerle; estaba claro que se estaba preguntando si me creía capaz de mantenerla. Y al parecer, decidió que sí.

–Esta no es la primera vez que ocurre –dijo.

–¿A qué se refiere con que «no es la primera vez»? –pregunté.

–No es la primera vez que alguien muere a causa de los tejemanejes que se traen allí –dijo–. Y según le voy contando todo esto, cada vez tengo más claro que, para empezar, debería haber intentado impedir que se llevasen a Christopher al templo. No estoy segura de que hubiese podido pararlos por mucho que hubiera querido, pero ni siquiera lo intenté. Y ahora, aquí estamos.

Y entonces pronunció un nombre que hacía muchos años que no se me pasaba por la cabeza: Molly Jameson.

Diecisiete

Me pasé dos días buscando y preguntando, pero el jueves por la tarde me puse por fin en camino hacia Little Pine Creek, en el municipio de South Marshall, donde Chambliss tenía alquilada una vieja alquería perteneciente a un diácono llamado Phil Ponder. La carretera de doble sentido seguía el curso del arroyo, y el campo se iba abriendo ante mí a medida que me adentraba en la quebrada. Se notaba que se nos venía encima el otoño porque las hojas de los árboles de la cresta empezaban a enterarse de lo que era el color. Dejé atrás los escabrosos roquedales y bajé hasta el arroyo, que se quedó a mi derecha. Crucé un puentecito de un solo carril y seguí por un camino de grava hasta que aparecí en un claro con una casita y un granero al fondo, muy apartados del camino.

Había un Buick sedán viejo y destartado aparcado en el camino, y un sabueso de aspecto aún más viejo atado a una cadena al comienzo del prado. Se puso a aullar como el mismísimo demonio cuando bajé del coche, y me quedé mirándolo hasta que se calló, bajó el rabo y se sentó sobre las ancas. Después me encajé el sombrero y eché un vistazo al terreno. Subí al porche y vi que la puerta principal estaba abierta de par en par. Asomé la cabeza. La casa estaba fría y oscura.

—Hola —dije. Esperé un segundo por si acaso había alguien en casa con ganas de responder. Nada más entrar había un tramo de escaleras que llevaba al primer piso. A mi derecha había un cuarto de estar con una silla arrimada a una mesita. Encima de la mesita había varios libros desperdigados; colgando del techo, una bombilla pelada. Lo único que se veía de la habitación que tenía a mi izquierda era un viejo sofá de paño con cojines que alguien se había empeñado en mantener unidos con cinta de carroceros—. Hola —repetí. No oía nada, solo al viejo sabueso que me gruñía desde el prado—. Te empeñas en ahuyentar al bueno de la peli, viejo chuchó —le dije al pasar por delante de él según bajaba los escalones del porche. Dejó de gruñir, me miró detenidamente y ladeó la cabeza como si se esforzase por entender lo que le estaba diciendo.

Me quedé en medio del prado observando cómo el poco sol que quedaba se colaba por entre los arcos rojos, y al mirar hacia arriba vi varios nubarrones negros en la distancia. La brisa repuntó y agitó los nogales amargos y los liquidámbares de la ribera, al otro lado del camino. Me llegó a la nariz una vaharada del barro negro de la orilla; olía bien, limpio y fresco, y pensé que el tiempo iba a cambiar y los días iban a ser cada vez más cortos. Dentro de poco, estaría encendiendo el fuego cada noche en la chimenea del salón. Y después, otra vez la nieve.

Me acerqué a un lado de la casa, me puse delante del coche patrulla y dediqué

unos instantes a estudiar el viejo granero que se alzaba al fondo del terreno. El sol lo había chamuscado y lo había dejado blanquecino, y daba la impresión de que estaba inclinado como si fuese a volcar entre las hierbas altas. Crucé el prado para echar un vistazo. No soy partidario de fisgonear, porque en un trabajo como el mío solo sirve para meterte en líos. Pero también es cierto que nunca viene mal echar un buen vistazo si tienes tiempo. Y si algo me parecía que tenía en aquel momento, era tiempo.

El granero no tenía puerta; me acerqué a la entrada y me asomé a una enorme oscuridad. Olía la tierra húmeda del suelo, y me quedé mirando cómo revoloteaban las motas de polvo a través de la luz. Estuve escuchando cómo se levantaba el viento en la cresta de detrás del granero, para después abatirse sobre mí y terminar rodando por el camino en dirección al lecho del arroyo, enfrente de la casa. Me pareció ver que algo se movía a lo lejos, cerca de la pared del fondo, y puse un pie dentro a la vez que entrecerraba los ojos para que se me acostumbrasen a la oscuridad.

–Adelante, *sheriff* –dijo una voz–. He oído su coche. Discúlpeme por no haber salido a recibirle.

–No se preocupe –dije–. No me gusta fisgonear, pero es que tenía la esperanza de encontrarlo aquí.

–Pues aquí me tiene –dijo Chambliss.

Los ojos ya se habían acostumbrado, y al ver su silueta discerní que estaba de espaldas a mí y que sus manos se movían como si estuviese trabajando en algo. Sentía que el viento entraba por las grietas de las paredes y oía un sonido como de hojas secas susurrando por algún lugar del granero que no veía. Chambliss encendió una lamparita que había en la mesa que tenía delante y los contornos de su cuerpo se iluminaron. Me pregunté si la habría apagado en el momento en que se dio cuenta de mi presencia.

–Lamento mucho interrumpirle –dije–. Solo quería hacerle unas preguntas sobre lo que ocurrió en su iglesia el domingo por la noche. Necesito aclarar unas cosas, y luego me largo y le dejo en paz.

–¿Qué tipo de preguntas?

–Poca cosa, solamente dos o tres sobre el chico por el que celebramos el funeral ayer por la tarde.

Interrumpió su trabajo y por un instante se quedó quieto como una estatua. Después vi que su cuerpo se movía y se puso de cara a mí. Le envolvía el brillo de la lamparita que tenía detrás. De nuevo se levantó el viento; entraba silbando por las paredes y agitaba hojas o algo parecido contra la pared del granero.

–Acabo de darme cuenta de que casi no hay luz aquí dentro –dijo–. A mí me da lo mismo, pero supongo que usted no verá nada.

–Estoy bien –dije–. Además, no es que vaya buscando nada. Solo quería hablar.

–Pero es que está oscurísimo –insistió–. Hay una bombilla justo encima de usted, en la viga de en medio. Si no le importa encenderla, podríamos vernos un poco mejor.

Miré las vigas que había encima de mi cabeza y vi una bombilla desnuda; di un paso y busqué a tientas hasta que encontré una cuerdecita que estaba colgando. Tiré de ella, pero la luz no se encendió. Chambliss apagó la lamparita de la mesa, y pareció como si su voz surgiera de la oscuridad.

–Disculpe, *sheriff* –dijo–. Creo que hay un pequeño cortocircuito. Si alarga la mano y da una vuelta a la bombilla, se encenderá.

Me puse de puntillas y tanteé la viga hasta que los dedos se me cerraron sobre la bombilla polvorienta. Le di media vuelta y se encendió de golpe, y cuando volví a mirar hacia la viga vi en ella una serpiente enroscada con la cabeza erguida como si estuviese a punto de atacar. Mi mano retrocedió bruscamente, solté un grito y caí de espaldas al suelo.

Al alzar la vista vi que Chambliss estaba de pie delante mí, bajo la luz de la bombilla, y justo encima de su hombro, enrollada a la viga, había una gruesa sogá con una polea enganchada a un extremo.

–¿Está bien, *sheriff*? –preguntó.

–Estoy bien –dije a la vez que me ponía de pie y me sacudía el polvo–. La imaginación me ha jugado una mala pasada, eso es todo. Me pareció ver algo que no había.

Me quité el sombrero, me pasé los dedos por la cabeza y me lo puse otra vez. Subí la cabeza y eché un buen vistazo a Chambliss. Empezaban a asomarle canas por el pelo rapado y era mayor de lo que recordaba, pero parecía fuerte, como un hombre acostumbrado a trabajar duro. Llevaba vaqueros y una impecable camisa azul con las mangas bajadas. Tenía las manos cubiertas de una especie de grasa, y supuse que debía de haber estado trabajando en algo en el momento de entrar yo. Miré por encima de su hombro y vi que había salido de debajo del capó de un viejo Chevy. Se frotó la nariz con el dorso de la mano; la grasa le dejó un manchurrón justo encima del labio.

–¿Qué se pensaba que había ahí arriba? –preguntó sonriendo.

–No importa –dije.

Me sacudí el polvo de las perneras del pantalón y eché un vistazo al interior del granero. Estaba abarrotado de viejos utensilios agrícolas: un neumático de tractor desinflado con una llanta doblada, un par de motores estropeados colgando con cadenas de las vigas. Había herramientas de todo tipo desperdigadas por el suelo. Volví la cabeza hacia la derecha, y entonces vi lo que debían de ser cientos de pieles de serpiente mudadas clavadas en una pared entera del granero, y comprendí que el sonido que había oído antes era en realidad el viento que se colaba entre los listones de las paredes y hacía susurrar las pieles. Sonaba como un maizal seco

agitado por la brisa. Debajo de las pieles de serpiente había montones de cajitas provistas de asas y cierres. Dejé de desempolvarme el pantalón y me puse a mirarlas. Chambliss siguió la dirección de mi mirada hasta la pared, y después me volvió a mirar. Oí que se reía para sus adentros.

–No le darán miedo las serpientes, ¿no, *sheriff*?

Miré a Chambliss. De nuevo estaba sonriendo.

–No diría que miedo. Recelo, sí. Pero no miedo.

Se acercó a la pared y pasó los dedos entre las pieles. Algunas tenían cascabeles en las extremidades, y al zarandearlas sonaban como maracas diminutas.

–¿Dónde las ha encontrado? –pregunté.

–Bueno, es fácil encontrarlas si se sabe buscar –dijo–. Supongo que se podría decir que las colecciono. Me gusta pensar que nos recuerdan que podemos convertirnos en algo nuevo. Eso es lo que puede hacer por nosotros el Señor cuando nos concede la salvación, *sheriff*. Nos renueva. La vida vieja y muerta se desprende de nosotros. –Me miró como si esperase que sus palabras fuesen a impresionarme.

–Sí, algo he oído al respecto –dije–. Y es lógico que, siendo pastor, tenga importancia para usted, sobre todo después de lo que le pasó en Georgia; el incendio y todo eso. –Me miró como si le asombrase que estuviese al tanto de aquello, y más aún que tuviese las agallas de mencionarlo.

–No sé si entiendo lo que está insinuando –dijo–. Y creo que usted tampoco.

–Claro que lo entiende –dije–. Bastó con un par de llamadas para seguirle la pista hasta Toccoa en un santiamén. Lo que pasa es que hasta ahora no había tenido motivos para levantar la liebre de lo que sé. Pero como ya le he dicho, me parece lógico que le gusten esas serpientes. Las serpientes mudan la piel, los hombres mudan la piel. La piel vuelve a salir, a veces se injerta.

–Cumplí la condena –dijo–. Ni siquiera sé por qué me habla de aquello. No tiene nada que ver con la vida que llevo aquí.

–Puede que sí y puede que no –dijo–. Pero es curioso lo que descubres sobre las personas cuando muere un niño. Es curioso que lleve a la gente a hablar de cosas de las que hacía años que no hablaba.

–¿Qué está insinuando? –preguntó.

–¿Significa algo para usted el nombre de Molly Jameson?

–Yo no tuve nada que ver con aquello –dijo.

–Nada de lo que pueda acusarle –dije–. Al menos por ahora. Pero este otro, este niño, es un asunto completamente distinto. Este asunto no se puede dejar tirado y olvidado en un prado. Tiene que concluir de alguna manera. –Debía de ser verdad cuando me dijo que la bombilla tenía un cortocircuito, porque la luz empezó a parpadear y cuando quise darme cuenta casi no se veía nada en el interior del granero–. ¿Le importa que hablemos fuera? –pregunté.

–En absoluto –respondió–. Pero que sepa que esta tarde tengo sesión de plegarias.

–No le entretendré demasiado –dijo–. Se lo prometo.

Salí a la luz, y él salió detrás de mí. Los nubarrones se estaban acercando y el cielo se había empezado a oscurecer a pesar de que nos quedaban un par de horas de luz.

–Los días se están acortando –dijo–. Parece como si todos los años se me olvidase que ocurre, y todos los años me sorprende.

–Sé que no ha venido hasta aquí a hablar del tiempo, *sheriff* –dijo Chambliss. Tenía un trapo entre las manos y se las estaba limpiando. Me fijé en cómo se lo pasaba por entre los dedos.

–Ya sé que lo sabe –dijo–. Y usted sabe que jamás me ha importado un carajo lo que hagan ustedes en el templo. Jamás he juzgado su manera de rendir culto, dijera lo que dijese la gente al respecto. Pero esto es distinto. La noche del domingo sucedió algo en el templo, y tengo que averiguar qué fue.

–Y en su iglesia, ¿qué sucede los domingos, *sheriff*?

–Señor Chambliss, hará veinticinco años que no piso un templo, y este tipo de historias me hacen pensar que ha sido una decisión muy, pero que muy acertada.

Chambliss se rio para sus adentros, se miró las manos y siguió pasándose el trapo como si no lograra dejárselas lo bastante limpias.

–Al parecer, varias personas con las que he hablado piensan que estaban ustedes intentando hacer una especie de sanación –dijo.

–Si supiera con quién ha estado hablando, quizá podría contarle algo que tenga que ver con la verdad.

–No le voy a decir con quién he hablado, si es eso lo que insinúa –dijo.

–Usted sabe que Adelaide Lyle no está en su sano juicio –dijo–. No se puede uno fiar de lo que diga una anciana como ella.

–Usted le confía a los niños de la iglesia, ¿no? Que yo sepa, no se ha muerto ni uno bajo su vigilancia. Este chico tenía un moratón del tamaño de un balón en el trasero. Pero, claro, supongo que usted no sabrá nada de todo esto, ¿a que no?

–Pues la verdad es que no –dijo–. Los chavales siempre están llenos de moratones.

–Cierto –dijo. Me volví hacia mi coche como si hubiese decidido marcharme. Incluso di un paso en dirección al prado, pero entonces me di la vuelta y miré a Chambliss.

–Casi lo olvidaba –dijo–. ¿Alguna vez ha oído hablar de las petequias?

–No –dijo–. Jamás había oído esa palabra.

Me metí las manos en los bolsillos y bajé la vista a la grava.

–No pasa nada –dijo–. Casi nadie la ha oído. –Volví a mirarle–. Y admito que yo

tampoco la había oído hasta que apareció en el informe de un juez de instrucción hará unos quince años. –Di un paso hacia Chambliss–. En Hot Springs, un hombre llamado Chestnut estranguló a su novia con un cable de teléfono y después se voló la tapa de los sesos. La escena dentro de su caravana no podía ser más espantosa: sangre por todas partes. Pero por muy terrible que fuera la escena, por muy terrible que fuera ver los sesos de aquel hombre esparcidos por las paredes y por su sofá, ni me inmuté hasta que vi el rostro de la mujer. Tenía los ojos abiertos, y parecía como si alguien hubiese venido y ni corto ni perezoso hubiese vertido sangre en ellos. Me enteré por el juez de instrucción de que ese aspecto se debía a que los vasos sanguíneos habían estallado porque se había quedado sin aire mientras él la estrangulaba. Pero no eran solamente sus ojos. Se veía que los vasos habían reventado por debajo de la piel de alrededor de las mejillas, del cuello. A día de hoy todavía puedo verle la cara, azul como un huevo de tordo, los ojos nadando en sangre.

–¿Por qué me cuenta todo esto? –preguntó–. En aquella época yo ni siquiera vivía aquí. Jamás conocí a esas personas.

–Así es –dijo–. En aquella época no vivía aquí, pero ahora está aquí y se lo cuento porque Christopher tenía petequias, igual que aquella pobre muchacha. Pero sabemos que Christopher no fue estrangulado con un cable de teléfono. Murió por una rotura de costillas; de tres costillas, para ser exactos. Una extraña causa de muerte, ¿no le parece?

–Desde luego que sí –dijo Chambliss.

–Bueno, pues no murió solamente porque se le rompieran las costillas. El informe del juez de instrucción dice que murió porque una de las costillas rotas le perforó un pulmón. Murió de asfixia. Eso significa que se ahogó, pastor.

»A ver: yo no sé lo que harán ustedes en ese templo que pueda desencadenar algo así, pero quiero que sepa que al final todo saldrá a la luz. Y le aseguro que cuanto antes salga, mejor para todos. Si hay que recurrir a los tribunales, a las citaciones y a la cárcel para que hable, se recurrirá. Pero esta familia tiene un niño muerto y no tiene ninguna respuesta.

–¿Me está amenazando, *sheriff*?

–No, no le estoy amenazando –respondí–. Pero a la gente le da por hablar cuando ocurren estas cosas. Se forman sus ideas y tienden a buscar culpables, se lo merezcan o no.

–¿Está usted entre esa gente?

–No –dijo–. No lo estoy. Por ahora todavía no estoy listo para culpar a nadie. Lo único que hago es buscar datos y tratar de entenderlos. Pero no creo que sea ni de mí ni de mi juicio de lo que debe usted preocuparse.

–¿De quién, entonces?

–Supongo que no vería lo que les hizo el padre del chico a esos hombres que

envió usted a casa de la señorita Lyle el domingo por la noche.

–Sí que lo vi, y no fue de recibo. Quisiera pensar que un *sheriff* ofrece a su gente un poco más de protección y se interesa un poco más por mantener la paz.

–A mí la paz me interesa mucho –dije–, y por eso estoy aquí. Pero puedo prometerle que no va a conocer ni un segundo de paz hasta que se resuelva todo esto. Lo que ya no le prometo es que el padre del chico no vaya a pasarse por aquí en busca de respuestas, igual que yo. La única diferencia entre él y yo es que yo estoy obligado a defender la ley. A él eso le va a traer sin cuidado. Hasta ahora no ha visto que la ley le sirva de nada.

–¿Cree que va a venir a matarme o algo parecido?

–No –dije–, no digo eso, pastor. Ya hemos celebrado un funeral. Si es posible, me gustaría que pasase un tiempo antes de celebrar otro.

A lo lejos, por encima de los montes que había a mi espalda, oí que retumbaba un trueno. La brisa repuntó nuevamente y agitó las ramas de los árboles que estaban al otro lado del granero.

–En fin, le tengo por un hombre espiritual, señor Chambliss. Y sé que le gusta mantener en secreto lo que ocurre en su templo, y por mí vale siempre que nadie salga herido o acabe muerto. Pero el espíritu de cierta familia necesita sanar, y quisiera pensar que un hombre temeroso de Dios procurará que así sea.

–Dios no solo se ocupa del espíritu, *sheriff* –dijo Chambliss–. Estoy seguro de que incluso un hombre como usted sabe que Cristo sanaba a los enfermos.

–Sí, lo sé –dije–. Pero usted no es Cristo. –Sonrió y me miró entornando los ojos–. Usted llámeme cuando sienta la necesidad de hacer lo correcto. Si no, le garantizo que pronto tendrá noticias mías.

Me di media vuelta, salí del granero y crucé el prado en dirección al coche patrulla.

–Todos estamos necesitados de algún tipo de sanación, *sheriff* –gritó mientras me alejaba.

Abrí la puerta del coche, me senté y le observé mientras regresaba al granero. Cayeron las primeras gotas de lluvia sobre el parabrisas. Pensé en lo que me acababa de decir y me di cuenta de que no podía estar más de acuerdo con él.

Dieciocho

Cuando abrí la puerta de casa y entré, me llegó el olor de las chuletas de cerdo que se estaban friendo en la sartén. Sheila estaba en la cocina con la radio puesta, y me fui por el pasillo hacia el dormitorio. Colgué el cinturón y la pistolera en la puerta del armario, y después me desabroché los pantalones y me saqué la camisa. Me quité las botas de dos puntapiés, las dejé al otro lado de la cama y me senté. Oí los pasos de Sheila acercándose por el pasillo. Se detuvo en la puerta del dormitorio.

—¿Listo para cenar? —preguntó.

Giré la cabeza y la miré por encima del hombro.

—Tú sí que sabes darle la bienvenida a un hombre —dije.

Sonrió.

—Pues hala, ven antes de que se enfríe —dijo. La lluvia me había calado la camisa, así que me la quité y la dejé caer al lado de la cama. Me fui al comedor en camiseta y me senté a la mesa.

—No me he acordado de lavarme las manos —dije.

—No pasa nada —dijo Sheila—. No te vas a morir por comer con las manos sucias, por lo menos no esta noche.

Pinché dos chuletas con el tenedor y las solté en mi plato, y después las acompañé con un poco de ensalada.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Sheila.

—¿Tú quieres una cerveza? —le pregunté a modo de respuesta.

Me sonrió, se levantó y se fue a la cocina; oí que abría la nevera, y después el sonido de los botellines entrechocando. Volvió al comedor y me puso la cerveza delante del plato. Se sentó y cogió su tenedor.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes por ahora? —preguntó.

Bebí un sorbo de la cerveza, la dejé en la mesa y la estuve contemplando unos instantes. Vi cómo descendía hasta el mantel el sudor del botellín; lo cogí y lo sequé con mi servilleta. Volví a dejarlo en la mesa.

—A ver: tengo un chico muerto que no dijo ni una palabra en toda su vida, una madre que ahora no quiere decir nada, un predicador al que le interesa más salvar mi alma que contarme la verdad y una anciana que del miedo que le tiene casi ni habla. Ya sé que parece que es mucho, pero si te fijas bien, es una mierda, por decir algo. —Cogí la cerveza y bebí otro trago.

Sheila me sonrió desde la otra punta de la mesa.

—Algo ocurrirá —dijo—. Siempre ocurre algo.

Y dio en el clavo, vaya si lo hizo.

Jess Hall

Diecinueve

Después de que el autobús del colegio me dejase en casa el jueves por la tarde, solté la mochila en el porche, al lado de la puerta, y me fui a casa de Joe Bill. En la mía no había nadie, y no tenía ganas de quedarme allí solo.

Llamé al timbre de Joe Bill, y abrió de golpe incluso antes de que dejase de sonar. Salió al porche y cerró como si no quisiera que viese lo que estaba haciendo dentro de casa.

–Qué tal –preguntó.

–¿Jugamos?

–Sí –dijo–. Pero no puedes entrar. Mi madre no está. No quiere que entre nadie cuando ella no está en casa.

–Vale –dije–. ¿Qué quieres hacer?

–Me da igual –respondió. Giró la cabeza a la izquierda y miró hacia la carretera como si esperase ver a alguien–. Hace un rato estaba ahí atrás disparando con la carabina de aire comprimido de Scooter.

–¿A qué le estabas disparando?

–A cosas –dijo.

–¿Puedo disparar yo?

–No –dijo–. Ya la he guardado, y no la voy a sacar otra vez. Scooter está a punto de volver del trabajo, y no quiero que me pille con ella. Me mataría.

–Pues vale –dije, pero no me extrañó. Joe Bill le tenía un miedo horroroso a Scooter, y yo también. Scooter tenía quince años, pero me parecía mucho mayor. Tenía un amigo gordo llamado Clay que todavía me daba más miedo, porque como era tonto perdido estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que le mandase Scooter, y eso le volvía aún más aterrador. Los dos trabajaban en el garaje que tenía el padre de Joe Bill en Marshall. Joe Bill juraba y perjuraba que una vez había visto a su hermano convencer a Clay para que se comiese unos cristales que alguien había hecho añicos al dar un puñetazo a las ventanillas de un viejo autobús escolar que estaba aparcado en el depósito de chatarra de detrás del garaje. Joe Bill decía que Clay se lo había pensado un momento y que después había cogido de la grava un par de cristales, se los había metido en la boca, había estado un rato masticándolos y se los había tragado. Joe Bill decía que la boca de Clay ni sangraba ni nada. No me lo llegué a creer del todo, pero a veces pensaba que era verdad.

La peor faena que les había visto hacer había tenido lugar varios años atrás, cuando a Joe Bill le regalaron para Navidad un coche con control remoto. Habíamos construido una pequeña rampa en la entrada de su casa y nos estábamos turnando para lanzar el coche por la hierba. Scooter y Clay se acercaron en bici y se quedaron mirándonos desde la carretera. Al cabo de un rato se metieron por el camino y Scooter cogió el coche y se negó a devolverlo, y luego le dijo a Clay que saltase sobre nuestra rampa hasta que se rompiera, y de lo gordo que estaba bastaron dos o tres saltos para partirla en dos. Joe Bill dijo que iba a llamar a su madre, y cuando lo hizo, Clay cogió un bate de béisbol de la cochera, Scooter lanzó el coche por los aires y Clay lo golpeó como si fuera una pelota. Reventó todas las ruedas y se cargó las pilas. Cayó justo en mitad del césped; Joe Bill se acercó corriendo al coche, lo cogió y lo miró, después lo tiró al suelo y se metió corriendo en casa.

Dejó la cochera abierta y le oí llorar, pero Scooter y Clay cogieron sus bicis y se marcharon antes de que saliera la madre de Joe Bill. Sabía que Joe Bill jamás confesaría ahora que había llorado por aquello, pero creo que seguramente yo también lo habría hecho. Era un coche demasiado bonito como para que lo rompieran porque sí.

–Bueno, ¿qué quieres hacer? –pregunté.

–Podríamos echar unas canastas ahí detrás.

–Vale –dije.

Había un trozo de tierra en el prado de Joe Bill y su padre había instalado allí una canasta de baloncesto, que en realidad no era más que un viejo aro oxidado clavado a un tablero de madera. El aro ni siquiera tenía red. La cancha estaba hecha de tierra sin más, y cuando botabas el balón parecía como si saliese humo marrón del suelo.

–¿Quieres jugar a cerdo, o a caballo? –preguntó Joe Bill. Intentó pasar el balón entre sus piernas, pero le botó en el pie y fue rodando hasta donde acababa la tierra antes de detenerse en la hierba. Se acercó y lo cogió.

–A cerdo –dije–. Caballo dura demasiado. Para cuando terminemos ya será de noche.

–Vale –dijo Joe Bill. Dio unos pasos hacia la canasta, y a continuación se puso de espaldas y apuntó con el balón como si lo fuese a lanzar hacia atrás por encima de su cabeza–. ¿Estás mirando? –me preguntó–. Esta la meto siempre. –Miró la meta del revés y lanzó la pelota a la canasta con las dos manos. La pelota rebotó sobre el aro, pero no entró. Oí cómo retumbaban los truenos sobre la montaña de atrás, y al volverme para descubrir de dónde venía el ruido vi que las nubes se habían empezado a oscurecer. Pensé que si mamá hubiera estado en casa y no con la señorita Lyle, a estas alturas ya habría venido a buscarme; pero no estaba en casa, y

aparte de Joe Bill no había nadie que supiera dónde me encontraba en ese preciso instante.

–Te toca –dijo.

–¿Has oído ese trueno? –pregunté.

–La tormenta todavía está muy lejos –dijo–. Te toca.

Cogí el balón, me alejé de Joe Bill en dirección al bosque y me giré para ver lo lejos que estaba de la canasta.

–¡Desde ahí no vas a poder! –gritó Joe Bill.

–¿Qué te apuestas? –le grité. Me acerqué el balón a la barbilla y clavé los ojos en el aro con aire de concentración, y pensé que la canasta estaba muy lejos. Me acerqué un poco más antes de lanzar. El balón dio vueltas sobre el aro como si no fuese a entrar, y después se coló en la canasta.

Joe Bill cogió el balón y se acercó hasta donde yo estaba.

–Suerte –dije.

–Lo que tú digas –dijo. Lanzó, pero el balón rebotó en el borde del aro. Volvió rodando hasta él y lo cogió.

–Eso es una C –dije.

Joe Bill botó una vez el balón, y después se lo llevó al pecho y le sacudió el polvo. Di unas palmadas para que me lo pasara.

–Gano yo –dije–. Me toca otro tiro.

Me pasó el balón con un bote.

–¿Qué tal es eso de tener un abuelo nuevo? –me preguntó. Miré mi sombra, extendida ante mí sobre la tierra, y pensé en cómo responder a su pregunta. Me apoyé el balón contra el estómago y me puse de lado. La sombra me hacía parecer embarazado.

–No es nuevo –dije–. Siempre ha sido mi abuelo.

Lancé el balón sin moverme del sitio, pero dio en el tablero y rebotó en el aro. Joe Bill fue tras él y lo cogió.

–Pero nunca os habíais visto –dijo.

–Ya lo sé. Pero eso no significa que sea nuevo.

–¿Le has preguntado dónde ha estado?

–En muchos lugares –contesté–. Pero se supone que no debo preguntárselo, así que no me chinces.

–Era por saber, nada más –dijo Joe Bill. Botó el balón un par de veces, y después insistió: ¿Qué tal en su casa?

–Bien, supongo –dije–. Solo es una caravana.

Había ido el martes a la salida del colegio porque papá me había prohibido ir a ver a Stump a la funeraria, y eso que le dije que quería ir porque ya tenía edad para hacer ese tipo de cosas. Mamá le podría haber convencido, pero no estaba. Llevaba en casa de la señorita Lyle desde el lunes y ni siquiera la había visto, excepto una

vez, el martes por la mañana temprano, cuando una de las mujeres de la iglesia la acercó a casa a por ropa antes de irme al colegio. Tampoco pude ir al funeral de Stump porque papá dijo que no quería que faltase al cole. Dijo que ni siquiera quería ir él a la funeraria porque en realidad no iba a ser Stump el que estuviese allí tendido. Dijo que Stump se había ido al Cielo y que lo estaría viendo todo desde arriba y preguntándose por qué estaba todo el mundo tan triste.

La caravana de mi abuelo estaba al fondo de un pequeño valle, en Shelton. Mientras íbamos para allá me dijo que estaba tan escondida que incluso por la mañana casi parecía medianoche, pero cuando aparcó la camioneta y nos bajamos pensé que lo veía todo perfectamente. La caravana era de metal y tenía un tejado plano y un par de escalones pequeños que subían hasta la puerta. Cogí mi mochila del asiento de la camioneta, me la eché al hombro y subí los escalones detrás de mi abuelo. El interior estaba muy oscuro cuando abrió la puerta, pero subió las persianas de la salita y entró en la cocina para subir las que había sobre el fregadero. La caravana olía como si llevase mucho tiempo cerrada, y con el sol que entraba por las ventanas se veía el polvo flotando en la luz.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —le pregunté.

—Hará cosa de un mes —dijo—. Pero es mía desde hace mucho, mucho tiempo. Me crié en estas tierras antes de mudarme a Gunter Mountain cuando tu padre era un crío. —Nos quedamos mirándonos un instante, y a continuación se dio media vuelta, abrió la nevera y oí unas botellas entrechocando—. ¿Quieres comer algo? —me preguntó—. ¿O una coca-cola, o lo que sea?

—Estoy bien así —dije. Me acerqué al sofá, solté la mochila y me senté. El cojín del sofá era blando, y al sentarme me hundí y la mochila se me volcó en las rodillas. La cogí, la dejé en el suelo, abrí la cremallera y saqué el libro de ortografía, un lápiz y papel. Apoyé el libro contra las rodillas y lo abrí.

—¿Tienes deberes? —preguntó mi abuelo.

—Unos pocos —dije. Echó un vistazo a mi libro y después se puso a mirar por la ventana del fregadero. Desenroscó el tapón del botellín de cerveza que había sacado de la nevera.

—Entonces te dejo en paz —dijo.

Aquella noche, cuando ya hubo oscurecido, mi abuelo hizo una hoguera en la ladera que había detrás de su casa, y nos sentamos a asar salchichas pinchadas en perchas de metal. No tenía panecillos de perritos calientes y no me apetecía comer perritos calientes con pan de molde, así que nos limitamos a untar las salchichas en mostaza y ketchup y a comérmolas directamente de las perchas a medida que se iban enfriando. Mi abuelo había puesto una bolsa de patatas fritas entre los dos y también se había traído una Coca-Cola de dos litros. Me echó un poco de CocaCola en el vaso y después se echó otro poco en el suyo, y a continuación se sacó una petaquita metálica del bolsillo y también se echó un poco de lo que

contenía. Al anochecer había dejado de beber cerveza, pero justo antes de que saliéramos de la caravana para subir la colina había sacado una botella de algo alcohólico de la alacena y había llenado la petaca. Volvió a meterse la petaca en el bolsillo y bebió un sorbo. Después se recostó y se acomodó apoyándose en los codos.

–Esto es lo que hacen los hombres –dijo–. ¿Lo sabías?

Saqué la salchicha de las llamas y lo miré, pero no supe qué decir.

–Esto es lo que siempre han hecho los hombres –dijo–. Siempre han estado al aire libre, bajo las estrellas, asándose la comida en una hoguera. –Eché un trago largo–. Eso es lo que hacían los indios –continuó–. Los mismos indios que vivían en estas tierras hace cientos y cientos de años; hacían lo mismo que estamos haciendo tú y yo ahora. –Me miró–. ¿Te sientes como un indio? –preguntó.

–No –dije. Saqué la salchicha de la punta de la percha. Me quemó las yemas de los dedos, y me la puse en las rodillas para que se enfriase antes de comérmela. Abrí el paquete de plástico de las salchichas, saqué otra y la pinché en la punta de la percha. Mi abuelo se llevó la mano a la boca, se dio unos cachetitos en los labios y soltó un alarido como los de los indios.

–Me siento como un indio –dijo. Me dio con el codo, y mi salchicha se rozó con uno de los leños de la hoguera. De las llamas salieron chispas que subieron flotando hacia el cielo oscuro. Se rio–. Hazlo tú –dijo. Me llevé la mano a la boca y también soné como un indio–. Vale –dijo–. Ahora los dos somos indios. –Apuré su bebida, abrió la botella de Coca-Cola y se echó un poco en el vaso–. Esto es lo que hacen los hombres –repitió.

Nos comimos las salchichas y seguimos ahí sentados en la colina delante de la hoguera hasta que casi se nos apaga, y entonces mi abuelo me dejó subir al bosque que teníamos detrás a buscar palos para echarlos al fuego. Sabía que papá le había encargado que me mandase temprano a la cama porque al día siguiente había colegio y también que hacía ya un buen rato que se había pasado mi hora de acostarme, pero seguimos ahí sentados en la colina contemplando la hoguera.

–¿Tienes novia? –me preguntó mi abuelo.

–No –dije.

–¿Ya te gustan las chicas?

–Son simpáticas, supongo –dije–. Mi madre dice que soy demasiado pequeño para tener novia.

–Cómo no –dijo mi abuelo. Levantó su vaso, se bebió los restos y lo echó al fuego, y a continuación metió la mano en el bolsillo, sacó la petaca de metal, desenroscó el tapón y echó un buen trago. Se secó la boca con el dorso de la mano y soltó un largo suspiro, como si estuviera pensando en algo que no quería pensar–. Típico de las mujeres de por aquí –dijo–. Antes te cortan la colita que dejarte jugar con ella.

Pensé en decirle que no sabía a qué se refería porque nunca había pensado que una chica me fuese a cortar la colita, pero mi abuelo siguió mirando fijamente el fuego como si no quisiera que dijese nada, así que me callé. Tomó otro sorbo de la botella y escupió en la hoguera; las llamas crecieron un poco y sentí el calor del fuego en la cara. Mi abuelo me miró y abrió y cerró los dedos como si fueran unas tijeras.

—Te la cortarán de cuajo si te descuidas —dijo—. Así, sin más. —Se rio un poco de sus palabras y yo también me reí, y después me tumbé en el suelo, elevé los ojos al cielo y me quedé mirando los brillantes trozos de brasas que subían flotando hacia las estrellas hasta desaparecer.

—No me sorprende que tu madre te diga algo así —afirmó—. Eso de que eres demasiado pequeño para que te gusten las chicas. No me sorprende en absoluto.

—¿Por qué no?

—¿Llegaste a conocer a la madre de tu madre? ¿A tu abuela?

—No —dijo—. Murió antes de que yo naciera. Y a su padre tampoco lo conocí.

—Yo tampoco —dijo mi abuelo—. Llevaba muchos años muerto cuando tus padres se conocieron. La familia de tu madre vivía en Mars Hill, y yo no conocía ni a uno solo de sus miembros. A su madre nada más la vi una vez, el día en que esos dos se casaron allí. —Se calló, desenroscó el tapón de la petaca, echó un trago y volvió a poner el tapón—. Tu abuela era una mujer enorme, ni te imaginas lo grande que era.

—¿Cómo de grande? —dije.

—¿Sabes cómo es una lavadora? —preguntó.

—Sí.

Se quedó callado por un instante y después volvió la vista hacia mí.

—¿Alguna vez has visto un escarabajo Volkswagen?

—Tan grande seguro que no era —dije—. Es imposible.

—Tú es que no la viste —dijo, riéndose—. Era una mujer enorme, la mujer más grande que había visto en mi vida. También era una cristiana de tomo y lomo. En Mars Hill tienen ley seca, y celebraron la boda en una pequeña iglesia baptista que hay al lado de un maizal. Era a principios de verano, y el maíz no podía estar más verde y lustroso. Tu abuela se llamaba Margaret, creo, Margaret Sampson, y ya se había sentado en primera fila cuando llegué. Después, al acabar la boda, salí adonde habían puesto unas mesas con comida y hala, ahí estaba ella, sentada tan pancha a la sombra de un roble inmenso. No la había visto moverse en ningún momento, y jamás pude entender cómo había llegado hasta allí tan deprisa.

»Y te diré algo más —dijo—. Se quedó clavada en su sitio vigilando como un halcón a los invitados. Ya se había encargado ella de que tanto la boda como el convite se celebrasen en la iglesia; de bailes, nada, y de beber, menos aún. Yo creo que la gente ya lo sabía antes de ir. Jamás he conocido a una mujer tan empeñada en salirse con la suya, pero así es como crio a tu madre. La religión tenía mucha

importancia para ellos. Yo a tu padre no le crie así; en realidad, casi no le crie de ninguna manera. Pero a tu madre la criaron para que fuera religiosa, y las personas no cambian –dijo–. Por muchas ganas que tengas de que cambien, no lo hacen. –Oí que desenroscaba la tapa de la petaca y echaba otro trago–. A veces ni siquiera importa que ellas mismas se mueran de ganas de cambiar.

Pensé en lo que había dicho y en lo que había cambiado papá solo en los últimos días, y después pensé en Stump sentado en el Cielo contemplando desde las alturas todo lo que estaba pasando aquí abajo. Me pregunté si nos habría visto al abuelo y a mí arrimados al fuego asando salchichas, y luego me pregunté si me estaría viendo en ese mismo instante sobre la cancha de tierra de la parte de atrás de la casa de Joe Bill mientras Joe Bill, pegado a mí, intentaba driblar pasándose el balón entre las piernas. Dejó de driblar y me miró.

–¿Te puedo hacer una pregunta extraña? –preguntó Joe Bill.

–Vale.

–¿Tú crees que Stump está en el Cielo?

–Pues claro que está en el Cielo –dije.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque lo sé –dije.

–¿Fue salvado por el Espíritu Santo?

–¿Qué?

–Mi madre dice que es la única manera de entrar en el Cielo –dijo–. Dice que hace falta que confieses tus pecados y que te salve el Espíritu Santo.

–Entonces supongo que sí que se salvó.

Le quité el balón de un manotazo y lo llevé adonde habría estado la línea de tiros libres si hubiese sido una cancha de baloncesto de verdad.

–Pero ¿cómo lo sabes? –preguntó Joe Bill.

–Pues porque sí, porque pienso que está en el Cielo –respondí.

–¿Cómo?

–¿Cómo que «cómo»?

–¿Cómo va a estar en el Cielo si no puede hablar? ¿Cómo iba a confesar sus pecados para que le salve el Espíritu Santo?

–No sé –dije–. Yo creo que está en el Cielo y ya está. Mi padre me ha dicho que está allí.

Recordé aquello que nos decía mamá a Stump y a mí de que uno sabe que se ha salvado cuando siente que el Espíritu Santo se mueve dentro de su corazón. Intenté imaginarme la sensación pero me costaba demasiado pensar en ello allí, detrás de la casa de Joe Bill, con los truenos retumbando sobre la montaña y Joe Bill hablando sin parar.

–A lo mejor por eso intentaban sanarle –dijo Joe Bill–. A lo mejor querían que hablase para que pudiese confesar sus pecados y subir al Cielo cuando se muriera.

–No quiero hablar de eso –dije.

–No estaba hablando de eso –dijo Joe Bill–. Solo digo que a lo mejor lo hicieron por ese motivo.

–Tú no sabes por qué lo hicieron –dije–. Ni siquiera lo viste. Saliste corriendo. Y tampoco sabes lo que hicieron el domingo por la noche.

–Ni tú tampoco –dijo–. No estabas allí dentro.

–Si ni siquiera sabes de lo que estás hablando –dije.

–Ni tú tampoco –repitió Joe Bill. Lo miré y pensé en tirar el balón a la hierba y darle un puñetazo en la nariz, pero me limité a driblar una vez y después lancé con todas mis fuerzas a la canasta. Rebotó tan fuerte en el tablero que tembló el poste. El balón se fue rodando hacia la casa de Joe Bill y nos quedamos quietos, mirándolo. Quería contarle lo que había visto la tarde del viernes cuando Stump se cayó del barril de lluvia, pero sabía que era demasiado tarde. Sabía que de habérselo contado a alguien debería haberlo hecho antes de que Stump hubiese entrado en el templo el domingo por la mañana, y sobre todo debería haber dicho algo antes de que mamá lo hubiese vuelto a llevar por la noche. Pero de nada iba a servir que se lo contase a Joe Bill ahora.

–Ve a por mi balón –dijo Joe Bill.

–Ve tú –le dije–. Es tu balón, y además te toca tirar a ti. –Me miró un momento, y después se encaminó hacia su casa y cogió el balón. Volvió hacia la canasta y se quedó mirándome como si pensase decir algo más. Por encima de su hombro veía la carretera que había enfrente de su casa, y a Scooter y a Clay que bajaban escopetados en bici. Por debajo de las ruedas salía disparado el polvo de la grava, y vi cómo se iban acercando.

–Aquí está tu hermano –dije.

Joe Bill se dio la vuelta, y vimos a Scooter y a Clay entrando en el prado con sus bicis. Scooter pegó un frenazo y derrapó en la grava con la rueda trasera. Soltaron las bicis en la entrada y se fueron a la cochera. Al vernos en el prado, Scooter se paró en seco y nos miró fijamente. Clay también paró y nos miró. Yo no sabía qué hacer, así que levanté la mano y le saludé. Scooter me sacó el dedo.

–¡Que te jodan! –vociferó. Oí que Clay se reía.

–Más vale que me vaya a casa –dijo–. Se está haciendo tarde. Además, igual llueve.

–Si quieres, te puedes quedar un poco más –dijo Joe Bill. Volvió la cabeza para mirarme, y después fijó de nuevo la vista en la casa–. Mi madre volverá enseguida. Espérate a que vuelva y así te lleva a casa en coche.

Sabía que Joe Bill lo decía porque no quería quedarse a solas con Scooter y Clay cuando su madre no estaba. No me extrañaba nada, así que no le hice ningún comentario. Yo tampoco habría querido quedarme en casa a solas con Scooter y Clay.

–Menos mal que no estábamos disparando con su carabina cuando llegó –dijo Joe Bill. No apartaba los ojos de la casa, y aproveché para quitarle otra vez el balón de un manotazo–. Eh, tú –dijo–. Que me toca a mí.

–Voy a lanzar otro tiro –dije–. El último no ha contado.

Me aparté de la canasta y me fui al lado de la cancha más cercano a la casa. Di un paso hacia la canasta y lancé. Vi que esta vez el balón golpeaba el aro antes de rebotar y caer en la tierra.

–Casi.

–Con «casi» no basta –dijo Joe Bill. Cogió el balón del suelo y sacudió un poco el polvo–. No deberías lanzar desde tan lejos –dijo Joe Bill.

–Voy a acercarme –dije. Una abeja o algo parecido pasó rozándome la oreja; agaché la cabeza y la espanté con la mano–. ¿Qué ha sido eso? –pregunté.

–No te muevas –susurró Joe Bill. Estaba mirando hacia la casa por encima de mi hombro. Me di la vuelta y vi a Clay en la parte de atrás, junto a la cochera. A su lado, Scooter había arrodillado una pierna y nos estaba apuntando con la carabina de aire comprimido. La amortizó y disparó dos veces. Se la llevó al hombro y volvió a apuntarnos. Comprendí que lo que acababa de pasar rozándome la oreja era un perdigón.

–Si no salimos corriendo, no nos disparará –susurró Joe Bill.

Oí a Scooter disparar, y un perdigón rebotó sobre el balón. Joe Bill lo soltó, y se le escapó un sonido de la garganta como si estuviese a punto de llorar.

–¡Para, Scooter! –gritó Joe Bill.

–¿Habéis tocado mi carabina? –chilló Scooter. Joe Bill miró a Scooter y después giró lentamente la cabeza y me miró a mí. Tenía la boca abierta y le oía respirar con dificultad. Un trueno restalló sobre la montaña que tenía a sus espaldas.

–He sido yo –dijo Joe Bill. Miró a Scooter–. Pegué un par de tiros, pero enseguida volví a dejarla en su sitio.

–Te dije que no la tocaras –dijo Scooter.

–Ya lo sé –dijo Joe Bill. Scooter bajó la carabina y lo miró fijamente por un instante; después miró a Clay.

–A por ellos, Clay –dijo Scooter. Clay dio un respingo como si le hubiesen pegado un susto y echó a correr por el prado hacia donde estábamos Joe Bill y yo.

–Jess –susurró Joe Bill–. Corre.

Aparté la vista de Clay y miré a Joe Bill.

–Corre –repitió.

Había un trecho muy largo desde el prado hasta la carretera, y, aunque sabía que Clay estaba demasiado gordo para pillarme, seguía con miedo a que Scooter saliese a por mí, y tampoco sabía qué podía hacer si me perseguían en bici. Además pensé que lo mismo Scooter intentaba dispararme si huía. Noté que algo me caía en el pelo, y descubrí que estaba lloviendo. El caso es que debí de sobresaltarme, porque

salí por patas del prado de Joe Bill y no paré de correr a pesar de que oía a Scooter y a Clay gritándome que volviera. Juro que hasta oí un par de perdigones que me pasaron silbando muy cerca de las orejas.

Llovía tanto que para cuando salí a la carretera llevaba la camisa y el pantalón corto calados, y notaba el chapoteo del agua en los calcetines. Me dio por pensar que los calcetines mojados me iban a dejar los dedos bien arrugados.

Cuando me quedé sin aliento dejé de correr, aflojé el paso y seguí subiendo por la carretera hacia la curva que había enfrente de la pared rocosa, justo debajo de la autopista. El agua bajaba por la carretera como un arroyuelo y caía por las rocas como una cascada. Me detuve al borde de la carretera, apoyé la mano en el guardarraíl y dejé que el agua me corriera entre los dedos. Caía en la reguera que había junto a la carretera y después bajaba hasta el French Broad. Seguí la reguera hasta donde se separaba de la carretera para bajar por la orilla hacia el río. Salí al puente y me asomé al río, que bajaba más rápido y ruidoso que cuando lo había cruzado antes para ir a casa de Joe Bill. Estaba lleno de palos, hojas y cosas así, y observé cómo se acercaban flotando antes de pasar por debajo del puente y salir por el otro lado. Me aparté de la barandilla, me fui al otro lado y me asomé. Pasó un coche y al verme aflojó la marcha como si se fuese a detener. Saludé con la mano, pero continuó su camino. Pensé que quienquiera que fuese se estaría preguntando qué hacía yo allí con la que estaba cayendo.

Eché a correr de nuevo nada más cruzar el puente, y enseguida salí a la carretera que llevaba hasta mi casa. Abajo en la quebrada, la lluvia bajaba por las colinas que había a cada lado y pensé que estaría llenando el arroyo y arrastrando montones de cangrejos. Me vino a la cabeza una canción que nos enseñó mamá a Stump y a mí cuando éramos pequeños:

*Está lloviendo, está diluviando,
el anciano está roncando.
Al irse a la cama
se hizo un chichón,
y por la mañana
no se levantó.*

Cuando quise darme cuenta, ya me había metido por el camino de entrada a casa. El agua iba formando pequeños riachuelos entre la grava, y sabía que si a la mañana siguiente salía encontraría rocas de cuarzo de las buenas que habrían sido arrastradas por el aguacero. Oí que por allí detrás retumbaban los truenos, pero ya casi estaba en casa y no me daban nada de miedo.

Al acercarme, vi que había alguien en el prado a un lado de la casa, pero como había oscurecido tanto no pude reconocer quién era; la camioneta de mi padre estaba aparcada delante del porche y supuse que sería él. Una vez dentro del

césped, vi que estaba toqueteando el canalón que vertía el agua al barril de lluvia. Llovía tanto que era como si le estuviese viendo a través de una mosquitera; me adentré por el prado, me arrimé a la casa y le miré mientras pensaba si debía decirle algo o no. La lluvia hacía un ruido tremendo, pero le oía hablar solo mientras intentaba encajar de nuevo el canalón por donde se había roto. Los pies se le resbalaron en la hierba y tuvo que agarrarse bien al borde del barril para no caerse. Me daba miedo hablar porque no quería que me preguntase qué había pasado. Apartó la mirada del barril de lluvia y me vio allí de pie.

—¿Dónde has estado? —preguntó, pero la lluvia hacía tanto ruido que no oí bien lo que decía. Le miré, y después miré el canalón doblado. Dejé de toquetearlo, dio un paso hacia mí, perdió el equilibrio y casi se cayó. Se agarró al barril de lluvia, se levantó y siguió caminando hacia mí. Cuando le tuve cerca, vi que su ropa estaba tan calada como la mía—. ¿Dónde has estado? —repitió.

—Me fui a casa de Joe Bill al salir del cole —dije.

Me miró fijamente y vi que sus ojos eran los de alguien que no ha dormido en mucho tiempo. Parecía como si ni siquiera pudiese mirarme de lo cansado que estaba. Señaló el barril de lluvia.

—¿Qué le ha pasado a esto? —dijo. Esperaba una respuesta, pero me quedé donde estaba sin decir esta boca es mía.

Se inclinó y olí su aliento; olía igual que el del abuelo cuando se había reído en la ladera, delante del fuego. Papá se agachó a mi altura y apoyó las manos en las rodillas, pero tenía los pantalones tan mojados que una se le resbaló.

—¿Qué le ha pasado al barril de lluvia? —me preguntó, hablando muy despacio y muy alto como si pensara que no podía oírle—. ¿Cómo se rompió?

Desvié la mirada hacia el tramo del arroyo que discurría por el bosque, y pensé que con tanta lluvia seguramente iría muy deprisa. Me sentía como si alguien me estuviera pisando el pecho. Papá alargó la mano y me agarró de la camisa.

—¿Qué le ha pasado? —gritó.

Yo le devolví la mirada; había pegado su cara a la mía y tenía ojos como de loco, aterradores. No conseguía pensar en nada más que en el olor de su aliento, y me eché a llorar.

—Stump se cayó —dije al fin.

—Y eso ¿qué quiere decir, que «Stump se cayó»? —preguntó. Me agarró de la camisa y me acercó hacia él. Apoyé las manos en sus hombros para no resbalarme. Ni siquiera podía mirarle del miedo que me daba contárselo.

—Se cayó —dije—. Estaba encima y se cayó.

Papá me soltó la camisa y dio un paso atrás; después se dio la vuelta y miró el barril de lluvia. Noté que miraba fijamente la parte del canalón que estaba doblada y rota.

—¿Por qué estaba ahí encima?

–Porque os oímos –dije.

Se volvió y me miró.

–¿Qué?

–Nos pareció que os oíamos a ti y a mamá dentro de casa –dije–. Pero ya sé que no debíamos estar espiando, sobre todo cuando mamá nos había dicho que bajásemos al arroyo y que no volviéramos a casa hasta que pillásemos cinco salamandras.

–Deberíais haberle hecho caso –dijo.

–Pero no eras tú –dije.

–¿A qué te refieres?

–No eras tú el que estaba ahí dentro con ella.

Veinte

Al entrar en casa detrás de papá, iba llorando porque no me había dicho ni una palabra desde que le conté lo que había visto. Llevaba la ropa calada de lluvia y temblaba sin parar. Sobre la encimera de la cocina vi una botella vacía de una bebida alcohólica. Papá abrió una bolsa de papel arrugada y húmeda, sacó otra botella, la desenroscó y bebió un trago largo. Se pasó el dorso de la mano por la boca y bebió otro. Después cogió la botella vacía y la lanzó contra la nevera. Se rompió y el suelo se cubrió de pedacitos de cristal. Grité su nombre, pero ni siquiera me miró. Echó otro trago, y luego volvió a enroscar la tapa y se fue por el pasillo hacia su dormitorio. Oí que abría y cerraba los cajones de la cómoda como si estuviera buscando algo. Volvió por el pasillo, y cuando pasó por la cocina de camino al salón oí que el cristal crujía bajo sus botas como si fuera grava. Cogió las llaves de su camioneta, que estaban en la mesa.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Vete a la cama —dijo. Abrió la puerta y salió al porche. Le seguí y agarré la puerta mosquitera antes de que se me cerrase en las narices. Ya había bajado los escalones y estaba cruzando por el camino de entrada en dirección a su camioneta. Subió, dio un portazo y arrancó el motor.

—¡No te vayas! —chillé—. ¡Por favor!

Bajé corriendo los escalones, salí a la lluvia y tiré de la puerta de la camioneta, pero ya debía de haberla bloqueado porque no pude abrirla. Me puse a aporrear la ventanilla.

—¡Lo siento! —grité—. ¡No me dejes aquí!

Estaba todo tan oscuro que me costaba verle en el interior de la camioneta. Me miró a través de la ventanilla. Vi que bajaba la palanca de cambios y oí el roce de las ruedas sobre la grava cuando dio marcha atrás. Dio la vuelta en el camino, y yo me quedé mirando cómo se alejaban velozmente las luces traseras colina abajo, en dirección a la carretera. Al poco rato ya ni las veía entre los árboles, y lo único que oía era la lluvia.

Subí los escalones del porche y volví a entrar en casa. Cerré la puerta. Todo estaba en silencio, y escuché cómo caía la lluvia sobre el tejado y el sonido que hacía al bajar por los canalones y salir por el caño. Pensé que la lluvia habría caído directamente al barril si no hubiese estado roto. Las luces de la cocina estaban encendidas, y los cristales de la botella que había roto mi padre relucían en el suelo.

Parecía como si hubiese entrado alguien y hubiese tirado un puñado de hielo. Los esquivé como mejor pude. Pisé un par de trozos, que reventaron bajo mis zapatos. Apagué la luz de la cocina, me fui a nuestro dormitorio y cerré la puerta.

Jamás me había quedado completamente solo en casa, menos aún de noche; me quité los zapatos de dos patadas, me fui a la cama, aparté la colcha y me metí debajo. Caí en la cuenta del frío que tenía con la ropa mojada, y no había modo de que se me pasara el temblor. Me cubrí la cabeza con la colcha y me pregunté adónde se habría ido papá, y si volvería algún día. Entonces pensé que hacía solo una semana Stump, mamá, papá y yo habíamos estado aquí todos juntos y que ahora se habían marchado todos y solo quedaba yo. Permanecí tumbado bajo las sábanas y pensé que, si pudiera, volvería a traerlos a todos, pero después de lo que le había contado a papá me imaginaba que por mucho que estuviésemos todos juntos nada volvería a ser como antes. Me acordé de la caja tranquila de Stump, que estaba debajo de nuestra cama, y pensé que ojalá mamá me hubiese hecho una a mí también.

Abrí los ojos al oír algo que me pareció la camioneta de papá que entraba por el camino. Me puse boca arriba y, con la vista clavada en el techo, presté atención hasta que no me quedaron dudas de que era él. La ropa aún no se me había secado del todo pero ya no tenía frío, así que retiré la colcha de una patada y me quité la camisa, el pantalón y los calcetines y los tiré al suelo. Después me volví a tapar, me puse de lado y miré por la ventana. Había dejado de llover, pero aún no había asomado la luna entre las nubes y fuera la noche estaba oscura como boca de lobo.

Mi padre aparcó delante de casa y oí que apagaba el motor; después oí que abría y cerraba la puerta de la camioneta y que sus botas subían por los escalones del porche. Sonaba como si intentase abrir la puerta principal con el menor ruido posible, pero pensé que aun así chirriaría. Sus botas atravesaron la cocina, y oí cómo crujían los cristales de la botella que había roto. Se fue por el pasillo hacia el cuarto de baño, y oí que subía la tapa del váter. Un segundo después, le oí mear. Cerré los ojos y pensé que ya no me daba miedo quedarme en casa solo, y empecé a enfadarme con papá por haberme dejado solo, porque sabía que mamá jamás lo haría. Me pregunté adónde se habría ido antes, cuando se marchó, y de pronto oí que volvía por el pasillo. Se detuvo delante de mi puerta como si estuviese escuchando para averiguar si seguía despierto.

El pomo giró muy despacio y la puerta apenas hizo ruido al abrirse, pero vi que entraba un poco de luz del pasillo al dormitorio y que relucía en la ventana, y me quedé como estaba, quieto como una estatua, de espaldas a la puerta. Oía a papá respirando en el pasillo.

—Jess —susurró.

No dije nada; cerré los ojos y fingí que estaba dormido.

—Jess —susurró nuevamente—. ¿Estás dormido?

Seguí callado, pero le oía respirar y sabía que seguía ahí de pie, mirándome. Después oí que cerraba la puerta tan suavemente como la había abierto. Ya no entraba luz desde el pasillo, y el dormitorio se quedó tan oscuro como antes.

Mi padre volvió a la cocina y le oí coger la botella de la encimera y desenroscarla; después, que la volvía a dejar donde estaba. Abrió y cerró la alacena, y después abrió el grifo y lo cerró. Le oí coger otra vez la botella. Me cambié de lado, y vi que entraba un poco de luz de la cocina por debajo de la puerta. Me imaginé a papá apoyado contra la encimera, bebiendo de la botella y secándose la boca con el dorso de la mano. Seguí tumbado en la cama, escuchándole; de pronto oí un sonido muy suave, pero no logré distinguir de qué se trataba. Contuve la respiración y agucé el oído, y entonces caí en la cuenta de que lo que oía era el sonido que hacía papá con la escoba y el recogedor mientras barría los cristales del suelo.

Adelaide Lyle

Veintiuno

Jamás en la vida había pasado tanto miedo como al volver del encuentro con Chambliss. Aunque iba conduciendo con las ventanillas bajadas y el aire entraba a chorros en el coche, lo único que oía era el cascabel, que sonaba en mi cabeza desde lo más profundo de la oscura caja en la que Chambliss me había agarrado el brazo y hacía eco en las paredes del templo vacío. El olor a humedad del templo se me había pegado a la ropa como el humo del tabaco, y la piel suave del antebrazo todavía me hormigueaba por miedo a que me hincase los colmillos. Pedí a Dios que Julie estuviese en casa.

Pero sé qué aspecto tiene una casa vacía, y sé que basta con verlo para sentirlo. Ya desde la carretera supe que no la iba a encontrar en casa, pero no por ello dejé de ir de habitación en habitación gritando su nombre. Salí nuevamente al césped por la puerta principal, di la vuelta a la casa y la llamé una y mil veces, y fue en ese momento cuando advertí lo oscuro que se había puesto el cielo. Me detuve en medio del prado y noté que el viento repuntaba, y oí que a lo lejos empezaban a retumbar los truenos sobre la montaña. El aire cambió sin avisar, y me sentí rara, a solas en medio de aquella oscuridad cada vez mayor y de aquel viento que repuntaba y doblaba las ramas de los árboles y arrancaba las hojas. Me pareció de mal agüero, como si de un momento a otro fuese a ocurrir algo para lo que no estaba preparada.

Volví a meterme en casa con la esperanza de que hubiese llegado mientras yo estaba fuera, pero sabía que no. Entré en la cocina y me quedé cruzada de brazos al lado de la encimera mirando al prado y a la carretera como si pensara que quizá fuese a verla aparecer por ahí; pero por mucho que mirase, no vendría. Había instalado un teléfono al lado de la puerta, y lo miré fijamente mientras rumiaba qué debía hacer. Pensé en llamar al *sheriff*, pero no se me ocurría qué podía decirle exactamente, y lo que de ningún modo iba a hacer era llamar a casa de Ben y meter cizaña si estaba Julie allí.

«No, Addie», pensé, «lo único que puedes hacer es rezar», y eso mismo fue lo que hice. Me fui al dormitorio, me hincé de rodillas al lado de la cama, junté las manos e invoqué al Señor. Y aunque no sabría decir con exactitud qué pedí en mis oraciones ni tampoco cómo le rogué al Señor que me lo concediera, lo que sí sé es que jamás en la vida he rezado por nada tan intensamente.

Así me quedé, quieta junto a la cama incluso después de sentir que aquella oscuridad tan tremenda empezaba a envolverme, que el viento se levantaba y que los goterones caían pesadamente sobre el tejado que me cubría.

Cuando abrí los ojos, el dormitorio estaba oscuro como un pozo y vi que, sin saber cómo, me había metido en la cama y me había tapado con el edredón. Seguía tumbada, escuchando la lluvia torrencial y preguntándome cuánto tiempo habría dormido, cuando de pronto oí que alguien aporreaba salvajemente la puerta de la calle, y me di cuenta de que era eso lo que me había despertado.

Aparté el edredón de una patada, puse los pies en el suelo y vi que todavía llevaba puestos los zapatos. Me acerqué al interruptor, lo pulsé y escuché. Quienquiera que estuviese en la puerta debió de ver que se encendía la luz, porque empezó a aporrear aún más fuerte. Fui al salón y descorrí la cortina de la ventana contigua a la puerta, y entonces vi que la camioneta de Ben Hall había cruzado directamente por el prado aplastando la hierba. Había atajado por el camino de entrada, levantando barro por todas partes.

—¡Abra la puerta, señorita Lyle! —oí gritar a Ben a través de la tormenta. Encendí los focos y volví a mirar por la ventana, pero no le veía. Eché la cadena de la puerta, quité el cerrojo y abrí un poco. Nada más hacerlo, intentó abrir la puerta de un empujón, pero la cadena impedía que se abriera lo suficiente para dejarle pasar.

—¿Dónde está Julie? —preguntó.

—Aquí no —le dije—. No sé dónde está.

Metió el brazo por la rendija de la puerta con intención de desenganchar la cadena, pero le di un palmetazo en la mano y traté de sacárselo.

—Estate quieto, Ben —dije—. No te pienso dejar entrar.

Sacó el brazo y acercó su cara a la mía por la rendija, y en ese momento noté que le olía el aliento a alcohol y supe sin lugar a dudas que estaba borracho.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Ya te lo he dicho —respondí—. No lo sé. —Intentó colar otra vez el brazo para toquetear el cerrojo, pero le di un portazo en la mano antes de que la pudiera meter del todo. Soltó un alarido y la retiró. Volví a entornar la puerta y le miré—. Voy a llamar al *sheriff* —dije—. Estás borracho, Ben. Te tienes que ir a casa. Mañana podrás hablar con Julie, si te quiere ver.

—Usted dígame que lo sé —dijo—. Dígame que sé lo que ha estado haciendo. Sé lo que pasó.

—Vete a casa, Ben —dije.

Pareció como si estuviese a punto de marcharse, pero de pronto se abalanzó sobre la puerta con tanta fuerza que pensé que la habría desencajado del bastidor.

—¡Basta! —chillé—. ¡Voy a llamar al *sheriff*!

Se calmó, y después volvió a pegar la cara a la rendija y me miró directamente.

–Usted dígale a Julie que lo voy a matar –dijo.

–Se lo puedes decir tú mismo mañana –le dije–. Te tienes que ir a casa. Voy a llamar al *sheriff*. Lo digo en serio.

Cerré la puerta y eché el cerrojo, y después volví a la ventana y me quedé mirando la lluvia. Sabía que no se había marchado aún del porche, y no me moví del sitio hasta que lo vi bajar a trompicones hasta el césped. Iba borracho como una cuba, y cuando ya estaba abajo resbaló y se cayó de culo sobre la hierba mojada. No le quité la vista de encima hasta que se subió a la camioneta, dio marcha atrás y salió disparado por la hierba, lanzando más barro todavía contra mis ventanas. Me quedé mirando las luces traseras hasta que se perdieron de vista, y después apagué los focos y revisé el pestillo y la cadena para asegurarme de que no iba a poder entrar si regresaba.

Cuando me di la vuelta, vi a Julie delante de la puerta de su dormitorio. Debía de haber entrado mientras yo dormía. Ya se había puesto el camisón, y llevaba el pelo suelto como si estuviese a punto de irse a la cama. La luz que salía de mi habitación le daba de frente y casi no le veía la cara.

–¿Julie? –dije.

–He oído lo que le ha dicho Ben –dijo–. Aquí corremos peligro. Vamos a tener que marcharnos.

–¿Quiénes? –le pregunté.

–El pastor y yo –dijo–. Corremos peligro. Y todo el mundo intenta separarnos.

Me apoyé contra la puerta cerrada y contemplé a Julie; ahí seguía, delante del dormitorio, en camisón. «Santo Cielo, chiquilla», pensé. «¿Qué vas a hacer ahora?» Su respuesta no se hizo esperar demasiado.

A la mañana siguiente, muy temprano, oí que Julie estaba susurrando en el teléfono de la cocina. Me quedé al otro lado de la puerta esforzándome por descifrar sus palabras, pero no fui capaz de entenderlas del todo. Colgó el teléfono, y cuando abrió la puerta lo primero que vio fue a mí. Yo aún no me había quitado el camisón, pero ella ya estaba vestida. Pareció sorprenderse de verme allí, como si la hubiese pillado haciendo algo que sabía de sobra que no debía hacer. Nos miramos.

–No pensarás que Ben hablaba en serio, ¿no? –pregunté–. Lo que dijo anoche. Es incapaz de hacer algo así.

–No sé –dijo–. Nunca le había visto portarse de esta manera, y nunca le había oído decir cosas como las que dijo.

–Un hombre borracho puede decir cualquier cosa –dije–. Eso no significa que lo que dice sea verdad.

–Usted no le conoce como yo –dijo–. No sabe de lo que es capaz.

Pasó de largo en dirección a su dormitorio, y yo me di la vuelta y fui tras ella. Al entrar, vi que había hecho la cama; su maleta, cerrada, estaba encima del edredón. Miré la maleta, la miré a ella. Cogió la maleta del asa y se arrimó a la cama.

—¿Te marchas? —pregunté.

—Sí, señora —dijo—. Después de lo que hizo Ben anoche, después de todo lo que ha pasado, no tengo más remedio.

—¿Con quién hablabas? —le pregunté—. ¿Has llamado al pastor para que venga a buscarte?

—No —dijo—. He llamado a la oficina del *sheriff*. Quiero que alguien me acompañe cuando vaya a casa a por mis cosas.

—Julie —dije—, yo en tu lugar no lo haría. Ya le oíste anoche. Por favor, no vayas.

Me miró, y después vino hacia mí y salió del dormitorio rozándome el hombro al pasar.

—Sí, le oí, vaya si le oí —dijo—. ¿Por qué se cree que he llamado al *sheriff*? —La seguí hasta el salón. Se detuvo delante de la puerta, dejó la maleta en el suelo, abrió el cerrojo y desenganchó la cadena. Volvió a coger la maleta y abrió la puerta—. Le agradezco todo lo que ha hecho —dijo—. Y espero corresponder algún día a su amabilidad. —Abrió la puerta mosquitera de un empujón y salió al porche. La mosquitera dio un portazo. Afuera se oía un coche con el motor en marcha.

—Julie —dije, pero ya no estaba. Me acerqué a la mosquitera y vi a Chambliss de pie en medio del camino. Había abierto la puerta derecha de atrás y estaba colocando la maleta de Julie. Ella se sentó en el asiento del copiloto y cerró la puerta. Chambliss cerró de un golpe la puerta de atrás y me miró. Asintió con la cabeza. Después, sonrió.

—Hermana Adelaide —dijo.

Clem Barefield

Veintidós

El viernes por la mañana estaba en el cuarto de baño en calzoncillos, secándome el pelo con una toalla, cuando oí que sonaba el teléfono. Esperé a ver si lo cogía Sheila en la cocina. Tiré la toalla sobre la tapa del váter, me di la vuelta y me miré al espejo. El mismo vejestorio de siempre: canas, tripón blancuzco, brazos descolgados. El teléfono del dormitorio siguió sonando.

–¿Lo coges o no? –grité, pero Sheila no dijo nada y supuse que estaría esperando que contestase yo. Pasé al dormitorio, me senté en la cama y cogí el teléfono de la mesilla–. ¿Diga?

–*Sheriff*, soy Robby. –Solté un suspiro bien fuerte para que me oyera–. Me imagino que estará a punto de salir para la oficina, pero pensé que querría saber que acaba de llamar Julie Hall para pedir escolta policial. Se va a pasar por casa a coger unas cosas, y dice que lo mismo corre peligro si está allí su marido. Si quiere, voy yo, pero pensé que sería mejor llamarle por si acaso quería ir usted.

–De acuerdo –dije–. Llamaré a Julie para decirle que me reuniré allí con ella.

–Vale –dijo.

Colgué y llamé a casa de Adelaide Lyle para preguntar por Julie; la señorita Lyle respondió al instante, casi como si hubiese estado pegada al teléfono esperando mi llamada.

–Buenos días –dije–. Le habla el *sheriff* Barefield. –Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando me interrumpió.

–Vaya a casa de Ben Hall –dijo–. Acaban de irse hace un momento.

–A ver, despacito –dije–. ¿Quién se ha ido? ¿De quién me habla?

–De Julie –dijo–. Chambliss acaba de pasar a recogerla. Van a por sus cosas. Julie me dijo que se marchan hoy.

Le dije que salía de casa en ese mismo instante, colgué y llamé a comisaría.

–¿Sí, señor? –dijo Robby.

–Necesito que te reúnas conmigo en casa de Ben Hall –dije–. Y más vale que salgas ahora mismo.

Colgué el auricular de golpe y me puse de pie. Sheila estaba parada en el umbral. Tenía una taza de café en cada mano.

–¿Qué ha pasado? –preguntó.

–Por ahora, nada –le dije–. Pero no sé lo que pasará.

Jess Hall

Veintitrés

–Despierta, Jess.

Alguien me había puesto la mano en el hombro y me estaba sacudiendo suavemente para que abriera los ojos. Me di media vuelta, me tapé la cabeza con la colcha y cerré más los ojos para protegerme de la luz que entraba por la ventana.

–Despierta –oí que decía la voz de papá–. Que ya vas tarde al cole. Despierta.

Me puso la mano en la espalda y al presionar di un botecito en la cama; entonces apartó la colcha y el sol entró por la ventana y me dio de pleno en los ojos.

–Estoy despierto –dije, pero sabía que no me creía porque seguía con los ojos cerrados.

–No te va a dar tiempo a desayunar nada –dijo–. Nos tenemos que ir ya.

–Vale –le dije, pero no los abrí. Oí que volvía por el pasillo a su dormitorio. Apreté los ojos lo más fuerte que pude. Cuando quise darme cuenta me estaba durmiendo de nuevo.

–¡Levanta, Jess! –gritó desde su habitación, pero me había vuelto a tapar la cabeza y cuando le oí ya casi me había dormido de nuevo. Se me hacía raro que papá entrase a despertarme, y pensé que ojalá estuviese mamá para hacerlo. Pensé que ojalá estuviese también Stump para que se levantase antes que yo y fuese primero al baño, porque así podría seguir un rato más con los ojos cerrados. Seguí allí tumbado pensando en todo esto, y cuando quise darme cuenta ya me estaba adormilando otra vez.

A lo lejos oí un coche que bajaba por la carretera y se metía en el camino; oí la grava crujiendo bajo las ruedas, saltando y rebotando en los guardabarros.

Oí los pies descalzos de mi padre alejándose por el pasillo hacia el salón y temí que viniese a sacarme de la cama, pero lo que hizo fue abrir la puerta mosquitera. Al salir, se cerró de golpe y el ruido me espabiló; abrí los ojos y contemplé la enorme oscuridad que había bajo la colcha. Estaba atento por si mi padre entraba otra vez para despertarme, y cuando se abrió la mosquitera oí su voz dentro de casa; pero desde mi cama, con la cabeza tapada, sonaba como si estuviera muy lejos. «Maldita sea», dijo mientras pasaba corriendo por delante de mi dormitorio, de vuelta al suyo. «¡Quédate en la cama, Jess!», vociferó. «Maldita sea», repitió.

Me quedé tumbado bajo la colcha esperando a que dijese algo más, pero no dijo

nada. Le oía en el dormitorio del fondo. Abría y cerraba los cajones de la cómoda como si los estuviese destrozando tratando de encontrar algo.

–¿Quién ha venido? –grité desde debajo de las sábanas.

–Quédate donde estás –dijo.

Le oí cruzar otra vez por el pasillo, y sonó como si se le fuesen cayendo cosas que rodaban por el pasillo hacia la cocina. Me aparté la colcha de la cabeza y me quedé escuchando sin apartar la vista del techo, y entonces oí que abría la mosquitera de un empujón y que bajaba corriendo al prado. La puerta se cerró de golpe. Oí que gritaba algo y que alguien le gritaba a él. Después, un disparo.

Retiré la colcha y me quedé sentado en la cama, pero no oí nada más y me pregunté si no lo habría oído todo en un sueño.

–¡Papá! –chillé. Esperé a que respondiera.

Fuera, todo estaba en silencio; estaba completamente espabilado y alerta. El corazón me latía con fuerza en el pecho, y también lo oía palpar en mis oídos. Entonces oí otro disparo.

Salté de la cama en calzoncillos y salí corriendo al pasillo, pero pisé algo que rodó bajo mi pie, caí de espaldas y me di con la cabeza en el suelo. Al mirar vi los cartuchos de la escopeta de mi padre rodando por el pasillo.

Me levanté, eché a correr hacia la puerta mosquitera y la abrí de un empujón, y entonces oí otro disparo y vi que mi padre caía al suelo enfrente de un coche viejo. El *sheriff* estaba al lado del coche patrulla con la pistola desenfundada, y mi padre estaba tirado en la grava. De su cuello salió un chorro de sangre que salpicó el capó del coche y lo tiñó todo de rojo. El *sheriff* me vio y gritó no sé qué, pero yo estaba chillando demasiado fuerte para oír lo que decía. Se guardó la pistola en la pistolera, asomó por detrás de la puerta del coche y salió corriendo por el camino de grava. Se detuvo al otro lado del coche viejo; la puerta estaba abierta y detrás había alguien sentado en el suelo. Se inclinó y le dijo algo, y a continuación subió corriendo los escalones del porche hacia donde yo estaba. Me rodeó con sus brazos como abrazándome, pero yo no quería porque sabía que había disparado a mi padre. Me revolví contra él, pero me agarró todavía más fuerte y no conseguí que me soltase. Tenía los calzoncillos mojados, y supe que me había meado encima.

–Tranquilo, hijo –dijo el *sheriff*–. Venga, tranquilo. Vamos dentro.

–¡Papá! –grité.

–Venga, tranquilo –repitió.

–¡Por qué le ha disparado a mi padre!

–Anda, vamos dentro.

Oí sirenas que se acercaban a casa por la carretera y volví a revolverme contra él, pero no había modo de que me soltase. En el camino de entrada había alguien gritando, y pensé que sonaba exactamente igual que mamá.

Clem Barefield

Veinticuatro

Al doblar la esquina de camino a casa de Ben, vi que ya había bajado del porche y que se había colocado al fondo del camino de entrada, delante del viejo coche de Chambliss, el mismo que le había visto arreglar la víspera en el granero. Ben llevaba una vieja camiseta blanca y estaba en calzoncillos; se había arrimado la escopeta de dos cañones a la altura de los ojos y apuntaba con ella al parabrisas de Chambliss, hacia el lado del copiloto. Estaba rígido como un palo, como si fuese a quedarse así para el resto de sus días, así que hice sonar la sirena a todo trapo para llamar su atención. Levantó la cabeza lo justo para mirar por encima del techo del coche de Chambliss, y me observó mientras me acercaba por el camino conduciendo lentamente.

La sirena también debió de llamar la atención de Chambliss, porque cuando metió la marcha atrás las luces traseras del viejo coche cambiaron de rojo a blanco. Oí que la grava crujía bajo las ruedas mientras reculaba alejándose de Ben y acercándose hacia donde yo estaba. Pasó el brazo por el asiento de Julie, se giró y me miró por la ventanilla de atrás. En aquel momento se me antojó extraño, y cuando lo pienso ahora todavía resulta más inquietante, pero el caso es que me sonrió. Era casi como si se enorgulleciera de representar de repente el papel del bueno, el papel de un hombre al que yo había ido a proteger ahora que Ben Hall por fin lo había convertido en víctima.

Y de pronto, toda aquella sangre en las ventanillas. Fue como si lo viera antes incluso de oírlo: la cara de Chambliss al otro lado de la ventanilla, sus ojos entornados como si se estuviese concentrando en mantenerse en la grava para no virar hacia la hierba mojada. Y de repente ya no le vi la cara, y me di cuenta de que tampoco veía nada a través de la ventanilla. Para cuando mis oídos registraron el disparo, ya sabía que lo que estaba viendo eran los pedazos de los sesos y el cráneo de Chambliss, que habían reventado sobre la ventanilla trasera a causa del impacto. Pero su coche seguía retrocediendo hacia mí cada vez más deprisa, así que eché el freno y me preparé para la embestida. Chocó contra mi coche, se montó sobre el parachoques y se incrustó en la calandra, y en ese momento el maletero de Chambliss se abrió de par en par y vi que llevaba media docena de cajitas de madera como las que había visto en su granero. Dos o tres cayeron rodando sobre el capó de mi coche, y me quedé mirándolas a través de las columnas de humo que

salían del radiador. Entonces oí otro disparo que reventó los restos del parabrisas de Chambliss, pero entre el maletero abierto y el vapor que salía a borbotones por el capó era imposible ver nada.

Abrí la puerta de mi coche a modo de escudo, me planté en la grava, saqué la pistola y apunté a Ben. Ben había bajado por el camino siguiendo al coche de Chambliss, y ahora estaba de pie justo delante del parachoques. Cuando vio que desenfundaba y me apostaba detrás de la puerta, me apuntó con su escopeta. Me pregunté si le habría dado tiempo a recargar, pero no era tan tonto como para dar por supuesto que no.

—Tienes que soltar esa escopeta, Ben —dije. Me miró un momento como si no supiese quién era yo, pero sus ojos acusaron enseguida una especie de reconocimiento y me miró fijamente—. Esto ha terminado —le dije—. Bájala y vámonos dentro a hablar de todo esto. No podemos hacer otra cosa. Tú lo sabes.

Todo estaba tranquilo, y nos quedamos quietos en el sitio mirándonos el uno al otro. De pronto, la puerta del copiloto del coche de Chambliss se abrió con un chirrido y oí que Julie salía dando tumbos. Aunque no podía verla, oía su respiración entrecortada, y escuché cómo se arrastraba despacio por la grava como si intentase huir. Ben esperó hasta que la vio asomar por detrás de la puerta abierta, y entonces dejó de apuntarme y dirigió la escopeta hacia Julie.

—¡No hagas eso, Ben! —grité—. ¡Mírame! ¡Apúntame a mí otra vez! —Oía a Julie sollozar en el otro extremo del coche, y oía cómo se esforzaba por alejarse de él—. No merece la pena —dije—. Sé que no. Tú también lo sabes.

—No, no lo sé —dijo Ben, y entonces volvió la cabeza y me miró con una expresión que nunca le había visto, y no miento si digo que fue la única vez en la vida de aquel chico que vi en él a su padre. No me quitaba la vista de encima, pero le gritó a Julie.

—¿Y a ti, cariño? —dijo—. ¿Te mereció la pena? Lo que hiciste en nuestra cama, lo que hiciste en la iglesia esa, ¿mereció la pena? —Se dio la vuelta y la miró—. Siempre me estás diciendo que tengo que volver a la Biblia, así que la saqué y me puse a hojear el Nuevo Testamento y me encontré con un versículo que te va al dedillo, Julie. En el libro de Mateo, Jesús dice que no hay que matar, que no hay que cometer adulterio. También dice «No robarás». Pero mi favorito es: «No levantarás falso testimonio». —Su cuerpo se tensó como si estuviera pensando en dispararle—. Supongo que en tu iglesia jamás leeríais en alto esa parte de Mateo. Si la leísteis, quizá decidierais no escucharla. Pero yo quería que la oyeras. Quería contártela.

Se oyó un ruido dentro de la casa, y por el rabillo del ojo vi que la puerta mosquitera se abría de golpe y que Jess salía corriendo al porche. Antes de que pudiese gritarle que volviese a casa, la mosquitera se cerró con un portazo y Ben se giró hacia Jess sin bajar la escopeta. Reaccioné sin pensármelo siquiera: disparé una vez y le di a Ben en el lado derecho de la garganta. Soltó la escopeta y cayó de

espaldas sobre la grava. Oí chillar a Jess desde lo alto del porche, y supe que lo había visto.

—Quietos ahí, Jess —le grité—. Quédate ahí arriba. Espérame. Tú quédate ahí. —Siguió chillando palabras que no pude entender, y después cruzó los brazos sobre el vientre y se agachó en el porche.

En lugar de enfundar la pistola, la apunté hacia el morro del coche de Chambliss y me arrastré por el lado del conductor hasta que vi a Ben tendido en el suelo. Tenía los ojos abiertos como platos y su pecho se agitaba. Respiraba trabajosamente por la boca, y oí un gorgoteo que venía de la zona de la garganta por donde le había entrado el tiro. La sangre empezaba a empapar la grava alrededor de su hombro derecho. Me enfundé la pistola, cogí la escopeta y la abrí. Los dos cañones estaban vacíos. Miré a Ben. «Maldita sea», dije. «Maldita sea, Ben.» Miró al cielo y parpadeó como si le diese el sol en los ojos. Dejé la escopeta sobre el capó y me dirigí hacia el lado del copiloto.

Julie estaba boca abajo, con medio cuerpo tendido sobre la hierba como si se hubiese arrastrado hasta donde se lo permitían las fuerzas, y al verme gritó, reculó hacia la grava y arrimó la espalda contra el coche de Chambliss. Al levantar la mano izquierda para protegerse de mí, vi que prácticamente había volado en pedazos, seguramente cuando intentaba cubrirse la cara y agacharse mientras Ben le disparaba a través del parabrisas. Tenía las mejillas y la frente acribilladas a perdigonazos. Guardé la pistola y me incliné sobre ella. Cuando intenté tocarle el hombro, se apartó de mí. Oí una sirena que bajaba por la carretera desde la autopista, y recordé que antes de salir de casa había llamado a Robby para pedirle refuerzos.

—Tranquila —le dije—. Todo ha terminado. No te va a pasar nada. —Sus ojos parecían los de una loca y estaban llenos de pánico, y no me miraba directamente. Extendí la mano muy despacio y le cogí el antebrazo izquierdo. Le faltaban varios dedos—. Mantenlo levantado —dije. Le apoyé el codo sobre la rodilla que tenía doblada—. Mantenlo en alto, así, como está. Voy a entrar en casa para llamar a la ambulancia.

Robby se metió por el camino de entrada y detuvo su coche detrás del mío. Me levanté para asegurarme de que me veía. Bajó, dejó la puerta abierta y salió corriendo por la hierba, pero se paró en seco cuando vio a Julie apoyada contra el coche. Echó un vistazo al interior y vio el cuerpo de Chambliss tendido sobre el asiento delantero.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó. Sacó la pistola.

—Guarda eso —le dije. Señalé a Julie—. Tienes que quedarte aquí con ella —dije—. Asegúrate de que mantiene el brazo en alto, como está ahora. Voy a entrar a llamar a la ambulancia. Tú quédate aquí con ella. —Robby se arrodilló a su lado. Julie respiró hondo, y se echó a llorar.

Por encima del capó del coche de Chambliss vi a Ben tendido delante del parachoques. Ya no le oía ahogarse. Tenía la cabeza caída hacia atrás y ladeada hacia la derecha como si quisiera ver la casa y a Jess, que seguía agachado en el porche. Tenía los ojos abiertos como platos y clavados en lo que había intentado ver, fuera lo que fuese.

–Enseguida llega la ambulancia, Ben –dije, pero nada más decirlo pensé que eso a él ya no le importaba.

Volví la mirada hacia la casa al oír las pisadas de Jess en los escalones del porche. No quería que se encontrase también a su madre acribillada, así que eché a correr y le pillé antes de que siguiese avanzando por el prado. Lo cogí y lo volví a subir en volandas por los escalones; pataleaba y hacía aspavientos como si intentase pelear conmigo. Algo templado me traspasó la pechera de la camisa, y supe que se había meado encima y que se había calado los calzoncillos.

–¡Ha disparado a mi padre! –gritó–. ¡Papá! –También llamaba a su madre, pero Julie estaba llorando y no le respondió, y me pregunté si podría oírle siquiera.

–Venga, venga –dije–. Volvamos a casa. Los médicos van a llegar enseguida y van a curar a todos. No te preocupes.

–¡Ha disparado a mi padre! –repitió–. ¡Le he visto! –Noté que le temblaba todo el cuerpo, como si cada sollozo fuese el último y el más difícil de todos los que albergaba en su interior. Sin soltarle, traté de mantener su cabeza apretada contra mi pecho para evitar que echase un vistazo al prado por encima de mi hombro. Una vez en casa, lo senté en el sofá, corrí las cortinas que tenía detrás y cerré la puerta principal.

–Tú quédate ahí sentado –le dije. Seguía llorando, y su cuerpo tiritaba de arriba abajo. Se arrimó los pies al pecho y se abrazó las piernas–. Quédate aquí y espera un segundo –dije–. Voy a hacer una llamada y los médicos vendrán en un santiamén. No te preocupes. –Di un paso atrás y busqué un teléfono por el salón, pero no vi ninguno. Volví a mirar a Jess–. ¿Dónde tenéis el teléfono? –Me miró fijamente sin decir nada, así que fui retrocediendo poco a poco hacia la cocina sin quitarle los ojos de encima. Me asomé, y justo al otro lado de la puerta vi que había un teléfono en la pared.

Descolgué el auricular y me lo pegué a la oreja, y cuando fui a meter el dedo en el disco me di cuenta de lo mucho que me temblaban las manos. Marqué el 911, estiré el cable y volví a salir al salón hasta donde daba de sí. Jess seguía sentado en el sofá. Tenía la barbilla apoyada en las rodillas y había cerrado los ojos. Cuando respondió la operadora, me identifiqué y le dije que necesitábamos inmediatamente un par de ambulancias, y, cuando ya iba a colgar, miré a Jess y pensé que su madre estaba ahí fuera, sentada en medio del camino junto al marido que acababa de intentar asesinarla, y tomé una decisión que me sorprendió más que cualquiera de las cosas que habían sucedido aquella mañana.

–Espere –le dije a la operadora–. Antes de colgar, ¿podría ponerme con James Hall, en Sheldon?

Oí que marcaba el número, y después un suave *click* antes de la señal. Debí de sonar seis o siete veces antes de que lo cogiera. Bajé la vista hacia mis botas, me pegué el teléfono a la oreja y le oí manosear el teléfono al otro lado del hilo. El reloj que había en la mesa junto a la puerta principal decía que eran las 8:33 de la mañana.

–¿Sí? –dijo. Le oía resoplar en el auricular, y me lo imaginé al otro lado del hilo telefónico con los ojos cerrados y deseando que quienquiera que fuese hubiese marcado mal y no le volviese a molestar cuando se diera cuenta–. ¿Hola? –añadió. Sonaba como si acabara de despertarse o como si tal vez ni siquiera se hubiese acostado aún, y no pude evitar preguntarme si estaría resacoso.

–Jimmy –dije en un susurro, bajando la voz todo lo posible para que Jess no me oyera–. Soy Clem Barefield.

–¿Quién?

Salí del salón y me fui hasta el fondo de la cocina. Me apoyé en la encimera y cerré los ojos.

–Soy Clem Barefield –repetí.

–¿Qué quieres? –preguntó.

Abrí los ojos, recorrí la cocina con la mirada y traté de pensar en qué le iba a contar sobre lo que había sucedido.

–Estoy en casa de Ben –dije–. Y Jess está aquí conmigo. –Hice una pausa porque supuse que querría hacerme algún tipo de pregunta; pero no dijo nada, y eso que me imaginaba que habría abierto los ojos y se habría espabilado ya–. Ha habido jaleo por aquí esta mañana, y he pensado que deberías venir a quedarte con Jess. Necesita que alguien esté con él en estos momentos, y la verdad es que no se me ocurría nadie más a quién llamar.

–¿Qué ha pasado? –preguntó. Su voz sonaba clara y aguda, y percibí algo en ella que antes no estaba: pánico quizá, o temor, o ambas cosas–. ¿Qué haces ahí?

–Ha habido jaleo –dije–. Ya hablaremos de todo esto cuando vengas.

–Pásame a Ben –pidió.

–Ahora mismo no puedo, Jimmy –dije–. Tú ven cuanto antes. Jess necesita que estés aquí.

Le oí moverse al otro lado del hilo telefónico, y me pareció que tropezaba. Después, el sonido de algo chocando contra al suelo. Murmuró para sus adentros.

–Jimmy –susurré–. ¿Estás en condiciones de conducir? Quiero decir, no habrás estado bebiendo, ¿no?

Se hizo un silencio, y noté que había dejado de moverse y estaba clavado en el sitio. Casi ni le oía respirar.

–Voy a hacer como si no me lo hubieras preguntado –dijo, y colgó.

Mantuve el auricular pegado a la oreja hasta que oí que saltaba el tono, y luego volví a dejar el teléfono en la base. Comprendí que acababa de hacerle a Jimmy Hall el tipo de llamada que a él jamás se le había ocurrido hacerme a mí, pero eso no hizo que me sintiese mejor por haberla hecho, y por un instante pensé que su empeño de años atrás en desaparecer a toda costa quizá no había sido tan mala idea. Volví al salón y vi que Jess tenía los ojos abiertos y me estaba mirando fijamente.

—¿Ha llamado a mi abuelo?

—Sí —dije—. Viene en breve.

Eché un vistazo a la habitación y dudé entre quedarme ahí en medio esperando o sentarme junto a Jess, o incluso salir de nuevo y decirle a uno de los paramédicos, cuando llegasen, que entrase a hacerle compañía. Jess se recostó en el sofá y se cruzó los brazos sobre el pecho. Cerró los ojos, y después los abrió poco a poco. Estaban llenos de lágrimas.

—¿Ha llamado a mi abuelo porque papá se va a morir?

Dije que no con la cabeza y crucé la habitación para acudir a su lado.

Me vi a mí mismo contemplando el cañón vacío de su escopeta hacía tan solo unos minutos, y a pesar de que mis manos también estaban vacías notaba el peso de mi pistola y el culatazo que había dado cuando disparé. En mi cabeza me oí decir: «Ojalá hubiese podido hacerlo de otra manera, Jeff»; pero para cuando me arrodillé en el suelo delante de él ya me había contenido.

—Jess —dije en voz alta—. Jess.

Las ambulancias habían apagado las sirenas nada más entrar en el prado, y alguien que no estuviese al tanto de todo lo que había ocurrido ahí fuera aquella mañana habría pensado que Jess y yo no éramos más que dos extraños que se habían sentado en el sofá a esperar a que algo sucediera. Le había tapado con una manta, le había traído un vaso de agua de la cocina y papel higiénico del cuarto de baño y había dejado ambas cosas en la mesita que tenía enfrente, pero ni las había tocado siquiera. Apenas habíamos hablado desde que me senté.

El silencio era tan grande que casi se distinguían las voces de los paramédicos en el exterior; de vez en cuando también oía hablar a Robby, pero no entendía bien lo que decía. A través de todo ello me llegó el sonido de un coche que bajaba desde la carretera al camino de entrada, y agucé el oído mientras se detenía y alguien abría la puerta y la cerraba. Sabía que era Jimmy Hall; me levanté del sofá y me acerqué a una de las ventanas que daban al camino.

El coche de Chambliss estaba mirando hacia la casa. Tenía las puertas abiertas, y me figuré que a estas alturas los paramédicos habrían cubierto ya el cuerpo de Chambliss. Vi que también habían cubierto a Ben, que estaba tendido en la grava junto al parachoques frontal izquierdo. Habían alineado dos ambulancias frente al

lado del copiloto del coche de Chambliss, y observé cómo un par de paramédicos amarraban a Julie a una camilla y la metían por las puertas de la ambulancia que estaba más cerca de la casa. Robby estaba con ella y noté que le estaba hablando, pero me pregunté cuánto sería capaz Julie de oír.

Jimmy Hall debía de haber aparcado la camioneta enfrente de las ambulancias, al fondo del camino de entrada. Lo seguí con la mirada mientras pasaba por delante de las ambulancias y cruzaba el prado. Iba sin sombrero, y su cabello cano estaba apelmazado por el sueño. Se detuvo un instante y vio cómo subían a Julie a la parte de atrás de la ambulancia, y después dio media vuelta y se quedó mirando el coche de Chambliss: el parabrisas roto, los asientos cubiertos de sangre, la ventanilla trasera roja. Cuando Hall pasó por su lado, Robby se dio la vuelta como para impedirle que siguiera, pero miró hacia la ventana donde estaba yo y sus ojos se encontraron con los míos. Levanté la mano y le hice un gesto para que no le estorbase. Robby apartó la mirada y la fijó en Jimmy, que iba bordeando el coche de Chambliss en dirección al parachoques delantero. Cuando llegó al parachoques, lo rodeó y se detuvo al ver la sábana azul que cubría a Ben. Robby me miró de nuevo, y después volvió a mirar a Jimmy Hall. Se había quedado quieto en el sitio, y Robby dio media vuelta y se fue hacia la cabina de la ambulancia que iba a llevar a Julie al hospital.

Vi a Jimmy Hall acercarse a la sábana azul y vi cómo se arrodillaba a su lado. Quería abrir la puerta de casa y gritarle, decirle que no debía hacerlo, y no porque temiera que fuese a alterar la escena del crimen o a contaminar las pruebas sino porque sabía que no iba a estar preparado, que posiblemente jamás lo estaría, para lo que iba a ver debajo. Pero también sabía que los padres quieren ver qué ha sido de sus hijos, y que a veces no se lo perdonan a sí mismos si no lo ven. Alargó la mano y tocó la sábana, pero me di la vuelta antes de ver cómo la levantaba. Pensé que al menos les debía a los dos el respeto de ese último momento de intimidad.

Jess había vuelto a abrir los ojos y estaba sentado al borde del sofá.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó.

—Está aquí tu abuelo —dije. Me aparté de la puerta y me puse a esperar en medio de la habitación. Jess me miró, y después giró la cabeza y también se quedó mirando la puerta. Oímos que Jimmy Hall subía por los escalones del porche y después el chirrido de la mosquitera cuando tiró de ella. Abrió la puerta principal y entró en la casa. Nos miramos fijamente por un instante, y después miró a Jess.

—Eh, amigo —dijo. Oí que Jess cambiaba de postura en el sofá y que se sorbía la nariz como si fuese a echarse a llorar. Se levantó, y Jimmy cruzó la habitación para ir con él.

—Espera —dije. Me interpose entre Jimmy y Jess y miré los dedos de la mano derecha de Jimmy. Parecía como si alguien le hubiese tomado las huellas dactilares mojándole las yemas en sangre. También él miró, y puso la mano boca arriba y se

contempló la palma como si esperase encontrar algo que no estaba allí. Me incliné hacia él y traté de susurrar, a pesar de que me era imposible bajar la voz lo suficiente para que no me oyese Jess—. Tienes que lavarte eso de las manos, Jimmy. No puedes permitir que él lo vea. —Lo miré y le indiqué la cocina con un gesto de la cabeza. Miró a Jess y se esforzó por sonreír.

—Ahora vuelvo, amigo —dijo. Salimos del salón y oí que me seguía. Entré en la cocina y abrí el grifo de la pila. Jimmy se arrimó a mí y puso las manos debajo del grifo. Aún no me había dicho ni una sola palabra; apenas me había mirado siquiera.

—Jimmy —dije—, no encuentro palabras para contarte todo lo que ha pasado ahí fuera esta mañana; ni yo mismo sabría explicármelo. Pero lo que sí sé es que a partir de ahora el chico te va a necesitar. No va a tener a nadie más durante mucho tiempo. Me da la impresión de que su madre saldrá de esta, pero ahora mismo solo te tiene a ti.

Jimmy cogió una pastilla de jabón amarillo del borde de la pila de metal. Habló sin mirarme.

—¿Le disparaste tú? —preguntó. Suspiré lo bastante alto para que me oyera, y después miré por la ventana hacia los campos que se extendían ante la casa. El burley de Ben estaba cortado y atado a los rodrigones, a la espera de que alguien saliese a los campos a recogerlo. Sabía que se acabaría malogrando si se quedaba demasiado tiempo ahí fuera. Miré a Jimmy. Había cerrado el grifo y se estaba secando las manos con un paño de cocina—. ¿Sí o no? —insistió. Dobló el paño con esmero y lo dejó al lado de la pila.

—Sí —dije—. Pero te juro que intenté evitarlo, Jimmy. Habría removido cielo y tierra para evitarlo. Ojalá que esto no hubiese terminado así.

Jimmy levantó la cabeza y se quedó mirando los campos de Ben por la ventana.

—Yo también —dijo. Se dio media vuelta y regresó al salón. Le seguí, pero nos detuvimos a la vez al ver que Jeff ya no estaba sentado en el sofá de la esquina y que había abierto la puerta principal sin que le oyéramos. Allí estaba, de espaldas a nosotros, mirando a través de la mosquitera. Los tres vimos que los paramédicos habían amarrado el cuerpo de Ben a una camilla que estaban subiendo a la última ambulancia. Aunque la sábana azul seguía cubriendo el cuerpo, sus pies blancos asomaban descalzos por debajo.

Jimmy puso la mano en el hombro de Jess y lo apartó de la puerta; después la cerró tan suavemente que los goznes apenas chirriaron. Rodeó a Jess con los brazos y lo estrechó contra su cuerpo. Los hombros de Jess se estremecían, y aunque no le veía la cara me figuré que estaría llorando. Oí arrancar a la ambulancia en el camino de entrada, y después escuché cómo se alejaba por la grava en dirección a la carretera.

Pensé que lo que le había dicho a Jimmy iba en serio, que ojalá todo hubiera sido

distinto. Me quedé mirándolos mientras se abrazaban, y me di cuenta de que estaba rezando para que esta vez lo fuera.

Adelaide Lyle

Veinticinco

El día que celebraron el funeral de Ben en el cementerio de las afueras de Marshall fue un día triste. Había una muchedumbre enorme; algunos eran miembros de la iglesia en la que jamás había puesto los pies; otros, gente que le conocía del pueblo y de haberse criado y haber vivido tantos años en este condado. No había visto a Jess desde la noche del domingo que trajeron el cuerpo de Christopher a mi casa, pero le vi al lado de su abuelo ante la tumba de su padre. Con su camisita abotonada y su corbata, aparentaba aún menos de nueve años, sobre todo entre tantos adultos enfundados en sus negros trajes de luto. Llevaba el pelo peinado hacia un lado y las manos en los bolsillos. Me di cuenta de que había estado llorando.

Le había llevado su abuelo. Su madre no estaba, lo cual no se puede decir que me sorprendiera demasiado. Yo creo que el corazón de Julie ya había abandonado a Ben cuando aún vivía, y el hecho de que hubiese muerto no iba a cambiar en nada ese abandono. En cuanto a Jess, ya había intentado abandonarle una vez, y me malicio que, sencillamente, decidió marcharse para siempre.

Jimmy Hall se había puesto una bonita camisa limpia y una corbata igualita que la de su nieto, y me fijé en que había ido a comprar ropa nueva para los dos. Él también iba repeinado, y se había embadurnado de gomina para que no se le moviese ni un pelo. Se había afeitado, y aunque tenía la cara roja como una remolacha no parecía que hubiese bebido. Durante el oficio observé sus manos, sobre todo cuando las subió y las dejó caer sobre los hombros de Jess, apretándoselos suavemente con los dedos a la vez que arrimaba al chico a su cuerpo sin soltarle ni un momento y le dejaba apoyarse mientras bajaba la cabeza durante la plegaria. Jimmy Hall mantuvo las manos bien firmes, incluso cuando se llevó una a los ojos, incluso cuando estrechó las manos de los hombres que habían ido a darle el pésame por su hijo.

Uno de aquellos hombres era el *sheriff*, pero a primera vista nadie le habría reconocido. Llevaba corbata, y aunque casi todos los demás también la llevaban, se hacía raro no verle de uniforme. Creo que a esas alturas ya debía de estar a punto de dimitir, y lo acabaría haciendo poco después. A mí me da que perdió el gusto por su trabajo después de todo lo sucedido, después de lo que había tenido que hacer. Pero lo cierto es que impresionaba verle al lado de Jimmy Hall, los dos a

pocos metros de distancia de la tumba de Ben y solo a unos pocos más del lugar donde había sido enterrado Jeff veinte años antes. Aquellos dos hombres que se habían odiado durante tanto tiempo estaban el uno al lado del otro sin nada más en común que sus hijos muertos, después de haber creído cada uno, al menos en algún momento, que la culpa era del otro. Se habían odiado hasta que los dos se rompieron, y sospecho que fue entonces cuando decidieron que ya era hora de dejar atrás todo aquello y empezar a sanar.

Es una cosa buena que la gente pueda sanar después de haberse roto, que pueda cambiar y convertirse en algo distinto de lo que era antes. Las iglesias son así. La iglesia viva está hecha de gente y puede enfermar y romperse igual que la gente, y a veces las iglesias pueden morir igual que muere la gente. Mi iglesia murió, pero no murió con Carson Chambliss; llevaba mucho tiempo muerta. Pero si de algo estoy segura es de que volvió a la vida una vez que él se hubo ido. Una iglesia puede sanar y se puede salvar como se puede salvar la gente. Y eso es lo que nos pasó a nosotros. Llegó un momento en el que fuimos como una mano helada que empieza a descongelarse. Primero cobran vida las puntas de los dedos, y de repente ya se abren y se cierran. Y entonces la palma empieza a sentir de nuevo. Está vuelta hacia arriba. Esperando. Dando testimonio. También nosotros comenzamos a sentir de nuevo.

Todo empezó un domingo en que alguien llegó temprano al templo y arrancó los periódicos viejos de las ventanas. Jamás me enteré de quién lo hizo; no pregunté, y nadie salió a decir que lo había hecho. Pero por vez primera en más de diez años pude ver a través de las ventanas de mi templo, y desde su interior podía volver la cabeza y ver el mundo al que durante todo este tiempo se le había prohibido el paso. Al otro lado de la carretera, el río seguía discurriendo por debajo del puente hacia el centro de Marshall, y sabía que desde allí fluía sin obstáculos hacia Tennessee. Era el mismo mundo que habíamos dejado atrás, y era una buena cosa volver a verlo.

Al domingo siguiente, reuní a los niños de la escuela dominical en el templo por vez primera en muchos años. Nos quedamos en la parte de atrás mientras los adultos se congregaban en la de delante. Durante el oficio hice salir a los niños, pero algunos quisieron permanecer en el templo con sus padres y me pareció perfecto.

Hubo mucha gente que abandonó la iglesia después de lo que le pasó a Carson Chambliss, y creo que otros muchos se mantuvieron a distancia cuando se enteraron. Pero poco a poco fueron llegando otros: en su mayoría jóvenes, gente que venía de fuera del condado de Madison y no había tenido tiempo de oír ni una palabra, ni buena ni mala, sobre la pequeña iglesia de al lado del río. También Jess volvió con nosotros.

Ahora, apenas hay un domingo en que Jimmy Hall no le traiga a la iglesia, pero

nunca entra con él. En eso se parece más a su hijo que a su nieto, y mientras Jess está en el templo o abajo en el río, Jimmy le espera en su camioneta fumando cigarrillos y leyendo el periódico. Pero me parece bien. No tiene por qué pisar jamás este templo si no quiere. A mí me basta con saber que está ahí si Jess le necesita. Creo que a Jess también le basta con eso.

Ahora, este lugar es un buen lugar, sin cajas de serpientes, sin olores mohosos de pieles mudadas ni ruidosos cascabeles que saltan cuando menos te lo esperas en lugares que no ves. A veces pensaba que habíamos sido expulsados al desierto, guiados hasta allí por un falso profeta que era ciego a cualquier voluntad que no fuera la suya. Aunque hay un par de personas que se turnan para predicar y dirigir el culto, aún no tenemos un pastor a tiempo completo. Los israelitas tenían un Moisés que los sacó del desierto. Nosotros todavía estamos esperando al nuestro.

Pero en el Antiguo Testamento, cuando el pueblo elegido de Dios gritó «¡Sálvanos, Señor!», Él los oyó, y fueron salvados. Él estaba allí con ellos porque creían. Nosotros seguimos creyendo.

Pienso que en el plan del buen Dios también está salvarnos a nosotros.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las siguientes personas por sus contribuciones a este libro y a mi vida como escritor:

A Nat Sobel, Judith Weber y toda la gente maravillosa de Sobel Weber Associates, Inc. Nat, gracias por encontrarme hace tres años, y todavía más por recordarme dos años después. Tus indicaciones han sido inestimables.

A David Highfill, Jessica Williams y todo el equipo de William Morrow. David, cuando tu voz me trajo el sonido de Carolina del Norte, supe que estaba en buenas manos. Gracias por querer a este libro y a las personas que hay en él tanto como yo.

A los magníficos profesores que me animaron a escribir: Carol Lowry, Cynthia Furr, Jeff Rackham y David Hopes.

A mi familia de Luisiana:

A Ernest y Dianne Gaines. Doctor Gaines, lo que tantos grandes escritores han sido para ti, tú lo has sido para mí.

A Reggie Scott Young, profesor, mentor y amigo: desde el taller en el que escribí el borrador que se convirtió en esta novela hasta el día de su publicación, has caminado a mi lado en cada paso de este viaje.

A mi familia de Virginia Occidental:

A la administración, el profesorado, el personal y los estudiantes de Bethany College, un lugar magnífico para vivir y trabajar.

A nuestros queridos amigos de toda la vida de la ciudad de Bethany: John y Robyn Cole, J. G. Cole, Brooke y Shawn Deal, Larry y Carol Grimes, Bill y Jill Hicks, Liz Langemak, Kimberly Lawless y Harald Menz, Harry Sanford y Chatman Neely y Walt Turner. Nos es imposible imaginar un lugar mejor ni con mejores personas. Gracias por hacernos un hueco y permitir que formemos parte de vuestras vidas.

A los mejores amigos que pueda tener nadie:

A mis colegas de posgrado Brian Sullivan, Patrick Crerand y Michael Jauchen, por tantas y tantas noches en el porche charlando hasta las tantas de literatura y de nuestros escritores favoritos. Me siento incapaz de expresar lo mucho que han significado para mí vuestra amistad, vuestros consejos y vuestra perspicacia.

A mis amigos más antiguos: Thomas Murphy y Whitney Braddy. Thomas: hombre santo, piloto, guía. Hace más de quince años que somos amigos, y ni una sola vez me has fallado ni has dejado que me extraviase. Whit: el único médico de verdad que conozco; son tantas las risas y tantos los recuerdos que aquí solo podría

rozar su superficie. Chuck Walker: mi hermano mayor y la voz de la razón. Marc Baldwin: hermano del alma y fuerza vital creativa. Gracias por ponerle música a esto.

A toda mi familia:

A los clanes Brady y Sgambati por permitirme que me llevase a Mallory a lo más remoto de Virginia Occidental. A mi madre y a mi padre, Sandi y Roger Cash, por quererme, apoyarme y animarme en todo momento. Espero que estéis tan orgullosos de ser mis padres como yo de ser vuestro hijo. A mi hermana Jada, una mujer valiente, una madre maravillosa y una confidente que siempre me ha protegido. A mi hermano Cliff, el hombre más bueno y trabajador que conozco: cómico, ecologista, santo.

A mi dulce Mallory, mi mujer, mi mejor amiga y mi primera lectora. Empecé esta novela el año que nos conocimos, y la terminé el año que nos casamos; es tan tuya como mía.

Esto no habría sucedido de no ser por tu amor, tu paciencia y tu fe inquebrantable. Me siento orgulloso de quién eres y de lo que has hecho, y me asombra ver en qué nos hemos convertido.

¹ *Stump* significa «tocón» en inglés. (*N. de la T.*)

Título original: *A Land more Kind than Home*

Edición en formato digital: mayo de 2014

fotografías de © SweetCrisis/Shutterstock.comy © ImagineGolf/iStock

© 2012 by Wiley Cash

© De la traducción, Celia Montolío, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-75-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Una tierra más amable que el hogar	4
Adelaide Lyle. Uno	8
Jessy Hall. Dos	22
Tres	40
Clem Barefield. Cuatro	59
Cinco	64
Seis	71
Jess Hall. Siete	75
Ocho	87
Nueve	92
Diez	97
Clem Barefield. Once	103
Adelaide Lyle. Doce	114
Trece	123
Catorce	137
Quince	143
Clem Barefield. Dieciséis	146
Diecisiete	150
Dieciocho	157
Jess Hall. Diecinueve	159
Veinte	171
Adelaide Lyle. Veintiuno	174
Clem Barefield. Veintidós	178
Jess Hall. Veintitrés	180
Clem Barefield. Veinticuatro	183
Adelaide Lyle. Veinticinco	192
Agradecimientos	195
Notas	197
Créditos	199

